ÍNDIGO V - TROIKA

Louise Cooper



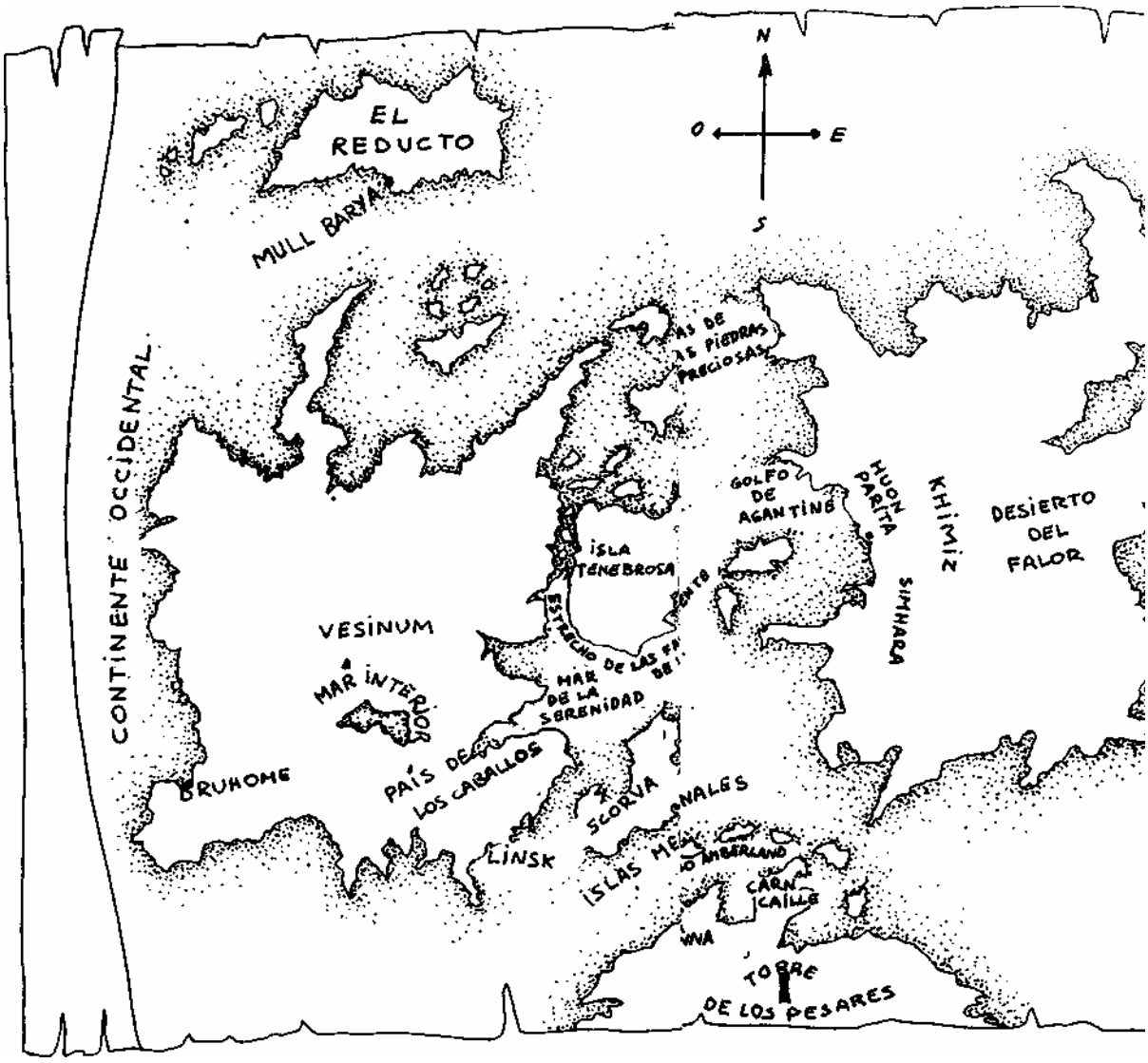
LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Pisa con suavidad,
ella está cerca bajo la nieve.

Oscar Wilde: *Requiescat*

Dedicado a Linda Young y a Juliette Ward,
dos amigas formidables.

Librodot


N
O
E
S
EL REDUCTO
MULL BARYA
CONTINENTE OCCIDENTAL
AS DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS
GOLFO DE AGANTINE
HUON PARITA
KHIMIZ
DESIERTO DEL FALOR
SIMHARA
ISLA TENEBROSA
VESINUM
MAR INTERIOR
MAR DE LA SERENIDAD
PAÍS DE LOS CABALLOS
BRUHOME
SCORVIA
LINSK
ISLAS MEDIONALES
CARN CAILLE
TORRE DE LOS PESARES

Librodot

PRÓLOGO

En la intimidad de la habitación silenciosa en una tierra que no es la suya, una joven se mira al espejo que le devuelve el reflejo algo deformado merced a defectos en su superficie. Cualquiera que la mirara no le daría más de veinticinco años, a pesar del aspecto ligeramente ojeroso del rostro y de las arrugas que el sol y el viento han dejado alrededor de sus sorprendentes ojos de color azul-violáceo. Ni siquiera los mechones grises que le surcan los largos cabellos rojizos disminuyen su aparente juventud..., pero ella, sólo ella entre toda la humanidad, sabe que esta apariencia es mentira: ha sido así como está ahora, sin envejecer, sin cambiar,, durante más de cuarenta años.

Es Índigo. E Índigo es inmortal.

En una ocasión, hace mucho tiempo, en una época que ahora se le aparece como un capítulo en la vida de otra persona, fue la hija de un rey, bailó y rió y amó entre los seguros muros de la fortaleza de su padre en Carn Caille. Pero eso fue antes de que su propia temeridad arruinara una paz de siglos que, de lo contrario, se habría convertido en su herencia. Antes de que desafiara y violara los tabús de la Torre de los Pesares, para arrojar sobre el mundo una nueva especie de caos.

Antes de que aparecieran los demonios.

En sus pesadillas, Índigo rememora todavía la carnicería que su insensata acción provocó sobre su hogar y la familia que tanto amaba. Y desde aquel día aciago ha viajado por todo el mundo en incesante y desesperada misión para localizar a los siete demonios que, por su mandato, surgieron como furias de la torre, para enfrentarlos y destruirlos. Hasta que no haya completado su tarea, no podrá morir. Y tampoco podrá liberar al hombre que ama, cuya vida y espíritu están paralizados en un limbo situado más allá del tiempo.

En la silenciosa habitación piensa ahora en Fenran, su amor perdido, desbordada por un dolor que intensifica aún más el saber que esa tierra a la que ha llegado es la tierra que lo vio nacer a él. Índigo ha eliminado ya a tres demonios, y ahora, al ir en busca del cuarto, debe también enfrentarse a otro más sutil que está en ella misma: el demonio del recuerdo.

Índigo se contempla de nuevo en el espejo. Pero esta vez el espejo le muestra una imagen diferente e, instintivamente, retrocede, al tiempo que siente una mano helada que se posa sobre su espina dorsal mientras observa el rostro sonriente y los ojos plateados de otro poder más, que realmente puede ser apodado «demonio». Un poder y una figura convertidos en su sombra, un ser surgido de la parte más tenebrosa del suyo: su Némesis. Adondequiera que vaya, el ser la seguirá; haga lo que haga, esa cosa intentará por todos los medios desbaratar sus planes. Y, además, le ha enseñado el significado del odio.

La imagen de Némesis se disuelve, y en su lugar Índigo se encuentra contemplando unos dulces ojos dorados y un rostro que refleja serenidad total y voluntad implacable. Sus ojos se cierran, pero la imagen permanece, y su mente regresa de nuevo a las ruinas de Carn Caille, y al resplandeciente ser, emisario de la Madre Tierra, que fue hasta ella en su momento más sombrío y depositó la carga de su misión sobre los jóvenes hombros de la muchacha.

Dos poderes inhumanos: luz y tinieblas, árbitros y jueces. Y no obstante, se pregunta Índigo... y no obstante... ¿son en realidad lo que parecen? Ha empezado a aprender que la oscura frontera que separa el mundo exterior del interior está a menudo muy desdibujada, que el destino es una palabra que puede poseer muchos significados distintos. Y, por encima de todo, ha empezado a comprender la naturaleza del engaño.

A su lado, una figura gris se agita y una cabeza moteada se alza, mientras unos ojos que despiden un ligero brillo la contemplan con afecto y preocupación: los ojos de Índigo se abren; la muchacha se vuelve y extiende una mano para acariciar las orejas de la loba que yace a su lado. Su eterna amiga; la mutante Grimya *que decidió compartir su búsqueda y con ella su carga, y que ha sido su compañera durante todos estos años de vagabundeo. En medio de las rarezas y engaños del mundo,* Grimya *es una constante que jamás varía, un ancla en las cambiantes mareas de la vida de Índigo. Y sólo por eso, Índigo le debe más de lo que jamás podrá expresarle.*

Mira otra vez al espejo, y su rostro la contempla desde el distorsionado cristal. Vuelve la mirada hacia otro lado; es el reflejo, sólo eso. La realidad la espera más adelante en el frío país septentrional, donde algo siniestro y maligno aguarda para ser reanimado. Y ella lo encontrará. «Debe» hacerlo.

Índigo se ha dormido por fin. Y Grimya, *criatura de la noche, mantiene inquieta vigilia y contempla las extrañas constelaciones que brillan distantes desde el nítido y helado cielo septentrional mientras escucha los débiles sonidos que Índigo lanza en sueños. Los sueños de la loba son más sencillos; los recuerdos ancestrales de bosques y llanuras, de las cacerías durante las siempre cambiantes estaciones del año. Pero una porción de su mente, que no es exactamente la de una loba sino de algo que cubre el abismo que media entre el animal y el ser humano, se pregunta qué les reservará este nuevo futuro a ella y a su amiga.*

Y se alegra de que la respuesta, de momento, le sea esquiva...

CAPÍTULO 1

No era en absoluto el tipo de establecimiento en el que esperaba alojarse. Visto desde el exterior, el hostal parecía modesto; cuadrado y sólido, pero sin nada que lo distinguiera. Sólo el letrero situado sobre la puerta ofrecía una indicación de que aquél no era un sitio frecuentado habitualmente por marinos o ganaderos, ya que en lugar del acostumbrado dibujo estilizado que representaba el nombre del hostal, las palabras *El Sol de la Mañana* aparecían escritas con trazo pulcro y vigoroso. Al parecer, este establecimiento esperaba que sus clientes poseyeran al menos un mínimo de conocimientos. Y era una indicación muy clara de que los elementos menos respetables de la siempre en movimiento población de Mull Barya no eran bien recibidos más allá de las enceradas puertas de madera.

Cuando *La, Flecha del Norte,* el carguero que la trajo desde el continente occidental, había atracado hacía dos horas, las intenciones de la muchacha eran alquilar una habitación en una de las posadas del puerto. El estruendoso y ordinario griterío de la vida portuaria no le producía el menor temor: tanto en calidad de tripulante como de pasajera había recalado en muchos de los puertos más bulliciosos del mundo y estaba familiarizada con sus costumbres y peligros; y era más que capaz —como atestiguaban la ballesta que le colgaba a la espalda y el cuchillo que pendía de la funda sujeta al cinturón— de defenderse a sí misma si era necesario. Pero el capitán de *La Flecha del Norte* le aconsejó que esta vez haría bien en buscar otro tipo *de* alojamiento. *El invierno amenazaba con llegar* muy temprano ese año y, en consecuencia, Mull Barya hospedaba a una anormalmente nutrida afluencia de ganaderos procedentes de las alquerías del interior, llegados para vender su ganado bien cebado durante el verano y embarcarlo antes de que la nieve cerrara los senderos y el hielo bloqueara las vías marítimas. Los mercados estaban atestados, se bebía mucho y la gente se encolerizaba con facilidad. Una mujer sola, por muy buena luchadora que fuese, resultaría vulnerable entre tantos boyeros hastiados de andar por los caminos y en busca de diversión; y ni siquiera la compañera sentada ahora a su lado, la lengua colgando a un costado y los ambarinos ojos de loba muy atentos, podría garantizar su seguridad. Una vez finalizadas las formalidades portuarias y hechas las despedidas, la muchacha echó una mirada a la ciudad y decidió seguir el consejo del capitán. No le faltaba dinero (la moneda del sudoeste resultaba tan aceptable aquí como cualquier otra) y además, deseaba ardientemente encontrarse en un ambiente más tranquilo después del ruido y las incomodidades del viaje. *El Sol de la Mañana* parecía el mejor lugar. Dos jovencitas muy bien vestidas, acompañadas de una señora de compañía con ojos de lince, se acercaron por el sendero de tablas, las faldas levantadas para mantenerlas alejadas del polvo y mostrando pantorrillas y tobillos cubiertos por elegantes botas de piel anudadas. Un grupo de hombres que venía por el centro de la calle se detuvo y gritó una grosera invitación; la dama de compañía les dedicó una mirada furibunda y empujó a toda prisa a sus pupilas hacia la puerta de *El Sol de la Mañana.* La muchacha dio un paso atrás para dejarlas pasar, recibió un breve saludo con la cabeza a modo de agradecimiento y una oleada de aire cargado de olor a fuego de leña se filtró entre las puertas cuando el pequeño grupo penetró en el hostal. Los hombres se mofaron, desilusionados, y uno de ellos sugirió que quizá le gustara a ella mostrarles sus atributos en lugar de las jovencitas; la muchacha hizo caso omiso y bajó la mirada hacia su compañera.

—Bien, *Grimya,* media un gran abismo entre nuestra cabina en *La Flecha del Norte* y esto. Veamos qué pasa, ¿no te parece?

El enorme animal gris de aspecto perruno alzó el hocico moteado y olfateó con agrado el

aroma que salía por las puertas. Por un instante la muchacha se preguntó cómo reaccionaría la clientela de *El Sol de la Mañana* ante la aparición entre ellos de un pariente próximo a los lobos salvajes de El Reducto; la idea le provocó una leve sonrisa. Por lo menos proporcionaría nuevo tema a los cotillees locales.

Empujó las puertas, y entraron.

Era algo así como penetrar en un capullo acogedor y cálido pero ligeramente irreal. Los ruidos de la calle bulliciosa se transformaron bruscamente en un murmullo apenas audible al cerrarse las puertas a sus espaldas; aquí brillaba la luz tenue y reposada de las lámparas, el resplandor de la madera y el cobre bruñidos, el calor de un enorme fuego que ardía en el hogar y dibujaba sombras en el techo de la sala. Todo el suelo estaba cubierto de alfombras; incluso la escalera que conducía a las habitaciones de los huéspedes estaba alfombrada para reducir al mínimo el sonido de pisadas.

Tuvo el tiempo justo de ver cómo las dos jovencitas y su dama de compañía desaparecían bajo una arcada cubierta por una cortina que, al parecer, conducía al comedor. Tras el brillante mostrador de madera, la dueña de la posada la contemplaba con curiosidad, Índigo se volvió, acercándose al mostrador.

—Quisiera una habitación.

La propietaria la contempló con evidente perplejidad. Con voz envarada y cautelosa, le dijo:

—Creo, señora, que os han informado mal.

La implicación era muy clara, el cortés calificativo, pronunciado con gran delicadeza. La muchacha suspiró, y su voz adoptó un ligero tono cortante.

—No, no me han informado mal. Deseo una habitación tranquila, un baño caliente y comida abundante. —Sacó tres valiosas monedas de una bolsita que le colgaba de la cintura y las arrojó sobre el mostrador—. Supongo que podréis satisfacer mis necesidades...

La propietaria se puso muy nerviosa. Con aquel abrigo de cuero desgastado, los pantalones masculinos y los cabellos sujetos de forma tan descuidada en una larga trenza, la muchacha tenía el mismo aspecto que cualquier golfillo de los muelles; sin embargo su voz estaba bien modulada y sus modales llenos de seguridad en sí misma, casi aristocráticos. La mujer hizo un gesto conciliador mientras intentaba ocultar su confusión.

—Desde luego que podemos, señora. Pero... —Indicó a *Grimya*—. Lo lamento, carecemos de instalaciones para animales. No tenemos perreras, ¿comprendéis?

La joven sonrió.

—No importa. Se quedará conmigo. Es decir, ¿podéis facilitarme comida apropiada para ella?

La propietaria inclinó la cabeza. Todavía no se sentía muy segura con respecto a esta forastera, pero sabía por experiencia que el aspecto exterior no va necesariamente parejo con la posición social, y que nunca era aconsejable rechazar un buen cliente.

—Estoy segura de que eso no será ningún problema, señora —respondió con cierto envaramiento y, dándose la vuelta, sacó de una estantería un libro encuadernado en piel y lo empujó hacia la joven junto con pluma y tinta—. ¿No os importa firmar en el registro?

La joven se inclinó sobre el libro y, por un instante, sintió el impulso de firmar con su nombre auténtico; el antiguo nombre que había perdido tanto tiempo atrás. Sería divertido ver la reacción de la patrona cuando se diera cuenta de que su inverosímil huésped era la hija de un rey.

Librodot

Pero refrenó el impulso de inmediato; no podía ni debía hacerlo. Mojó la pluma en el recargado tintero, y escribió una simple palabra: *Índigo.* Ningún título, ni siquiera apellido. Solo Índigo. Había sido suficiente durante más años de los que quería recordar.

La patrona contempló sorprendida la anotación, luego guardó el libro de registro sin hacer el menor comentario.

—Gracias —dijo sin ningún énfasis y se volvió para seleccionar una llave de la hilera que colgaba de la pared a su espalda—. Vuestra habitación está en el último piso, al final del descansillo.

—¿Y es tranquila y reservada?

La mujer inclinó la cabeza.

—Ni siquiera nuestros huéspedes más exigentes se han quejado jamás, señora.

—Os estoy muy agradecida. —La sonrisa que le devolvió Índigo fue fría y ligeramente irónica—. Habéis sido muy servicial.

La desconcertada mirada de la patrona la siguió mientras, con *Grimya* pisándole los talones, se encaminaba hacia la escalera.

Una voz en la mente de Índigo dijo zalamera:

«Te encuentras mejor ahora, ¿verdad? Cantabas mientras te bañabas; eso es siempre buena señal.»

Índigo salió de detrás del biombo pintado que, con cierta mojigatería, ocultaba la bañera de arcilla refractaria del resto de la habitación. La piel le brillaba de tanto frotar y por los efectos del agua caliente. Se había envuelto en una fina túnica bordada (un viejo recuerdo de sus años de estancia en el continente oriental), mientras se secaba los cabellos con la toalla. Miró a *Grimya,* tumbada sobre la pulcra cama, y sonrió.

—Me siento mucho mejor, *Grimya.* ¡Y contenta de estar completamente limpia por primera vez en muchos meses!

Se sentó junto a la loba, frotándole el espeso pelaje del cuello. Era un alivio poderse comunicar por fin libremente con su amiga; la telepatía que compartían, y la mutación que permitía a *Grimya* comprender y hablar las lenguas de los humanos, era un secreto que había costado mucho guardar durante el largo e incómodo viaje, y las dos agradecían haberse podido liberar por fin de aquella coacción.

Las mandíbulas de *Grimya* se abrieron en una demostración de placer.

—Me gus...ta el mar —dijo con su voz gutural y entrecortada—. Pero es agradab...le estar de nuevo en tierra fir...me. Y hace frrrío aquí; no como los días y noches que pasamos en el estrecho de las Fauces de la Serpiente. El aire huele a limpio. Cre... creo que me gus...tará estar en este país.

Los músculos del rostro de Índigo se crisparon, pero sólo por un instante, antes de que el reflejo que había inculcado con decisión en su mente viniera en su rescate *y* la obligara a relajarse de nuevo. No debía pensar en las terribles asociaciones que la isla-continente de El Reducto tenían para ella. Al llegar a las costas del enorme continente occidental, le resultó imposible hacerse a la idea de que debía seguir hacia el norte. No quería ir allí. Temía los dolorosos recuerdos y las emociones que el lugar resucitaría, y aceptó cualquier trabajo que pudo encontrar en los muelles y los botes locales de pesca, para poder comer *Grimya y* ella y no tener que seguir adelante. Fue aplazando así durante dos años el viaje antes de enfrentarse al hecho de que, quisiera o no, debía superar su cobardía y hacerse a la mar. Una vez que la

decisión estuvo por fin tomada resolvió ignorar sus temores y mirar al futuro con, al menos, cierto grado de estoicidad. Hasta ahora lo había conseguido, y no era ése el momento de dejarse desmoralizar. «Aparta semejantes pensamientos», se dijo. Para ella ése era un país nuevo, y los vínculos que tuviera de forma indirecta con él en otra ocasión habían quedado enterrados cuarenta años atrás.

Grimya volvió a hablar, esta vez en tono lastimero.

—Tengo ham... hambre. —Inclinó la cabeza hacia el suelo—. ¿Cuándo com...irnos por última vez?

Índigo se sacudió las preocupaciones y su mente regresó al presente. Su última comida la hicieron a primeras horas de aquella mañana y de forma precipitada; un inesperado viento de popa empujó a *La Flecha del Norte* hasta el atestado puerto de Mull Barya con varias horas de antelación sobre lo calculado, y en las prisas por preparar el barco para el atraque no hubo tiempo de pensar en nada más.

—Lo siento, cariño —repuso con una sonrisa—. Bajaremos a ver qué te puede ofrecer la cocina de este lugar.

—Extendió la mano hacia el pequeño tocador y tomó una tablilla que la camarera le había traído poco antes. En ella estaban anotados los platos que el hostal serviría a sus huéspedes aquella noche; le impresionó la oferta—. Habrá un buen surtido de carnes —añadió.

—Preferiría ir de ca...za —observó *Grimya*—. Pero no creo que eso fue... fuera sssensato aquí.

—No. Pero no te inquietes; será diferente cuando abandonemos Mull Barya y nos dirijamos hacia el norte a tierras deshabitadas.

—¿Cu... cuándo crees que será eso?

—No lo sé. Dentro de dos días; quizá tres. No quiero retrasarlo, pero debemos asegurarnos de que estamos bien pertrechadas y aprovisionadas. —Miró en dirección a la ventana—. El invierno llega adelantado este año, según dicen. Los vientos del norte ya han empezado a soplar.

—Sssí; mi nariz me dice que pronto ne...vará. Sería prudente llegar a nuestro des...tino antes de que empiecen las nevadas más fuertes. —Parpadeó—. Sea cual sea nuestrrrro des...tino.

Índigo se giró hacia el lugar donde dejara las ropas. Entre ellas había una vieja bolsita de cuero sujeta a una tira también de cuero en forma de lazo. Abrió la bolsita y la colocó boca abajo sobre la palma de la mano. De ella cayó un pequeño guijarro, de superficie lisa y forma curiosamente simétrica, pero aparte de eso, a primera vista, no tenía nada de extraordinario, Índigo lo sostuvo en alto, se concentró por un momento y un diminuto punto de luz dorada apareció en el interior de la piedra. Durante un instante parpadeó justo en el centro, luego con un único pero decidido movimiento se trasladó a un lado y se mantuvo fijo en el extremo del guijarro.

—Sigue indicando hacia el norte, —Índigo mostró la piedra-imán a *Grimya*—. Así pues, no vamos a encontrar nuestro objetivo en Mull Barya.

Devolvió el guijarro al interior de la bolsa y se la colgó al cuello, sintiendo que la piedra se instalaba en el lugar acostumbrado entre sus pechos. Durante años de vagabundeo había demostrado ser una guía infalible, pero la muchacha notó por un momento una punzada de inquietud mientras se preguntaba cuánto más allá tendrían que viajar antes de que la piedra-imán les informara de que habían encontrado lo que buscaban. Igual que su propio hogar en el

lejano sur, los inviernos aquí eran duros e impredecibles, y nadie con una pizca de seso se lanzaría alegremente en dirección a las regiones polares sabiendo que el tiempo empeoraría aún más. Había estudiado un mapa de El Reducto, y sabía que en *el* interior, lejos de las zonas costeras más densamente pobladas, los municipios y a veces incluso los poblados eran escasos y estaban muy apartados entre sí. Era un territorio extenso, y las distancias resultaban engañosas en la pequeñísima escala de un mapa. Podían quedarles aún tres semanas o un mes como máximo antes de que el clima hiciera la marcha adelante demasiado peligrosa; debía asegurarse de escoger una ruta que les permitiera esperar en algún pueblo o granja a que pasara el invierno si es que era necesario. El proyecto precisaba una cuidadosa planificación.

Un suave lloriqueo se escapó de la garganta de *Grimya.*

—¿Comeremos pronto? —inquirió, quejumbrosa.

—¿Qué? Oh..., perdóname, cariño; estaba en la luna. Debes de estar hambrienta. —Dio a sus cabellos una última y vigorosa fricción, y se puso en pie—. Deja que me ponga ropa limpia, y comeremos. Nuestros planes pueden esperar hasta mañana.

—De modo que vais hacia el norte... ¿no? —El hombre sonrió y sus ojos casi desaparecieron entre los pliegues de su rostro curtido por el viento.

Índigo le devolvió la sonrisa e, incapaz de recordar ningún nombre de los municipios de su mapa, disimuló.

—Sí, voy en esa dirección.

—Bien. —Estiró los pies en dirección al fuego que chisporroteaba en la enorme chimenea—. Como dije, lo mejor que podéis hacer es ir a Pitter para buscar todo lo que necesitéis. Durante los últimos veinte años le he comprado a él los caballos y avíos, y siempre me ha tratado bien. Y podéis decirle que yo os lo he dicho.

—Gracias, lo haré.

Índigo le había cogido simpatía a aquel desconocido, cuyo nombre, cuando se presentó, había sonado a algo parecido a «Rin» o «Reene»... Aunque la lengua de El Reducto era similar a la de las Islas Meridionales, la joven todavía tenía algunas dificultades con los dialectos locales. Sin la menor timidez ni preámbulo, el hombre se había acercado a la mesa a la que ella estaba sentada en el comedor del hostal preguntándole si podía acompañarla. No muy segura de sus motivos, la joven tuvo intención de rehusar cortésmente pero algo en sus francos modales la hizo vacilar. «Sin tonterías», había dicho el hombre con una sonrisa carente del menor rastro de artificio; «simplemente pensaba que sería más agradable para ambos disfrutar de la comida en mutua compañía que solos». Y así, pues, habían iniciado la conversación, y Rin o Reene pidió una jarra de vino de miel que le aseguró era el mejor que podía encontrarse en Mull Barya aunque costara la mitad que alguno de las otras cosechas.

Índigo dedujo que aquel hombre era lo que los habitantes de Mull Barya denominaban un *barrin,* un comerciante que compraba ganado vivo a los boyeros para luego sacrificarlo, salarlo, revenderlo y ser enviado al exterior; en esa época del año, le dijo él, pasaba la mayor parte del día en el puerto, y *El Sol de la Mañana,* le facilitaba comida y un bien merecido descanso antes de regresar a su casa situada a las afueras de la ciudad. Aunque su aspecto y modales eran sencillos, la joven tuvo la impresión de que era un hombre muy rico.

Ahítos de buena comida y con la mitad de la jarra de vino todavía llena, se retiraron a la enorme chimenea de la sala principal, con sus bancos, sus almohadones y su rugiente fuego, para reposar mientras caía la noche y el viento empezaba a gemir en el exterior como un

poderoso espíritu agonizante.

—La gente de por aquí llama a eso el Quejumbroso —le dijo Rin. (No muy segura todavía, había decidido de forma totalmente arbitraria pensar en él como Rin)—. Se trata del viento del norte; un signo seguro de que las primeras nevadas fuertes del invierno están en camino. Si queréis un buen consejo, Índigo, cuando veáis a Pitter mañana debéis decirle adonde vais. Sabrá exactamente lo que necesitaréis para tal viaje y os lo facilitará todo.

—Eso haré.

Índigo no opuso la menor objeción cuando él ofreció servirle más vino. El hombre llenó los dos vasos —de cristal verde oscuro, una rareza e, imaginó la muchacha, muy caros—; luego pareció vacilar.

—Índigo, me perdonaréis si soy impertinente, pero... ¿estáis segura de estar equipada para esta empresa? —Vio que la joven arrugaba el entrecejo, y se apresuró a añadir—: No me malinterpretéis, no intento fisgar. No es asunto mío adonde vais ni por qué, pero El Reducto puede ser un país complicado para aquellos que no están acostumbrados a él. Aquí en Mull Barya no habéis tenido motivo de preocupación; se pone algo violento a veces cuando los ganaderos vienen en gran número, pero básicamente es un lugar relativamente civilizado. En cambio el interior... Bueno, allí la cosa es bastante diferente.

La muchacha le dirigió una amable sonrisa.

—Puedo cuidarme. Y tengo a *Grimya* conmigo.

Grimya levantó la cabeza, miró a Rin y éste extendió la mano para palmearle la cabeza aunque lo desconcertó un poco la extraña expresión que había en sus ojos, como si el animal hubiera comprendido sus palabras.

—Lo sé —repuso—, y no hay mejor guardaespaldas que un perro lobo. Pero puede que ni siquiera *Grimya* pueda protegeros de algunas de las cosas que podéis encontraros.

—¿Qué clase de cosas?

—El tiempo no os favorecerá —replicó con un encogimiento de hombros—, eso para empezar. Ventiscas, ceguera producida por el reflejo de la nieve, incluso el frío. Será peor de lo que esperáis.

—Lo dudo. Nací y me crié en el lejano sur; he experimentado suficientes inviernos polares como para no correr riesgos.

—Bueno, eso es un punto a vuestro favor —concedió Rin con un gesto conciliador—. Pero aquí tenemos animales salvajes que no habéis visto antes. No sólo los lobos; son inofensivos a menos que estén hambrientos, y hay suficiente caza para asegurar que no suceda muy a menudo. Son los otros los que me preocupan; los osos, y los grandes felinos... Tigres de las nieves les llamamos. No desdeñan atacar a pequeños grupos, y mucho menos a viajeros solitarios. Y desde luego también están las sabandijas humanas con las que hay que tener cuidado.

—Existen sabandijas humanas en todas partes.

—Lo sé. Pero cuando los poblados y hasta las granjas están como mínimo a casi cien kilómetros de distancia unos de otros, la civilización es más bien escasa. Gran cantidad de gente se gana la vida aprovechándose de otros; algunos weyers ni siquiera toleran la presencia de un extraño en lo que ellos consideran su territorio y los matan en cuanto los ven.

—¿Weyers? —inquirió Índigo, perpleja.

—Gentes raras, disidentes..., resulta difícil de explicar. Gentes que viven tan aisladas que han desarrollado todo tipo de curiosas creencias y costumbres. No se mezclan con otras

gentes, se casan entre ellos, y no quieren que aparezca ningún extraño para contaminar su locura con una bocanada de sensatez.

—Comprendo lo que queréis decir. —Le sonrió—. Pero eso no me hará cambiar de idea.

—No. —Rin le devolvió la sonrisa con expresión apesadumbrada—. No creí que lo consiguiera. Pero al menos os he advertido, ¡de modo que esta noche puedo meterme en la cama con la conciencia tranquila!

—Y yo os lo agradezco. —Índigo bajó la mirada en dirección a *Grimya—.* Las dos os lo agradecemos. —Terminó su vino, y negó con la cabeza cuando él dirigió la mano otra vez a la jarra—. No, la verdad es que creo que debo retirarme ahora si quiero estar en condiciones por la mañana. —Se puso en pie—. Gracias por vuestra compañía y vuestro consejo. He disfrutado mucho con nuestra conversación.

—Yo también. —Rin se levantó, extendiendo la mano para tomar los dedos de la joven—. Sólo lamento que no os quedéis más tiempo en Mull Barya. Incluso todo el invierno. Pero quizá volvamos a encontrarnos. —Eso espero. Buenas noches... *y* adiós.

Mientras tomaban la curva de la escalera que las ocultaba de cualquiera que estuviese abajo, *Grimya* dijo mentalmente a Índigo:

«Me gusta ese hombre. Es honrado. Y lo que dice tiene mucho sentido.»

«A mi también me gusta», resaltó Índigo.

«¿Seguiremos su consejo?»

«Desde luego. Y después de lo que nos ha dicha, creo que me compraré un cuchillo mejor junto con las otras cosas que necesitaremos para nuestro viaje.»

Llegaron ante la puerta de la habitación y entraron. Durante su ausencia alguien había vaciado la bañera y dejado tres velas encendidas en una palmatoria sobre la repisa de la ventana. Mientras se sentaba en la cama, Índigo encontró tiempo para sentirse satisfecha por no haberse alojado en una de las tabernas del puerto, donde tales atenciones eran inexistentes. De abajo llegaba todavía un ahogado murmullo, pero al otro lado de la ventana la calle estaba casi desierta, sólo algunas farolas ardían a intervalos a lo largo del sendero de tablas. Por encima de las siluetas de los tejados bajos de las casas, el cielo nocturno mostraba un aspecto plano y quebradizo; las nubes habían tapado luna y estrellas, y el viento había disminuido su violencia hasta quedar reducido a un silbido suave interrumpido por ocasionales ráfagas. Resultaría extraño estar tumbada en una cama en lugar de una litera, sin el arrullo del mar ni el balanceo de un barco para acunarla, pensó Índigo, pero estaba tan cansada que dormiría profundamente a pesar de encontrarse en un ambiente desconocido.

Grimya se acercó a la ventana, olfateando las corrientes de aire que se filtraban entre las rendijas del marco de madera.

—¡Hace frío! —exclamó con satisfacción.

Índigo sacó un camisón de su bolsa y lo desplegó con una sacudida.

—¿Quieres ir afuera a explorar?

—N...O. No creo que fue...ra sensato aquí. Además habrá muuucho tiempo para cor...rer y cazar cuando iniciemos nuestro viaje. —La loba se dio la vuelta y se dirigió despacio hacia la alfombra situada junto a la cama—. Voy a dormir.

Índigo echó hacia atrás las dos gruesas mantas de lana que cubrían la cama y empezó a ahuecar las almohadas. Le vino a la mente un fragmento de una canción y, sin pensar, se puso a tararearla... Luego se detuvo.

Librodot

Grimya alzó la cabeza, la miró y dijo:

—Esa es una canción de la Compañía Cómica Brabazon.

—Sí... —respondió Índigo con voz tensa.

Se produjo un incómodo silencio. Luego la loba continuó:

—Es extrrraño, ¿no es así?, pensar que para ellos la primavera justo emp... empieza. De...be ser casi el mes de la Floración en Bruhome ahora.

Índigo asintió, incapaz de contener las imágenes que se agolpaban de repente en su cerebro. Veía los primeros brotes que aparecían en árboles y arbustos, los ríos crecidos, los rebaños que aumentaban. Y los rostros de Constancia Brabazon y sus trece hijos, la familia de cómicos itinerantes con quienes Índigo y *Grimya* habían vivido y viajado durante diez años. Los Brabazon habían sido auténticos amigos, y la separación, cuando por fin llegó de forma inevitable, le produjo a Índigo una pena abrumadora. Pero no tenía elección: mientras *Grimya y* ella habían permanecido inalterables y sin envejecer durante el tiempo que permanecieron juntos, los años empezaban a notarse en los Brabazon y el contraste se hacía demasiado evidente para pasar inadvertido mucho más tiempo.

Índigo recordó en especial a sus tres amigos más queridos entre los hijos de Constancia. Franqueza, que se había enamorado de ella pero había aprendido a aceptar que no era para él. Modestia, extravagante e imprudente, con su melena de rojos cabellos y su intensa mirada. Caridad, serena y prudente para su edad, una segunda madre para los hermanos más pequeños. Uno por uno, a medida que transcurrían los años, habían ido cambiando e independizándose. Se derramaron lágrimas de tristeza y de alegría al mismo tiempo en la boda de Cari con el hijo de un ciudadano de Bruhome, y hubo risas y bailes cuando Esti se casó con un pícaro de negros cabellos que tenía tal habilidad para tocar el violín que rivalizaba con la del propio Constancia, aportando un nuevo actor que engrosó as filas familiares. Transcurrieron más años; hubo otras bodas, nacimientos y hasta los más pequeños dejaron atrás la infancia para convertirse en adultos bellos o sin demasiado atractivo según les hubiera tocado en suerte. Y cuando llegó por fin el día en que Piedad, la más joven de los hijos de Constancia, anunció su compromiso, Índigo pasó bruscamente de su feliz ensoñación a advertir que su estancia con la familia debía terminar. Piedad tenía seis años cuando Constancia Brabazon tomó bajo su protección a Índigo y a *Grimya:* ahora la niña era ya una mujer hecha y derecha, Índigo miró a su alrededor, a los muchachos que habían crecido, desarrollado músculos y tomado esposa, a las muchachas con los hijos chillando alrededor de sus faldas. Y contempló al mismo Constancia, cuyos cabellos que habían sido *de un violento color rojo eran* ahora entrecanos y empezaban a blanquear en las sienes, y se dio cuenta de que era hora de partir.

Fue una separación muy dolorosa. No había podido decir a los Brabazon el auténtico motivo por el que los dejaba, y supo que su marcha los hería, quizá más allá del perdón. Pero de eso hacía ya ocho años. Ocho años desde aquella despedida definitiva, bañada en lágrimas. Por lo que ella sabía, podrían haberla olvidado hacía ya tiempo.

El rostro de Índigo se ensombreció momentáneamente mientras se imaginaba a la familia tal y como estaría esa noche, reunida alrededor de un fuego al abrigo de sus cinco carromatos pintados... Al principio eran sólo tres, pero la familia había crecido tanto que adquirieron dos nuevas carretas para acomodar a la creciente prole. Ahora estarían comiendo, riendo y charlando, ensayando quizás algunas canciones para el espectáculo de la tarde siguiente; y dirigió una rápida mirada al petate que guardaba su arpa mientras recordaba con melancolía las veces que ella misma apareciera en el escenario con ellos. Pero entonces recordó que la

compañía que había conocido ya no era la misma que recorría ahora las tierras occidentales. Las personas que sonreían y reían en su recuerdo se habían desvanecido en un pasado, y el pasado no podía recuperarse.

—A lo mejor vol...vemos a encontrrrarlos algún día —dijo *Grimya* con suavidad.

—No lo creo. Y aunque así fuera...

Índigo sacudió la cabeza, dejando el resto sin decir. *Algún día.* A lo mejor Constancia ya habría muerto; desde luego dentro de diez años más, o veinte, o treinta, ya haría mucho tiempo que habría abandonado este mundo. Sus hijos habrían envejecido, sufrirían de artritis y pensarían que sus vidas tocaban ya a su fin. Una nueva generación divertiría a las gentes en las ferias y las fiestas, una generación que *Grimya* y ella no habían conocido; e incluso esos descendientes desconocidos envejecerían llegada su hora, mientras *Grimya* y ella seguían luciendo la máscara de la juventud. No podía soportarlo. Lo mejor era recordar a aquellos queridos amigos tal y como los había conocido, inmortalizarlos en su memoria y no buscarlos de nuevo en el mundo real.

Índigo se tumbó en la cama. El colchón era blando y cómodo. Con una ligera pena dejó que los rostros de su mente se desvanecieran antes de inclinarse fuera de la cama y apagar las velas una por una.

La ventana se convirtió en un rectángulo más pálido en la oscuridad; el cielo había adquirido la luminosidad curiosa pero el aspecto descolorido de las noches invernales cubiertas de nubes. *Grimya* bostezó y sus colmillos brillaron en la penumbra, Índigo tiró de las mantas hasta cubrirse los hombros.

—Duerme bien, cariño —dijo la muchacha en voz baja. Y pensó: «Madre Todopoderosa, no me envíes sueños tristes esta noche».

CAPÍTULO 2

Pitter el Comerciante era como Rin lo había pintado. Llevaba sus negocios desde una colección de desvencijados establos y almacenes situados detrás de los cobertizos de subastas del puerto. Cuando se presentó a sí misma, Índigo fue recibida como si se tratara de una vieja amiga. Pitter —bastante más bajo que ella, calvo y vestido con unas gastadas ropas de cuero que hubieran devorado la mitad de las ganancias anuales de un boyero— la llevó a hacer un recorrido que abarcaba desde caballos a velas, y, sin la menor vacilación, le facilitó un inventario de todo lo que necesitaría para viajar por el interior durante el invierno. No era fácil regatear con él y sus precios eran altos; pero Índigo se sintió instintivamente segura de que podría confiar tanto en él como en su mercancía.

—Desde luego —dijo Pitter cuando por fin llegaron a los establos y a la compra más importante de todas—, si fuerais una habitante de El Reducto, os diría que lo mejor sería uno de ésos. —Se dio la vuelta y golpeó con una mano los levantados patines de madera pulimentada de un trineo de una sola plaza que descansaba junto con otros bajo rollos de cuerda que festoneaban el techo bajo—. Es una versión reducida de la troika que todo granjero utiliza durante los meses de las nevadas. La única diferencia es que se le engancha un caballo en lugar de tres. Pero si nunca habéis conducido uno, lo más probable es que salgáis despedida de cabeza en el primer socavón que encontréis. —Lanzó una contagiosa y aguda carcajada *que hizo* dar un respingo a *Grimya.*

—Podría intentarlo —aventuró la muchacha.

—No hay duda de que podríais hacerlo, y podríais aprender. Pero no querréis malgastar un mes en aprender, ¿verdad? No; aquí está lo que necesitáis. —Se dirigió hacia los pesebres, donde unos quince caballos de diferentes tamaños empezaron a patear y a piafar al oír que se acercaba, y se detuvo junto a la grupa de un enorme y macizo bayo castrado—. Será vuestra mejor inversión, os doy mi palabra. Patas como troncos de árbol y un pecho bien sólido... Seguirá avanzando en las peores condiciones climáticas y jamás se quejará. Y tiene los pies tan planos como puede tenerlos un caballo, lo cual significa que es capaz de capear una nevada y mantenerse en pie.

Índigo contempló al animal. Había visto caballos similares en el continente occidental; enormes animales de tiro, peludos, resistentes y fiables. El caballo volvió la cabeza y la miró con especulativo interés, agitando su barbudo labio inferior. La muchacha contuvo una sonrisa.

—¿Cuánto queréis por él?

Pitter dijo una cantidad que le hizo enarcar las cejas, pero tras una mañana de duro regateo se sentía menos inclinada a discutir de lo que hubiera estado en otras circunstancias. Había conseguido salirse con la suya en algunos artículos, y sospechaba que el caballo valdría hasta la última moneda de cobre.

—Muy bien —asintió la joven—. Me lo quedaré.

Se dieron la mano para sellar el acuerdo, y la muchacha se sintió gratamente sorprendida al enterarse de que Pitter lo tendría todo listo para ella al amanecer del día siguiente. Era más de lo que se había atrevido a esperar, y regresó muy animada con *Grimya* a *El Sol de la Mañana.*

Rin no apareció aquella tarde. Cuando se encontraba ya descansando en su cama, Índigo volvió a oír la voz del viento del norte —el Quejumbroso— recorriendo la desierta calle y sacudiendo puertas y ventanas. El moribundo fuego de su chimenea llameó como en señal de protesta, y una corriente de aire gimió en su interior con turbadora armonía. La voz del norte...

Librodot

le pareció como si la llamase, la instara a abandonar este confortable y tranquilo oasis, para penetrar en un mundo nuevo y peligroso. *Grimya,* dormida, lloriqueó y se dio la vuelta; soñaba y la cola y una oreja se estremecieron, Índigo cerró los ojos, dejando que su mente se deslizara ladera abajo por una larga pendiente, lejos de el Quejumbroso y de su llamada, para hundirse en la oscuridad y el silencio.

Las primeras nevadas empezaron cuando hacía ya seis días que habían salido de Mull Barya. La noche anterior, mientras permanecía abrazada a *Grimya* en el interior de la ligera tienda redondeada que constituía el grueso de su equipaje, mientras encaballo abrigado con una manta dormitaba a sotavento, Índigo oyó que la voz del viento empezaba a cambiar para pasar del ahora ya familiar gemido profundo a un fino y agudo chillido, y se despertó al amanecer encontrándose con que una terrible helada había cubierto el terreno de escarcha plateada. A primeras horas de la tarde empezaron a caer de un cielo uniforme y gris los primeros copos de nieve gruesos y, al llegar el atardecer, todo el paisaje había cambiado.

Grimya, a quien siempre había gustado la nieve, recibió el cambio de tiempo muy excitada. También Índigo disfrutó con el desafío que significaba el primer soplo del invierno; el frío tonificante, la pureza del ambiente, la sensación de que el mundo se renovaba. Habían adelantado mucho en su viaje; el caballo, haciendo honor a la promesa de Pitter, parecía virtualmente incansable, y la carretera que llevaba al norte estaba desierta ahora que había terminado la trashumancia de otoño. Y poco a poco el paisaje que las rodeaba iba cambiando, a medida que las hundidas llanuras costeras daban paso a territorio más abrupto y empinado. Incluso bajo la capa de nieve que fundía sus características más delicadas en una mancha de inidentificable blancura, El Reducto era hermoso. Y en cierta forma no parecía más que un pequeño atrevimiento seguir adelante sin detenerse entre las nevadas diurnas y las enormes y silenciosas heladas nocturnas, acampando en hondonadas o bajo salientes, contemplando el lento crecimiento de la luna hasta alcanzar su punto máximo en el firmamento helado. Había gran cantidad de caza que se podía perseguir y capturar, bien con la ayuda de la rapidez y habilidades de *Grimya o* con una certera saeta de la ballesta de Índigo; e incluso el plácido y paciente caballo, con la instintiva sabiduría de sus ancestros criados en aquellas tierras, forrajeaba y comía bien.

A lo largo del camino había algunos poblados, caseríos más que ciudades, que habían crecido con los años para satisfacer las necesidades de aquellos que realizaban las migraciones de primavera y otoño entre el interior y la costa. Y entre pueblo y pueblo había alguna que otra granja donde el viajero podía comprar o trocar comida fresca, y donde siempre se agradecían noticias de Mull Barya. Cada vez que se detenían en uno de tales lugares, Índigo sacaba la piedra-imán de su escondrijo y contemplaba de nuevo el tembloroso punto *de luz* de su interior. El mensaje de la piedra era siempre el mismo: al norte, y más allá. Su viaje no había terminado aún. Y sin poder explicar la causa, la muchacha *se* alegraba de que así fuera.

Cambiaron de mes y la luna empezó a menguar, cediendo el cielo nocturno a la luz de estrellas desconocidas. También cambiaba el paisaje; no habían encontrado ningún lugar habitado desde hacía cinco días, y el terreno que las rodeaba era un caos salvaje y desierto de ríos, lagos y colinas, con zonas de oscuros bosques que bordeaban el horizonte. Y entonces, un día helado y deslumbrante, mientras el sol se ponía, *Grimya alzó* la cabeza, olfateó el aire con atención, y advirtió a Índigo que se iba a producir un cambio. Se acercaba una ventisca; el

primer ataque violento procedente del ártico. La loba lo había percibido mucho antes de que Índigo advirtiera las primeras señales que lo delataban, pero cuando la muchacha se protegió los ojos del resplandor que brillaba en el oeste y miró con atención hacia el norte, le pareció vislumbrar en el horizonte una línea de nubes de un color rosa violáceo.

Aquella indicación y la palabra de *Grimya* eran suficientes. En ese lugar la carretera estaba expuesta por completo a los elementos y, además, nadie con un mínimo instinto de supervivencia se enfrentaría *z.* lo que se avecinaba a menos que no tuviera elección, Índigo hizo girar su montura hacia el lado sur del cinturón de coniferas que daba a un valle poco profundo y descendía en dirección a un lago helado. Los árboles las ayudarían a refugiarse de lo peor de la tormenta y tenían comida suficiente. Podrían resistirla sin demasiados problemas.

La ventisca cayó aullando sobre ellas un poco antes de la medianoche y siguió bramando durante todo el día y la noche siguientes. El descanso resultaba imposible bajo el rugido del viento, Índigo repartió su tiempo entre luchar con los elementos de cuando en cuando para asegurarse de que el caballo estaba a salvo —sujeto en una zona resguardada lejos del límite del bosque, parecía el menos inquieto de los tres—, y acurrucarse en el interior de la tienda con *Grimya* mientras ambas intentaban mantenerse calientes y dormir todo lo que pudieran. Por fin la galerna empezó a perder fuerza, su aullido se transformó primero en un fino gemido para luego desvanecerse en un silencio que en sí mismo parecía ensordecedor. La nevada fue perdiendo intensidad hasta cesar al tiempo que el cielo se aclaraba y el sol se alzaba rojo y enfurecido sobre un amanecer sin ruido alguno.

Entumecida y aterida de frío, las manos y los pies sin tacto a pesar de las botas y guantes forrados de piel, Índigo se arrastró fuera de la tienda justo cuando las primeras sombras alargadas se proyectaban sobre el suelo. Su intención era encender fuego y preparar algo caliente para combatir el paralizante frío interior. Pero lo que vio al salir la hizo detenerse en seco y observar a su alrededor con contrariada sorpresa.

El mundo fuera de la tienda era irreconocible. Donde antes estaba el espejo helado del lago, la carretera y algunas matas aún visibles bajo la nevada anterior no tan espesa, ahora no había nada excepto una uniforme y reluciente alfombra blanca, Índigo parpadeó y sacudió la cabeza cuando la inmaculada blancura de la nieve distorsionó por completo su sentido de la perspectiva. ¿Dónde *estaban* la carretera *y* el lago? Incluso la ladera misma del valle había quedado borrada casi por completo. La nieve se había depositado en traicioneros ventisqueros, cubriendo y borrando de la vista lo que, en algunos lugares, debían de ser profundidades mortales. No había nada que sirviera de indicación.

Se volvió con rapidez para contemplar los árboles. Al parecer el bosque resultó una barrera bastante fuerte contra la ventisca ya que, aparte de una fina capa de nieve sobre su cara norte, la tienda estaba incólume, y pudo ver al caballo, resguardado del frío por la gruesa manta y las polainas de cintas que Pitter había facilitado, pateando el suelo con los cascos y hociqueando desconsolado entre la maleza. Flexionó los dedos para intentar reanimarlos y luego escarbó en la nieve que rodeaba la tienda. Descubrió que tenía un espesor de sólo dos centímetros. Habían sobrevivido a la ventisca sin sufrir ningún daño. Pero ¿se atreverían a continuar adelante por aquel terreno alterado y peligroso?

Llamó a *Grimya* en voz baja, y la loba salió al exterior, sacudiéndose mientras se erguía sobre las patas y miraba a su alrededor.

—Ja...más había vi... visto una nevada así —anunció solemne—. Ni siquiera en los

Librodot

in...viernos más frrríos. ¿Dónde está la car...retera? ¿Y el lago?

—Es imposible saberlo. Y no me gustaría correr el riesgo de intentar localizarlos, —Índigo se puso en pie—. Encenderé fuego y comeremos algo, luego debemos decidir qué hacer.

—Iré de caza. —*Grimya* agitó la cola, animada por la perspectiva de una vigorizante cacería—. Habrá muuuuchos animales escondidos en el bosque des...pues de la tormenta. Será fácil cazar.

Desapareció entre los árboles, un fantasma gris en medio dejas largas sombras de la mañana. Mientras estuvo fuera; Índigo preparó el fuego y cocinó un puré bien caliente con sus provisiones de harina de avena para dárselo al caballo. Mientras el animal comía, *Grimya* regresó con un pájaro enorme; no era una especie que Índigo conociera, pero bastante grande para las dos. Lo desplumó y lo puso a asar. La loba se había ido acostumbrando a preferir las carnes cocinadas durante el tiempo que llevaban viajando juntas y se comió su parte con fruición, mientras Índigo, lamiéndose los restos de jugo de los dedos, se dedicaba a contemplar el paisaje blanco y, de mala gana, volvía su atención al día que tenían por delante.

No merecía la pena siquiera intentar encontrar otra vez la carretera. La capa de nieve era demasiado gruesa, y más valía arriesgarse a perderse por completo que caer en un ventisquero oculto. Volvió la cabeza observando la hilera de árboles y preguntándose hasta dónde llegaría el bosque. Podían seguir su linde y sentirse bastante seguras de pisar terreno firme. Si llegaban al límite dejarían que el aspecto del terreno decidiera su siguiente movimiento. Al menos sería una especie de avance. Y además —de momento— el día era soleado y claro, sin que amenazaran más tormentas.

Grimya aceptó su sugerencia, y una vez digerida la comida, Índigo empaquetó el equipo, ensilló el caballo y se pusieron en marcha. Mientras su montura avanzaba pesada y estoicamente siguiendo la línea de árboles, deteniéndose de vez en cuando para arrancar algún pedazo de hierba que todavía se esforzaba por sobrevivir entre la nieve como testimonio del lejano verano, la joven tuvo que admitir que la hermosura de aquel paisaje helado era impresionante. La nieve centelleaba bajo el sol rojo que apenas si había empezado a levantarse, como si alguien hubiera pulverizado innumerables diamantes para luego esparcirlos al descuido por doquier, y el silencio, roto sólo por el crujiente sonido de los cascos del caballo y de las patas de *Grimya* sobre la nieve, era como un bálsamo. El mundo permanecía en silencio bajo la enorme cúpula azul del cielo, y el simple hecho de estar vivo despertaba una sensación maravillosa.

No obstante, *Grimya* no se sentía tan subyugada como Índigo y, a medida que el día progresaba, empezó a inquietarse más y más. Por fin, de regreso de una incursión para explorar el terreno, se colocó junto al caballo y dijo:

—El viento del norte viene de nuevo. Lo huelo. Pronto volverá a nevar.

Índigo la miró, repentinamente alarmada.

—¿Estás segura?

—Del todo. Estará aquí antes de que anochezca. Lo más sssensato es que empecemos a pen...sar dónde refu...giarnos.

Índigo volvió la cabeza para examinar el bosque. Por el sol juzgó que debía de ser una o dos horas pasado el mediodía y, durante algún tiempo, su camino a lo largo del borde del bosque había ido desviándose poco a poco, sin que cupiera la menor duda, hacia el oeste. Es decir, a menos que corrigieran el rumbo, no tardarían en haber completado un ancho círculo para encontrarse otra vez en el lugar donde habían acampado. Tiró de las riendas, detuvo su

Librodot

montura y miró en dirección norte. Un vacío llano y blanco se extendía ante ella hasta donde alcanzaba la vista, y, como para confirmar lo que *Grimya* había dicho, un viento helado empezó a soplar de repente haciendo que le hormiguearan las mejillas.

Podían refugiarse en el bosque. Pero aquella ventisca no sería la última, y no podían ocultarse entre los árboles eternamente. En algún momento *tendrían* que salir de allí y regresar a la ruta planeada, con tormentas o sin ellas.

Sus ojos se volvieron otra vez hacia *Grimya.*

—¿Has dicho antes de que anochezca?

—Eso crrre...o.

Índigo intentó recordar el mapa, que había estudiado algún tiempo en el campamento anterior durante lo peor de la ventisca. Si no recordaba mal, el lago situado junto al bosque era uno de los tres que alimentaba un río subterráneo y, justo un poco más allá del tercero, existía una granja de considerable tamaño. Si consiguieran encontrar el camino de regreso a los lagos, seguramente sería posible que consiguieran llegar a aquella granja antes de que la tormenta se les viniera encima.

Transmitió sus reflexiones a *Grimya, y* la loba meneó la cabeza vacilante.

—Depende de lo rápido que podamos encontrar el lago —dijo—. Puede que haya nieve tan abundan...te que el caballo no pu... pueda seguir. Pero yo puedo ir delante y lo... localizar cualquier peligro que nos ace...che.

Índigo volvió a mirar en dirección al sol. Tenían tres horas —quizá cuatro, pero era mejor mostrarse pesimista— antes de que oscureciera. La precisión de los finísimos sentidos de *Grimya* era fiable. Así pues, tenían tres horas para encontrar aquel lugar habitado. Tendría que ser suficiente. El intervalo entre la ventisca que se acercaba y la que la seguiría sería probablemente más reducido...

—Sí —dijo a *Grimya*—. Ve delante. Creo que debemos arriesgarnos.

Un nuevo soplo de aire helado le azotó el rostro mientras la loba se alejaba saltando sobre la nieve, lejos de los árboles. La muchacha hizo girar la cabeza del caballo y lo condujo con mucho cuidado en la dirección que había tomado *Grimya.* Casi al momento el animal se hundió hasta las rodillas en la nieve, pero ella lo obligó a seguir, animándolo con un chasqueo de la lengua y palabras cariñosas, al tiempo que daba las gracias en silencio a Pitter por haberle vendido una montura tan bien dispuesta.

El trayecto se convirtió en un avance lento y tambaleante que en varias ocasiones estuvo a punto de lanzar a Índigo e su silla cuando socavones que habían soportado el peso más ligero de *Grimya* cedían bajo los cascos menos seguros del caballo. Las violentas ráfagas de aire aumentaban poco a poco en frecuencia e intensidad, amenazando con fundirse en un vendaval continuado. Le pareció oír a lo lejos —aunque podía tratarse de su sobreexcitada imaginación— el fino gemido de la galerna que se acercaba. Pero de repente su atención se vio desviada por un ladrido, y vio que *Grimya* venía corriendo hacia ellos, la cola bien enhiesta.

—¡Ín...digo! ¡He encontrado el lago!

El caballo se asustó y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando la loba dio un salto a su lado, pero *Grimya* estaba demasiado nerviosa para darse cuenta.

—¡Por aquí! —exclamó—. ¡No hay agujeros profundos... Vamos!

Índigo acortó las riendas y espoleó al caballo hacia adelante una vez más. Y de repente lo vio, el revelador brillo liso del hielo allí donde el viento había barrido las capas de nieve que lo cubrían.

Librodot

—Escarbé para averiguar dónde empezaba el hielo —le contó *Grimya*—. No tiene por qué haber ningún agujero a la orilla del lago... Si yo voy delante y tú me si... sigues, seguro que iremos de prisa y sin de... masiados problemas.

Se pusieron en marcha por el hielo. *Grimya* abría la marcha, olfateaba y arañaba la nieve para asegurarse de que seguían junto a la orilla. Al caballo no le gustaba el hielo que tenía bajo los cascos, pero siguió adelante estoicamente, aunque sus pasos eran ahora vacilantes y avanzaba más despacio. El viento se tornaba cada vez más fuerte; las ráfagas dispersas se habían convertido en un constante soplo del norte que azotaba las mejillas de Índigo y hacía que su dentadura y los huesos de detrás de las orejas le dolieran. Se subió la capucha de piel del abrigo pero el viento la volvió a echar atrás de inmediato y, después de intentarlo tres veces consecutivas, acabó dándose por vencida, apretó los labios con fuerza y entrecerró los ojos para protegerlos de las ráfagas heladas. Podía distinguir las nubes que se iban acumulando en forma de abanico en el horizonte delante de ella, y se preguntó por un instante si su decisión de seguir adelante no habría sido un error imperdonable. *Grimya* estaba cada vez más nerviosa a medida que el caballo, incapaz de seguir su paso, iba quedándose poco a poco atrás. La loba se detenía a cada momento ahora, volvía la cabeza y escarbaba la nieve, intranquila, Índigo intentó obligar a su montura a ir más deprisa, al tiempo que esperaba que no resbalase y se cayese.

Cuando llegaron al final del lago, los primeros copos empezaban a caer describiendo espirales, Índigo detuvo al caballo y esperó mientras *Grimya* rastreaba. No sabían si aquél era el segundo o el tercero y último de los lagos consecutivos —Índigo rezó en temeroso silencio para que no fuera el primero de ellos— y su ánimo se vino abajo cuando su mente recibió el mensaje de *Grimya.*

«He encontrado una corriente de agua. Eso significa que tiene que haber otro lago después de éste.» Se produjo un silencio; la loba no quería decir con palabras lo que las dos pensaban.

«Debe de ser el último», transmitió Índigo como respuesta, con más seguridad de la que en realidad sentía. *«Sigue adelante,* Grimya. *A ver si lo encuentras.»*

La nieve espesaba, atrayendo su mirada de tal forma que le parecía contemplar un vórtice. De momento caía con bastante suavidad, pero sabía que aquello no duraría mucho y espoleó los ijares del caballo con los talones, obligándolo a emprender de mala gana un arriesgado trote. *Grimya,* que estaba a unos cien metros de distancia olfateando el suelo, le gritó de repente:

«¡Aquí! ¡El hielo se hace más ancho..., hay otro lago!»

«¡Recemos a la Madre Todopoderosa para que sea el último!», repuso Índigo. *«Sí...»* Se interrumpió al ver que *Grimya* se había puesto en tensión y miraba hacia el noroeste, las orejas bien erguidas y echadas hacia adelante. «¿Grimya? *¿Qué sucede?»*

La loba le lanzó una rápida e inquieta mirada.

«Algo se acerca», respondió.

«¿Qué?» Índigo intentó mirar, pero la nieve se arremolinaba ante sus ojos.

«Caballos, creo. Y algo más. No... sé lo que es. Nunca había oído este sonido.»

Y entonces, también Índigo lo oyó. El sonido de algo que se acercaba rápidamente, con un tronar sordo. Y —le resultó difícil dar crédito a sus oídos, pero no podía pensar en otra cosa— tintineo de campanillas.

Una violenta ráfaga de nieve la obligó a volver la cabeza a un lado. Cuando hubo pasado y pudo mirar otra vez, vio una mancha en movimiento sobre el terreno blanco que se empinaba

desde el lago. Y de repente otro sonido se mezcló con el ruido de algo que se arrastraba y las campanillas: una ronca pero inconfundible risa humana.

La troika surgió entre la nieve como una aparición. Los tres caballos robustos y peludos iban sujetos uno detrás del otro; el elevado morro del trineo se alzaba detrás de ellos. *Grimya* gruñó y se encogió asustada cuando el trineo giró describiendo un arco; entonces una voz masculina gritó:

—¡Soooo! ¡Deteneos, estúpidos bastardos!

Nuevas risas surgieron de la troika mientras ésta se detenía.

El caballo de Índigo lanzó un largo y estremecido relincho que podría haber sido un saludo o un desafío; el caballo guía del trineo respondió con otro relincho y golpeó los cascos contra el suelo levantando una nube de nieve. Los cuatro hombres cubiertos de pieles que se amontonaban en la troika la miraron con incredulidad desde los cien metros que los separaban de ella, Índigo, en un repentino impulso premonitorio, se llevó la mano a la espalda para coger su ballesta. Luego se detuvo. Los hombres le sonreían, pero la potente nevada le enturbiaba la vista y le resultaba imposible interpretar sus sonrisas.

Estalló entonces una voz:

—Me parece imposible de creer. ¡Aquí, en medio de ninguna parte, y totalmente sola!

Sus palabras surgieron con cierta dificultad. Alguien lanzó un grito de júbilo que se convirtió en hipo.

—A lo mejor es un weyer.

—¡No! Ningún weyer viene a esconderse por aquí. Además, por lo que se ve está en plena posesión de sus facultades. —La sonrisa se convirtió en una expresión lasciva y rapaz—, ¡Todas!

Grimya se acercó corriendo, con el vientre pegado al suelo, hasta donde estaba Índigo.

«¡Índigo! ¡Esto no me gusta!»

«Han estado bebiendo», dijo la muchacha a la loba. Su mano enguantada se había cerrado con más fuerza alrededor de la ballesta y empezaba a sacarla muy despacio del arnés. «No *te muevas; no hagas nada todavía.»*

—No habla mucho, ¿verdad? —comentó uno de los hombres—. Eh, belleza... ¿No tienes lengua?

—¡Dale un beso y descúbrelo!

Rompieron en tales carcajadas que sus caballos se agitaron nerviosos, Índigo tensó las riendas, pero siguió sin decir nada, esperando, aunque era una débil esperanza, que se cansaran de sus tonterías y siguieran adelante. Lo último que deseaba era meterse en una pelea, bajo circunstancias tan adversas. Pero ¿cómo razonar con borrachos?

Una nueva ráfaga de nieve la azotó; el viento que la acompañó sonó como el maullido de un gato, y su montura empezó a agitarse inquieta.

—Vamos, guapa, ¿qué te parece? ¿Qué tal un beso?

—¿U otra cosa?

—Algo que nos caliente un poco en este día tan frío, ¿eh?

Se escuchó un nuevo torrente de carcajadas. Uno de los hombres —el que parecía el mayor y más fornido, y, sin la menor duda, el cabecilla— empezó a salir de la troika por uno de los lados sonriendo como una hiena. El cerebro de Índigo tomó una rápida decisión: sacó la ballesta del arnés colocándola frente a ella de golpe, al tiempo que ponía la saeta que siempre tenía preparada en la ranura y montaba el cebo del arma con un «clic» sonoro y seco.

Librodot

—Da tres pasos más y te mataré —dijo con tono categórico.

El hombretón se detuvo, mirándola fijamente. Luego se dobló sobre sí mismo y lanzó una risotada. Cuando volvió a enderezarse, exclamó:

—¡Nunca lo creeríais! ¡Una dama a quien le gusta jugar duro..., vaya vaya, esto es todo un regalito!

Alguien desde la troika lanzó un aullido de júbilo.

—¡Vamos, Corv, ve a ver de qué está hecha! ¡Vamos, cógela!

Grimya lanzó un gruñido y mostró los dientes; los ojos de Corv se desviaron hacia la loba.

—¡Ah, mirad eso! Un perrito fiel, ¿lo veis? Vamos, perrito... ven aquí, vamos, deja que el viejo Corv te rasque la barriga, ¿quieres? —Dio otro paso vacilante.

Índigo le espetó:

—*¡Quédate donde estás!* —Sus ojos eran duros como el acero—. No te lo volveré a advertir.

Corv fingió pedir clemencia con gesto burlón.

—¡Ah, vamos, guapa! ¡Sólo queremos ser *amables!*

Índigo y *Grimya* tenían los ojos clavados en él, y por eso ninguna de las dos vio al hombre que, oculto tras los otros dos ocupantes del trineo, levantaba algo que llevaba en las manos y apuntaba. De repente, una pequeña piedra silbó en el aire con un débil gemido, y el caballo de Índigo lanzó un relicho asustado, echándose a un lado. Cogida por sorpresa, Índigo gritó y se echó hacia atrás en la silla mientras el animal se *alzaba* sobre los cuartos traseros. Sus músculos se encorvaron bajo el peso de la muchacha y se desbocó. Por instinto, sin dejar de sostener la ballesta, la muchacha intentó sujetar las riendas con una mano, pero no lo consiguió y se le escaparon ambos estribos. Se aferró apenas un instante a la silla con las rodillas, pero el caballo corcoveó, y salió despedida por encima de su cabeza para aterrizar en la nieve mientras el rocín huía al galope.

¡Índigo!»

Grimya corrió hacia ella mientras los hombres se retorcían de risa, Índigo rodó sobre el suelo, se sacudió la nieve de los cabellos y pestañas, y se incorporó de rodillas hecha una furia. No se detuvo a pensar. Una figura humana estaba ante ella y, alzando con gesto brusco la ballesta, disparó.

Se escuchó un alarido de dolor y Corv cayó al suelo. Las risas se desvanecieron al punto al darse cuenta sus amigos de lo que Índigo había hecho. Cuando ésta levantó los ojos vio tres rostros sorprendidos que la miraban desde el trineo. Corv estaba de rodillas, inclinado hacia adelante y lanzando ahogados sonidos guturales; la nieve aparecía salpicada de sangre, pasando del rojo al rosa pálido al mezclarse con los blancos cristales, pero la saeta se había clavado en el brazo y la herida era más aparatosa que grave.

Uno de los hombres lanzó un juramento, y alguien saltó fuera del trineo para ayudar a Corv. Éste dejó de gemir y levantó los ojos. Apretaba los dientes a causa del dolor, pero su expresión era cada vez más *vengativa.*

—Eso... no está bien... —chilló irritado—. ¡Perra cochina..., eso no es *amistoso!*

Sus acólitos lanzaron un gruñido de asentimiento, Índigo se llevó la mano a la espalda para sacar otra saeta de su carcaj, pero descubrió con horror que el carcaj no estaba allí. Debía de haberse soltado cuando el caballo se desbocó, y, paralizada por un repentino terror, pensó llena de desesperación: *«Cuatro contra dos... No podemos con ellos si están armados...»*

La troika crujió amenazadora al salir de ella los otros ocupantes. Corv había cerrado los

ojos y maldecía en voz baja, animado por las palabras pronunciadas por un segundo hombre que avanzaba hacia Índigo.

—Muy bien, señora, ya te has divertido. ¡Pero a nosotros no nos gustan las mujeres que hacen cosas desagradables!

Corv sacudió la cabeza violentamente con gesto afirmativo.

—¡Ajústale las cuentas! —susurró—. Pequeña weyer asesina... ¡Cógela!

—La cogeré. —El otro hombre siguió avanzando lentamente hacia ella, Índigo vio que había sacado un cuchillo—. ¡Y le daré una lección que no olvidará fácilmente!

Grimya volvió a gruñir, interponiéndose entre Índigo y el atacante que se acercaba, Índigo exclamó:

—*¡Grimya,* no! Tiene un cuchillo. —Se aferró al peludo cuello de la loba en un intento de obligarla a retroceder cuando ésta se agazapaba para atacar, pero *Grimya* la empujó, retorciéndose para desasirse, y la muchacha perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Entonces, inesperadamente, a su espalda, un rugido aterrador atravesó el aire cargado de remolinos de nieve.

Grimya lanzó un gañido, y el pelaje del lomo se le erizó como si un rayo la hubiera atravesado. El hombre que se dirigía hacia Índigo se detuvo en seco, levantó la vista, y un terrible sonido inarticulado surgió del fondo de su garganta.

—¡Corv! —Los otros dos hombres lanzaron un aullido de pánico.

—¡Corred! ¡Por la Madre, volved aquí!

—¡Salid de ahí, deprisa, por lo que más queráis!

Empezaron a regresar desordenadamente al trineo, arrastrando a Corv entre todos. Los tres caballos, encabritados, no cesaban de relinchar mientras el conductor sujetaba como podía las riendas luchando por evitar que se desbocasen como había hecho el otro caballo. Todo sucedió tan deprisa que Índigo se sintió demasiado aturdida para hacer otra cosa que permanecer muy quieta allí donde había caído; y golpeando con fuerza su mente y aumentando su confusión le llegaba, desde la mente de *Grimya,* una oleada de terror que inundaba su conciencia.

Los caballos volvieron a relinchar, y de repente la troika se puso en movimiento, lanzándose hacia adelante y levantando una oleada de nieve en forma de arco que cegó a Índigo. Esta giró a un lado, intentando protegerse los ojos; escuchó el sonido de las campanillas repicando enloquecidas y el rasgueo de los patines del trineo mientras ganaba velocidad y se alejaba con tanta rapidez como los caballos podían arrastrarlo. Y luego, de forma aterradora, todo quedó en el más profundo silencio.

«Índigo...» Era la voz de *Grimya* en su interior, y la mente de la loba estaba poseída de un temor incontrolable. *«Índigo...»*

Muy despacio, Índigo empezó a levantar la cabeza. El corazón le latía violentamente con una mezcla de sobresalto, incomprensión y terror que recogía de *Grimya.* Oyó algo; se quedó inmóvil. El ahogado sonido de una respiración, mezclada con lo que parecía un fuerte y profundo ronroneo. Y su nariz se ensanchó cuando detectó el olor cálido de un animal.

Sus ojos se esforzaron por mirar hacia arriba, luego se concentraron en un punto.

Y su voz se quebró llena de asombro y temor mientras murmuraba:

—Por la Diosa...

Era tres veces el tamaño de *Grimya;* pesaba cinco veces más que ella misma. Un pelaje espeso y cremoso cubierto de rayas de un negro intenso le caía sobre los hombros inmensos y

Librodot

el lomo alargado y flexible; su cola se agitó nerviosa, y las patas delanteras enormes y engañosamente blandas se flexionaron para mostrar unas uñas parecidas a pequeñas dagas. Las redondeadas orejas estaban vueltas hacia adelante, y los dorados ojos del tigre de las nieves la contemplaban fijamente y con preternatural inteligencia.

Grimya no dejaba de gimotear, impotente, incapaz de contenerse. Tenía las orejas pegadas a la cabeza y el rabo entre las piernas mientras se acurrucaba en el suelo, intentando deslizarse hacia atrás. Su lealtad hacia Índigo, el deseo de proteger a su amiga, no podían oponerse al instinto mucho más antiguo y profundo inculcado a los de su especie durante miles de generaciones: el terror a ese rey de todos los depredadores del bosque.

Índigo no se movió. Estaba hipnotizada por la serena y sanguinaria mirada del tigre, y no podía hacer otra cosa que pensar, de una forma espantosamente ilógica que superaba todo instinto por su propia supervivencia, que era la criatura más hermosa que había visto nunca. En algún lugar, en otro universo, era consciente de que en cualquier momento podía saltar sobre ella y destrozarla: pero de todas formas era hermoso. Y ninguna otra cosa tenía el menor sentido.

El tigre parpadeó, y de repente el loco trance de Índigo se rompió. Un temor real y físico la atravesó como una puñalada en el estómago, sacándola bruscamente de su hipnosis y llenándole la boca de bilis. Con un violento gesto reflejo sintió que sus manos arañaban el suelo, su boca se abría para dejar salir todo el horror acumulado en un grito. Pero antes de que el grito saliera, el tigre alzó el peludo hocico; luego su cabeza giró a un lado, se dio la vuelta con elegante soberbia, tensó los recios músculos y se lanzó muy lejos de allí. Con los ojos abiertos de par en par y sorprendidos, Índigo lo contempló mientras se perdía en la ventisca cada vez más potente. En tanto el animal corría, los sentidos aturdidos de la muchacha registraron otra cosa: una forma oscura que corría sobre dos piernas —*humana*— interceptó al tigre y marchó corriendo a su lado. Perpleja, la joven la llamó, pero la figura no se inmutó. En pocos instantes, ambos, la figura y el tigre, habían desaparecido. *Grimya,* y ella estaban solas en medio de la nieve arremolinada y silenciosa.

CAPÍTULO 3

Durante algún tiempo no tuvieron aliento para hablar, y ahora, pensó Índigo sombría, al menos ella no tenía siquiera fuerzas para hacerlo. Sujetó con más *fuerza* aun la capucha que el viento intentaba echar hacia atrás, pero sus manos no la obedecían, como si pertenecieran a un cuerpo que no fuera el suyo. El frío glacial se calaba entre sus ropas y carne hasta llegarle a los huesos, y no sabía cuánto tiempo podría seguir resistiendo con la cabeza gacha la fuerza de la ventisca mientras el viento aullaba cual alma en pena en sus oídos y la nieve la golpeaba como un millón de látigos de hielo.

Grimya era una masa oscura que avanzaba tambaleante un poco más adelante; la cabeza y el lomo estaban ya por completo cubiertos de nieve que le daba un estrafalario aspecto moteado, pero su respiración jadeante y pesada era ahogada por el estruendo de la tormenta. La loba hacía bastante tiempo que ni siquiera había intentado comunicarse por telepatía con Índigo y, aunque Índigo sabía que también ella necesitaba toda su concentración para mantenerse en pie bajo aquellas pésimas condiciones, se daba cuenta de que *Grimya* estaba profundamente avergonzada —eso le parecía— por su abyecta y cobarde conducta frente al tigre de las nieves, Índigo no podía intentar convencer a la loba de que su reacción había sido natural. *Grimya* seguiría culpándose dijera lo que dijese; y además, su actual situación no les dejaba energías para otra cosa que no fuesen las necesidades perentorias de la supervivencia.

La ventisca ganaba fuerza. Al principio, mientras avanzaban pesadamente a lo largo de la orilla del lago, no era demasiado violenta; incluso con el viento en contra y la nieve que se estrellaba en sus rostros habían conseguido avanzar bastante, Índigo se animó cuando por fin llegaron al final del lago y emprendieron la marcha en dirección a la granja que, según el mapa, estaba sólo a unos kilómetros de distancia. Pero a medida que se acercaba la puesta de sol el tiempo empeoró bruscamente, y al poco rato Índigo no podía ver más que a un palmo de distancia mientras una lóbrega oscuridad inundaba el mundo y el aullido del viento arrojaba nieve y aguanieve sobre ellas, en un salvaje ataque horizontal. La nieve empezaba a acumularse peligrosamente, en algunos lugares era demasiado espesa para vadearla; en dos ocasiones Índigo se encontró hundida hasta la cintura y sólo consiguió salir de la trampa con la ayuda de *Grimya.* Estaba empapada y le parecía que la ropa se le había congelado sobre el cuerpo, excepto en los pies, que ya no sentía en absoluto. No habían encontrado rastro del caballo y no se atrevían a abandonar el sendero para ir en su busca; perderse con aquel tiempo, con la noche a punto de caer sobre ellas como una maldición, no conduciría más que a sucumbir entre los horrores de los elementos.

Pero ¿qué esperanza tenían, se preguntó Índigo, sin el caballo? Se lo habían jugado todo a la carta de llegar hasta la granja que el mapa prometía; sin embargo temía que su apuesta hubiera fracasado, ya que parecía que llevaran una eternidad abriéndose paso entre la ventisca, y todavía no habían visto señales de ningún lugar habitado. En estas condiciones podrían fácilmente pasar de largo la granja sin verla siquiera; unos cuantos metros serían suficientes para alejarlas de la única posibilidad de encontrar refugio y de toda esperanza de rescate. Y con el caballo se habían ido todas sus provisiones. No tenían comida, combustible ni refugio. En medio de la locura de la tormenta no habría un solo ser viviente que pudiera ayudarlas.

Se tambaleó de pronto y se irguió bruscamente con un tremendo esfuerzo de voluntad, al darse cuenta de que había estado a punto de caer de cara sobre la nieve. En un momento de delirio le pareció tan seductora como una mullida cama de plumas, y deseó arrojarse sobre su

Librodot

adormecedor y frío suelo, cerrar los ojos y dejar que la embargara el sueño. Furiosa y asustada, se clavó los dientes con fuerza en el labio inferior en un intento por despertar los sentidos, pero tenía los labios azulados, entumecidos, y no sintió nada, ni siquiera cuando la sangre empezó a resbalar lentamente para mezclarse con el hielo que había formado una máscara grotesca sobre su rostro. *Debía* seguir adelante. *No podía* tumbarse a dormir allí, sobre la nieve, por mucho que lo deseara. Y no debía permitir que la risa que intentaba brotar histérica de su garganta consiguiera dominarla, porque si empezaba a reír, sabía que ya no podría parar. Había que seguir adelante, adelante. Hablar con *Grimya,* hablar consigo misma, cualquier cosa que impidiera que la locura de la nieve la poseyera. De lo contrario empezaría a ver cosas, alucinaciones en la nieve, gente, caballos, tigres...

«¡Índigo!»

El grito silencioso de *Grimya* interrumpió el hilo de sus pensamientos y se detuvo, balanceándose hacia atrás y hacia adelante, mientras la primera de las alucinaciones —que casi, *casi* se había alzado frente a ella surgiendo de la atronadora oscuridad— se desintegraba y desaparecía. Parpadeó y se dio cuenta de que no podía ver a la loba; no veía más que la oscuridad, la tormenta y la cegadora vorágine de nieve.

«¿Grimya...?» De regreso momentáneamente a la racionalidad, advirtió que empezaba a invadirla el pánico. *«¿Grimya, dónde estás»?*

«Justo delante de ti.»

La voz mental de la loba era débil y vacilante, pero había una nota nueva en ella. ¿Excitación? Índigo se estremeció sin atreverse a albergar esperanzas.

«Hay una luz. ¡Puedo ver una luz!»

«Una alucinación», protestó Índigo, demasiado asustada para admitir aquella posibilidad. Pero no, *Grimya* no sufriría alucinaciones...

Dio unos pasos vacilantes y de repente vio a la loba. *Grimya* estaba inmóvil, presa de un temblor incontrolable, pero cuando alzó el hocico y miró a su alrededor, sus ojos cubiertos por una costra de hielo estaban llenos de luz.

«La he visto», insistió. *«Justo delante de nosotras. ¡No puede estar lejos, Índigo! ¡Y tiene que ser la granja!»*

Se puso en marcha de nuevo, lanzándose entre la tormenta con todas las energías que aún le quedaban, Índigo avanzó pesadamente tras ella, agitando los brazos con desmayo, apenas capaz de mantenerse en pie. Diez agonizantes pasos, doce, catorce: y la vio. Un débil fulgor amarillento entre el torbellino de aguanieve, como si alguien hubiera encendido una lámpara para que brillara cual un faro en una ventana que de momento resultaba invisible.

Un torrente de adrenalina se agitó en su interior provocándole mareo. *Grimya* intentaba correr, saltando y vadeando penosamente la nieve acumulada, Índigo echó a andar en pos de la loba. La luz era cada vez más brillante y nítida... se veían otras luces, y la borrosa silueta de un arco que se alzaba en la oscuridad. Intentó lanzar un grito de alivio pero sus labios y lengua estaban congelados; y de repente se encontró fuera de la nieve espesa y sobre terreno firme sólo unos centímetros por debajo de la capa blanca. Piedra, madera..., el arco estaba encima de su cabeza, ofreciendo un momentáneo y agradecido alivio al ataque de los elementos. A través de las pestañas heladas distinguió un patio, faroles, caballos, figuras humanas que se movían...

Y, con los patines alzados como los cuernos de una bestia en medio del caos de la tormenta, una troika desenjaezada.

Librodot

«¡Índigo, mira!» Grimya se había detenido y miraba al frente con sorpresa. *«¡El caballo!»*

Por un momento la muchacha temió que las temidas alucinaciones se hubieran por fin apoderado de lo que le quedaba de cordura. Allí delante, temblando, la cabeza doblada con aspecto fatigado mientras dos hombres se ocupaban de él, estaba el caballo, cargado aún con todas sus pertenencias.

Incapaz de reprimir su excitación, *Grimya* lanzó un agudo ladrido que se dejó oír incluso por encima del estruendo de la tormenta. El caballo agitó la cabeza al instante, relinchó y pateó el suelo, y los hombres se volvieron sorprendidos.

Índigo clavó sus ojos en las dos caras bien conocidas, y vio que se quedaban tan atónitos como ella, al reconocerla a su vez. Pero no pudo reaccionar. De repente lo que sucedía ante sus ojos resultaba irreal, imposible. Los faroles, el caballo, los nombres boquiabiertos del grupo de borrachos de la troika. No estaba sucediendo en realidad. *No podía* estar sucediendo.

El cuadro se hizo pedazos cuando uno de los hombres lanzó un juramento.

—¿Es ella?

—¡Que la Madre ciegue mis ojos, pensé que esa zorra acabaría en el estómago del felino!

—Maldición... —El más fornido de los dos empezó a avanzar, y el pelaje del lomo de *Grimya* se erizó al tiempo que la loba gruñía amenazadora.

—¡Y el maldito perro! —El hombre apretó con fuerza el puño al ver que *Grimya* le cerraba el paso mostrando los colmillos—. ¡Apártate del camino, bicho bastardo, de lo contrario...!

El segundo gruñido de *Grimya* estalló en un potente ladrido, y el caballo se alzó sobre las patas traseras entre relinchos. De pronto se escuchó un fuerte golpe y una gruesa puerta situada al otro extremo del patio se abrió violentamente de par en par y derramó un haz de luz sobre el suelo nevado.

—¿Grayle? ¿Morvin? Por la Madre que tanto nos ama, ¿qué está pasando aquí afuera?

Era una voz masculina, aguda y furiosa; alguien surgió de la granja llevando otra linterna. Al principio no era más que una silueta, pero al cruzar el patio y acercarse más, Índigo pudo verlo de repente con total claridad. La muchacha lanzó un tremendo grito inarticulado cuando una nueva y terrible conmoción, ante la cual todo lo demás perdía importancia, la golpeó como un mazazo.

—¡Que la Diosa me arrebate la visión!

Los ojos del recién llegado se abrieron desmesuradamente al ver el rostro extraviado de la joven. Y Fenran, su amor, su amor perdido, avanzó hacia ella a grandes zancadas con la mano extendida.

Los ojos de Índigo parecieron a punto de saltarle de las órbitas y se desvaneció.

Cuando recobró el conocimiento se encontró envuelta en algo grueso y cálido. Intentó mover brazos y piernas, pero parecían de plomo. Por un momento se sintió invadida por el pánico al recordar la nieve y su insensato deseo de tumbarse en ella y dejar que la cubriera. Pero no, esto no era nieve, no era el engañoso y mortífero frío que entumecía el cuerpo hasta sumirlo en letal ilusión de calor. Notaba un calor auténtico en el rostro, oía el crepitar de las llamas, y el incesante aullido de la ventisca se había convertido en un rugido ahogado, distante, que había dejado de ser amenazador.

Hubo una luz. *Grimya* la había visto, y las dos habían avanzado en medio de la tormenta en dirección a ella, y... el caballo estaba allí. Y los dos hombres. Y...

El recuerdo acudió a su mente de forma tan brusca que sintió náuseas. *¡Fenran!*

—¡Fenran! —repitió con un débil grito, y al instante oyó unos pasos rápidos que se

Librodot

acercaban.

Una mano, encallecida pero de tacto femenino, tocó su frente y se deslizó hacia la nuca, intentando ayudarla a levantar la cabeza. Una voz desconocida dijo:

—Vamos, vamos, todo está en orden. Bebe un poco de esto.

Sintió el borde de una taza contra los labios, y a su nariz llegó el fuerte olor del alcohol. Demasiado confundida para discutir, Índigo tomó un sorbo que suavizó su garganta bloqueada, luego lo siguió otro trago mucho más largo y notó que el licor se deslizaba hacia abajo dejando un rastro de calor.

—Te hemos lavado los ojos —dijo la voz—. Estaban cubiertos de una costra de hielo, pero ahora ya deben de estar bien. Intenta abrirlos.

Lo hizo, y poco a poco lo que la rodeaba empezó a resultar más nítido. La cama enorme, la habitación modestamente amueblada pero confortable y la chimenea de piedra en forma de arco donde ardía un buen fuego que proyectaba su juego de luces y sombras sobre el techo bajo de vigas. De pie junto a ella había una mujer alta y delgada de mediana edad, cabellos oscuros recogidos en una trenza y ojos que en aquella luz parecían negros. La mujer le sonrió con cierta reserva.

—¿Mejor? ¿Puedes verme?

—Ssssí... —Índigo intentó incorporarse, y la mujer la ayudó, ahuecándole las almohadas detrás de la cabeza.

—Bueno, tuviste mucha suerte, ¿no es verdad? —La sonrisa se hizo más amplia y cálida, los ojos oscuros mostraron simpatía—. Es mejor no pensar en lo que podría haberte sucedido si no nos hubieses encontrado. Pero no has sufrido ningún daño. Volverás a estar en pie antes de que te des cuenta.

En la mente de Índigo se agolpaban un centenar de preguntas, pero el licor, en un estómago vacío, empezaba ya a subírsele a la cabeza y a marearla. *Fenran...* Pero no: debía de haber sido una alucinación. Fenran estaba *muerto...*

—¿Dónde está *Grimya?* —musitó.

—*¿Grimya?* —La mujer pareció perpleja por un instante, luego su rostro se animó—. Oh, ¿tu perra loba? Está bien y contenta. Le hemos dado una buena friega y un buen plato de comida. Ahora duerme delante del fuego de la cocina. —Le dedicó otra sonrisa, casi una mueca de oreja a oreja esta vez—. Es un animal extrañamente inteligente, ¿sabías? Estuve medio tentada de creer que comprendía lo que le decía.

Una parte de la tensión de Índigo desapareció al enterarse de que *Grimya* estaba ilesa. Pero la otra cuestión volvía a aflorar; aquella cuestión imposible, demencial, y no podía sofocarla, en especial ahora que el alcohol que le habían dado empezaba a hacer efecto.

—Fenran... —dijo vacilante—. Pero yo vi a Fenran...

—¿Viste *a. quién?* —La mujer parecía desconcertada.

—Fen... Fenran. —Índigo comprendió que iba a echarse a llorar. Estaba tan confundida... Nada tenía el menor sentido.

—No hay nadie llamado Fenran aquí.

—¡Tiene que haberlo! Lo vi..., fue a la puerta, y tenía un farol; y detuvo a los otros cuando ellos... —Su voz se apagó y cerró los ojos para impedir que las lágrimas se abrieran paso entre sus pestañas.

La mujer la contempló pensativa, luego se dio la vuelta, Índigo volvió a abrir los ojos a tiempo para verla llegar hasta la puerta. La mujer la abrió y llamó:

—¡Veness! Sube, ¿quieres?

Se escuchó una voz que contestaba y se oyeron pisadas sobre los desnudos peldaños de madera. Esta vez Índigo estaba mejor preparada para la sorpresa, pero el corazón todavía le dio un vuelco cuando lo vio entrar en la habitación agachando un poco la cabeza para pasar por el dintel con su elevada estatura. El parecido era increíble: podría haber sido el hermano gemelo de Fenran. Aquella cabellera negra, los ojos grises, el tipo, incluso la forma de moverse... y debía de ser exactamente de la misma edad que Fenran.

La edad de Fenran. Pero eso fue hacía casi medio siglo. Si Fenran estuviera vivo ahora, tendría casi setenta años...

Hizo un esfuerzo por recuperar el aliento y calmarse mientras el hombre moreno cuchicheaba con la mujer y se acercaba a la cama. Precisó de todo su valor y fuerza de voluntad para obligarse a mirarlo a la cara... Pero al hacerlo, vio algo que le permitió, de repente, aferrarse a una apariencia de cordura y perspectiva. El hombre tenía una cicatriz. No lo afeaba ni tampoco era muy evidente; sólo una línea desigual bajo la mandíbula, la secuela de algún viejo accidente. Sin embargo fue suficiente para asegurarle, por fin, que no era su amor perdido.

El hombre se agachó junto a la cama y posó una mano con suavidad sobre su hombro.

—¿Cómo te encuentras? Mi tía dice que pareces un poco aturdida.

—Es... estoy bien, creo. Gracias. Sólo fue...

—¿Mencionaste a alguien llamado Fenran?

—Yo... —Se mordió el labio— ... me equivoqué. Cuando te vi, pensé... —Le fue imposible terminar la frase.

—Bueno, como dice mi tía, no hay nadie aquí con ese nombre. —Le dedicó una leve sonrisa—. Hemos tenido muchos Fenrans en nuestra familia en el pasado, pero ninguno desde hace tiempo, de hecho desde antes de que naciera mi padre. Yo me llamo Veness y mi tía, Livian. ¿Y tú? —Su sonrisa se volvió más abierta—. No tenemos la menor idea de quién eres.

—Me llamo... Índigo. —En un impulso loco estuvo tentada de dar su nombre auténtico, *Anghara.*

—Índigo. Tú no eres de El Reducto, ¿verdad?

Negó con la cabeza y Livian dijo con dulzura:

—No le hagas demasiadas preguntas ahora, Veness. Ya habrá tiempo mañana.

Este asintió, dando su conformidad, y se puso en pie.

—Bien, Índigo, me alegro de que consiguieras llegar hasta nosotros. Es casi un milagro que no pasaras la granja de largo en medio de la tormenta. Oh, y... en cuanto a Grayle, a Morvin y a los otros... Mira, sólo he oído su versión de la historia, pero tengo una idea bastante clara de lo que sucedió y quiero pedirte disculpas en su nombre. Estaban borrachos; son buenos ganaderos pero más impulsivos de lo que les convendría por su propio bien. Se sienten reprimidos con este tiempo y eso, combinado con algunas otras cosas, descontroló un poco su fogosidad. —Hizo una pausa y luego siguió—: No los estoy disculpando, créeme que no lo hago. No tenían por qué andar por ahí con la tormenta a punto de caer, y mucho menos atacar a una desconocida. No te culpo en absoluto por dispararle a Corv, y tampoco lo hará él cuando haya tenido tiempo de despejarse y reflexionar.

—¿No... está malherido? —La verdad era que no le importaba pero la generosa disculpa de Veness le hacía sentir remordimiento.

—No es más que un rasguño; mucho ruido y pocas nueces. El y los rostros se disculparán

Librodot

personalmente por la mañana.

—No es necesario.

—Lo es, y me ocuparé de que lo hagan y de que lo hagan con sinceridad. Después de todo eres nuestra invitada, a pesar de que ésa no fuera tu intención. —Le sonrió de nuevo y a Índigo le pareció detectar cierta tensión en su rostro.

La muchacha asintió despacio.

—Gracias. Eres muy amable.

—Creo que ya es suficiente, Veness —intervino Livian—. In... Índigo, ¿no es así? Bueno, pues Índigo tendría que dormir ahora. Hay un poco de caldo en los fogones. Dile a Rimmi que traiga un cuenco de caldo aquí arriba junto con un poco de pan, y luego no quiero que se moleste más a Índigo por esta noche.

Los ojos de Índigo se posaron en la mujer. Estaba cansada, terriblemente cansada. Pero...

—¿Puede *Grimya....?* —empezó a decir.

—Subirá con Rimmi y puede dormir aquí sobre la alfombra. Es la perra loba —explicó Livian a Veness.

—Ah. Sí. Y eso me recuerda... Está bien, Livian, no voy a cansar más a Índigo, pero *debo* hacer una última pregunta. —Volvió a mirar a Índigo y de repente sus ojos oscuros adquirieron una expresión más intensa y parecieron muy preocupados—. ¿Es cierto que visteis un tigre de las nieves ahí afuera junto a los lagos?

Índigo arrugó la frente y repuso:

—Sí; es cierto. Es lo que hizo huir a tus... a los otros. Pensé que iba a atacarme, pero... —Frunció aún más el entrecejo—. No lo hizo. Se limitó a... *mirarme,* y luego se fue. —Recordó de repente la figura humana que había vislumbrado corriendo junto al tigre, pero decidió no mencionarla. Veness no la creería; pensaría que había sufrido una alucinación, y ahora ni ella estaba muy segura de que no fuera así. Pero el tigre era real. No cabía la menor duda.

Veness asintió con semblante grave.

—Ya. Gracias. Quería estar seguro, y en estas circunstancias no podía confiar totalmente en lo que Corv y los otros dijeron. —Se dirigió hacia la puerta—. Espero que pases una buena noche. Te veré de nuevo por la mañana. —Y la puerta se cerró tras él.

Índigo lanzó un lento y prolongado suspiro mientras los pasos de Veness se desvanecían por las escaleras. Livian se había dirigido al otro extremo de la habitación para atizar el fuego y añadir más leña. Cuando se enderezó, Índigo le dijo:

—Lamento causaros tantos inconvenientes.

Livian la miró, de un modo un tanto curioso le pareció, y repuso:

—No digas tonterías. Cualquiera de esta zona habría hecho lo mismo. O casi cualquiera.

—Veness... ¿Es él... el cabeza de familia?

Livian vaciló. Luego dijo:

—Sí; supongo que lo es. Es el hijo de mi hermano, ¿sabes?, y... —Se interrumpió, aparentemente aliviada, al oírse nuevas pisadas en la escalera y que alguien llamaba a la puerta con los nudillos. La puerta se abrió y *Grimya* entró corriendo; miró ansiosa a su alrededor, luego vio a Índigo y se precipitó hacia ella.

«¡Índigo! ¡Dijeron que estabas bien, pero no sabía, si podía creerles!» Meneando la cola se alzó sobre las patas traseras para lamerle el rostro, Índigo la abrazó.

—¡Grimya!

Y en silencio, de modo que Livian no pudiera oírla, añadió:

«Estoy bien, cariño, y me siento estupendamente. No tienes por qué preocuparte.»

Vio que tras *Grimya* había entrado una jovencita regordeta de aspecto ordinario, que llevaba una pesada bandeja. La curiosidad brillaba en sus ojos color de avellana, pero Livian sólo le dio la oportunidad de echar una breve ojeada a la forastera antes de despedirla.

—Aquí está. —Empujó a *Grimya* a un lado con firmeza y colocó la bandeja en equilibrio sobre el lecho—. Bébete este caldo, luego debes intentar dormir hasta mañana. —Dirigió una rápida mirada hacia la ventana—. Sólo la Madre sabe el tiempo que seguirá soplando esta ventisca. Me da la impresión de que seguirá igual algunos días todavía. Así que —se dio la vuelta, con expresión ligeramente divertida—, disfrutarás de nuestra hospitalidad durante un tiempo, quieras o no.

El caldo olía muy bien y era suculento, Índigo vio que tenía cebada, tubérculos y resultaba bastante apetitoso como para superar la ligera sensación de náusea que aún sentía.

—Me siento muy agradecida —declaró. Luego añadió como si se le acabara de ocurrir—: Aunque no conozco el nombre de la familia con la que estoy en deuda.

Livian lanzó una carcajada.

—Oh, bueno, no somos demasiado ceremoniosos en cuanto a estas cosas —dijo sin darle demasiada importancia—. Y somos suficientes como para confundir a cualquier forastero. Pero si quieres darnos un nombre a todos nosotros, puedes expresar tu agradecimiento a la casa del conde Bray.

Índigo se quedó inmóvil con la primera cucharada de sopa a medio camino de su boca.

—¿Conde... Bray?

—Eso es. Bébete la sopa ahora, y lo retiraré todo para que puedas dormir.

Índigo no dijo nada más. Pero para sus adentros todo en su interior era un torbellino, y sólo el cansancio evitó que la paralizante sensación producida por la sorpresa y el temor se apoderaran de ella.

Conde Bray. Conocía muy bien aquel nombre, y la llevó de regreso a un pasado perdido que ansiaba recuperar. A pesar de que jamás lo había conocido, a pesar de que no era más que un nombre y una figura borrosa en su imaginación, alejado de ella por la enorme distancia que los separaba, un conde Bray de El Reducto había sido el padre de Fenran.

Librodot

CAPÍTULO 4

Cuando Índigo despertó, el fuego se había consumido casi por completo y una triste y débil penumbra que pretendía ser la luz del día se filtraba por las rendijas de los postigos de la ventana. Permaneció unos minutos inmóvil, dejando que su mente separara el sueño de la realidad y escuchando el ahogado aullido de la tormenta que seguía rugiendo en el exterior. Poco a poco recordó lo ocurrido la noche anterior y, al evocar su encuentro con Veness, lo hizo con lenta y apaciguadora claridad en lugar de dejarse llevar otra vez por la consternación.

La familia del conde Bray de El Reducto. La familia de Fenran —una o dos generaciones después—, bajo cuyo techo Fenran había vivido y trabajado. Debía de hacer ya muchos años que su padre había muerto, pero a lo mejor todavía quedaba alguien, pensó Índigo llena de inquietud, que recordara la historia del hijo menor de cabellos negros que se peleó con los suyos y abandonó la tierra que lo vio nacer para iniciar una nueva vida en el lejano sur. El sorprendente parecido entre Veness y Fenran no podía ser pura coincidencia. Inconscientemente, sin quererlo, había traído al fantasma de Fenran de regreso al hogar abandonado hacía cincuenta años.

Se sentó en el lecho, de pronto angustiada, echó hacia atrás las sábanas y posó los pies en el suelo. *Grimya no* estaba en la habitación, pero la puerta estaba entreabierta; o bien la loba había conseguido manipular el picaporte o alguien la había dejado salir mientras Índigo dormía. Paseó la mirada a su alrededor, vio su equipaje amontonado junto a la cama y empezó a rebuscar en él para encontrar ropa limpia y reemplazar el camisón prestado que llevaba. No podía quedarse: debía ir abajo y dar las gracias a sus anfitriones, recompensarlos si es que querían aceptarlo, y marchar. *No podía* quedarse. Allí, no.

Cinco minutos más tarde, tras haberse vestido apresuradamente y con los cabellos peinados de cualquier forma, salió de la habitación y se encontró en un largo rellano. Una escalera ancha conducía a la planta baja de la granja; abajo se veía luz y se escuchaba el murmullo de voces. Vaciló, insegura de sí misma. Entonces una puerta se cerró con fuerza en alguna parte, una sombra cruzó delante de la luz, y la muchacha de aspecto ordinario que había entrado en su habitación unos instantes la noche anterior apareció abajo. Empezó a cruzar el vestíbulo y, como si percibiera algo, se detuvo y levantó la vista.

—¡Estás despierta! —La muchacha sonrió—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, gracias.

—Baja y únete a nosotras. Aún queda algo de desayuno... Debes de estar muerta de hambre después de la prueba de ayer.

Sí que estaba hambrienta. Le devolvió la sonrisa con cierta vacilación, empezó a bajar las escaleras y se dio cuenta antes de llegar a medio camino de que sus palabras eran mentira. Le dolía todo el cuerpo y las piernas apenas la sostenían, amenazando con doblarse mientras descendía con los músculos agarrotados. La cabeza le daba vueltas y el estómago era un pozo sin fondo que le producía terribles náuseas. Al parecer la jovencita se dio cuenta de su estado ya que, cuando llegó al vestíbulo, una mano regordeta pero firme la sujetó con fuerza por el brazo y la condujo en dirección a una puerta abierta al otro lado donde brillaban con intensidad las lámparas.

—No estás tan bien como pensabas, ¿verdad? Ven a la cocina y nos ocuparemos de darte algo de comer. Tu perra loba está ahí también y ya ha comido.

La golpeó una oleada de calor y luz cuando la muchacha la hizo penetrar en una enorme habitación abovedada dominada por una mesa bien fregada y una cocina de hierro negra.

Librodot

Aquí, igual que en el dormitorio, los postigos de madera permanecían bien cerrados, Índigo parpadeó indecisa mientras el calor la envolvía y se hacía cargo de la relajada atmósfera. Jarretes salados de buey y cordero colgaban de las alfardas en redes hechas de cuerda, la luz se reflejaba en las sartenes de hierro y de cobre, y le llegó el aroma de pan recién horneado. *Grimya* se alzó de un salto de una estera extendida frente a los fogones y corrió a su encuentro.

«¡Índigo!» La voz mental de la loba rebosaba alivio. *«¡Estás despierta! ¿Cómo te sientes?»*

«Muy bien, cariño» Intentó ocultar la auténtica realidad en la respuesta.

«Todo el mundo es tan amable...», dijo *Grimya. «Me dieron más comida de la que podía comer, y han estado hablando de ti muy preocupados.»*

—Siéntate aquí, Índigo. —La jovencita empujó una silla de respaldo redondo hacia ella, Índigo se sentó y se inclinó para abrazar a *Grimya—.* Me llamo Rimmi. Te vi anoche, pero probablemente no me recuerdes. Estabas bastante débil.

—Te recuerdo. Me trajiste un poco de caldo en una bandeja.

—¡Eso es! —Rimmi la contempló satisfecha— Es una buena señal, dice mi madre; demuestra que tu cerebro no se ha visto afectado por lo sucedido. Algunas personas que quedan atrapadas en una ventisca pierden por completo la memoria, ¿sabes?, y se vuelven locas. Se... —Se interrumpió al entrar otra persona en la habitación—. Oh... Carlaze. Esta es Índigo. Salió entre la tormenta anoche. Madre ya te ha hablado de ella.

La recién llegada era algunos años mayor que Rimmi y mucho más bonita. Tenia los cabellos rubios, sujetos en una sola trenza que llevaba enroscada alrededor de la cabeza, y brillantes ojos marrón verdoso. Llevaba una bandeja cubierta que depositó junto a los fogones.

—Ésta es Carlaze —dijo Rimmi a Índigo—. La esposa de mi hermano.

—Hola, —Índigo le dedicó una débil sonrisa.

—Ya me he enterado de tu percance —dijo Carlaze—. Siento mucho lo sucedido..., todos lo sentimos. Kinter, mi esposo, le ha dicho a Veness que habría que azotar a Corv por lo que hizo.

Muy turbada por la franqueza de sus palabras, Índigo sacudió la cabeza.

—No tiene importancia. Fue sólo un malentendido.

—¿Un malentendido? —Carlaze enarcó las cejas—. No es eso lo que yo escuché. Además, Corv es el vaquero jefe aquí, y eso hace que su comportamiento resulte aún más inexcusable. —Entonces su expresión se suavizó—. Pero no debería estar aquí preocupándote. Rimmi, ¿no le has dado a Índigo nada de comer? Hay harina de avena, pan fresco y miel. Los hombres regresarán en cualquier momento y querrán otra infusión. Pon la tetera a hervir; hay un cubo de agua limpia junto a la puerta.

Rimmi, su breve atisbo de autoridad socavado por la personalidad más fuerte de Carlaze, corrió a obedecer, y la joven rubia se sentó en el borde de la mesa.

—Veness dice que tu suerte de anoche fue un milagro —observó con una sonrisa—. Seguro que no había más que una posibilidad entre mil de que encontraras la granja en medio de esta tormenta.

—Eso creo yo también —asintió Índigo—. Y os estoy muy agradecida a todos por ayudarme. Antes de que me vaya, espero que me dejéis que os pague de alguna forma.

—¿Irte? —rió Carlaze—. Estás de broma, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

Carlaze indicó con la cabeza en dirección a la ventana cerrada con postigos.

—Nadie sobreviviría más de cinco minutos en medio de esta tormenta. Es mucho más fuerte que anoche y tiene todo el aspecto de seguir así varios días todavía. Te quedarás aquí algún tiempo, Índigo.

Consternada, Índigo abrió la boca para protestar, pero se lo impidió la voz de Rimmi.

—¿Carlaze? —La muchacha había levantado la cobertura de la bandeja que Carlaze había traído—. ¿No ha...?

—No. —Carlaze la interrumpió con sequedad antes de que pudiera decir nada mas—. Y de nada sirve obligarlo, Rimmi, lo sabes tan bien como yo. Déjalo un rato. Veré lo que puedo hacer más tarde.

Rimmi se encogió de hombros y regresó algo taciturna a sus tareas. Carlaze empezó a cortar pan. Mientras lo hacía se escuchó el lejano estrépito de una puerta que se cerraba con fuerza en el otro extremo de la casa. Una *ráfaga.* de viento helado atravesó la cocina, haciendo que los jarretes salados se balancearan, y fuertes pisadas sonaron afuera, en el vestíbulo.

Veness apareció en el umbral, acompañado por otro hombre más bajo y corpulento. Carlaze giró la cabeza para mirarlos.

—Las botas fuera, por favor —ordenó con firmeza—. La tetera hervirá dentro de unos instantes.

Veness enarcó una ceja con gesto irónico y se sacó las botas de piel cubiertas de nieve; también había nieve en sus cabellos. Sus manos, a pesar de los guantes bien gruesos, estaban azuladas.

—Hay cinco personas en los barracones de los vaqueros que agradecerían una infusión, Carlaze —anunció; luego miró a Índigo y sonrió—. Buenos días, Índigo. ¿Cómo te sientes hoy?

Su compañero contempló a Índigo sin decir palabra mientras tiraba de una silla y se sentaba, intentando que su franco escrutinio no la intimidara, Índigo sonrió a su vez a Veness y dijo:

—Estoy muchísimo mejor, gracias.

—Me alegro de oírlo. Oh..., éste es Reif, mi hermano. Reif: te presento a nuestra afortunada refugiada, Índigo.

—Realmente afortunada. Hola, Índigo. —Sus ojos, grises como los de Veness, la midieron y pareció que no le gustara del todo... o no le inspirara confianza... lo que veía.

Rimmi trajo a ambos hombres una jarra de humeante infusión, y Carlaze dijo:

—Índigo hablaba de marcharse, Veness.

—¿Marcharse? —Igual que Carlaze había hecho antes, Veness se echó a reír, y Reif sonrió con severidad—. No te irás hasta que esta ventisca haya dejado de soplar por completo. Y no pienses ni por un momento que abusas de nosotros; siempre nos alegra tener un par de manos más. Además —Veness se interrumpió para tomar un buen sorbo de su bebida—, resulta que he visto un arpa entre tus cosas. ¿Eres un bardo?

—No, un bardo no. Pero la toco.

—Entonces, puedes tener por seguro que no te arrojaremos a los elementos: un nuevo músico que anime las noches será muy bien recibido, ¿eh, Reif?

—Desde luego. —Reif seguía mirando a Índigo inquisitivamente.

—Bien, pues. —Veness vació su taza y se puso en pie—. Tenemos trabajo que hacer, así que lo mejor será que nos pongamos en marcha. Carlaze y Rimmi cuidarán de ti... Oh, y

nuestros exaltados muchachos tendrán algo que decirte más tarde.

Índigo se sintió enrojecer.

—La verdad, Veness, no hay necesidad de eso.

—Sí, claro que sí. Lo de anoche lo dije en serio. —Tomó sus botas y guantes y se los puso de nuevo—. ¿Listo, Reif? Señoras, nos veremos más tarde.

A pesar de sus afirmaciones de que estaba totalmente repuesta, a Índigo no se le permitió ayudar en las tareas de la casa. Livian, que entró en la cocina minutos después de marchar Veness y Reif, descartó de plano sus ofrecimientos, diciéndole con firmeza que ese día al menos tendría que descansar y no pensar siquiera en ninguna actividad que exigiera esfuerzo. Podía hacerles compañía, pero Livian no le permitiría hacer nada más.

Y así pues, Índigo y *Grimya* pasaron la mayor parte del día en medio del ajetreo y la cálida atmósfera de la granja, en compañía de las tres mujeres. Su actividad era una distracción; evitaba que la mente de Índigo se desviara demasiado a menudo o demasiado dolorosamente hacia el recuerdo de la increíble ironía de su situación, de modo que con el paso de las horas empezó a formarse una idea más coherente de la familia Bray.

Había tenido la impresión de que Veness ostentaba el título de conde Bray, pero pronto descubrió que no era así. El conde actual, le dijo Livian, era el padre de Veness, el hermano de su difunto esposo. En esos momentos se encontraba enfermo, y Veness, por ser el primogénito, ocupaba su puesto hasta que se recuperara.

—Lamento que esté enfermo —dijo Índigo—. Eso debe hacer que mi presencia resulte aún más molesta.

—En absoluto —le aseguró Livian, y Carlaze, que la oyó, expresó su firme asentimiento—. La enfermedad del conde no es seria... al menos eso creemos. Esperamos que no tarde mucho en estar repuesto. —Dirigió una rápida mirada a Carlaze; una mirada curiosa, pensó Índigo, que parecía implicar la advertencia de no dar más explicaciones—. Y si estuviera en condiciones, habría sido el primero en darte la bienvenida.

Índigo se preguntó qué tipo de enfermedad podría ser. Ya había averiguado que Livian (que era tal y como había supuesto, la madre de Rimmi y Kinter, el esposo de Carlaze) era una viuda que, tras la muerte del marido, había llevado a su familia a vivir bajo aquel techo y adoptado el papel de señora de la casa. De todo esto, Índigo dedujo que el conde Bray debía de haberse quedado viudo recientemente, y supuso que a lo mejor la enfermedad era consecuencia de su dolor. Livian, sin embargo, no hizo la menor mención a ningún luto, y la muchacha prefirió no preguntar directamente.

Descubrió que Veness tenía dos hermanos: Reif, a quien ya conocía y de quien sospechaba le había tomado una inmediata antipatía, y Brws —pronunciado *Broze* con la típica inflexión de El Reducto que todavía le resultaba extraña y no había conseguido dominar—, que tenía quince años. El hijo de Livian, Kinter, tenía la misma edad que Veness y era, le confió Livian con orgullo, un elemento valioso para la granja; él, junto con Veness y Reif, era el eje alrededor del cual giraban todos los asuntos de la propiedad.

La finca en sí era una entidad mucho más extensa y compleja de lo que había pensado Índigo. El interés primordial de los Bray, igual que el de sus vecinos, era el ganado vacuno; pero además también criaban varios miles de ovejas en extensos terrenos situados algunos kilómetros más al norte, y controlaban zonas de bosque que se cultivaban para sacar madera, lo mismo que cultivaban el resistente grano que alimentaba a sus animales. Livian le dijo que

Librodot

realmente no tenía ni idea de cuántos hombres estaban empleados en las tierras de los Bray, pero debían de ser más de cien. Todos ellos vivían en pequeños poblados y granjas situados dentro de los límites de la finca. Y mientras los hombres trabajaban y gobernaban la tierra, esta enorme y vieja casa, la piedra angular de toda la propiedad, era por su parte el dominio de un pequeño matriarcado que se cuidaba de los asuntos domésticos de la granja. Un arreglo satisfactorio y práctico que le recordó a Índigo intensamente su hogar de la infancia, Carn Caille. Incluso la misma casa, cuadrada y sólida, construida con piedra, pizarra y madera, diseñada para soportar los peores inviernos, casi polares, recordaba la severa pero a la vez segura atmósfera de Carn Caille. Todo en ella era antiguo pero cómodo; no había opulencia ni grandiosidad, sin embargo la casa de los Bray respiraba una calidez que no precisaba riquezas ni adornos sofisticados.

No obstante había una cuestión que mortificaba a Índigo. Algo que Veness le dijo la noche anterior: que no había habido nadie llamado Fenran en la granja desde antes de que naciera su padre. ¿Cuántos años tendría Veness?, se preguntó. Alrededor de veinticinco, probablemente; de modo que su padre tendría cincuenta o más. Eso significaba que el último Bray que había llevado el nombre de Fenran debía de haber muerto —o haberse visto alejado de su familia— hacía por lo menos cincuenta años. Cincuenta años atrás... Un escalofrío gélido y viscoso le recorrió el cuerpo mientras se preguntaba si el actual conde Bray no habría tenido un tío al que jamás había conocido...

Pero no podía hacer esa pregunta. Confundida entre el anhelo y el temor de averiguar la respuesta, no podía reunir el valor para preguntar. Y quizá, le aconsejó una vocecita interior, sería mejor no saberlo; no resucitar por segunda vez el fantasma que el asombroso parecido de Veness con su perdido amor había despertado en su corazón, dejarlo tranquilo y olvidar, si es que podía.

La rutina de las tareas domésticas continuó sin interrupción durante toda la jornada. Poco después del mediodía tuvo lugar algo parecido a una dura prueba, cuando Índigo tuvo que enfrentarse con sus cuatro asaltantes del día anterior, a quienes Veness había reunido y enviado a disculparse. Nadie quiso atender su ruego de que no necesitaba ni deseaba una disculpa formal; lo que Veness decía era al parecer ley, y en esto no admitía la menor discusión. Los cuatro (Corv con el brazo en cabestrillo) se colocaron en hilera frente a ella en el vestíbulo, y cada uno dijo su parte por turno. Se los veía tan avergonzados como ella misma, y su contrición era genuina; aunque tuvo la sensación de que Corv le guardaba rencor por la deshonra que significaba haber sido herido por una mujer, cosa que por lo que pudo averiguar lo convirtió en blanco de muchas burlas. Pero hicieron las paces, y, cuando los hombres se marcharon para regresar a sus distantes alojamientos, Índigo se sintió segura de que ya no habría más problemas.

Por la tarde durmió un rato, vencida por la reaparición del agotamiento que hizo que casi se adormeciera en la silla delante de los fogones. Carlaze, al darse cuenta, la acompañó de inmediato y con firmeza hasta su habitación y, aunque estaba furiosa consigo misma por demostrar tal debilidad, Índigo fue incapaz de permanecer despierta una vez tumbada en la cama. La verdad era que sus fuerzas se habían debilitado; lo sufrido la noche anterior había hecho más mella de lo que creía y, muy contrariada, durmió hasta que Rimmi vino a decirle que estaban a punto de servir la cena, y que todos esperaban que se hubiera recobrado lo suficiente para unirse a la familia en el comedor.

La cena, según descubrió Índigo, era algo parecido a un ritual en la familia Bray.

Librodot

Terminado el trabajo, se reunían para charlar sobre los acontecimientos del día y relajarse en mutua compañía. A Índigo y a *Grimya* se las incluyó en esa íntima atmósfera como si se tratara de amigas de toda la vida. Había nuevos rostros: Brws, el hermano menor de Veness, y Kinter, sentado junto a Carlaze frente a Índigo. Existía un gran parecido entre Kinter y Rimmi, aunque la robustez que ambos habían heredado, y que no servía precisamente para acrecentar los encantos de Rimmi, resultaba muy atractiva en su hermano. Kinter tenía los cabellos castaños, una mirada amable y un rostro anguloso. Carlaze y él hacían buena pareja, pensó Índigo.

La conversación giró al principio sobre cuestiones cotidianas. Al parecer Veness y Kinter habían desafiado el mal tiempo para inspeccionar una sección de cercado que la ventisca había derribado, y que, dijo Kinter sombrío, sería imposible reparar hasta que mejoraran las condiciones climáticas. No afectaría en absoluto al ganado, ya que todos los animales habían sido trasladados a sus cuarteles de invierno, pero ahora que una sección se había caído, no había duda de que caerían otras más, lo cual significaba que habría que dedicar muchas horas de trabajo a hacer reparaciones.

—¿Cuándo crees que amainará la tormenta? —inquirió Carlaze.

Su esposo se encogió de hombros y miró a Veness, quien dijo:

—Aún durará otro día, posiblemente más.

Reif arrugó el entrecejo.

—Por si fuera poco, es más fuerte ahora que esta mañana. No había visto una tormenta como ésta tan a principios de invierno en muchos años. Vamos a tener un invierno duro, ya veréis como no me equivoco.

Índigo escuchó en silencio la conversación y tras el último comentario de Reif levantó la mirada, preocupada.

—Si eso es cierto, y el invierno va a ser particularmente duro —dijo—, no debo aplazar el viaje más de lo necesario. Tan pronto como termine esta tormenta, lo mejor será que me ponga en marcha lo antes posible.

Veness la contempló con incredulidad, y Reif lanzó una aguda carcajada.

—¿En marcha? —repitió con acritud—. ¡Bromeas, claro!

Veness le dirigió una rápida mirada y luego se volvió hacia Índigo.

—Lo que mi hermano intenta decir, aunque podría haberlo expresado con más sutileza, es que es probable que no exista la menor posibilidad de que nos abandones hasta dentro de unos cuantos meses.

La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿Unos *cuantos meses?* Pero...

Veness la interrumpió con suavidad:

—El invierno está empezando, Índigo, y en El Reducto no se puede jugar con el invierno. Ni siquiera los más curtidos de nosotros se atreverían a emprender un viaje largo en esta época del año y, por tu equipaje, es evidente que es un largo viaje lo que tienes en mente. —Aguardó a que ella se lo confirmara, y al fin la joven asintió de mala gana—. Bien, pues entonces no tienes otra opción más que quedarte.

Índigo sintió que su pulso se aceleraba.

—¡Pero no puedo imponeros mi presencia durante tanto tiempo!

—No es una cuestión de imponer nada; es una cuestión de simple necesidad —repuso Veness—. Y yo, por lo menos, me alegraré de que te quedes con nosotros.

Librodot

Todos los reunidos alrededor de la mesa asintieron, aunque Reif pareció un poco menos entusiasta que el resto, Índigo no sabía qué pensar ni qué decir. No *podía* pasar el invierno entero bajo aquel techo. No importaba lo amables que fueran sus anfitriones, ni la calurosa acogida que le brindaran, no podía permanecer en esa casa con sus terribles remembranzas, con Veness allí, a quien apenas se atrevía a mirar directamente. Y sin embargo no podía explicar a esta familia hospitalaria y bien intencionada por qué sentía lo que sentía.

—A lo mejor Índigo no quiere quedarse con nosotros —dijo Reif de repente.

Había visto su malestar y malinterpretado la expresión de su rostro, y era evidente por el tono de su voz que lo había tomado como un insulto, Índigo replicó apresuradamente:

—No... No, de veras, no es eso; no es eso en absoluto. —Se obligó a pasear la mirada por toda la mesa y a clavarla finalmente en Veness—. No hay nada que me gustara más. —*Era mentira*—. Pero... tengo que irme. Tengo cosas urgentes que hacer en el norte, y...

—¿Tan urgentes que estás dispuesta a arriesgar la vida por ellas? —preguntó Veness.

—Bueno, no, pero... seré una carga para vosotros. Livian me ha dicho que vuestro padre está enfermo. No puedo causaros tantas molestias. Ya habéis sido demasiado amables conmigo.

—Ahora escúchame, Índigo. —Veness le sonrió, mientras se inclinaba hacia ella desde el otro lado de la mesa. Le habría tomado la mano, pero ella la retiró, intentando hacer que el gesto pareciera puramente casual—. Comprendo lo que te preocupa, y aprecio tu inquietud. Pero quiero que te olvides de todas esas ideas sobre causarnos molestias, y que las olvides ahora mismo. Será un placer tenerte como nuestra invitada todo el tiempo que sea necesario, y eso zanja la cuestión. No puedo decirlo de forma más clara, ¿no crees?

Su sonrisa se había ensanchado hasta convertirse en una sonrisa abierta y cálida, Índigo comprendió con pesar que estaba atrapada. No podía rehusar la hospitalidad de aquellas personas sin ofenderlas o, de lo contrario, verse obligada a contarles toda la verdad; no se veía con ánimos para adoptar una u otra opción.

Grimya, que hasta aquel momento había permanecido sentada bajo la mesa y no había hecho el menor comentario, le envió de repente un mensaje mental.

«Creo que debemos aceptar lo que dicen, Índigo. Sé lo doloroso que debe de ser para ti estar en este lugar., pero la verdad es que creo que debemos quedarnos y sacarle el mejor partido posible a la situación.»

Con su acostumbrado sentido común la loba había comprendido y aceptado que era la única respuesta posible a su dilema. La resistencia de Índigo se vino abajo. *Grimya* tenía razón: debían quedarse. Considerar cualquier otra posibilidad era una locura.

Parpadeó, *y* con un esfuerzo de voluntad volvió a mirar a Veness.

—Gracias, Veness. La verdad es que no puedes decirlo con más claridad, y me has tranquilizado. Me siento..., las dos nos sentimos, muy agradecidas.

Al parecer consiguió no dejar traslucir incertidumbre en su voz, ya que Veness no percibió nada raro y se limitó a mirarla complacido.

—Entonces está decidido. Y os doy la bienvenida, oficialmente, quiero decir, a nuestra casa. —Levantó su jarra de cerveza—. Por nuestras nuevas amigas, Índigo y *Grimya.*

—¡Índigo y *Grimya!*

Se repitió el brindis, y Rimmi, que había tomado un sorbo demasiado grande de su jarra, empezó a balbucear y toser. Kinter se inclinó sobre ella para palmearle la espalda, y Carlaze se deshizo en incontenibles carcajadas. El incidente sirvió para disipar cualquier tensión que

aún flotara en el ambiente y, una vez que Rimmi se hubo recuperado, la atmósfera se relajó y todo el mundo empezó a hablar sin cumplidos. Carlaze preguntó a Índigo de dónde venía y, aunque como sucedía siempre en tales momentos, la pregunta le produjo un momentáneo estremecimiento, Índigo habló a los allí reunidos sobre la Compañía Cómica Brabazon con quienes *Grimya* y ella habían viajado por el continente occidental. Durante los últimos años había descubierto que las anécdotas sobre su estancia con aquella familia ambulante era una forma segura de distraer la atención de los demás y evitar que intentaran averiguar más cosas de su pasado. Sus compañeros escucharon con avidez el relato hasta que Veness dijo:

—¡Índigo, eres una narradora nata! No sé cómo tus amigos pudieron dejarte marchar.

La muchacha sonrió. La atmósfera de la velada y la cerveza que había bebido actuaron como un bálsamo sobre ella; estaba más relajada de lo que podía recordar haber estado en mucho tiempo.

—Mis talentos no son nada comparados con los de ellos —repuso—. Constancia en particular, es el cabeza de familia, y posee tal habilidad para describir un buen relato como probablemente no lo posee nadie en todo el oeste. Una leyenda, un misterio, el fragmento de un rumor, y Constancia puede transformarlo en un deslumbrante entretenimiento.

Rimmi hipó. Se había llenado la jarra más a menudo que los demás, según había visto Índigo, evitando subrepticiamente que su madre la viera y, en esos momentos, estaba algo más que un poco bebida. También había intentado en un cierto número de ocasiones monopolizar la atención de Veness, pero sin éxito, Índigo sospechó que la cerveza le servía de compensación.

—Es una lástima —dijo con voz algo entrecortada— que nunca viniera aquí. Imaginaos qué historia habría podido sacar de *esa* vieja reliquia.

Mientras hablaba, agitó una mano con gesto vago en dirección a la enorme chimenea de la estancia y al instante se hizo el silencio. Veness y Reif intercambiaron una rápida mirada, y Kinter le dedicó una furiosa, mientras Brws clavaba la vista en su plato como si deseara poder deslizarse bajo la mesa y desaparecer.

Livian fue la primera en recuperar el dominio de sí misma, extendiendo una mano para apartar la jarra de Rimmi fuera de su alcance.

—¡Es suficiente, Rimmi! —regañó.

Las mejillas de Rimmi se pusieron rojas como la grana.

—Lo... lo siento. No quería...

—No importa, Rimmi. —La voz de Veness era firme aunque se percibía en ella cierto enojo reprimido—. Pero no queremos insistir en ese tema, por favor.

Índigo clavó los ojos en la chimenea, preguntándose qué podría haber causado tan extraordinaria reacción entre sus compañeros. El hogar y la parrilla no tenían nada de extraordinario, a pesar de su tamaño impresionante, y la ennegrecida repisa no sostenía nada fuera de lo corriente. Pero entonces descubrió que encima de la repisa colgaba algo que se le había pasado por alto o al menos no había percibido de forma consciente). Un escudo redondo y pesado, oscurecido por el tiempo y la falta de lustre; y, colgada en diagonal sobre el escudo, un hacha de aspecto temible.

¿Podrían ser ésos el objeto de la desafortunada alusión de Rimmi? Paseó la mirada por la mesa, pero todos los demás, incluida Rimmi, habían vuelto con determinación su atención a la comida. El momento para pedir una explicación había pasado; pero se preguntó si, más adelante, podría persuadir a Livian o a Veness para que le contaran algo más. Porque en el

Librodot

preciso instante en que levantó la vista para mirar aquellas viejas armas descuidadas, una desagradable intuición pasó por su mente, ofreciéndole la respuesta a una pregunta que, ahora lo comprendía, había hecho todo lo posible por evitar tener que hacerse.

Se llevó inconscientemente una mano al cuello, palpando la tira de cuero de la que pendía la piedra-imán. Nadie observó su gesto, pero *Grimya,* alerta como siempre al más leve parpadeo de la mente de su amiga, percibió el pensamiento antes incluso de que se formara por completo. *«Sí»,* dijo, *«yo también me lo pregunto. ¿Es posible?»*

«No lo sé.»

La conversación se reanudaba. Veness dirigía un esfuerzo concertado para eliminar la tensión creada por el irreflexivo comentario de Rimmi. Alguien volvió a llenar la jarra de Índigo; la muchacha sonrió mecánicamente para dar las gracias pero su mente estaba en otro lugar. Llena de inquietud añadió, dirigiéndose a *Grimya* otra vez:

«Pero ojalá estemos equivocadas.»

Librodot

CAPÍTULO 5

Índigo esperaba tener la oportunidad de preguntar a Livian en privado el significado del hacha y el escudo, pero no tuvo suerte. Era casi medianoche cuando la reunión se disolvió por fin y Livian (que creía firmemente que los hombres eran peor que inútiles en lo concerniente a cuestiones domésticas) los envió a la cama para que las mujeres pudieran limpiar los restos de la celebración. Esta vez no rechazaron el ofrecimiento de Índigo de ayudarlas, pero mientras transportaban los platos vacíos a la cocina donde Rimmi los lavaba, tuvo la clara impresión de que Livian evitaba deliberadamente quedarse a solas con ella más que durante unos instantes.

El trabajo terminó por fin. Carlaze y Rimmi le dieron las buenas noches a Índigo y subieron las escaleras. Livian las siguió antes de que pudieran mencionar nada, de modo que Índigo y *Grimya* se encontraron solas en el comedor. Reif había apagado el fuego reduciéndolo a rescoldos, y la única iluminación de la sala provenía ahora de esas rojizas ascuas y de un único farol que Livian había dejado para que Índigo iluminara el camino al irse a la cama.

El silencio resultaba extraño tras el alegre barullo de la cena pero, no obstante, los ruidos de la casa no se habían apagado ni mucho menos. En el exterior, la tormenta rugía con la misma fuerza de siempre; Índigo podía oír el gemido del viento, acompañado por un agudo y espeluznante chillido que le indicaba que la fuerza del vendaval había alcanzado casi niveles de huracán. Los postigos repicaban de cuando en cuando, y una fuerte corriente de aire se deslizaba por debajo de la puerta, agitando las alfombras *y* azotándole los pies. Su intención fue dejar la habitación librada a su soledad, pero a medio camino de la puerta se detuvo al volverla a asaltar la curiosidad que había intentado olvidar. Se dio la vuelta y vio que *Grimya* la observaba. Un interrogante indeciso y a medio formar emanó de la mente del animal, Índigo supo que, también ella, se sentía reacia a salir sin echar al menos una mirada más detallada al origen del misterio de aquella velada.

Los rescoldos del fuego empezaban a apagarse. Sólo emanaba ahora un calor residual de la chimenea aunque las piedras del hogar resultaran aún calientes al tacto. El viento aullaba lastimero en la chimenea cuando Índigo se detuvo frente a la repisa y levantó los ojos hacia el escudo y el hacha.

Desde luego eran armas muy antiguas y, por su aspecto, habrían sufrido años de duro y sangriento quehacer. El escudo estaba abollado y en algunos lugares su grosor se había reducido al de un cuchillo, mientras la hoja del hacha estaba mellada y desigual, y el mango de madera muy gastado.

Grimya, de pie junto a Índigo, clavó los ojos en el escudo como si intentara ver a través de su superficie lo que había debajo. Al cabo de unos instantes dijo:

«Hay algo en esas armas que no me gusta, Índigo. No puedo describirlo con precisión, pero...» Arrugó el hocico. *«Huelen mal. No son cosa limpia.»*

Índigo se sintió inclinada a darle la razón aunque su instinto no era tan certero como el de *Grimya.* Se acercó más, sosteniendo el farol en alto, y contempló las armas con atención. La pátina formada sobre ellas las había vuelto con los años casi negras, cosa que hacía imposible descubrir el metal del que estaban hechas. Extendió una mano para arañar la pátina con un dedo...

—¡En nombre de la Madre, no las toques!

La voz le hizo dar un brinco de sorpresa, y estuvo a punto de perder el equilibrio y pisar los rescoldos del fuego al darse la vuelta en redondo.

Veness estaba detrás de ella. Ni siquiera *Grimya* lo había oído acercarse. El joven cruzó a grandes zancadas la habitación para sujetar el brazo de Índigo y apartarla del hogar.

—Lo siento —dijo—. No era mi intención asustarte, pero vi lo que estabas haciendo y tenía que detenerte.

Índigo estaba asombrada.

—Perdona..., no tenía la menor idea de estar haciendo nada indebido.

—No es eso. —La muchacha se dio cuenta *de* que estaba tenso, asustado incluso, cuando la luz del farol le iluminó el rostro—. Debiera de haber dicho algo antes cuando Rimmi hizo su desafortunado comentario, pero no quería amargar la velada.

—¿Amargar?

Veness lanzó un suspiro.

—A Livian no le gusta hablar sobre esas peculiares reliquias familiares; es supersticiosa, tiene miedo de tentar al destino. Pero yo me di cuenta de que sentías curiosidad. —Se volvió para mirar de nuevo la repisa de la chimenea—. No eres la primera que la siente, desde luego que no. Esas cosas parecen fascinar a todos nuestros visitantes. Cómo desearía haber podido regalárselas a alguien y sacarlas de una vez de esta casa..., pero ni a un enemigo declarado le obligaría a cargar con ellas.

Las orejas de *Grimya* estaban enhiestas, y la loba le transmitió:

«Yo tenía razón. Aquí pasa algo malo.»

Estaban junto a la mesa. Veness apartó una silla e indicó a Índigo que se sentara.

—Te contaré la historia de esas armas, si quieres oírla. —Forzó una sombría sonrisa mientras se acomodaba en otra silla a su lado—. Rimmi tenía razón. Tu amigo Constancia Brabazon habría pergeñado un buen espectáculo con ella aunque no habría sido una de sus mascaradas más alegres. No sé de cierto lo viejos que son el escudo y el hacha, pero han pertenecido a nuestra familia durante muchas generaciones. Y hace unos cien años estuvieron a punto de provocar nuestra ruina.

Índigo no dijo nada, aguardando a que continuara.

—Nuestro nada llorado antepasado, el conde Bray de aquella época —siguió Veness, volviendo la cabeza para mirar con expresión de disgusto las armas colgadas sobre la repisa—, se enzarzó en una disputa sobre derechos forestales con una familia vecina, que poseía tierras al sur de esta granja. Riñeron y pelearon durante un año o dos. Pero no se trataba de una disputa en exceso seria, hasta que nuestro antepasado cometió el crimen que proyectó una sombra indeleble sobre esta casa.

Reinó el silencio durante un momento; luego *Grimya* lanzó un corto y débil gemido, y Veness rió incómodo.

—Sonó como si comprendiera. Casi parecería que lo hubiese comprendido, ¿no crees? —Extendió la mano para acariciar la cabeza de la loba—. Pero no merecemos comprensión, *Grimya.* Al menos no la merece nuestro antepasado, —Sus ojos se volvieron hacia Índigo—. Envió un mensaje a la granja vecina, diciendo que la enemistad había durado demasiado tiempo y sugiriendo una reunión para poner fin a sus diferencias y firmar la paz. El vecino..., se trataba de un pequeño propietario, no tenía ni el poder ni la influencia de los Bray, y además no había querido pelearse con nadie... Así pues aceptó las condiciones propuestas por el conde y lo invitó a que fuera su huésped, con todos los honores, en una fiesta de celebración.

»El conde fue a la fiesta; pero fue con todo un ejército de guerreros y atacó la granja

vecina. Seguramente los cogió por sorpresa; no estaban preparados, tampoco tenían muchos guerreros. —Veness bajó los ojos hacia sus pies—. La casa de su anfitrión no tenía la menor posibilidad de defenderse. Fue una auténtica matanza.

Índigo miró el escudo y el hacha.

—¿Y fueron ésas las armas utilizadas por tu antepasado?

—Sí —asintió Veness—. Pero ésa no es ni mucho menos toda la historia. Se dice que el vecino tardó bastante en morir. Hay quien dice que era una especie de hechicero o brujo, casi imposible de matar. Yo no lo creo. Lo que creo es que era tan mortal como cualquiera de nosotros, pero también que en situaciones excepcionales la mente humana es capaz de cosas extraordinarias. —Le dirigió otra sonrisa forzada, esta vez con un ligero toque de timidez—. Reif y Kinter se reirían mucho de mí si supieran que soy un filósofo... Pero sea como sea, según la leyenda el hombre estaba tendido sobre su propia sangre, partido casi en dos, y en sus últimos momentos asió el escudo del conde Bray y le lanzó una maldición. Las mismas armas del conde se volverían contra él y los suyos, dijo, de la misma forma en que él las había vuelto contra su inocente vecino. Y la maldición duraría para siempre de modo que la traición cometida por la casa de Bray no se olvidara jamás.

Durante algunos momentos reinó el silencio de nuevo, a excepción del ahogado aullar de la tormenta, Índigo contuvo un escalofrío que quiso creer se debía tan sólo al frío.

—Es curioso —dijo Veness por fin—, pero cuando era pequeño, acostumbraba tener terribles pesadillas sobre esa escena. Lo veía todo con tanta claridad... La carnicería, la sangre, los hombres y las mujeres muertos... y al conde, también. Porque, verás, mientras el vecino pronunciaba su maldición, el conde Bray descubrió que el escudo y el hacha estaban pegados con fuerza a sus manos. No podía soltarlos, por mucho que lo intentara. Y cuando su víctima murió, él enloqueció. Enloqueció de verdad, una furia loca. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí —asintió Índigo con voz grave—. Sé lo que es.

—Estaba loco. Salió corriendo de la casa rugiendo como un toro, montó su caballo y cabalgó de regreso a la granja. Cuando llegó, saltó de la silla, cortó la cabeza del caballo de un hachazo, y luego atacó a su esposa y a sus hijos, aquí en esta misma sala. —Sus ojos grises se pasearon inquietos por la habitación—. Cuando regresaron sus hombres, encontraron muerta a toda la familia. El conde los había matado a todos y luego, en un último ataque de frenesí, se había matado a sí mismo a golpes de hacha.

Índigo aspiró con fuerza, muy despacio. No sabía qué decir, pero la historia de Veness no había finalizado aún.

—Enterraron el hacha y el escudo con el conde —siguió Veness—. Pero a la mañana siguiente del entierro, los encontraron otra vez en su antiguo lugar sobre la pared. Un criado intentó descolgarlos y, en cuanto los tocó, se pegaron a sus manos como habían hecho antes. También él se volvió loco. Lo mataron antes de que hiciera más estragos y nadie se atrevió a tocar las armas; las dejaron allí donde había caído el criado. Al día siguiente, estaban de nuevo en la pared. —Sus ojos se cruzaron con los de Índigo—. Y ahí es donde se han quedado desde entonces.

El farol empezaba a desprender una luz azulada, señal de que se le agotaba el aceite, Índigo estiró la mano para bajar su intensidad, pero lo pensó mejor.

—¿Y nadie los ha tocado desde entonces? —preguntó.

—Sólo en una ocasión. Hace muchísimos años, en tiempos de mi bisabuelo. El bisabuelo era un hombre práctico al decir de todos y no creía en maldiciones. Ofreció el escudo y el

Librodot

hacha como regalo a un invitado que había expresado su admiración por ellos.

—¿Qué sucedió?

—Nada, al principio. El invitado se los llevó, y el bisabuelo pensó que al fin se había demostrado que toda aquella historia no era más que una leyenda supersticiosa. Pero volvieron a estar allí a la mañana siguiente, igual que antes, colgados en la pared. Y más tarde averiguaron que el invitado que se los había llevado había muerto durante la noche. Al parecer, su corazón dejó de latir sin más mientras dormía.

»Así pues —Veness se levantó bruscamente y empezó a pasear por la habitación; no en dirección a la chimenea sino alejándose de ella, como si quisiera interponer entre las antiguas reliquias y él la mayor distancia posible—, comprenderás ahora por qué a nadie se le permite jamás tocar siquiera estas armas. —Se interrumpió, volviéndose para mirarla, luego se encogió de hombros como si se sintiera avergonzado—. A lo mejor no hay nada en esas historias, a lo mejor la maldición ha perdido ya su poder. No lo sé. Pero no le permitiremos a nadie que se arriesgue a hacer la prueba.

Índigo tardó varios minutos en responder. Percibía la excitación que emanaba de la mente de *Grimya,* pero la apartó de sus pensamientos. Aún no deseaba examinar las reacciones de la loba ni las suyas ante el relato de Veness.

Llevar tal peso a través de generaciones... «¿Había conocido Fenran aquella maldición?», se preguntó. Durante todo el tiempo que tuvo contacto con él, que había estado tan unida a él, jamás le había hablado de su vida anterior prefiriendo cortar todo vínculo con ella y fingir que jamás había existido. Sin embargo, seguramente debía de haber vivido en esa casa sabiendo la tragedia que ocultaba y que llevaba inculcada en su mente desde la infancia.

Levantó al fin los ojos, intentando dominar la ya familiar sensación de una mano fantasmal que se aferrara a su estómago al ver el rostro de Veness; el rostro de Fenran. En voz muy baja, dijo:

—Todavía sientes la culpa de ese crimen, ¿no es así, Veness?

El permaneció inmóvil por un momento. Luego sacudió la cabeza despacio.

—No lo sé, Índigo. No soy un estúpido: sé que no se nos puede culpar por lo ocurrido hace siglos. Ni siquiera somos descendientes directos de aquel conde; un primo se hizo cargo de las tierras y del título después de que él y todos los suyos murieran, y nuestra familia desciende de él. Pero sigo sin poder cabalgar por las tierras que pertenecieron al nombre que el conde Bray traicionó, sin sentir que paso por un lugar en el que no tengo ningún derecho a estar.

—¿A quién pertenecen esas tierras ahora?

Veness calló de nuevo, luego se encogió de hombros.

—A nosotros. Quedó todo arreglado entonces, de una forma muy pragmática. El auténtico propietario y toda su familia habían muerto. Su asesino ya no podía ser castigado. El nuevo conde de Bray era un recién llegado que no tenía nada que ver con la tragedia, así que ninguno de los propietarios creyó que hubiera de pagar por un crimen que no había cometido. Nadie más quería la tierra, no querían seguir los pasos del hombre asesinado. De ese modo pasó a formar parte de la propiedad de los Bray. Jamás hemos hecho mucho con ella. Supongo que nunca hemos tenido el coraje de hacerlo. —Flexionó los hombres para mitigar su rigidez—. Pero ya he hablado bastante por esta noche. —Le dedicó una débil sonrisa, como si conscientemente hiciera un esfuerzo por aligerar la atmósfera—. No sé tú, pero después de esto aún no estoy listo para ir a dormir. ¿Quieres tomar otra jarra de cerveza antes de irnos cada uno por nuestro lado? La cocina estará más caliente que esta sala; los fogones

Librodot

permanecen encendidos toda la noche. Y a lo mejor encontramos un tema de conversación más alegre para endulzar nuestros sueños.

Era una invitación franca y amistosa, pero Índigo no quiso aceptarla. Le gustaba Veness (era imposible evitarlo) y sin embargo al mismo tiempo la trastornaba profundamente. Temía que su extraordinario parecido con Fenran pudiera hacerle cometer un terrible error. A su mente le resultaría fácil imponer la imagen de Fenran sobre la de Veness y hacer que se convenciera de que se trataba de Fenran en todo excepto el nombre. En varias ocasiones se había sorprendido anticipando las ligeras y familiares peculiaridades de Fenran en las palabras y gestos de Veness, y en cada ocasión su ausencia la había confundido momentáneamente. No confiaba en sí misma; y de repente no quiso estar a solas con él.

—Gracias, Veness —repuso en voz alta—, pero... creo que me iré a la cama. —Le sonrió con un esfuerzo aunque sin gran convencimiento y estuvo segura de que no había resultado convincente—. Estoy más cansada de lo que creía —añadió con menos convicción aún.

Veness no hizo ningún comentario, pero su expresión pareció encerrarse en sí misma.

—Claro—Pareció como si lamentara haber hecho la invitación, Índigo deseó con toda el alma haber podido rehusarla sin causarle impresión equívoca—. Te deseo buenas noches, pues. —Su sonrisa seguía siendo afectuosa, pero impregnada de pesar—. Que duermas bien.

Cuando la puerta se cerró detrás de Veness, Índigo se llevó las palmas de las manos a la frente y suspiró con fuerza.

«Lo he disgustado», dijo a *Grimya* en silencio, llena de tristeza. *«Era lo último que deseaba hacer. Pero no podía decirle la verdad,* Grimya. *No podía.»*

«A lo mejor habría sido más fácil ser sincera», repuso *Grimya,* vacilante. *«Le caes bien, y parece una vergüenza dejar que piense que no deseas ser su amiga.»*

Habían dejado de oírse las pisadas de Veness. Una tabla del suelo crujió sobre sus cabezas y, juzgando que éste había llegado al piso superior y ya no podía oírlas, Índigo habló en voz alta.

—Lo sé, cariño. Pero en cierto modo no quiero hacer amistad con él. Existen demasiados escollos.

«¿Porque se parece a Fenran?»

—Sí. Y además quizás haya otros motivos. No quisiera que pensara... —Su voz se apagó, y *Grimya* inquirió:

«¿Pensara qué?»

Índigo sacudió la cabeza.

—No lo sé. Probablemente estoy yendo demasiado deprisa y demasiado lejos. Es sólo que... no quiero que haya el menor peligro de un malentendido. —Bajó las manos y se quedó mirándolas—. Ojalá la ventisca no nos tuviera atrapadas aquí. Sería mejor para todo el mundo si pudiéramos abandonar esta casa.

Con cierta reluctancia, *Grimya* volvió la cabeza para mirar la repisa de la chimenea.

«Sí», dijo. *«Quizá sería mejor.»* Vaciló, luego decidió que debía expresar aquello que acechaba como el olor de una tormenta aproximándose en la parte más recóndita de su mente. *«Pero me temo que sea algo más que la ventisca lo que nos retenga aquí.»*

—¿Qué quieres decir?

«Creo que sabes lo que quiero decir. También tú has estado pensándolo aunque has intentado fingir lo contrario.» Se produjo otro silencio, y al ver que Índigo no hablaba, la loba añadió: *«Estudié con más atención el escudo mientras Veness nos contaba su historia. Hay*

lugares donde la superficie puede verse todavía entre la suciedad. No sé de qué metal está hecho pero su color es plateado.»

Plata. Los viejos recuerdos penetraron en la mente de Índigo como serpientes; recuerdos de otras épocas, otras tierras. Un broche de estaño que centelleaba como si fuera de plata a la luz de una débil hoguera. Una anciana echadora de cartas gritando en medio de la algarabía de un bullicioso mercado oriental: *cartas plateadas para mi señora y su hermoso perro gris...* Y una criatura corrompida de ojos plateados, inhumana, implacable, riendo entre las sombras de una torre que se derrumbaba, siguiendo sus pasos como una invisible amenaza, mirando al mundo a través de sus propios ojos y mostrándole la horrible verdad de aquello en lo que se había convertido. Plata: el color y la personificación de su propia Némesis; y una señal que no podía ignorar.

Lo había percibido, tal y como decía *Grimya;* pero se había negado a aceptarlo, esperando en contra de todo lo que le decía su instinto estar equivocada, y aplazando el momento en que debería averiguar la verdad para bien o para mal. Podía seguir fingiendo pero ahora que *Grimya* había hecho abiertamente la pregunta supo que ninguna de las dos descansaría hasta que obtuviera respuesta.

Sacó la piedra-imán de la bolsa y la sostuvo encerrada en su puño unos instantes. La piedra ya no poseía el poder de intimidarla que poseyera en una ocasión; ésa era una lección que había aprendido durante sus viajes con los Brabazon, y le había enseñado algo sobre la auténtica naturaleza de la ilusión. Pero aunque había obtenido el poder de controlar la piedra, todavía no la dominaba por completo. Al fin abrió la mano y bajó los ojos hacia el liso guijarro.

El punto dorado de luz brillaba y danzaba como una luciérnaga atrapada. Ya no indicaba en dirección norte, pero no quería permanecer inmóvil. Una muda pregunta se formó en la mente de Índigo:

«¿Ahora qué, vieja amiga?»

Y el punto de luz se movió con un rápido y enfático parpadeo, para detenerse en el centro exacto de la piedra.

No necesitaba ninguna otra confirmación. El cuarto demonio estaba en esa casa.

Índigo no habló. Se limitó a guardar la piedra-imán, luego se volvió y tomó el farol. El aceite se había terminado casi por completo y la mecha humeaba; la débil luz duraría quizá otro minuto o dos, pero no más.

—Me voy a la cama —anunció. Su voz carecía de expresión.

Grimya agachó la cabeza en mudo asentimiento.

—Sssí. No hay nada que pu...eda hacerrrse ahora. —Levantó los ojos pesarosa—. Lo... sssiento.

¿Simpatía o una disculpa por haberla obligado a enfrentarse a la verdad? Índigo no lo sabía, y no parecía importar. Negó con la cabeza.

—No hay nada que lamentar, cariño. Vayámonos a dormir, si es que podemos, y no pensemos en esto ahora.

Afuera, en el vestíbulo enlosado, el ruido de la galerna se amplificaba en fantasmales ecos, gimiendo por el pasillo y haciendo que las pesadas cortinas que colgaban de las puertas para conservar el calor se agitaran y movieran inquietantes en la penumbra. Las sombras acechaban en la escalera; llegaron a su habitación mientras la lámpara llameaba con un último esfuerzo y, cuando la puerta se cerró tras ellas, Índigo extinguió la mecha haciendo que el

destello azul se apagara. La habitación quedó sumida en la oscuridad mitigada sólo por la línea pálida y débil que se filtraba allí donde los postigos dejaban pasar el extraño fulgor del cielo cargado de nieve, Índigo avanzó a tientas hasta la cama y se deslizó bajo las sábanas sin intentar siquiera desvestirse y encontrar su camisón. De repente se sintió agotada casi hasta el delirio, y lo único que deseaba era enterrarlo todo (Veness, maldiciones familiares, demonios) en el olvido del sueño. *Grimya* saltó sobre la cama para quedarse junto a ella. Advirtió el cuerpo cálido de la loba contra su espalda, pero *Grimya* no dijo nada e Índigo estaba demasiado cansada para desearle siquiera buenas noches. En menos de un minuto estaba ya dormida...

Esperaba dormir profundamente hasta la mañana siguiente pero faltaba aún mucho para el amanecer cuando algo la despertó. Se dio la vuelta medio despierta y preguntándose aturdida qué podría haber alterado su descanso. Entonces, a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la habitación, distinguió la silueta de *Grimya* junto a la ventana. La loba tenía el hocico pegado a los postigos e Índigo percibió una gran agitación en su mente. Pero resultaba imposible comprender aquel revoltijo de pensamientos incoherentes.

—*¿Grimya?* —Se sentó en el lecho, mientras su susurro se escuchaba por encima del ruido ahogado de la tormenta del exterior.

Grimya se volvió rápidamente, las orejas bien erguidas.

—¡Índigo! No quería despertarte.

—¿Qué haces? ¿Qué sucede?

—Hay *algo* ahí a... afuera —dijo *Grimya*—. Me despertó un ruido, y luego lo olí.

Índigo echó a un lado las sábanas y cruzó la habitación hacia ella. Se detuvo junto a la ventana escuchando, pero sólo oía el gemido del viento.

—A lo mejor si abro los postigos un poquitín... —empezó.

«¡No!»

La respuesta llegó con tal rapidez que Índigo se sobresaltó. Sus ojos se clavaron en la borrosa silueta de *Grimya.* La loba tenía el lomo arqueado en actitud defensiva, y de su postura se desprendía el temor que enfatizaba su protesta telepática.

—*Grimya,* ¿qué es? —La sensación de terror empezaba a afectar a Índigo, también, y su pulso se aceleraba hasta hacerse molesto—. ¿Qué hay ahí afuera?

—*¡Tigre!* —respondió la loba con voz ronca que apenas si era algo más que un gruñido gutural.

Y, como llamado por haber pronunciado la palabra, surgió de repente de la noche un sonido que no formaba parte de la tormenta, audible incluso por encima del aullido de la galerna. Lejano, pero enérgico y aterradoramente poderoso, era el desafiante rugido ronco de un felino enorme.

Grimya lanzó un gañido, y saltó del alféizar de la ventana para quedarse temblorosa en el centro de la habitación. Tenía los pelos erizados, y su miedo se iba transformando en terror incontrolado.

—*¡Grimya!* —Índigo corrió junto a su amiga y le acarició la leonada cabeza, en un intento por calmarla—. ¡Todo va bien, no puede llegar hasta ti! Está muy lejos...

—¡No! —ladró *Grimya* temerosa—. No está lejos. ¡No está lejos!

—¡Está bastante lejos! Tranquilízate, cariño. Aquí estás a salvo. —Dirigió una rápida mirada a la ventana cerrada, al tiempo que se preguntaba inquieta a qué distancia estaría el enorme felino. Aquel rugido se había oído con tanta claridad en medio de la tormenta...

Librodot

Desechó de inmediato la especulación para que *Grimya* no percibiera sus pensamientos. Todo el cuerpo de la loba se estremecía ahora mientras hundía el hocico en el brazo de Índigo.

—*Lo* si... sssiento —dijo angustiada—. Pero le tengo tanto mi... edo.

Índigo la abrazó con muda simpatía. A ella le asustaba también el tigre de las nieves, y sabía lo fuerte y peligroso que podía ser; pero *Grimya,* empujada por el instinto innato de los suyos, era incapaz de combatir aquel horror con la ayuda de la lógica humana, y estaba casi paralizada de terror. Durante varios minutos permanecieron acurrucadas la una contra la otra en el suelo de la habitación a oscuras, escuchando con atención a la espera de un nuevo rugido, pero sólo se oyó el incesante y sombrío gemido del viento y el repiqueteo de los postigos debatiéndose contra los pestillos. El tigre de las nieves había dado a conocer su presencia, y parecía conformarse con eso.

Por fin Índigo notó que los estremecimientos de *Grimya* empezaban a remitir, y aflojó su abrazo al tiempo que empezaba a incorporarse.

—Aún no se percibe la luz del alba. —Su voz era un murmullo—. Deberíamos dormir un poco más.

«No... no creo que pueda volver a dormir», le transmitió *Grimya.*

—Debes intentarlo. Las dos debemos hacerlo. Vamos, túmbate en la cama conmigo. No hay nada que temer ahora.

Algo indecisa, *Grimya* se dejó convencer para regresar a la cama. La habitación empezaba a estar desconsoladamente fría y el calor que despedían los rescoldos del fuego se iba desvaneciendo. Para Índigo fue un placer poder cubrirse otra vez con las mantas. Cubrió con una a *Grimya, y* la loba se acurrucó más cerca de ella. Los latidos de su corazón eran muy rápidos, Índigo le acarició la cabeza. La loba gimió, colocando el hocico en el pliegue del brazo de la muchacha, luego acabó de acomodarse por fin y, aunque no de muy buena gana, se quedó inmóvil.

Índigo permaneció despierta un rato, escuchando el estruendo de la tormenta y preguntándose si el rugido del tigre habría despertado a alguna otra persona de la casa. De vez en cuando se escuchaban ruidos extraños; el crujido de vigas o tablas, un repentino silbido lúgubre, como si se hubiera abierto una puerta dejando entrar la tormenta. Pero los crujidos no eran más que los quejidos de la vieja casa mientras el viento la zarandeaba; los silbidos, el eco de una repentina ráfaga de aire en la chimenea. No había nadie por ahí.

Por fin, con la cabeza de *Grimya* apoyada en su brazo y las mantas cubriéndole hasta las orejas, Índigo volvió a dormirse.

CAPÍTULO 6

Aunque no se hizo la menor mención de ello, Índigo sospechó que *Grimya y* ella no habían sido las únicas en oír al tigre aquella noche. La atmósfera alrededor de la enorme mesa de la cocina a la hora del desayuno era contenida y un poco tensa: Rimmi se mostraba torpe; Livian y Reif, de malhumor, y Veness extrañamente silencioso, Índigo cambió de opinión sobre su impulso inicial de sacar a colación el tema y contar a los otros lo que había oído: a pesar de carecer de evidencia real para respaldar su impresión, sospechó que cierta atmósfera de temor iba ligada al felino, y parecía prudente no decir nada.

La tormenta seguía sin dar la menor señal de querer amainar, pero había tareas esenciales que no podían posponerse ni siquiera con el mal tiempo. La granja estaba escasa de trabajadores ahora que la ventisca imposibilitaba que el acostumbrado contingente de hombres como Grayle y Morvin vinieran desde sus lejanos hogares, y el ofrecimiento de Índigo de ayudar fue recibido con gratitud. Envueltos en pieles, Kinter y ella salieron al aullante pandemónium para transportar forraje desde el inmenso granero situado junto a la casa hasta el relativo refugio de los establos. Cruzaron el patio entre resbalones y traspiés, las cabezas vueltas como nadadores en medio de una corriente para protegerlas de la galerna que amenazaba con derribarlos a cada paso. Las dependencias se alzaban sombrías y espectrales en la oscuridad. Por encima del aullido de la tormenta se escuchaban erráticas e irreales voces que gritaban y el tintineo metálico de los cubos, mientras Veness y Reif, en la bien protegida caseta del pozo, sacaban agua para humanos y animales por igual, y en el establo del ganado, Brws y Rimmi ordeñaban las dos vacas y alimentaban a las aves domésticas encerradas en el corral.

No dejaron de trabajar durante las cortas horas de luz diurna, descansando sólo para tomar un rápido almuerzo y tener la oportunidad de descongelar las manos y pies helados ante los fogones de la cocina. Terminado por fin el trabajo con el ganado, Veness y Reif se unieron a ellos para iniciar la batalla de limpiar la nieve que se amontonaba y deslizaba por el patio. Pero era una lucha desigual; con la misma rapidez con que se barría caía la nieve, la ventisca arrojaba nuevas oleadas contra ellos y, al fin, a grandes gritos para hacerse oír por encima del rugir del • viento, Veness mandó hacer un alto mientras la arremolinada blancura de la mañana empezaba a hundirse en una penumbra aullante y traicionera.

En el interior de la casa, el contraste producido por el silencio y la quietud tras la algarabía exterior fue muy agudo y, durante los primeros minutos, los desorientó. Advirtieron que gritaban como si la galerna siguiera soplando *a.* su alrededor y les arrebatara las palabras. Los oídos de Índigo resonaban aún con el eco del estrépito de la tormenta, reducido ahora a un murmullo lejano y lúgubre gracias a la protección de las gruesas paredes de la casa. Aturdida por el calor, la luz y la quietud, cambió complacida sus ropas por otras secas que Livian había dejado calentándose junto al fuego de su habitación, y se reunió con los demás para la cena comunal en la sala comedor.

Esta vez no hubo incidentes que echaran a perder la reunión y, para alivio de Índigo, parecía que Veness había olvidado (o al menos dejado de lado) cualquier resentimiento que hubiera podido sentir ante su rechazo de la noche anterior. Las tensiones personales quedaron diluidas ante la dureza de aquel día de trabajo; Índigo había sido ahora aceptada con decisión y espíritu pragmático como otro par de manos en la lucha por la supervivencia, e incluso la actitud suspicaz de Reif se había relajado un poco aunque seguía sin dirigirle casi la palabra. De vez en cuando durante la cena la muchacha dirigía rápidas miradas a la repisa donde

Librodot

colgaban el hacha y el escudo medio ocultos entre las sombras pero, pese a que su malévola presencia le producía cierto malestar, estaba demasiado cansada para prestarles mucha atención y, a medianoche, subía ya las escaleras en dirección a su habitación acogedora y caliente en busca del descanso de una noche de sueño profundo.

El tigre de las nieves no regresó. No hubo ninguna perturbación en toda la noche, sólo el ruido incesante de la ventisca que empezaba ya a volverse tan familiar y, en cierta forma, tan tranquilizador, como el silencio de cualquier noche de verano. El día siguiente transcurrió de manera muy parecida al anterior aunque Índigo se vio estorbada por el terrible dolor de unos músculos no acostumbrados al trabajo duro, y regresó a la casa al anochecer tan entumecida que apenas si podía andar. Carlaze le echó una mirada y luego empujó a los hombres fuera de la cocina, censurándolos por permitir que su invitada se agotara hasta tales extremos. Acto seguido llenó de agua caliente un gran barreño situado frente a los fogones, añadió un brebaje hecho de hierbas, e insistió en que Índigo se sumergiera en el agua perfumada para aliviar el cuerpo dolorido. Bañada y envuelta en toallas mientras la muchacha rubia se deshacía en atenciones con ella, y Livian y Rimmi preparaban la comida en medio de un confortable caos a su alrededor, Índigo empezó a sentirse como un miembro más de la familia... Una sensación agradable, pero a la vez algo inquietante. Permaneció en silencio durante la cena, y se fue a la cama temprano, escuchando los apagados sonidos de las conversaciones y las risas que le llegaban desde abajo. Se quedó dormida en medio de una curiosa sensación donde se mezclaban la felicidad y el desasosiego.

Al día siguiente se despertó antes del amanecer. Durante algunos minutos fue incapaz de discernir qué la había despertado, pero entonces se dio cuenta de que el mundo se había quedado total y asombrosamente silencioso. La tormenta había cesado.

Se sentó en la cama y tanteó a su alrededor en busca de pedernal y yesca para encender la lámpara. El extraordinario silencio después de tres días de tormenta parecía casi una intromisión. Tuvo que sacudir la cabeza varias veces y apretar las palmas de las manos contra las orejas, hasta conseguir convencerse de que aquella paz era real y no un sueño. Brilló una chispa. La mecha de la lámpara prendió y la muchacha le dio más fuerza, llenando la habitación de formas de luz ambarina y sombras sepia. Sonrió al ver que *Grimya* estaba ya despierta y junto a la ventana. La loba se volvió y su cola se agitó ansiosa.

—¡Ha pa... parado de nevar! —anunció—. El mundo vuelve a estar en silencio. ¡Podemos salir!

Índigo sabía que *Grimya* había sido muy desdichada durante los dos últimos días. Odiaba estar encerrada pero, como no podía ayudar en ninguna de las tareas al aire libre, no pudo hacer otra cosa que permanecer en la casa con las tres mujeres de la familia Bray. En aquellos momentos arañaba ansiosa los postigos de la ventana con una pata, Índigo se deslizó fuera del lecho y fue a descorrerle el pestillo.

Ante ellas apareció un mundo blanco y silencioso que brillaba etéreo bajo un cielo negro repleto de estrellas. La luz de las estrellas proyectaba las débiles pero discernibles sombras de la casa y los establos sobre la nieve, y *Grimya* dejó escapar un gañido de placer, al tiempo que su cuerpo se estremecía.

—Es como los in...viernos de mi pa... país —dijo entusiasmada.

Índigo sonrió, y soltó el pestillo de la ventana acristalada, abriéndola unos centímetros. Un aire helado que la dejó sin respiración se introdujo al momento por la rendija, trayendo el olor del hielo y de los pinos. De inmediato aparecieron los recuerdos de vivificantes mañanas

Librodot

heladas en Carn Caille, cuando los vientos potentes de los glaciares meridionales cesaban por un breve espacio de tiempo y el mundo parecía silencioso, limpio y recién estrenado. Carn Caille y las Islas Meridionales estaban en la otra punta del mundo ahora, y las constelaciones que flotaban sobre este amanecer de invierno le eran desconocidas, pero la sensación purificadera era la misma.

No quería volver a la cama. La había contagiado la excitación de *Grimya,* desterrando por completo el cansancio. Así pues se vistió y bajó las escaleras en silencio. La loba le pisaba los talones. La cocina aún estaba caliente, los fogones encendidos, y dejó salir a *Grimya* a la helada anticipación de la aurora antes de llenar la enorme tetera en el cubo de agua que habían entrado la noche anterior y ponerla a hervir para preparar la infusión matutina. Mientras la tetera empezaba a sisear y borbotear agradablemente, sacó harina de trigo y avena de sus respectivos envases y amasó pasta para preparar hojuelas, sonriendo con melancolía para sí al pensar en el contraste con su vida de antaño en Carn Caille. Entonces no tenía que hacer tareas domésticas, no tenía que cocinar, alimentar animales, ni barrer la nieve: sólo se ocupaba de labores y placeres propios de la hija de un rey, mientras los criados satisfacían todas sus necesidades diarias. No obstante ahora le resultaba difícil recordar cómo había sido la vida en aquella época. Su mundo había cambiado tanto..., *ella* había cambiado tanto...

Grimya regresó, los ojos encendidos de satisfacción y la lengua colgando. Había estado revolcándose por la nieve, y se sacudió violentamente en la entrada antes de penetrar en el interior. Su hocico se estremeció mientras recogía los diferentes aromas de la cocina, y anunció:

—Tengo *hambre.*

—Terminaré esto y te buscaré algo de comer —le dijo Índigo con una sonrisa—. ¿Está bien la nieve?

—Mu... mucho. Y me parece que pu... puede haber buena caza.

Sin duda los habitantes de la casa agradecerían un poco de carne fresca, pensó Índigo; debía preguntar a Veness o a Kinter qué tipo de caza se encontraba en la zona. Depositó en el suelo un cuenco de agua para que *Grimya* bebiera y, mientras terminaba las hojuelas, la puerta interior se abrió y entró Veness.

—Índigo. —Estaba sorprendido aunque intentó con toda intención minimizar el embarazo que le producía encontrarla allí sola—. ¡Vaya, sí que eres madrugadora!

—El silencio me despertó, por extraño que parezca.

—No es nada extraño. —Veness flexionó los hombros y giró la cabeza de un lado a otro para mitigar cualquier resto de entumecimiento—. Nos hemos acostumbrado tanto al ruido estos días que lo echaremos de menos algún tiempo. La calma que sigue a la tormenta... Por la Diosa, es un alivio, ¿verdad? Podremos andar por ahí de nuevo y trabajar de verdad. —Calló, luego hizo una mueca—. Veo que *Grimya* ya ha aprovechado el cambio.

—Odia permanecer encerrada durante mucho tiempo —dijo Índigo. La tetera hervía, y colocó una bolsita de hierbas para infusión y especias en una jarra de cobre antes de llenarla de agua y depositarla sobre los fogones para que hirviera a fuego lento—. La infusión estará lista en unos minutos. Y he preparado pastelillos.

—No era necesario que te molestases. Debieras haber esperado a Livian. La oí moverse, bajará enseguida.

—Me gusta poder hacer algo para ganarme el sustento.

Índigo descolgó los tazones de sus ganchos, consciente de que su voz y movimientos eran

Librodot

poco naturales y demasiado formales, pero se sentía incapaz de relajarse en su presencia. Era la primera vez que estaban solos desde aquella primera noche; sin Kinter, Reif o al menos una de las mujeres para suavizar la tensión, y le resultaba difícil mirar a Veness a los ojos o comportarse con despreocupación.

Se produjo un silencio, durante el cual fue consciente de que los ojos de Veness la observaban. Entonces, de modo casual pero con deliberada intención, Veness le preguntó:

—¿Qué tal eres como tiradora con esa ballesta tuya?

La pregunta la cogió desprevenida y se volvió sin poder disimular la sorpresa. Veness estaba apoyado en el respaldo de una silla, y en su rostro brillaba una amplia sonrisa. La muchacha le devolvió la sonrisa un tanto indecisa.

—Bastante buena.

—Kinter me estuvo hablando del arco anoche. Tengo entendido que le enseñaste los principios básicos. Es bastante diferente de las armas que utilizamos por aquí. Kinter se quedó impresionado, y dijo que debería verlo por mí mismo, así que ahora que ha pasado la tormenta y podemos ir más allá del patio otra vez, ¿te importaría hacerme una demostración?

Al parecer estaba decidido a hacer caso omiso de su cautela y a derribar las barreras, Índigo asintió con la cabeza, insegura de sí misma aún pero llena de simpatía por él, deseosa de aliviar la tensión.

—Con mucho gusto —respondió.

—Estupendo. Voy a sacar la troika para ir al bosque después del desayuno. Hay un grupo de leñadores trabajando en un campamento y quiero comprobar que no han tenido problemas durante la tormenta y llevarles más provisiones. Ven conmigo, te enseñaré a conducir la troika a cambio de que me enseñes cómo manejar el arco.

Grimya irguió las orejas y dijo en silencio:

«¡Eso me encantaría! Habrá mejor caza en el bosque.»

Índigo dudó, pero sólo un momento. Había estado aguardando una oportunidad de compensar a Veness, no deseaba que pensara mal de ella: al contrario, deseaba su aprobación y amistad aunque apartó rápidamente la idea de su mente antes de que la obligara a cuestionarse los motivos. Además, quizás el bosque guardara la clave del enigma del tigre de las nieves. Aunque fuera ilógico, Índigo estaba convencida de que la aparición del enorme felino —primero para ayudarla cuando se vio amenazada por el borracho Corv y los otros, luego para lanzar su desafiante rugido durante la segunda noche de su estancia en la granja— era significativa en alguna forma. No sabía si tenía algo que ver con su misión: pero cualquiera que fuese la verdad, quería averiguar más.

—Sí; me gustaría —dijo a Veness—, gracias.

El se echó a reír.

—¡No me des las gracias tan deprisa! ¡Para cuando hayamos terminado de cargar todo ese peso muerto de provisiones y lo hayamos descargado allí para reemplazarlo con unos cuantos cientos de troncos, puede que te hayas arrepentido de haber aceptado ir!

Por primera vez Índigo se relajó lo suficiente para sonreírle.

—Me arriesgaré —declaró.

El sol era una bola roja en el horizonte, que arrojaba largas y débiles sombras sobre la nieve, cuando la cargada troika salía del patio de la granja con siseo de patines y tintineo de las campanillas de los arneses. Índigo iba sentada junto a Veness en el asiento del conductor,

Librodot

Grimya se instaló en el hueco que quedaba a sus pies, golpeando excitada la cola contra las piernas de Índigo. Atravesaron el arco de piedra y emergieron a un mundo de deslumbrante blancura bajo un cielo que se volvía cada vez de un azul más intenso a medida que el sol describía su reducido arco. La luz que se reflejaba sobre la nieve era cegadora, Índigo y Veness se echaron sobre los ojos los extremos de sus capuchas de piel para protegerlos, y sujetaron con más fuerza las orejeras alrededor de las mejillas. El frío era intenso y a la vez estimulante, Índigo se sujetó con fuerza a la barra de madera que tenía delante cuando dejaron atrás la casa y los establos, y la troika empezó a adquirir velocidad. Los tres caballos que tiraban de la troika (dos bayos y un tordo) estaban acostumbrados a las adversidades climáticas y se movían con seguridad sobre la nieve helada; tan llenos de energía reprimida y ansiosos por estar al aire libre como *Grimya* después de tres días de encierro, se lanzaron a temible velocidad en dirección sudoeste. Los peludos cascos eran una mancha borrosa, las crines y las colas ondeaban al viento como estandartes deshilachados. Tras ellos dejaban una estela blanca de nieve arremolinada que levantaban los patines. Veness le gritó por encima del ruido y el campanilleo:

—¡Dejaremos que los caballos se desahoguen un poco, luego puedes tomar las riendas y veremos qué tal te desenvuelves!

Ella asintió con la cabeza y luego dijo:

—¡No creía que pudieran correr tan deprisa sobre la nieve!

—¡Sería otra historia si la nieve no estuviera helada y dura! Si estuviera más blanda, tendríamos que recurrir a los perros..., y en cuanto se inicie el deshielo será imposible ir a ningún sitio. —Volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa—. ¡Así que lo mejor será que aprovechemos mientras dure!

Índigo asintió de nuevo, y devolvió su atención al paisaje que los rodeaba y a la excitación que le producía esta nueva experiencia. El viento le azotaba el rostro y cantaba en sus oídos con un zumbido lastimero que se entremezclaba con la música de las campanillas de los arreos, y el paseo resultaba muy agradable a pesar de lo accidentado del terreno. Era casi como navegar, pensó, como navegar en un bote pequeño pero veloz con la marea a favor y viento de popa. Casi tenía la impresión de que si miraba hacia adelante no vería los traqueteantes lomos y erguidas orejas de los tres caballos sino una vela hinchada y agitada. Bajó los ojos hacia *Grimya* y vio que la loba tenía el hocico levantado en dirección al aire que golpeaba y echaba atrás su moteado pelaje.

«¿Feliz?», inquirió en silencio.

«¡Sí! ¡Soy muy feliz!», respondió la loba con la lengua afuera.

Llegaron *al* campamento de los leñadores en poco más de una hora, Índigo había tomado las riendas de la troika durante un rato para ver si podía conducirla. Manejar tres caballos enormes enjaezados en hilera era muy diferente de montar uno solo. Se sentía lejana y fuera de control, y en varias ocasiones el trineo se balanceó de manera alarmante cuando los caballos, poco seguros de sus instrucciones, perdían el paso. Pero no se produjo ningún accidente y, a pesar de que ella consideró que se debía más al sentido común de los caballos que a sus propios esfuerzos, Veness insistió en que poseía una aptitud natural, y predijo que no tardaría mucho en poder manejar ella sola el tiro.

Llevaban veinte minutos corriendo en paralelo al bosque que se encontraba ahora a menos de un kilómetro en dirección oeste; *y* Veness, que volvía a tener el control de la troika, lanzó

Librodot

un agudo silbido a los caballos y tiró de las riendas. El trineo viró hacia la derecha y, al tiempo que el terreno se volvía más empinado y su velocidad disminuía, Índigo vio un hilillo de humo azul que se elevaba entre los árboles. Se acercaron más y distinguió la masa de una cabaña de piedra allí donde se había talado un bosquecillo de coniferas. Había varias cabañas de madera alrededor de la de piedra y, desperdigados algo más allá, los desperdicios habituales que indicaban la presencia de seres humanos. Se veían figuras en movimiento; alguien descubrió la troika y un grito atravesó débilmente el terreno helado hasta ellos. Al cabo de dos minutos se detenían en el campamento levantando una gran cortina de nieve.

Había diez leñadores en el campamento. La cabaña de piedra, como Veness le explicó durante el trayecto, había sido su hogar temporal desde hacía ya más de un mes, mientras llevaban a cabo la acostumbrada limpieza otoñal del bosque, retiraban árboles muertos o enfermos, plantaban nuevos, limpiaban las zonas de matorrales y, algo de vital importancia, cortaban la leña que alimentaría los fuegos de los hogares de todas las propiedades de los Bray mientras durara el frío. El inesperado inicio del invierno había convertido su tarea en una labor apremiante; ahora trabajaban contra reloj para completar la tala antes de que nuevas ventiscas los obligaran a suspender el trabajo.

Los leñadores eran hombres fuertes y resistentes, de aspecto tosco y modales burdos, sin el menor vestigio de delicadeza. La aparición de Índigo en medio de ellos propició gritos de aprobación, acompañados por buen número de observaciones y gestos obscenos, pero los comentarios eran totalmente inofensivos —destinados según su código, tal y como comprendió la muchacha, a ser tomados por cumplidos— y la alegría y buen humor de los hombres pronto acabó con su suspicacia inicial. Se le prodigaron infinidad de mimos a *Grimya,* y dos de los hombres encontraron en sus menguadas provisiones restos de carne que, aunque resecos y un poco rancios, la loba comió para complacerlos.

No tuvieron dificultad en encontrar manos dispuestas a descargar el trineo, y, una vez que las provisiones quedaron bien almacenadas en la cabaña, el jefe de los leñadores sugirió que a lo mejor Veness querría dar un paseo por el bosque con él para inspeccionar la última zona despejada.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Veness a Índigo.

La muchacha negó con la cabeza, y palmeó la ballesta y el carcaj que ahora llevaba colgados del hombro.

—Pensaba que a lo mejor podría llevarme a *Grimya y* ver qué clase de caza puedo encontrar —dijo. Se calló, dirigiendo una rápida mirada al grupo de leñadores—. Es decir si...

Veness comprendió.

—No te preocupes, no volverá a repetirse lo sucedido con Corv. Para empezar, están todos sobrios; por lo que he podido averiguar no han tenido mucha elección, se quedaron sin licor durante la ventisca. Se correrán una gran juerga esta noche con los nuevos suministros, pero ahora no te molestarán.

—Gracias. Espero que no pensarás...

—No, no, no te culpo por ser prudente. Nos veremos más tarde. —Extendió la mano como si fuera a tocarle el brazo, luego pareció pensarlo mejor—. ¡Buena caza!

Índigo y *Grimya* se pusieron en camino siguiendo el linde del bosque. A pie la marcha era laboriosa, pero caminando con cuidado por entre los apiñados árboles de hoja perenne, que habían evitado que la nieve se acumulara demasiado, consiguieron avanzar con cierta rapidez, y pronto dejaron de oír los ruidos del campamento y se encontraron en medio de una profunda

Librodot

y silenciosa quietud. No soplaba el viento, ni siquiera una ligera brisa; parecía que tras el final de la tormenta los elementos se habían quedado sin energías, al menos de momento, y el único ruido que quebraba el silencio era el suave siseo de sus pies sobre la nieve.

Grimya olfateó el aire, alertados sus instintos depredadores, e Índigo contempló los dibujos moteados de luz y sombra que los rayos de sol producían al filtrarse entre los árboles, en busca del menor atisbo de movimiento que pudiera revelar la presencia de un ave o un ciervo. Cuando llegaron al claro, estaba en un principio demasiado ensimismada para observar la hilera de huellas que atravesaba el pedazo de lisa nieve virgen, y fue *Grimya.* quien corrió primero hacia ellas con la nariz pegada al suelo. Entonces se detuvo en seco, al tiempo que se le erizaba el pelaje del lomo y un ronco gruñido brotaba de su garganta.

—¿Qué sucede? —Índigo avanzó con esfuerzo por la nieve para reunirse con ella, y la loba levantó la cabeza. Tenía la boca abierta y enseñaba los dientes con fiereza, llena de terror. Se apartó unos pasos mientras Índigo se agachaba para examinar mejor las huellas.

Un animal grande..., muy grande. De pie almohadillado, y con las garras totalmente retraídas... Sintió que el pulso se le aceleraba al darse cuenta de que probablemente sólo podía haber una clase de bestia en el bosque capaz de dejar aquel tipo de huella, y el terror de *Grimya* confirmaba su suposición sin la menor duda.

—El tigre... —Lo dijo en voz baja mientras se incorporaba y miraba hacia el lugar donde las huellas se desvanecían bajo el dosel del bosque, luego se volvió ansiosa hacia la loba—: *Grimya,* ¿cuánto tiempo hace que fueron hechas estas pisadas?

«¡Demasiado poco! ¡Índigo, esto no me gusta! ¿No irás a seguirlas? Por favor...»

—Todo va bien, cariño. La verdad es que no creo que el tigre quiera hacernos ningún daño. Pero es como si... —Y se dio cuenta de que no podía explicarle a *Grimya* lo que sentía con respecto al felino. Sus ideas eran demasiado vacilantes y confusas; y la reacción de la loba se obnubilaría por el instinto animal que la obligaba a temer al tigre en contra de cualquier razonamiento.

Sin embargo no podía dejarlo así. El tigre podría estar cerca: podría incluso estar observándolas en aquel mismo instante, aunque lo dudó, ya que *Grimya* habría detectado su presencia sí hubiera estado cerca. Deseaba encontrarlo; a pesar de que no podía explicarse aquel impulso ni siquiera a sí misma, *necesitaba* encontrarlo.

Se volvió de nuevo hacia la loba.

—*Grimya,* quiero seguir estas huellas.

«No...»

—Escúchame, cariño. No puedo explicarte con claridad lo que esto significa, pero de la misma forma que tu instinto te dice que huyas del tigre, el mío me dice que vaya en su busca. Es importante.

—*«¿Por qué?»,* inquirió *Grimya.* pesarosa.

—No lo sé. Pero tengo la sensación de que en alguna parte existe un vínculo entre el felino y nosotras. Cuando lo encontramos, nos ayudó, ¿recuerdas? Alejó a Corv y a los otros en un momento en que podrían haber intentado matarnos.

«Lo sé. Pero...»

—No creo que tengamos ningún motivo para temer al tigre de las nieves, *Grimya.* Me parece que es nuestro amigo. Y quiero volver a encontrarlo.

Grimya lanzó un gañido lastimero. No lo comprendía, no podía y, aunque a Índigo le conmoviera su terror, le era imposible de todas formas dejar escapar aquella inesperada

Librodot

oportunidad.

—No tienes por qué venir conmigo —siguió diciendo con afecto, con dulzura—. Regresa al campamento y espérame allí. No tardaré.

—*N... no.* —En su angustia la voz de la loba apenas si podía distinguirse de un gruñido lastimero—. ¡No puedo! ¡Ten... tengo que quedarme con...tigo!

—No estoy en peligro, —Índigo se agachó otra vez y tomó la cabeza de *Grimya* entre sus manos, acariciando las sedosas orejas—. Por favor, querida. No te inquietes... Regresa al campamento.

Grimya empezó a protestar de nuevo, muy confundida entre su lealtad y temor por la seguridad de Índigo, y el terror que le impelía a desear salir corriendo en busca de la seguridad de la cabaña de piedra y de los leñadores. Pero antes de que las palabras pudieran formarse en su garganta, su hocico se ensanchó de repente involuntariamente al llegarle un nuevo y fuerte olor.

Se quedó rígida. Sus ojos se clavaron *en* un punto situado más allá, detrás de Índigo, *y* sus pensamientos se convirtieron en un aterrorizado caos.

Índigo se volvió en redondo. A tres metros de distancia, enmarcados por los árboles y el revoltijo de matorrales cubiertos de nieve, unos ojos serenos y dorados la contemplaban desde un rostro inmóvil cubierto de un pelaje color crema.

«Grimya...»

Estupefacta pero a la vez luchando por mantener la calma, intentó transmitir tranquilidad a la loba; pero el intento llegó demasiado tarde. *Grimya* perdió los nervios y, con un gañido, giró sobre sus patas y salió corriendo, las orejas pegadas a la cabeza. Atravesó el claro como una exhalación y se perdió entre los árboles, en dirección al campamento. Contagiada por su terror, una parte de la mente de Índigo le aulló que la siguiera, que huyera, que saliera corriendo; pero otra parte de ella, más fuerte, la instó a mantenerse firme y aguardar. Por encima de todo, aguardar.

El tigre no se había movido. Ahora podía verlo con más claridad, a pesar de que su camuflaje entre el juego de sombra y luz del bosque era soberbio. Agitaba la cola y su aliento se condensaba en el aire frío en forma de vapor, pero aparte de estas pequeñas señales de vida se lo habría podido tomar por una estatua. Entonces, sin advertencia previa, percibió que algo penetraba en su mente: una cálida energía animal, aquella misma sensación de inteligencia preternatural que ya había experimentado en una ocasión, pero esta vez de forma más acentuada, como si el enorme felino intentara comunicarse con ella, Índigo se esforzó por aminorar su rápida respiración, intentó adaptar su mente a las curiosas e inquietantes sensaciones que se agolpaban en ella. Pero no sabía cómo hacerlo; sus poderes telepáticos eran demasiado limitados y la conciencia del tigre demasiado distinta. No podía *comprender.*

De pronto el tigre alzó la cabeza con un movimiento brusco, al tiempo que echaba las orejas hacia atrás, y el tenue lazo de unión entre ellos se rompió. Sorprendida, Índigo se tambaleó, dando un traspié para recuperar el equilibrio y, mientras lo hacía, el tigre se dio la vuelta con ondulante elegancia y se alejó entre los árboles.

—¡No! —Sus brazos se agitaron en el aire e hizo intención de avanzar—. ¡No, espera! ¡Por favor!

El animal hizo caso omiso. La vegetación se agitó, y las sombras se tragaron la rayada figura. Desesperada, Índigo empezó a avanzar pesadamente por la nieve, intentando correr. ¡No podía dejar que se fuera, ahora, después de eso! Había querido comunicarse con ella; no

Librodot

podía dejar que se le escapara de nuevo...

—¡Espera! —Un montón de nieve que los ecos de su grito habían perturbado resbaló de una rama al lanzarse al interior del bosque y le cayó encima empapándola de gélida humedad—. ¡Regresa! ¡Por favor, regresa! —El sentido común le dijo que el felino no la entendería, pero siguió suplicando, persiguiéndolo tambaleante mientras éste la dejaba atrás sin hacer el menor ruido.

Había otro claro más adelante. Por un instante la figura del tigre apareció con toda nitidez ante ella, iluminada por la luz del sol que se filtraba entre las copas de los árboles, Índigo aspiró con fuerza al distinguir otra figura que se escabullía en medio de los árboles al otro lado para ir a reunirse con el animal. Sólo percibió una brevísima impresión, pero fue suficiente para fijar la imagen de forma indeleble en su mente. Una figura humana, envuelta en cuero y pieles. Escuchó un sonido, un ronroneo gutural, el saludo de un tigre. Luego, en su precipitación, fue a dar contra una rama baja y, cuando consiguió apartarla y quitarse la nieve del rostro, ambos seres habían desaparecido.

Índigo penetró en el claro y se detuvo, mirando frenéticamente a su alrededor. Los árboles y los matorrales estaban inmóviles; el bosque totalmente en silencio. Igual que si fueran fantasmas, el tigre de las nieves y su misterioso acompañante se habían desvanecido.

Como fantasmas..., pero el tigre era real. Era de carne y hueso, estaba vivo, respiraba, poseía conciencia. No lo había soñado ni imaginado. Había ido hasta ella y había intentado comunicarse, y al verla incapaz de comprender, dio media vuelta y se metió otra vez en el bosque. Pero ¿por qué no esperó? ¿Por qué no lo intentó otra vez?

Privada de una respuesta que tuviera algún sentido, Índigo apretó los nudillos contra los ojos y sacudió la cabeza con fiereza. Un tigre de las nieves, que tenía un compañero humano; que la buscaba, pero que sin embargo temía o no quería quedarse cerca más que algunos instantes. No tenía *sentido.* No había un modelo, un lazo de unión, nada a partir de lo cual ella pudiera encajar aunque fuera una pequeña parte de las piezas del rompecabezas.

El trino de un ave a lo lejos le hizo dar un brinco, y se preguntó con un atisbo de esperanza si no se debería al paso denigre. Pero no se oyó ningún otro ruido y, finalmente, Índigo tuvo que admitir que seguir allí no servía de nada. Pobre *Grimya...,* sin duda debía de estar ya en el campamento, y sin duda acosada por la vergüenza, la culpabilidad y la preocupación. Quizás habría alertado a los leñadores obligándolos a ir en su busca, de modo que lo mejor era regresar, antes de que el campamento se alborotara.

Se dio la vuelta de mala gana y se dispuso a abandonar el claro, deteniéndose a cada paso toda vez que su enfebrecida imaginación creía captar algún leve sonido que pudiera haber sido causado por la presencia del tigre. Pero no había nada. Ni siquiera el vaho de una respiración o el eco de un ronroneo. Y por fin, obligándose a aceptar que no encontraría más rastros de la criatura, Índigo se volvió, sombría, en dirección al campamento, y abandonó el claro al silencio y la soledad.

Librodot

CAPÍTULO 7

—¿Lo viste? —Los ojos de Veness estaban llenos de asombro.

Índigo asintió, extendiendo el brazo para acariciar la cabeza de *Grimya,* mientras la loba se apretaba contra su pierna.

—Estaba a tres metros de mí, no más.

Y en silencio añadió para *Grimya:*

«Todo está bien, querida, todo está bien. Deja de inquietarte... ¡No hay motivo alguno para que te avergüences!»

—Bendita sea la tierra. —Veness se dio la vuelta, avanzó unos pasos, luego se detuvo. Estaba muy alterado, pero Índigo estaba demasiado ensimismada en sus esfuerzos por calmar a *Grimya* para darse cuenta de su estado. Por fin regresó para colocarse frente a ella—. ¿Intentaste dispararle? —inquirió.

—¿Qué? —Índigo levantó los ojos bruscamente.

—Tenías la ballesta... ¿Intentaste disparar contra el tigre?

—¡No! —Estaba anonadada—. ¡Claro que no! ¡No podía matar a una criatura tan hermosa! Además —añadió con una sombra de rencor—, tengo una deuda con él.

Veness enrojeció.

—Sí..., sí; claro. —Luego suspiró y meneó la cabeza—. Lo siento, Índigo. Tienes razón. No tenemos ningún motivo para hacer daño al tigre de las nieves. Aunque lo tuviéramos, no sé si un arma corriente podría lograrlo.

—¿Qué quieres decir? —El enigmático comentario despertó su atención en otro sentido, y advirtió un agudo e incómodo estremecimiento.

—Oh, nada. —Era evidente que Veness lamentaba su indiscreción—. No me prestes atención. Sólo era una especulación ociosa.

No le estaba diciendo la verdad. Había más en todo aquello; sus ojos lo traicionaban. Y de repente a Índigo le dio la impresión de que unos cuantos hilos inconexos empezaban a unirse.

—Veness, dime a qué te refieres —lo apremió—. Algo se está tramando..., los dos lo sabemos, así que de nada sirve fingir lo contrario. Tienes miedo del tigre. Lo veo en tu rostro, y es algo más que un temor racional. Por favor, dime por qué.

No tenía ningún derecho a interrogarlo, lo sabía, y supuso que él se la sacaría de encima con algún comentario desagradable. Pero no lo hizo. En lugar de ello, dudó durante un largo y tenso momento para luego decir:

—Muy bien. Si quieres saberlo, te lo contaré. O más bien, te lo mostraré. —Giró sobre sus talones y gritó a un grupo de leñadores que aguardaban a poca distancia, observando su conversación—. ¡Es hora de que regresemos! ¡Empecemos a cargar esos troncos!

Índigo lo miró mientras se alejaba para desenjaezar los caballos de la troika y conducirlos hasta la pila de material situada detrás de la cabaña. Lo hubiera seguido, pero *Grimya alzó* la cabeza para golpear su mano con el hocico.

—*«¿Índigo?»* La loba seguía estando angustiada. «¡Te *he vuelto a fallar! ¡Fui cobarde!»*

«Oh, Grimya...» Índigo se agachó y clavó la mirada en los inquietos ojos de la loba. *«Debes olvidar todo eso. No importa, y nadie te lo echa en cara.»*

«¡Yo misma me lo echo en cara!»

«Esa es una característica muy humana, querida, y no es digna de ti. Sólo hiciste lo que cualquiera con un poco de sentido común habría hecho... Yo fui la estúpida por quedarme. Pero ahora me alegro de haberlo hecho porque se está tramando algo importante; hay algo que

Librodot

aún no te he contado». Levantó los ojos, vio que no había nadie que les prestara atención, y volvió su atención a la loba. *«El tigre intentó comunicarse conmigo. No pude comprender sus pensamientos, pero sé que quería decirme algo.* Grimya, *existe una relación vital en todo esto, ¡sé que existe!»*

Grimya meneó la cabeza dubitativa.

«¿Con el demonio?»

«No tengo ninguna prueba, pero eso creo. Y por eso debemos intentar no tener miedo del tigre, y descubrir qué es lo que quiere de nosotras.»

La loba permaneció en silencio un rato. Su mente no podía estar más agitada, pero al fin dijo:

«Si; comprendo lo que dices. E intentaré no tener miedo. Lo intentaré.»

«Eso es todo lo que pido.»

Índigo se incorporó al tiempo que le dedicaba una sonrisa, luego añadió en voz alta:

—Vamos. Lo mejor será que vaya a ayudar con la carga. Cuanto antes esté terminada, antes nos pondremos en camino.

Poco tiempo después se despedían de los leñadores. Aunque Veness se unió a los alegres comentarios de despedida, a Índigo no le pasó por alto que su ligereza era una máscara que ocultaba una tensión soterrada. Cuando dejaron atrás el campamento se quedó callado, con los ojos grises entrecerrados y pensativos mientras se concentraba en controlar a los caballos y el cargado trineo.

Llegaron al pie de la larga cuesta que conducía al bosque, Índigo se dio cuenta de que Veness no pensaba regresar a la granja. En lugar de conducir los caballos hacia la casa, los hizo girar en dirección sur. A pesar de correr paralelos al linde del bosque, los árboles quedaban ocultos por detrás de la loma nevada, Índigo miró a su alrededor mientras intentaba, sin conseguirlo, encontrar una señal que pudiera indicarle dónde se encontraban.

Llevaban viajando unos diez minutos cuando Veness habló por fin:

—Sabes que hubiera podido matarte, ¿verdad?

La muchacha volvió la cabeza y lo miró. Su expresión resultaba inexcrutable; su mirada siguió fija al frente, contemplando los balanceantes lomos de los caballos.

—Sí —respondió Índigo—. Pero no creo que yo corriera ningún tipo de peligro.

Veness torció la boca hacia un lado. Lo mismo podría ser una mueca cínica que un gesto reacio de asentimiento, no estaba segura.

—Cuando *Grimya* regresó... —El trineo pasaba ahora sobre un tramo de nieve más dura, y el ruido de los patines aumentó hasta convertirse en un fragor ensordecedor, que lo obligó a levantar la voz—. Cuando *Grimya* regresó sola y tan nerviosa, no me atrevía a imaginar qué podría haberte sucedido. —Vaciló—. Entonces pensé en el tigre. Me pregunté...

—Lo siento, Veness. Sé que lo que hice fue muy estúpido. Pero...

—¿Pero? —La miró fijamente, y ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. No puedo explicarlo con claridad, pero sentí que tenía que quedarme. —Se preguntó si debía contarle el intento del tigre de comunicarse con ella, o hablarle de la figura humana que había vislumbrado entre los árboles, pero algo en su interior la instó a la cautela. No quería llevar su indiscreción demasiado lejos y, además, no estaba segura de que fuera sensato contárselo todo, al menos por el momento.

—Ya —repuso Veness.

Librodot

—Debe de sonar ridículo.

—No. No, no es así. —Su expresión volvía a ser sombría, pero antes de que ella pudiera decir nada más, cogió las riendas con una sola mano y señaló hacia adelante con la otra—. ¿Ves esos árboles allá a lo lejos? ¿Donde el bosque baja para cruzarse en nuestro camino?

—Sí. —No estaba segura, pero le resultaba ligeramente familiar; quizá se tratara incluso del emplazamiento de uno de los campamentos temporales que *Grimya y* ella habían encontrado durante su viaje.

—Allá es donde se inicia la cadena de lagos aunque ahora no se pueden distinguir sus superficies. Y hay algo más allá. Algo que debes ver.

Alzó la voz de repente para lanzar un fuerte grito y chasqueó las riendas sobre los lomos de los caballos, instándolos a ir más deprisa. El trineo dio un bandazo al pasar los tres animales de un rápido trote a un medio galope, Índigo se aferró a la barandilla, desconcertada y preguntándose qué espectro personal acosaba los pensamientos de Veness. No dijo nada más, se limitó a contemplar la lejana tira oscura de bosque verde azulado que se aproximaba cada vez más, hasta que finalmente Veness empezó a reducir la velocidad del tiro, primero al trote, luego al paso. Parecía estar examinando el suelo a su alrededor, como si buscase algo, y de repente tiró de las riendas, deteniendo a los caballos.

Se hizo el silencio. El caballo que iba en cabeza resopló y golpeó la nieve con los cascos, luego se tranquilizó, y en los oídos de Índigo resonó el eco del ruido de la troika. El trineo crujió al incorporarse Veness.

—Ven —dijo—. No está lejos.

Saltó del trineo tras él, y *Grimya* la siguió. La joven se dio cuenta de que se encontraban sobre un capa de hielo de la que la tormenta había barrido toda la nieve a excepción de una capa fina. Este debía de ser el primer lago que Veness había mencionado, pero no le resultaba familiar.

«Me parece que nosotras nos encontramos con los canales más al norte», observó *Grimya,* mirando a su alrededor. *«No recuerdo este lugar».*

No... Flotaba una atmósfera peculiar, pensó Índigo. No se trataba de nada que pudiera señalar con precisión y podría no ser más que la tensión que flotaba en el aire entre Veness y ella; de todas formas el lugar le producía una sensación... curiosa.

«Tienes razón» Grimya, había recogido el mensaje de su subconsciente. *«Hay algo extraño aquí. No me siento a gusto. Y también los caballos lo han notado. No querían venir y Veness los tuvo que obligar.»*

Índigo miró a la loba.

«,¿A *qué clase de cosa extraña te refieres? ¿Puedes describirla con más claridad?»*

«No. Pero creo que es algo que viene de muy antiguo.»

Veness, que se había alejado siguiendo la orilla del lago, se detuvo y las llamó. Avanzaron, moviéndose con mucho cuidado sobre la resbaladiza superficie, hasta donde él se había detenido junto a lo que parecían casi los muñones petrificados de varios árboles talados. En ese lugar terminaba el lago. Delante de ellos el sendero quedaba bloqueado por un terraplén de nieve espesa, y a unos cien metros más o menos el bosque describía una curva que bloqueaba el extenso paisaje.

—¿Adonde vamos? —preguntó Índigo.

—Hemos llegado. —Veness golpeó el tocón de un árbol con un pie, luego señaló un poco más allá—. Mira.

En un principio creyó que las formas oscuras que sobresalían de la nieve eran los restos de más árboles, pero luego se dio cuenta de que estaba equivocada. Aquellas formas caídas no eran troncos sino piedras..., las piedras de una casa en ruinas.

Veness no dijo nada más, se limitó a avanzar hacia las ruinas. Lejos del lago, la nieve era lo bastante profunda como para cubrir la parte superior de sus botas, pero no hizo caso mientras la vadeaban en dirección a las piedras. Al cabo de un momento Índigo y *Grimya* lo siguieron con grandes dificultades.

Casi no quedaba nada de la casa. Sólo la desigual parte superior de una pared derrumbada, con los cimientos enterrados en la nieve, y algunos bloques enormes caídos que sobresalían de la espesa capa blanca. Veness empezó a andar junto a la pared, pasando una mano enguantada por su superficie; entonces se detuvo, se inclinó y tanteó aquí y allá, apartando la nieve de algo colocado en una abertura de la pared donde en alguna ocasión habría habido una puerta.

La tosca losa que descubrió debía de haber sido, se dijo Índigo, la piedra angular de la entrada principal de la casa. Era un pedazo de granito enorme de una sola pieza. Cuando Veness terminó de limpiar su superficie la joven vio algo grabado en él. Una representación estilizada, pero con toda seguridad trabajo de un hábil artesano, que representaba la figura ágil de un tigre en plena carrera.

Índigo contempló el grabado durante largo rato, luego levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Veness. Éste la observaba con atención, y su expresión era una mezcla de amargura, agitación y, curiosamente, alivio.

—Ésta era su granja —dijo—. La de la familia que los Bray traicionaron y masacraron. —Sonrió apenas—. Es un lugar extraño, ¿no crees? No queda mucho para ver, pero la atmósfera que se respira aquí es tan densa que podrías tomar un poco en tu mano y exprimirla.

—¿La... quemaron?

—No. Creo que se derrumbó, después de unos cientos de años de abandono. Nadie quería vivir aquí, claro, después de lo sucedido; de modo que se dejó que se pudriera durante todo ese tiempo. —Encogió los hombros y aspiró con fuerza, produciendo un curioso silbido—. No había estado aquí desde que Reif y yo vinimos como desafío cuando éramos pequeños. Nadie viene nunca aquí, si puede evitarlo.

A Índigo no le costó creerlo. Volvió a mirar la desplomada piedra angular.

—Y el grabado...

—Era el emblema de su familia, lo mismo que el caballo es el emblema de los Bray. Por estos alrededores, todos los propietarios tienen animales a modo de tótem, para que les dé buena suerte y prosperidad: el buey, el ciervo, el oso...

—Y el tigre.

—Y el tigre. —Había estado contemplando la piedra, pero entonces volvió a mirarla a ella—. Para nosotros, el tigre de las nieves es el recuerdo viviente de lo que hizo nuestro antepasado y de la maldición que atrajo sobre nuestra casa. Pero de hecho son criaturas que no se encuentran fácilmente. Por lo que yo sé, hasta hace poco no se había visto ninguno por estos sitios durante décadas. Pero ahora parece que el tigre, o al menos *un* tigre, ha regresado a los bosques. —Sus ojos tenían una intensidad sombría, y una leve, humilde sonrisa temblaba en las comisuras de sus labios—. ¿Puedes imaginar qué significa para nosotros, Índigo? ¿Puedes comprender los temores y supersticiones que se han despertado?

Índigo se volvió hacia la derruida pared y, sin preocuparle su gélida superficie, se sentó en ella.

Librodot

—Creo —dijo despacio—, que puedo comprenderlo, Veness. —Sus ojos se encontraron con los de él de nuevo, y su propia expresión se entristeció de repente—. El tigre se ha convertido en un símbolo de la némesis de los Bray.

—Némesis. —Ignorante del amargo escalofrío que había recorrido el cuerpo de Índigo cuando pronunció aquella palabra, Veness consideró durante unos instantes lo que la joven había dicho—. Es una palabra curiosa de utilizar, pero... sí, tienes razón. Y su regreso es un presagio. ¡Si alguna vez he estado seguro de algo en toda mi vida, es de esto!

Había una convicción en su voz que daba a entender que no se refería sólo a una superstición. La idea alertó a Índigo. Con cuidado, examinó sus sospechas y dijo:

—Parece que tienes una buena razón para estar tan seguro.

—¡Oh, claro que la tengo! Puede que tú lo llamases una desagradable coincidencia.

Se produjo un silencio.

—¿Quieres contarme de qué se trata? —inquirió Índigo con afabilidad.

Él sacudió negativamente la cabeza.

—No. No serviría para nada; es un asunto familiar, y no quiero involucrar a nadie que no sea de la familia. Por favor... —Alzó las manos en un gesto defensivo al ver que ella parecía dispuesta a insistir—, no me preguntes más, Índigo. Te he traído aquí porque me pareció que debías conocer el lazo de unión entre el tigre y nuestra historia, pero aparte de eso no quiero decir nada más. —Volvió a mirar la piedra angular caída, y le dio una patada—. No hay nada más que decir.

Índigo se dio por vencida. Se daba cuenta de que su conversación había perturbado a Veness. Éste quería batirse en retirada y, a pesar de que ella necesitaba saber más, no quiso seguir perturbándolo. Regresaron al trineo, donde los caballos les dieron la bienvenida con relinchos ansiosos, aliviados ante la perspectiva de abandonar aquel lugar lleno de viejos y desagradables recuerdos. Mientras se colocaba en el pescante y soltaba las riendas, Veness vaciló, luego miró a Índigo.

—Me he estado haciendo una pregunta desde que se vio al tigre por primera vez en el bosque hace un mes. Me he estado preguntando: ¿es una criatura de carne y hueso, o es otra cosa, algo que ha surgido del pasado para perseguirnos?

—Es de carne y hueso —afirmó Índigo despacio—. De eso estoy segura.

—Sí; pero no sé si es un consuelo. Después de todo, ¿cuál es la diferencia entre una amenaza viviente y una sobrenatural? Al final, puede que resulten ser la misma cosa. —Alzó la cabeza, y paseó la vista por el paisaje silencioso y blanco—. Este lugar apesta a cosas viejas y corrompidas. Vayámonos antes de que su veneno penetre en nuestros huesos.

La troika se puso en marcha con una sacudida entre el alegre campanilleo que contrastaba con el estado de ánimo de sus pasajeros. Los caballos retomaron su ritmo suave mientras giraban al norte en dirección a casa.

Índigo y Veness hablaron poco durante el viaje de regreso. El tema del tigre y de la familia desaparecida, hacía tanto tiempo, estaba cerrado y podía reabrirse, y los tópicos más ligeros y cotidianos del día parecían irrelevantes. Incluso *Grimya* tenía pocas ganas de comunicarse: daba vueltas todavía a lo sucedido antes, y a Índigo le pareció que lo mejor era dejarla tranquila y permitir que, a su manera, pusiera en orden sus pensamientos.

El sol empezaba a descender por el oeste cuando avistaron la granja Bray. El ahogado batir de los cascos de los caballos se transformó en un escandaloso chacoloteo cuando penetraron en el patio, del que se había retirado durante el día la mayor parte de la capa de nieve y,

Librodot

mientras la troika se detenía con un patinazo, Veness miró a Índigo y le dirigió una sonrisa forzada.

—Al final no recibí mi lección sobre cómo utilizar tu ballesta.

—Y yo no traje nada para el puchero. Lo siento.

La disculpa tenía implicaciones más profundas y Veness lo sabía. Extendió la mano y le apretó el hombro; un gesto amistoso, casi fraternal, pero que sin embargo daba a entender algo que ninguno de los dos quería examinar más a fondo. El momento de intimidad se quebró cuando la puerta se abrió de golpe y Brws salió a saludarlos; el comportamiento de Veness cambió de inmediato y se transformó en el activo y eficiente cabeza de familia. Desenganchó los caballos y dio instrucciones para descargar el trineo. También Kinter salió de la casa y les informó de que Livian los esperaba con una buena infusión caliente. Así pues, dejaron a Brws y él para que condujeran a los caballos al establo y les dieran una buena fricción, y ellos entraron en la granja, acogedora y cálida.

La turbación se disipó en la atmósfera atareada y rutinaria de la casa y, tras una bien recibida taza de la infusión de Livian, Índigo se dirigió a su habitación para lavarse y cambiarse de ropa. Carlaze, que la había ayudado a subir un barreño de agua caliente, se quedó mientras se preparaba para la noche, ofreciéndose a cepillarle los cabellos, que a pesar de la práctica trenza que llevaba se habían enredado de mala manera. Charlaron de cosas intrascendentes durante un rato, luego Carlaze preguntó:

—¿Te gustó la lección de conducir?

—Una barbaridad... ¡aunque no creo que sea una alumna muy aventajada!

—Oí que Veness le contaba a Reif que prometías mucho, y él debe saberlo.

—Lo más probable es que se limitase a ser amable.

—Oh, yo creo que lo decía en serio. —Se produjo un silencio, luego Carlaze siguió—: ¿Te gusta Veness?

Índigo volvió la cabeza para mirar a la muchacha rubia. Carlaze sonreía, y en sus ojos había un destello de picardía.

—Lo siento —dijo Carlaze—. Fue una impertinencia. Pero... Bueno, me he dado cuenta de que a Veness le caes muy bien. Nos sucede a todos, claro, pero él... —Mordisqueó su labio inferior—. Sé que no soy yo quien debería decirlo, pero Veness es nuestro primo, y el amigo más querido de Kinter... Lo apreciamos mucho. Las cosas no han sido fáciles desde que el conde Bray se puso enfermo; Veness ha tenido que cargar con un exceso de responsabilidades y ha disfrutado poco de la vida últimamente. Me gustaría pensar que puede encontrar algo (o alguien) que anime su existencia.

Índigo no supo qué decir. Carlaze había sido franca hasta la candidez. Y estaba claro que deseaba que Índigo confirmara sus esperanzas. Desvió de nuevo la mirada, para luego clavarla en sus manos.

—Eres muy amable, Carlaze —repuso despacio—. Y sí, me gusta Veness. Pero no quiero que tú, ni nadie, piense que hay entre nosotros más que simpatía. —Sus dedos se cerraron con fuerza—. En especial, no quiero que lo piense Veness.

—Desde luego. —Carlaze tiró de un nudo rebelde, disculpándose al hacer Índigo una mueca—. Lo siento... Ahora, ya está. Perdóname, Índigo. No era mi intención que creyeras que estaba haciendo de casamentera. Simplemente quería..., bueno, supongo que quería asegurarme de que estabas dispuesta a ser amiga de Veness; nada más que eso. Me temo que lo he expresado de un modo un poco torpe. No debiera haber hablado.

Librodot

Índigo le sonrió.

—Me alegro de que lo hicieses.

—Gracias. —Carlaze depositó el peine sobre la mesa y se echó hacia atrás—. Realmente creo que ése fue el último de los nudos. Tienes unos cabellos maravillosos, Índigo. Ojalá los míos fueran igual de largos.

—¿No lo son? —Índigo sólo había visto a Carlaze con trenzas arrolladas alrededor de la cabeza.

Carlaze se echó a reír.

—¡No, con gran pesar por mi parte! Cuando los suelto, apenas si me llegan más abajo de los hombros. —La risa se transformó en una mueca—. Cuando tenía quince años, se me metió la idea en la cabeza que quería ser igual que cualquier hombre, de modo que una noche me llevé a escondidas un cuchillo a mi dormitorio y, a la mañana siguiente, bajé a desayunar esquilada como una oveja. Mis padres se quedaron horrorizados... y yo lo he lamentado desde entonces. De todas formas, un día de éstos acabará de crecer del todo. Cuando llegue ese momento, ¡prometo que te haré la competencia!

Permanecieron en amistoso silencio algunos minutos. Carlaze atizó el fuego, haciendo que un surtidor de chispas se elevara por el hueco de la chimenea. Por fin Índigo volvió a hablar.

—Carlaze... —No estaba muy segura de que su pregunta fuese sensata, ni de si tenía derecho a hacerla, pero la curiosidad la abrasaba y, de todos los miembros de la familia Bray, Carlaze parecía la que con más probabilidad le daría una respuesta sincera—. ¿Qué aflige al conde Bray?

Carlaze dejó de hurgar en los leños. Puso el atizador de nuevo en su soporte, se enderezó y suspiró:

—Si he de ser franca, Índigo, no lo sabemos. No es una enfermedad en el sentido normal de la palabra. Es más bien una... enfermedad mental.

Hubo un largo silencio. Luego Índigo inquirió:

—¿Quieres decir que está loco?

—No, no es eso. —Carlaze la miró; sus ojos verdes expresaban preocupación—. No sé cómo describírtelo. Hacemos lo que podemos por él, pero su enfermedad es algo que está fuera del alcance de ningún médico. Verás, él... —Y se interrumpió cuando el picaporte de la puerta chasqueó y Rimmi penetró en la habitación.

—¡Ah, estabais aquí! —Rimmi paseó la mirada con avidez por la habitación, como si le pareciera que se había perdido alguna diversión secreta y de gran importancia—. Carlaze, madre dice que la cena estará lista en media hora y necesita que la ayudemos.

—Ahora bajaré. —La irritación centelló en los ojos de Carlaze cuando éstos *se* posaron sobre su hermana política—. No fastidies, Rimmi, estaba ocupada aquí con Índigo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Rimmi.

—No, no lo hay. —Carlaze la condujo hasta la puerta—. Regresa abajo. Me reuniré contigo en un minuto.

Rimmi dejó de mala gana que la sacaran de la habitación y Carlaze se volvió hacia Índigo encogiéndose de hombros con gesto de impotencia.

—Lo siento. Debo ayudar a Livian, y no quiero decir nada más mientras Rimmi pueda estar escuchando. Tiene tan poco tacto...; podría fácilmente decir algo fuera de lugar a Veness o a Kinter. —Vaciló—. Quizá tengamos posibilidad de hablar más tarde. Me gustaría. Hay muchas cosas que no sabes, y... resultaría un alivio para mí poder hablar libremente con

alguien sin tener la impresión de herir susceptibilidades.

—Claro —asintió Índigo—. Más tarde, pues.

—Sí; te veré abajo.

Cuando Carlaze se hubo marchado, *Grimya* levantó la cabeza de la alfombra donde estaba tumbada.

«Parece muy preocupada», dijo.

«Lo sé.» Índigo miró hacia la puerta cerrada, sintiendo una leve sensación de nerviosismo. *«Es una nueva hebra en el tapiz,* Grimya. *Y me parece que Carlaze estará más dispuesta que Veness a contarme toda la historia.»*

La cena empezó sin incidentes. Veness, Reif y Kinter tenían que intercambiar noticias: asuntos rutinarios de la finca que los mantuvieron ocupados mientras Livian, que presidía la mesa, servía un caldo caliente para luego traer un asado de cordero y una enorme bandeja de verduras. La conversación se interrumpió mientras Veness se ponía en pie para cortar la carne. De repente la puerta de la sala se abrió. Kinter, sorprendido en el acto de pasar los platos, volvió la cabeza y se detuvo en seco. Otras cabezas se volvieron y el silencio se adueñó de la habitación.

Un hombretón grandote como un oso apareció de pie en el umbral. Sus cabellos canosos estaban despeinados, como si acabara de despertarse, y parecía que no se hubiera cambiado de ropa en un mes por lo menos. Se balanceó sobre las puntas de los pies, agarrándose al marco de la puerta para no perder el equilibrio. Los ojos grises que recorrían la habitación expresaban extravío y desesperación.

Reif se puso en pie de un salto, mascullando un juramento, Brws palideció, y Carlaze exclamó en voz baja:

—¡Oh, por la Diosa...!

Veness, que estaba de espaldas a la puerta, giró muy despacio como si supiera, antes de que sus ojos se lo confirmaran, lo que vería. Su mirada se encontró con la del hombretón, y entonces Índigo pudo ver el parecido que existía entre ambos. En ese momento, Veness dijo:

—Padre...

El conde Bray avanzó despacio pero con decisión al interior de la habitación. Sus ojos se clavaron en las personas inmóviles sentadas a la mesa, observando sus rostros uno a uno, y sus labios se movieron pronunciando nombres, contándolos. Llegó por fin a Índigo y se detuvo.

—¿Moia? —Alzó una mano, como si fuera a tocarla, pero interrumpió el gesto bruscamente—. No. —Su voz, que de haber sido normal habría sonado como la de un potente barítono, tembló con indefinible emoción—. No; no te conozco, mujer. ¿Quién eres?

Índigo no sabía qué contestarle. El hombre dio un traspiés hacia adelante, sin dejar de mirarla fijamente, y ella vio que, en medio de su locura, sus ojos expresaban dolor y aflicción.

—¿Quién eres? —exigió él de nuevo—. ¡Dime tu nombre! ¡Y por la Madre, dime qué noticias traes de mi mujer!

Librodot

CAPÍTULO 8

—Padre, siéntate aquí.

La voz de Veness era tranquila y persuasiva. Tenía una mano bajo el brazo del conde e intentaba con suavidad apartarlo de Índigo y conducirlo a un asiento vacío ante la mesa. Livian se apresuró a ayudarlo; al principio pareció que el conde Bray fuera a someterse a su ayuda sin protestar; pero cuando le apartaron la silla para que pudiera sentarse, se detuvo de improviso y volvió a mirar a Índigo.

—Alguna noticia —dijo lastimero—. Debes tener alguna noticia...

—Padre, siéntate. Esta dama es Índigo, nuestra invitada. No te trae ninguna noticia, no sabe nada de Moia. —Veness dirigió una mirada a su hermano—. Reif, corta un poco de carne para nuestro padre, y sírvele verdura.

El tono imperioso de su voz parecía desafiar a cualquiera que pensara contradecirlo. Reif asintió con gesto seco y se dispuso a obedecer. Pero el conde Bray se negó a permitir que Veness y Livian lo condujeran a su asiento. Soltó el brazo de la mano de Veness y, antes de que nadie pudiera detenerlo, avanzó a grandes zancadas hacia la chimenea. A dos pasos de ella se detuvo y levantó la vista. Sus ojos, advirtió Índigo con inquietud, estaban intensamente fijos en el escudo y el hacha deslustrados que colgaban sobre la repisa.

—La encontraré. —Las palabras surgieron chirriantes de su garganta, como hierro oxidado—. La traeré de vuelta, ¡la traeré de vuelta!

Livian corrió a su lado.

—Ven ahora, hermano —suplicó—. No conseguirás más que alterarte sin lograr nada bueno. Ven aquí, siéntate y come con nosotros. —Tiró de su brazo pero él siguió sin querer moverse.

Alrededor de la mesa todo era consternación: Carlaze y Kinter estaban ya de pie, pero impotentes; Rimmi había apretado con fuerza los puños frente a su enrojecido rostro y se los contemplaba como si de ello dependiera su vida; Brws no podía más que permanecer allí sentado, rígido de miedo, vergüenza y confusión, Índigo siguió observando al conde mientras una violenta mezcla de emociones se agitaba en su mente. Las palabras de su desesperada súplica la habían aturdido, y la imagen de sus ojos —angustiados, anhelantes— le ardía en la memoria. Quería hacer un centenar de preguntas pero no se atrevía a pronunciar una palabra.

—Padre, *por favor.* —Veness tomó de nuevo el brazo del conde, y esta vez Kinter fue a ayudarles a Livian y a él—. No tienes ni que pensar en ello. Haz lo que dice tía Livian. Ahora ven y siéntate.

La mandíbula del conde Bray se abrió y cerró espasmódicamente.

—Quiero...

—¡Hermano, haz caso de Veness! Él sabe lo que sufres. Lo comprende, todos lo comprendemos. ¡Pero esto no solucionará nada!

Livian zarandeó el brazo que sujetaba, y por fin sus ruegos parecieron hacer mella. El conde volvió la cabeza y parpadeó aturdido, Índigo vio que había lágrimas en sus ojos. De repente pareció volver a darse cuenta de la presencia de la muchacha y, por segunda vez, sus ojos se clavaron en ella con ávida desesperación.

—¿De dónde vienes? —inquirió.

Índigo no estaba segura de si sería sensato contestarle directamente, pero no podía ignorarlo ni fingir no haberlo oído.

—Del sur, señor —dijo amablemente—. De Mull Barya.

Librodot

—Mull Barya... ¿Y no has oído nada? ¿No has sabido nada de ella?

—Lo siento... —Índigo miró impotente a Livian y a Veness—. No comprendo.

—Hermano, Índigo no puede ayudarte —dijo Livian lisonjera—. Lo haría si pudiera, pero no hay nada que pueda decirte. No tiene noticias. No *hay* noticias.

—Creo que deberíamos convencerlo para que regresara arriba, Veness —dijo Kinter en voz baja—. No se calmará si permanece aquí. Sería lo mejor.

Veness vaciló un instante, luego asintió con la cabeza. El conde ya no hizo ningún intento de resistirse cuando Livian y los dos hombres empezaron a conducirlo hacia la puerta. En una ocasión, al llegar al umbral, se detuvo y volvió a mirar a Índigo, escudriñando su rostro como si quisiera memorizarlo. Luego, escoltado por los otros tres, salió de la habitación arrastrando los pies. Carlaze, de forma espontánea y con expresión reconcentrada, amontonó comida en un plato y salió apresuradamente en pos del pequeño grupo. Cuando se hubo marchado, la silenciosa tensión del comedor se volvió asfixiante.

Brws fue el primero en romperla.

—Ha vuelto a beber, Reif.

Reif le dirigió una mirada fulminante.

—Si no se te ocurre nada más inteligente que decir, lo mejor es que te calles. —Brws se encogió en su silla, y Reif miró a Índigo—. Lo mejor es que te sientes. —Dio la vuelta a la mesa, tomó el cuchillo de trinchar y empezó a atacar el cordero como si se tratara de su peor enemigo.

Rimmi había cerrado los ojos y parecía rezar para sí en silencio, Índigo se dejó caer en su silla, consciente de que cualquier cosa que dijera en aquel momento sólo empeoraría las cosas. Deseó que *Grimya* estuviera allí, pero esa noche *Grimya* había dicho que prefería no estar en el comedor con los humanos; estaba en algún lugar de los patios bajo el pretexto de explorar y cazar ratas aunque Índigo sabía que en realidad no quería más que estar sola un rato.

En la tensa y desagradable atmósfera, dio las gracias con un gesto de cabeza cuando Reif colocó frente a ella un plato de carne, y, a pesar de no querer comer, se sirvió con educados ademanes verduras de la fuente. Reif sirvió a Rimmi, quien se limitó a levantar los ojos hacia él con expresión desdichada. Estaba cortando carne para Brws cuando sonaron pasos rápidos afuera y Carlaze volvió a entrar en la habitación.

Reif la miró ceñudo.

—Vuelve a estar en su habitación —anunció ésta—. Livian se ocupa de él y los otros bajarán dentro de un instante. —Avanzó hacia la mesa—. Deja que yo haga eso, Reif. Sírvele a Índigo más cerveza. —Sus ojos se encontraron con los de Índigo, advirtiéndole con una ligera mirada de soslayo que no dijera nada, y siguió trinchando la carne mientras Reif tomaba la jarra de cerveza.

Veness y Kinter bajaron al cabo de un momento. Kinter se detuvo para posar su mano en el hombro de Carlaze y darle un rápido beso en los cabellos; luego regresó a su sitio en la mesa. También Veness se habría sentado pero Reif se lo impidió:

—Veness, esto no puede continuar. —Su voz estaba cargada de frustración y enfado reprimidos.

Veness echó hacia atrás su silla con un chirrido que rechinó en los oídos de Índigo.

—No quiero discutirlo, Reif.

—¡Pues yo sí, maldita sea! No puede seguir así; *nosotros* no podemos seguir así! Qué

Librodot

vamos a hacer, eso es lo que me he estado preguntando desde que sucedió... y aún no hemos encontrado la respuesta, ¿no es así?

Veness se volvió furioso, para mirarlo.

—¡He dicho que no quiero discutirlo! ¡No aquí ni ahora!

Reif soltó un bufido.

—¡Al final tendrás que hacerlo, te guste o no! Y te diré más: no conseguiremos nada intentando disimular y fingiendo que no sucede nada... Si quieres mi opinión, creo que deberíamos terminar con esta farsa; ¡deja que nuestro padre haga lo que quiere hacer, y acabemos de una vez! ¡Y si mata a toda esa condenada gente, se lo merecen!

Se produjo un instante de horrorizado silencio. Incluso Rimmi había levantado la cabeza con gesto brusco, y todos contemplaban a Reif disgustados.

Veness entrecerró los ojos hasta convertirlos en enfurecidas rendijas.

—Reif. —Con enorme esfuerzo contenía su indignación, pero Índigo pocas veces había percibido una furia tan intensa oculta tras una sola palabra—. No quiero oír nada más. No sabes lo que dices... ¡Cállate, y no te atrevas, no te atrevas nunca más, a decir algo así en mi presencia! *¿Entendido?*

Los dos hermanos se miraron fijamente; Reif desafiante, Veness ultrajado, ambos a punto de estallar. Entonces Reif perdió los estribos. Levantó su plato y con un gesto de ciega frustración lo arrojó lleno como estaba contra el suelo, antes de abandonar la habitación a grandes zancadas y cerrar la puerta con un portazo que hizo que todos los platos repiquetearan.

Nadie se movió durante un minuto que a Índigo le pareció una hora. Luego Carlaze aspiró con fuerza y se levantó de la silla. Con el rostro inexpresivo, dio la vuelta a la mesa hasta llegar junto al revoltijo de comida y loza rota, y se inclinó para limpiarlo.

—Déjalo, Carlaze. —La voz de Veness hendió el silencio; parecía poseído de una calma glacial—. No hay razón para que seas la criada de mi hermano. Reif puede limpiarlo cuando recupere el juicio.

Carlaze vaciló, luego continuó decidida su tarea.

—Es mejor no dejarlo ahí —repuso con calma—. Sólo tardaré un momento. —Amontonó los restos en otro plato. Rimmi se puso en pie.

—Yo lo llevaré a la cocina, Carlaze.

Había un tono de súplica en su voz; Carlaze asintió y le entregó el plato. Rimmi abandonó la habitación. Desde el pasillo llegó un sonido discordante y gutural que podría haber sido un sollozo.

Veness se aferró con fuerza al respaldo de su silla, contempló cómo la sangre desaparecía de sus nudillos por un momento, luego pareció obligarse a hablar.

—Pido disculpas por el comportamiento de Reif —dijo despacio—. Y por el mío. Y en especial —hizo un esfuerzo y sus ojos se encontraron con los de Índigo— a ti, Índigo. Lo siento: no es cortés ni civilizado exponer a un invitado a un incidente de esta naturaleza. No volverá a suceder, me aseguraré de que así sea. Y ahora, sugiero que comamos esta excelente comida y consideremos el tema zanjado.

El rostro de Livian, que había entrado en la habitación durante el incidente, expresaba preocupación.

—Veness, no crees que...

—El tema está zanjado.

Librodot

Su tono no daba lugar para seguir la discusión. Rimmi regresó con el rostro húmedo y el aspecto de habérselo restregado. Todos hicieron lo que pudieron por continuar con la cena como si nada hubiera sucedido. Pero la noche se había estropeado. Habían perdido el apetito después del incidente con el conde Bray y el subsiguiente arrebato de Reif, y las conversaciones se volvieron envaradas y ceremoniosas. Casi toda la comida regresó a la cocina sin ser probada, y sólo se dio buena cuenta de la cerveza para distraer el estado de ánimo reinante. Rimmi se emborrachó a sus anchas, y esta vez Livian no hizo el menor intento por impedirlo. Kinter y Carlaze se dedicaron a hablar entre ellos en voz baja, buscando consuelo el uno en *el* otro, y Brws realizó un valiente intento de conversar con Índigo sobre la cría de caballos.

Por fin, con gran alivio de todos, Rimmi facilitó una excusa para dar por terminada la cena al doblarse hacia adelante sobre la mesa y anunciar que se había mareado. Livian se la llevó escaleras arriba de inmediato, regañándola y consolándola alternativamente, y como si obedecieran una señal tácita, los otros se levantaron también de la mesa. Kinter se tambaleaba un tanto, y, mientras Índigo ayudaba a Carlaze a llevar los restos de la cena a la cocina, la muchacha rubia volvió la mirada preocupada y le dijo a media voz:

—Lo siento, Índigo, no creo que podamos hablar esta noche. Kinter ha bebido un poco de cerveza de más. Tengo que irme con él y ocuparme de que se meta en la cama, y... —le dedicó una sonrisa cómplice y a la vez confidencial—, probablemente querrá que me quede con él. Además, esto nos ha alterado a todos. Presumo que no es el mejor momento para ser racional.

Índigo asintió en silencio. También ella estaba algo achispada; la cerveza era fuerte, y no recordaba cuántas veces le habían llenado la jarra.

—No importa, Carlaze. —¿No articulaba con cierta dificultad? No estaba muy segura—. Tienes razón, no es un buen momento.

Carlaze bostezó.

—No voy a lavar esto ahora. Ya lo haré por la mañana. —Depositó los últimos platos, luego vaciló y miró a Índigo por encima del hombro—. Quizá deberías pedir a Veness que te contara qué se oculta tras lo sucedido esta noche. Puede que tenga necesidad de hablar. Buenas noches, Índigo. Y esperemos que el sol ilumine mañana un día más agradable.

Índigo meditó sobre lo último que le había dicho Carlaze mientras subía las escaleras y recorría el descansillo en dirección a su habitación. No pensaba seguir el consejo de la muchacha. La cerveza había revuelto demasiado su mente, y los incidentes acaecidos durante el día parecían combinarse para acabar de enmarañarlo todo, de tal forma que le era imposible separar unas cosas de otras y considerar sus sentimientos con claridad. Si tenía que hablar con alguien, quería que ese alguien fuera *Grimya,* sólo *Grimya* podía proporcionar alguna claridad a su confusión. Apresuró sus pasos por el pasillo, ansiosa por encontrar a la loba.

Había una pizca de luz en su habitación, procedente de los rescoldos del fuego y de la lámpara que había dejado ardiendo con poca intensidad. Bajo el tenue resplandor vio que *Grimya* estaba allí, pero profundamente dormida. Se detuvo desilusionada en el umbral. No sería justo despertar a la loba, y sin embargo Índigo sabía que resultaría inútil meterse en la cama e intentar seguir el ejemplo de *Grimya.* Estaba demasiado inquieta, y sus confusas ideas no la dejarían tranquila; casi deseó haber bebido más de la cuenta. Unas cuantas jarras de cerveza podrían haber embotado su mente hasta situarla fuera del alcance de la especulación

Librodot

insustancial en lugar de dejar que un torbellino de ideas, desordenadas pero ineludibles, le siguieran rondando por la cabeza.

Grimya lanzó un suave ronquido y agitó una pata en sueños. Sin hacer ruido, Índigo retrocedió hasta el descansillo y cerró la puerta. En la cocina había un gran jarro de cerveza sin tocar. Una copa o dos más tal vez la ayudaran a conciliar el sueño, y, si por la mañana tenía dolor de cabeza, no sería un precio muy caro de pagar a cambio del descanso nocturno.

Ahora conocía ya la casa lo suficiente para no necesitar luz mientras se deslizaba de nuevo escaleras abajo, intentado evitar aquellas tablas chirriantes que podían despertar a los demás. Llegó al vestíbulo y desde allí siguió el estrecho pasillo que conducía a la cocina. La luna brillaba con fuerza esa noche, y su luz se filtraba entre las rendijas de los postigos de la vieja cocina, formando delgados y espectrales dibujos que le permitían ver el camino hasta el aparador donde se guardaba la cerveza sacada de los barriles del sótano. Pero no encontró ningún jarro, Índigo suspiró y cerró la puerta del aparador; estaba demasiado cansada y alicaída para bajar al sótano y sacar más cerveza de los barriles: la idea había sido un antojo y lo mejor sería que regresara a la cama e intentara dormir sin la ayuda del alcohol.

Despacio, desanduvo sus pasos en dirección a la escalera y se detuvo. Se veía un destello de luz por debajo de la puerta cerrada del comedor, demasiado brillante y demasiado pálido para ser un reflejo de los restos semiapagados del fuego. Alguien debía de haber olvidado apagar las lámparas, Índigo abrió la puerta.

Veness estaba sentado ante la mesa limpia. Un farol ardía jumo a su codo y el desaparecido jarro de cerveza, junto con una jarra, estaba sobre la mesa frente a él. Al oír el ruido del picaporte levantó la cabeza e Índigo vio lo sombría que estaba su mirada en aquel instante en que lo cogió desprevenido antes de que pudiera disimular.

—Lo siento. —Se detuvo en la puerta—. Vi la luz; pensé que alguien se había olvidado una lámpara.

Veness siguió contemplándola unos segundos, luego sonrió.

—Me temo —dijo—, que estoy un poquitín borracho. —Hizo una pausa—. ¿Tu tampoco puedes dormir?

Ella le devolvió la sonrisa vacilante.

—No. La cerveza también me ha afectado. Eso, y... otras cosas.

—Ah. Sí. Bien, ¿por qué no te unes a mí? Ahora que los dos nos hemos hecho amigos de la cerveza, no tiene mucho sentido parar, ¿no crees?

Índigo dudó. Tal y como Carlaze había predicho, parecía que Veness quería hablar; o quizá para ser más exactos, *necesitaba* hablar; y ella deseaba ayudarle si le era posible. La compañía del joven en aquel momento le resultaría más agradable de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Iré a buscar otra jarra —dijo.

—Resulta irónico, ¿no es verdad? —Veness inclinó la enorme jarra y llenó el vaso de Índigo y el suyo—. Tú con tu arpa y tus experiencias vividas con los cómicos de la legua, eres la más cualificada para actuar como narradora. Sin embargo parece que te pasas la mitad del tiempo escuchando mis relatos.

—No me importa escuchar —repuso Índigo, y era sincera—. Y si puedo ayudar de alguna forma...

Veness se recostó en su silla con un profundo suspiro.

—En el terreno práctico ni tú ni nadie puede hacer nada. Pero poder hablar con alguien que

no está involucrado, y que no toma partido..., *sí* ayuda. En cierta forma lo pone todo en perspectiva, y eso puede resultar inestimable. —La miró intensamente, con ojos un poco nublados—. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, lo comprendo. —Índigo repiqueteó con los dedos sobre su jarra—. Pero no quiero inmiscuirme.

—No te estás inmiscuyendo. Soy yo el que abusa de ti, cargándote con los problemas de la familia. No tenía intención de contarte nada de esto. No parecía tener el menor sentido, y tampoco me parecía justo. Pero muy bien: quizás el alcohol me haya soltado la lengua, y quizá lo que ha sucedido con mi padre esta noche te haya involucrado en este feo asunto, tanto si nosotros queríamos como si no. Así que, dadas las circunstancias, te voy a contar una triste historia.

Hubo un silencio que se prolongó tal vez un minuto, mientras la lámpara siseaba quedamente. Veness vació su jarra, volvió a llenarla y tomó un buen trago, como para darse fuerzas. Luego inició su relato.

La primera esposa del conde Bray, madre de Veness, Reif y Brws, había muerto seis años atrás. El matrimonio había sido muy feliz, y el conde lloró a su esposa largo tiempo hasta que, durante las solemnes celebraciones del solsticio de verano, tropezó con Moia, la hija de dieciocho años de una familia que cultivaba la tierra a un centenar de kilómetros al oeste de las tierras de los Bray.

—Cuando empezó a hacer propuestas a su padre —dijo Veness a Índigo—, todos creímos que pensaba en un matrimonio entre Moia y Reif. Pobre Reif: su vida fue un infierno en aquella época. Brws, Kinter y yo nos burlábamos tanto de él... Pero nos equivocábamos. Mi padre no quería a Moia para que fuera la esposa de Reif..., la quería para que fuera *su* esposa.

»Mi padre tenía casi edad para ser su abuelo, y desde luego podría haber sido su padre. Pero estaba obsesionado con ella. Es fácil burlarse de tales sentimientos, decir que empezaba a chochear y que no hay nadie más tonto que un viejo tonto. Pero lo mismo si se enamoró de verdad de Moia, como si fue sólo una especie de capricho en un intento por recuperar la juventud perdida, lo cierto es que mi padre creía que lo que sentía por ella era real. Y desde luego, como podrás suponer, a la muchacha no le interesaba en absoluto. ¿Cómo iba a interesarle? A los dieciocho años, no se quiere riqueza y posición, se quiere pasión, excitación y romance. Y bien sabe la Madre que, en el mejor de los casos, no es mucho el romance que la vida es capaz de ofrecer.

La voz de Veness tenía un dejo de amargura, como si él mismo fuera un anciano, Índigo clavó los ojos en la mesa, sin decir nada, y el relato continuó. Al parecer, el conde Bray no se dejó desanimar por la indiferencia que le mostraba la muchacha. Los parientes de ésta no eran ricos, y dos veranos mediocres habían dejado su ya exigua fortuna peligrosamente reducida. Decidido a conseguir a Moia a cualquier precio, el conde Bray ofreció una dote de matrimonio lo bastante generosa como para permitir que el padre de la joven liquidara sus deudas y devolviera la prosperidad a su granja. El pobre hombre tenía otras dos hijas y dos hijos cuyo futuro debía tener en cuenta. Tras algunos meses de deliberaciones decidió que el bien de la familia debía imponerse a los deseos de Moia. Se cerró el trato y, cuando empezaban a caer las primeras nieves del invierno, una nueva señora se instaló en la casa de los Bray.

Pero desde el principio fue evidente, al menos para Veness y Reif, que Moia no amaba a su esposo ni lo amaría nunca. Y en cuestión de meses el conde se vio sacado violentamente de su

Librodot

nuevo sueño de felicidad al empezar a sospechar que su esposa dedicaba sus atenciones a otro hombre. A unos quince kilómetros de la granja de los Bray se encontraba la pequeña hacienda de Olyn, un primo lejano...

—Nuestra familia se ha extendido como la cizaña en un campo de maíz por todas estas tierras —dijo Veness con ácida ironía—. Allí adonde vayas encontrarás otra ramificación del clan, todos afirmando ser parientes entre ellos.

... Y el hijo de Olyn, Gordo, era un visitante asiduo en la granja del conde. Gordo y Moia tenían más o menos la misma edad. Gordo era apuesto, alegre y tenía una personalidad cautivadora. Con el paso del tiempo sus visitas se hicieron más frecuentes y por lo visto coincidían casi siempre con las obligadas ausencias del conde por asuntos que debía resolver con respecto a la granja. Nada se dijo: toda la familia sabía de las sospechas del conde Bray, pero nadie se atrevía a sacar a relucir la cuestión en su presencia. Y aunque quizás una de las mujeres podría haberse llevado a Moia a un rincón y haberle advertido, la lealtad para con el conde y la sombra de la falta de certidumbre se combinaron para acallar las lenguas... Hasta que un día, poco menos de un mes antes de la llegada de Índigo, fue demasiado tarde.

El conde Bray había encontrado la carta escondida en uno de los guantes de su esposa. Había estado registrando sus pertenencias, dijo Veness, en busca de la evidencia mientras rogaba para no encontrarla. Pero ni siquiera el más ciego de los hombres podría haber ignorado o justificado la apasionada misiva, escrita por la mano misma de Gordo, que finalmente reveló la infidelidad de Moia.

Veness recordaría el resto de su vida la escena que siguió en el comedor una hora más tarde. Gordo estaba otra vez de visita en la granja y, cuando la familia se sentaba a comer, el conde penetró en la sala como un espíritu vengador y rugió su acusación frente a todos los allí reunidos.

—Habría matado a Gordo en aquel momento —explicó Veness sombrío—. Lo arrastró fuera de la mesa como un perro a una rata, y le colocó una mano debajo de la mandíbula al tiempo que le echaba la cabeza hacia atrás para romperle el cuello. Moia empezó a gritar. Reif, Kinter y yo... lo detuvimos; los separamos. Hizo falta que interviniéramos los tres para someterlo, pero no podíamos quedarnos allí mirando sin hacer nada. —Se quedó en silencio largo rato—. Padre no nos lo ha perdonado. Y Reif piensa ahora que no debiéramos haber intervenido, que tendríamos que haber dejado morir a Gordo. Sé lo que siente. Furia... y algo más profundo, siniestro... apareció en sus ojos. Pero en aquel momento sólo pensamos en impedir cualquier derramamiento de sangre. —Se produjo otra vacilación, más breve—. De cualquier modo, Gordo huyó de la casa, y Livian se llevó a Moia a su habitación mientras el resto de nosotros intentaba calmar a mi padre.

—No debió de ser fácil —repuso Índigo, con calma.

Veness le dedicó una rápida sonrisa carente de humor.

—No. No, no lo fue. Pero cuando por fin recuperó el juicio, en cierta forma fue peor que antes. Se mostraba callado, reservado; como un completo desconocido. Nos ordenó que cerrásemos con llave la puerta de Moia, luego se sentó aquí abajo y dijo que no quería ver a nadie.

»No sé qué era lo que pensaba hacer; si intentar reconciliarse con Moia, o mantenerla prisionera fingiendo ante los demás que no pasaba nada. Pero cualquier plan que hubiera podido hacer resultó inútil ya que por la mañana Moia se había marchado. Sólo la Madre sabe cómo encontró valor para hacerlo. Debió de salir por la ventana y descender por la pared de la

Librodot

casa. Y eso es algo que desafío a quien esté más en forma a intentarlo. —Arrugó la frente—. Creo que temía por su vida o jamás se habría arriesgado a hacerlo. No comprendía a mi padre; no se dio cuenta de que, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, él jamás le habría hecho daño. La amaba demasiado, ésa es la lástima. Y nada le importó a mi padre a partir de aquel momento, excepto encontrarla y traerla de vuelta.

Según Veness, el conde Bray estaba seguro de que Moia y Gordo estaban juntos y se puso en marcha de inmediato para ver a Olyn, el padre de Gordo. Llenos de inquietud, Veness y Reif lo convencieron para que les permitiera acompañarlo, y el conde cabalgó hasta la casa de su primo, aporreó la puerta y, cuando Olyn apareció, lo acusó sin rodeos de dar cobijo a los fugados. Olyn negó enérgicamente saber nada del asunto y se produjo una disputa, que sólo la intervención de Veness y Reif impidió que degenerara en violencia. Por fin, Olyn y el conde se tranquilizaron un poco y se envió a buscar a Gordo de modo que pudiera relatar su versión de la historia. Pero a Gordo no se lo pudo encontrar.

—Ésa era la prueba que necesitaba mi padre —siguió Veness con amargura—. Nada de lo que nadie dijo después de eso pudo hacerle cambiar de parecer, y acusó a Olyn de echar a Gordo y Moia en brazos uno del otro y de ser cómplice de su fuga.

—¿Por qué iba a hacer Olyn semejante cosa? —inquirió Índigo.

Veness se encogió de hombros, impotente.

—¿Quién puede decirlo? ¿Ojeriza? Mi padre posee el título de conde y las tierras que van con el título; si no hubiera sido por una cuestión de nacimiento todo eso habría podido ser de Olyn. Los celos pueden seguir derroteros extraños.

No resultaba muy convincente, e Índigo dijo:

—¿Realmente crees que Olyn es culpable?

—Yo... —Entonces Veness sacudió la cabeza—. Realmente no lo sé, Índigo. Y de todas formas, ¿qué importa si lo creo o no? Padre sí lo cree; y ahí es donde radica el peligro. Porque, verás, mi padre busca venganza.

Sin querer, la mirada de Índigo se deslizó a través de la habitación hasta la repisa de la chimenea y, aunque intentó que Veness no se diera cuenta de lo que miraba, a éste no le pasó inadvertido el leve movimiento de su cabeza.

—Sí —asintió sombrío—. De eso es de lo que todos tenemos miedo.

—Pero tu padre no lo haría; seguramente no...

—Creo que sí lo haría. Ha hablado de ello, y no creo que sus palabras sean simples desvaríos. —Veness se inclinó hacia adelante, frotándose los antebrazos como si de repente sintiera frío—. Moia lo era todo para él: al traicionarlo le partió el corazón, y ahora creo que su mente está también al borde del colapso. Si eso sucede, si finalmente acepta que no puede recuperarla, entonces sentirá que su vida ya no tiene objeto y no le importará lo que le suceda. No pensará más que en localizar a cualquiera que él crea que haya tomado parte en la traición, y en matarlo. Y utilizará las armas más letales que pueda encontrar.

Levantó los ojos hacia ella, y de repente la monstruosa carga que llevaba encima quedó reflejada dolorosamente en ellos.

—Está empezando otra vez, Índigo. La enemistad entre nuestra casa y la de Olyn, el engaño, la traición... es la misma cadena de acontecimientos, que regresa para atormentarnos después de cientos de años. Y ahora el tigre de las nieves ha regresado. Es un presagio, un presagio terrible. Y si significa lo que yo creo, me temo que la rueda dará una vuelta completa, y se producirá otra masacre como la acaecida hace siglos. Sólo que esta vez, la

Librodot

maldición no caerá sobre un antepasado lejano y olvidado cuyo nombre ya no significa nada. Caerá sobre esta casa, y sobre todas esas personas inocentes que viven en ella. Y será mi propio padre quien la resucite.

Extendió el brazo para tomar el jarro de cerveza, llenó su vaso y lo vació de un trago. El vaso se estrelló con fuerza sobre la mesa de nuevo y Veness ladeó el jarro por segunda vez pero sólo un hilillo de líquido salió de él. Por un instante Índigo pensó que Veness arrojaría el jarro al otro extremo de la habitación; pero con un esfuerzo sobrehumano el joven se controló y se limitó a depositarlo a un lado.

Índigo se preguntó cuánto habrían bebido los dos. El jarro, en el que cabían casi cinco litros, debía de estar lleno en sus tres cuartas partes cuando empezaron. Ella empezaba a sentirse mareada, sensación agravada por una especie de pereza en los miembros y una confusión visual que hacía que todo pareciera ligeramente irreal. Quiso decir algo pero no se le ocurrieron palabras que no sonaran vacías e irrelevantes.

De pronto, Veness se cubrió el rostro con una mano, y sus hombros se hundieron.

—¿En qué terminará esto? —Su voz resultaba algo inarticulada y cargada de tensión—. No puedo pararlo. Ninguno de nosotros puede pararlo. ¡Que la Madre nos ayude! ¿En qué terminará esto?

Índigo se puso en pie tambaleante. No tomó ninguna decisión consciente (ni siquiera sabía si era capaz de pensar con lógica en aquel momento), se limitó a dar salida a la oleada de compasión, compañerismo y otras emociones de las que había intentado protegerse pero que, ahora que la cerveza había abatido sus defensas mentales, cayeron sobre ella en tropel. Rodeó la mesa vacilante hasta llegar junto a Veness, extendiendo los brazos hacia él, deseosa de tocarlo y consolarlo sin pensar en nada más. Sus dedos se encontraron con los hombros de él, y él se volvió rápidamente tomándola de los brazos, atrayéndola hacia él y apretando su rostro contra la tupida melena de la muchacha, Índigo percibió los diferentes aromas que emanaba: cuero, lana y una piel desconocida. La sensación la asaltó como una corriente de resaca y se tambaleó mientras él la sujetaba con más fuerza, de modo que perdió el equilibrio y se deslizó hacia el suelo quedando semiarrodillada. Los brazos de Veness le rodeaban el cuerpo, sus manos se movían ansiosas, casi con desesperación, por su espalda. El joven se retorció, entre la enmarañada confusión de los cabellos de ambos, rojizos unos y negros los otros, la joven se encontró con sus ojos grises, los ojos *de* un extraño que a la vez resultaban dolorosamente familiares.

Permanecieron inmóviles, mirándose el uno al otro, sin atreverse a moverse no fuera que aquel momento de intimidad, que ninguno de los dos había buscado y que sin embargo de repente ambos ansiaban mantener, se quebrara y desapareciera. Por fin, muy despacio, con gran indecisión por su parte, Veness rompió el hiato. Posó una mano sobre el rostro de Índigo, echando hacia atrás sus cabellos. Luego volvió a detenerse. Ella sintió que su corazón latía de forma irregular y arrítmica; involuntariamente, sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de los brazos de él, y de repente su boca se posó sobre la de ella, besándola con tal intensidad que un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Intentó por instinto echarse hacia atrás, pero Veness volvió a apretarla contra él con fuerza y se dio cuenta de que no quería resistirse, no quería negarle a él lo que también ella deseaba. Le parecía que cada uno de sus nervios estaba al rojo vivo; sentía su cuerpo recorrido por un hormigueo, un estremecimiento a la vez aterrador y glorioso. Sus dedos se enredaron en los cabellos de Veness, en sus ropas, en su piel mientras contestaba a su pasión con aquel anhelo desgarrador que se había obligado

Librodot

a reprimir durante tantos años. Cabellos negros y ojos grises, el contacto del cuerpo de un hombre entre sus brazos, su intensidad, su necesidad compartida, los recuerdos... El pasado y el presente se fusionaron, alimentados por su borrachera, confundidos en una sola imagen mientras sus manos seguían el contorno de su rostro y lo reconocían, lo reconocían; y cuando sus bocas se separaron la voz de Índigo jadeó: *«¡Oh, Fenran...!».*

El hechizo se rompió. No sabía si Veness había escuchado sus palabras apenas coherentes o si las había comprendido en el caso de haberlas escuchado; pero fue como si una sombra cruzara la estancia y los tocara con la fría mano de la razón. La mejilla de Veness estaba apretada contra la suya; sintió que aspiraba con fuerza. Luego él volvió la cabeza y la miró a los ojos. En ellos vio tristeza e incertidumbre. Veness giró la cabeza otra vez y apoyó la frente sobre su hombro.

—He bebido demasiado.

La trivialidad de sus palabras arrojó la tambaleante mente de Índigo algo más cerca de la racionalidad y, cuando el muchacho se rió un poco de su propia confesión, tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse ella también, sabedora de que si cedía al impulso, no podría controlarlo.

—¡Oh, por la Diosa! —Veness le oprimió los hombros—. Hemos bebido los dos demasiado, ¿no es así? Lo siento, Índigo. No tendría que haber...

—No. —Lo besó en el cuello, cerrando los ojos al darse cuenta de repente de que no sabía en realidad qué piel era la que tocaban sus labios—. No digas eso. Por favor.

Se separaron despacio, e Índigo resbaló lentamente hasta el suelo. Las paredes del comedor parecían inclinarse sobre ella y alzó una mano para sujetarse al borde de la mesa, intentando incorporarse. Veness se levantó vacilante y la ayudó. Ella se apoyó contra la mesa y le puso un brazo alrededor del hombro mientras intentaba, sin conseguirlo, poner en orden sus alborotados pensamientos.

—Los dos necesitamos dormir. La cerveza nos ha afectado. —Veness extendió una mano para tomar la lámpara que se balanceó al levantarla, haciendo que las sombras danzaran enloquecidamente sobre las paredes—, Índigo...

—No —repitió ella—. No, Veness. —Había tantas cosas que quería contarle, tantas cosas que explicar..., pero no le salían las palabras. Estaba demasiado achispada.

No volvieron a hablar mientras él le ayudaba a abandonar la habitación y así, apoyándose uno en otro, ascendieron tambaleantes la escalera. En el descansillo, Veness se volvió de nuevo hacia Índigo.

—Si los otros pudieran vernos ahora...

Ella lanzó un bufido, luchando por reprimir una carcajada sin ton ni son. Resultaba divertido; y sin embargo, era cualquier cosa menos eso.

—Índigo... —Rozó su rostro, le recorrió la línea de su mejilla, y posó las yemas de los dedos sobre sus labios. Ella no podía ver su expresión; en la penumbra los ojos de Veness no eran más que oscuras manchas borrosas en el óvalo más pálido de su rostro—. ¿He cometido un terrible error?

Ella se quedó en silencio durante unos momentos que parecieron hacerse eternos. ¿Cómo podía responderle? La imprudente ebriedad combatía con sus lealtades más profundas y antiguas. Y Veness, que tenía el rostro de Fenran pero no era Fenran, la tocaba, amenazando con reavivar la intensidad de su breve locura en el comedor. No podía contestarle si quería estar segura de que su respuesta era auténtica.

Pero otra parte de ella, en la que la razón no tenía nada que hacer, la invadió y habló antes

Librodot

de que pudiera detenerse a considerarlo o controlarlo.

—No —dijo en voz baja.

Y levantó el rostro para besar sus labios una vez más, con sencillez pero a la vez con intención. Luego, antes de que los restos de su resolución se hicieran añicos por completo, se dio la vuelta y se alejó por el descansillo dando traspiés, apoyada en la pared para no caer, en dirección al refugio que le ofrecía su habitación.

CAPÍTULO 9

—En mi opinión —dijo *Grimya—,* estás tan prrreocupada por lo sucedido con Veness como por la historia del conde Bray.

Índigo contempló ceñuda el creciente montón de troncos partidos que tenía delante.

—Eso es una estupidez, *Grimya.* —Su voz denotaba que estaba a la defensiva.

—No es una estu... estupidez; es cierto. Lo sé. Puedo percibirlo. Siempre sé cuando me ocultas algo.

Índigo vaciló, luego con un suspiro dejó el hacha que sostenía y se llevó la mano a los cabellos para apartárselos de los ojos. A pesar de las protestas de Livian y Carlaze de que no era trabajo de mujeres, esa mañana se había ofrecido a preparar los troncos para los fuegos de la casa. Era una tarea individual y le daba la oportunidad de estar a solas con *Grimya* y contarle lo sucedido la noche, anterior. Le había contado la desdichada historia del conde Bray, y los temores de la familia de que pudiera volverse loco e intentar utilizar el hacha y el escudo malditos contra aquellos que lo habían traicionado; y, con un poco de vergüenza, también le relató a la loba lo sucedido tras las revelaciones de Veness. Intentó quitar importancia al incidente y pintarlo como una aberración momentánea, pero incluso mientras lo contaba se daba cuenta de que no era sincera y *Grimya* también lo notó.

El problema, se dijo, es que resultaba imposible ocultar sus pensamientos a *Grimya* durante mucho tiempo. Habían estado demasiado unidas, y demasiados años, para tener secretos una con otra; y si percibía que su amiga estaba preocupada, *Grimya* era lo bastante honrada y sencilla como para decirlo sin reservas.

—De acuerdo —admitió Índigo—. Es verdad, *Grimya:* lo sucedido con Veness me tiene preocupada. Los dos estábamos borrachos anoche —arrugó la frente, al recordar la resaca con la que se había despertado y que todavía no había desaparecido por completo—, y dejamos que las emociones del momento se apoderaran de nosotros... Ha creado una complicación que no deseaba en absoluto. Y no sé qué hacer.

Durante unos instantes reinó el silencio, roto sólo por los distantes ruidos de otras tareas que se llevaban a cabo en el patio, amortiguados por las gruesas paredes de la leñera. Entonces *Grimya* dijo:

—¿Cre...es que Veness está enamorado de ti?

Era una de las preguntas que Índigo había procurado evitar. Temió tener que enfrentarse a Veness por la mañana, pero cuando se encontraron a la hora del desayuno él se comportó como si nada hubiera sucedido, y sólo la miró en una ocasión con una sonrisa tímida, privada y ligeramente avergonzada. Sin embargo, aunque intentó disimularlo, percibió cierto cambio de actitud, una ansiedad reprimida y, lo más desconcertante de todo, esperanza.

Volvió a mirar a *Grimya* con ojos entristecidos.

—Me temo que así sea. O puede que él crea que así es, cosa igual de inconveniente.

—¿Y tú?

Se quedó rígida y pareció a punto de intentar fingir, pero entonces comprendió que no servía de nada.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Veness se parece tanto a Fenran que me asusta. Tiene el rostro de Fenran, la figura de Fenran y, ¡que la Diosa se apiade de mí!, incluso la voz de Fenran algunas veces. Cuando desperté esta mañana, pensé que había cometido un terrible error anoche. Estaba borracha, confundida, pensé que por un loco instante creí que Veness *era* Fenran. —Calló un momento—.

Librodot

Pero ahora no creo que sea cierto. No lo creí. Sabía lo que hacía y... me gustó.

Se estremeció al revivir el recuerdo. Un instante cuando la cerveza derrumbó sus inhibiciones; un beso; un instante resplandeciente de un deseo que no había experimentado desde la última vez que los labios y manos del propio Fenran la tocaran. En la calma del amanecer intentó, intentó con tanta intensidad, convencerse de que no significaba nada... Pero seguía sin conseguir desterrar los ecos de las emociones que despertó aquel breve momento.

Aguardó a que *Grimya* volviera a hablar, pero la loba permaneció en silencio. En un intento por desviar sus propios pensamientos, Índigo colocó otro tronco en posición y volvió a tomar el hacha. El golpe sólido y fuerte de la hoja al hundirse en la madera medio helada pareció despejar un poco su cabeza, como el puño metafórico que se estrella contra una mesa; y aquello la obligó a tomar una decisión.

Terminó de cuartear el leño y lo colocó en el montón cada vez mayor que tenía detrás, luego cogió otro. Lo sostuvo unos instantes en la mano, contemplando meditabunda los intrincados dibujos de la corteza, luego volvió a mirar a *Grimya.*

—Sea lo que sea lo que yo pueda o no sentir por Veness —dijo con gravedad—, tengo que olvidar lo sucedido anoche, *Grimya.* Tengo que distanciarme de él y del incidente. Cualquier otra cosa resultaría demasiado peligrosa.

Aspiró con fuerza y balanceó el hacha, descargando parte de su frustración en la violencia del hachazo. Una astilla irregular e inútil se desprendió del tronco, Índigo juró en voz baja, luego hundió los hombros mientras volvía a bajar el hacha.

—Sabemos —continuó Índigo—, que nuestro próximo demonio se encuentra bajo el techo de esta granja. Pero aunque creemos conocer la forma que ha tomado, no podemos estar seguras. —Recuerdos antiguos y desagradables desfilaron ante sus ojos—. Ha habido tantos engaños y pistas falsas en el pasado... Y ahora la complicación de Veness. ¡Se me ocurre que el hecho de que se parezca de forma tan extraordinaria a Fenran podría ser el cebo de una nueva trampa!

—No lo... crrreo.

—Quizá no. Pero ¿puedes estar segura?

Grimya vaciló, luego hundió la cabeza al triunfar la honradez sobre su deseo de complacerla.

—No —repuso—, no pu... puedo estar segura.

—Entonces no me atrevo a correr ningún riesgo. En lo que se refiere a Veness, yo... —Y se interrumpió cuando *Grimya* lanzó un suave gruñido de advertencia.

El picaporte de la puerta chasqueó, y una fuerte ráfaga de aire helado anunció la entrada de Reif. Éste se detuvo en el umbral y miró con sorpresa el montón de troncos preparados. Pero si le impresionó su laboriosidad no hizo el menor comentario sobre el tema; en su lugar paseó la mirada rápidamente por la leñera, luego arrugó el entrecejo.

—¿No está Veness aquí?

—No. —Los esfuerzos de Reif por disimular su actitud hostil hacia ella no pasaban, en el mejor de los casos, de cubrir las apariencias, Índigo detectó una implicación en su tono que la puso a la defensiva—. ¿Por qué iba a estar aquí?

Reif se encogió de hombros.

—Te oí hablar con alguien. Pensé que te había oído mencionar su nombre.

—No —repitió Índigo; sus ojos mantuvieron con firmeza la mirada de él.

—Ah. Bueno, quizás estarías hablando con *Grimya,* entonces, ¿eh? —Le dedicó una leve

Librodot

sonrisa—. Yo vigilaría ese tipo de cosas si estuviera en tu lugar; dicen que es uno de los primeros síntomas de demencia. Bien, si ves a Veness, dile que el caballo gris se las ha apañado para herirse en la pata con una astilla en el establo, y necesita que le echen una mirada. Oh, y Rimmi acaba de salir para anunciar que la comida está lista cuando queramos.

Se inclinó para tirar a *Grimya* afectuosamente de la oreja y rascarle la coronilla; luego salió con paso rápido, dejando la puerta abierta de par en par. Índigo contempló cómo se alejaba con una mezcla de exasperación y perplejidad. Había dado por imposible intentar averiguar por qué Reif era tan inflexible en su comportamiento; aquel pequeño gesto hacia *Grimya* parecía otro deliberado desaire más.

«No confía en nosotras», comentó sabiamente *Grimya,* pasando por cuestión de prudencia a la comunicación telepática. *«Tiene la impresión de que somos una amenaza para él.»*

«¿O será él una amenaza para nosotras?».

«¿Qué quieres decir?»

«Ohh..., nada; veo fantasmas en la oscuridad.» Índigo apartó de sí la momentánea idea. *«Tenemos que hablar,* Grimya. *No sobre Veness, eso debe ser dejado a un lado y olvidado. Tenemos que hablar sobre el demonio, y decidir qué vamos a hacer.»*

Grimya levantó la cabeza hacia ella.

«¿Ha de ser ahora? ¿No podemos esperar un poquito más? Estoy...»

«¿Hambrienta?» Índigo se echó a reír en voz alta cuando la quejumbrosa y eterna súplica de *Grimya* aflojó un poco la tensión. *«Muy bien. Regresemos a la casa y veamos qué nos ha preparado Livian para comer. Pero más tarde habrá mucho que discutir. Y...»,* se estremeció de repente, aunque no de frío, *«no quiero posponerlo más de lo estrictamente necesario».*

Esa noche, Índigo hizo frente a las inevitables chanzas alegando dolor de cabeza, el precio de los excesos de la noche anterior, y se retiró a su habitación temprano. Creía (aunque no podía estar completamente segura) que había conseguido evitar cualquier riesgo de un encuentro embarazoso con Veness sin dejar que su estratagema fuera demasiado evidente. *Grimya* y ella se acomodaron ante el moribundo fuego para examinar cuidadosamente lo que hasta ahora habían averiguado sobre la fuerza maléfica instalada en la casa de los Bray.

El mayor problema, como Índigo señalara ya durante el día, era que, a pesar de que podían conocer la naturaleza del demonio, aún no podían estar seguras de la forma que había escogido. Hasta ahora, la evidencia parecía sugerir que el viejo escudo y el hacha, colgados sobre la chimenea del comedor, odiados y rehuidos por todos, eran el foco del poder del demonio; un vehículo físico para su de momento intangible presencia. Pero esa evidencia se basaba en poco más que conjeturas e intuición; carecía de base sólida. La verdad podía muy bien estar localizada en otro sitio; en un ser humano. Y existían muchas posibilidades: el conde Bray en persona, Reif, Kinter, Carlaze, incluso la tosca y en apariencia inofensiva Rimmi, o (a Índigo se le puso la piel de gallina ante la idea) Veness.

«Oh», dijo *Grimya* sombría, *«puede que exista otra respuesta. Puede que el mayor peligro no esté en absoluto dentro de esta casa.»*

Índigo la miró, curiosa, y percibió de inmediato lo que quería insinuar.

—¿El tigre de las nieves? ¡Oh, no, *Grimya...* no puede ser!

Grimya la contempló indecisa.

«No podemos estar seguras. No podemos estar seguras de nada aún.»

—Pero... —Y entonces Índigo se dio cuenta de que, igual que con todo lo demás, no tenía

Librodot

más apoyo que su propia intuición. Suspiró—. No sé, cariño. Es posible, supongo. Pero no percibo nada maligno en esa criatura. Por el contrario ha sido nuestro aliado más que nuestro enemigo.

«Hasta ahora, sí. Pero ¿quién puede decir que no vaya a cambiar?»

Tenía razón; y aunque su juicio podía estar alterado por su miedo innato al gran felino, sería prudente no correr riesgos, Índigo cambió de postura y extendió las puntas de los pies en dirección al fuego contemplándoselas pensativa.

—Entonces —concedió—, no estamos mucho mejor que el día en que llegamos aquí. Lo único que sabemos con seguridad es lo que la piedra-imán nos dijo: que el demonio está aquí. Pero en cuanto a qué es exactamente o a cómo puede manifestarse, apenas si tenemos una pista que nos guíe. Sólo la leyenda que va unida al hacha y el escudo... e incluso eso podría ser una pista falsa. Así pues, ¿qué hacemos?

Grimya meditó durante unos momentos. Luego dijo:

«En mi tierra, cuando tenía hambre y no podía encontrar ninguna presa, acostumbraba hacerme esta pregunta, Y la respuesta era: espera y vigila». Levantó los ojos hacia Índigo. «No *es fácil de hacer cuando el estómago te roe por dentro como si poseyera dientes, la boca se te hace agua al recordar el sabor de la comida y busca ansiosa volver a sentir ese sabor. Pero es la única salida. Lo aprendí rápidamente cuando los míos m? arrojaron fuera de su lado y me quedé sola. Espera y vigila. Y persigue cualquier cosa que aparezca, no importa lo pequeña que sea ni lo difícil que resulte de capturar.»*

Índigo consideró sus palabras. Eran un consejo cargado de frustración, pero ¿qué otra elección tenía? No podía hacer nada más de momento; no podía forzar la mano del demonio *y* provocar un enfrentamiento, porque eso sería (acuñando otra de las analogías de *Grimya)* como intentar morder el viento.

«Aparecerá» dijo *Grimya. «Igual que la presa, saldrá al descubierto. Pero no sé cuándo.»*

Índigo se puso en pie. Se sentía cansada y desanimada. Ya no quiso seguir hablando más, no quedaba nada por decir que valiera la pena. Podían pasarse toda la noche dando vueltas y más vueltas al problema, y no conseguir otra cosa que el mismo estado de deprimente impotencia. Sería mejor, o al menos un poco menos inútil, irse a la cama y dormir, en lugar de perder el tiempo en infructuosas especulaciones.

Grimya la observó mientras cruzaba la habitación.

«No eres feliz.»

Índigo volvió la cabeza y sonrió aunque con poca convicción.

—No soy feliz. Pero no hay nada que pueda hacerse sobre eso. Vamos a dormir. Estoy exhausta, y la Madre sabe muy bien que no tardará en volver a ser de día.

La loba volvió la cabeza hacia otro lado.

«Lo siento. No te he servido de ayuda».

—No, no; has dicho la verdad, y que a mí no me guste la verdad no la hace menos válida. Vamos, ya. Échate conmigo mientras la habitación sigue aún caliente. A lo mejor por la mañana encontramos algo que nos inspire.

Eran palabras valerosas, pero huecas, como Índigo admitió para sí más tarde cuando, incapaz de dormir, permanecía tendida contemplando los vagos contornos del pie de la cama. Había oído cómo el resto de los habitantes de la casa, solos o en pareja, se dirigían en silencio a sus camas entre el crujido de las tablas del suelo y algún que otro murmullo ahogado; y en una ocasión, alguien se detuvo frente a su puerta al acecho de cualquier indicación de que

Librodot

pudiera estar despierta. Adivinó quién podía ser, pero contuvo la respiración, permaneció inmóvil y silenciosa y, tras algunos segundos, las suaves pisadas se alejaron despacio.

Grimya yacía, con el hocico entre las patas delanteras, su respiración producía un sonido rítmico y ronco en contraste con el silencio ambiental, Índigo hundió la palma de una mano varias veces en su almohada que parecía haber formado una ondulación tan dura como la piedra bajo su cuello y, envidiando la paz de la loba, intentó de nuevo conseguir el descanso que tanto anhelaba. Por fin, las primeras señales del sueño empezaron a llegar; la agradablemente desorientadora sensación de flotar, la realidad que empezaba a confundirse con pensamientos inconexos y sin sentido; se iba quedando dormida...

Pero fue devuelta violentamente al mundo de la vigilia por un sonido que le sacudió como una descarga toda la espalda.

«¡Índigo!»

El mudo grito de alarma de *Grimya* fue lanzado inmediatamente después del ruido que había hecho pedazos sus embrionarios sueños. La loba estaba de pie y con el pelaje erizado por el sobresalto, Índigo se sentó de golpe en la cama. *El tigre..., y* estaba cerca, tan cerca que casi podía creer que...

La lucidez la golpeó con violencia. Saltó de la cama y corrió a la ventana, ignorando las protestas de *Grimya* mientras abría los postigos. La fría luz de la luna inundaba el patio: y allí, enmarcado en el arco de piedra y resaltado dramáticamente por un rayo de aquel plateado resplandor, estaba detenido el tigre de las nieves como algo surgido de una visión febril. Tenía el hocico levantado, buscaba; y aunque su rostro quedaba entre las sombras Índigo supo que miraba a su ventana. Durante un tiempo que ni siquiera podía suponer cuánto fue —podría haber sido un minuto, quizá menos— lo contempló como hipnotizada y, en lo más profundo de su psiquis, sintió que una fuerza innominada salía de su sopor y tiraba de su conciencia. La criatura la *llamaba.* Y con un escalofrío de emoción que era en parte excitación y en parte terror, Índigo comprendió que debía responder.

—Índigo, ¿qué haces? —En su agitación *Grimya* gritó en voz alta al ver que Índigo se apartaba de la ventana y empezaba a vestirse precipitadamente—. ¡Índigo!

—¡Chist!

Era vital, *vital,* que nadie más de la casa se despertara e Índigo se volvió con rapidez para sujetar el hocico de la loba con ambas manos. Sus ojos tenían una expresión ansiosa y cambió a la comunicación telepática.

«Voy a salir, Grimya. *El tigre ha venido a buscarme, y debo intentar descubrir qué quiere.»*

Grimya temblaba.

«¡Es peligroso!»

«No; no lo creo. Por favor, Grimya..., *ven conmigo o espera aquí, como prefieras, ¡pero date cuenta de que debo ir!»*

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la loba desde la cabeza a la punta de la cola.

«No *te dejaré ir sola, iré. ¡Pero tengo miedo!»*

«No hay nada que temer, cariño. Si alguna vez he estado segura de algo es de esto aunque ni siquiera pueda empezar a explicar por qué.»

Índigo siguió vistiéndose, se puso de cualquier manera la camisa y los pantalones, metió los pies en las botas y, finalmente, recogió el abrigo. Ya lista se detuvo, cogió la ballesta y se la colgó junto con el carcaj al hombro. Era, estaba segura, una precaución innecesaria; pero por lo menos serviría para mitigar los temores de *Grimya* por su seguridad. Esperaba que el

Librodot

tigre lo comprendiera.

Atravesar el rellano a oscuras y bajar por las escaleras era peligroso, pero no se atrevió a encender un farol. Llegaron al vestíbulo y corrieron a la puerta principal, cerrada y atrancada como todas las noches. La barra se alzó con relativa facilidad, pero uno de los cerrojos chirrió como una rata agonizante e Índigo cerró los ojos y contuvo la respiración mientras contaba hasta veinte, y rezaba para que el ruido no hiciera bajar corriendo a alguno de los hombres. Su plegaria tuvo éxito; no le llegó el menor signo de movimiento desde el piso superior, y al fin se sintió lo bastante segura como para entreabrir ligeramente la puerta. Con *Grimya* detrás de ella se deslizó al exterior, a la brillante y gélida noche.

El patio tenía un aspecto extraño y etéreo. La engañosa luz de la luna transformaba formas, que durante el día eran acogedoras y familiares, en siluetas ajenas a la casa envueltas en una aureola amenazante. Sobre la nieve brillaba una nueva capa de escarcha, helada y quebradiza como el cristal, Índigo oyó a *Grimya* gimotear, llegándole el sonido con peculiar claridad en medio de la quietud.

Por un momento, andando cautelosa en dirección al arco, pensó que el tigre se había ido; pero enseguida lo vio, su pelaje formaba parte del dibujo de sombras y nieve. Y entonces pudo ver el profundo y cálido brillo interno de sus ojos ambarinos que la contemplaban sin parpadear. El corazón le palpitaba sobresaltado y tenía todos los nervios en tensión mientras avanzaba muy despacio hacia él con la inquieta cautela del cazador experto.

Se encontraba quizás a unos diez metros del felino cuando éste alzó apenas la cabeza y lanzó un suave y vacilante ronroneo. *Grimya* se quedó paralizada por el terror, pero Índigo reconoció instintivamente el sonido como un saludo y un mensaje tranquilizador a la vez. El tigre de las nieves no quería hacerles ningún daño. A su manera, y *en* su propia inescrutable lengua, les decía: *amigo.*

Índigo se detuvo. El felino y ella se contemplaron mutuamente. Una vez más volvió a sentir aquella sensación de que trataba de establecer una comunicación que le hormigueó en los límites de la mente; pero una vez más le fue imposible interpretar lo que la criatura intentaba decirle. Las ondas nerviosas de *Grimya,* que la loba luchaba sin éxito por controlar, dificultaban más aún la posibilidad de comprenderlo.

La muchacha bajó los ojos rápidamente hacia *Grimya,* que permanecía inmóvil y rígida a su lado, luego volvió a levantarlos para mirar al tigre.

—No sé si puedes comprenderme —dijo, repitiendo mentalmente lo que decía en voz alta—. Pero no tengo el poder de comunicarme como haces tú. Por favor: muéstrame qué es lo que quieres.

Durante unos instantes el tigre no respondió. Luego, bruscamente, se dio la vuelta. La joven pensó que estaba a punto de salir huyendo y empezó a andar hacia él. Pero el animal se detuvo y volvió la cabeza para mirarla. Agitó la cola como si se impacientara.

«Quiere que lo sigamos», dijo Índigo a *Grimya.*

La loba se estremeció.

«No creo que debamos hacerlo. No creo que sea prudente.»

El tigre aguardaba, Índigo volvió a hablarle.

—Mi amiga te tiene miedo. No quiere ir contigo, por si tienes intención de hacernos daño.

Los dorados ojos parpadearon despacio, luego la enorme cabeza giró hasta que el tigre quedó mirando directamente a la loba. Sus labios peludos se tensaron hacia atrás ligeramente, y volvió a lanzar su suave ronroneo. Mientras lo hacía, Índigo sintió cómo un torrente de

energía le atravesaba a gran velocidad el cerebro. Percibió cordialidad, espíritu invencible, un vestigio de compasiva indulgencia; y entonces advirtió la oleada de perplejidad en la mente de *Grimya* cuando también la loba notó toda la fuerza de la emoción trasmitida por el tigre. *Grimya* dejó escapar un peculiar gorjeo ahogado; no exactamente un gemido, tampoco un gruñido; luego levantó la mirada hacia Índigo, los ojos llenos de confusión.

«¡He comprendió sus pensamientos!», anunció, asombrada. *«Los he sentido...»*

«Yo también, cariño. Este no es un animal corriente. ¿Crees ahora que no pretende hacernos daño?»

Las mandíbulas de *Grimya* se movieron espasmódicamente.

«Yo... sí; creo que ahora debo creerlo...»

La cola del tigre se agitó de nuevo, transmitiéndoles mayor urgencia, Índigo se inclinó para acariciar la cabeza de la loba con un gesto tranquilizador.

«Vamos, pues. Veamos adonde quiere conducirnos.»

Cruzaron bajo el arco de piedra y penetraron en el mundo nocturno del invierno de El Reducto. El cielo estaba despejado, una inmensidad negra como el azabache que contenía un millón de estrellas relucientes, y la luna aparecía ligeramente difuminada por una gélida aureola teñida de colores etéreos que arrojaba un brillo misterioso y vago sobre la nieve. Sus sombras, delgadas, nítidas y grotescamente alargadas se extendían a sus espaldas. El frío hirió la piel de Índigo y al respirar le abrasó los pulmones.

El tigre las condujo lejos de la granja, en dirección al bosque distante. En la mayoría de los lugares la nieve no tenía más de treinta centímetros de espesor; estaba claro que el felino había escogido su ruta con sumo cuidado aunque Índigo se sorprendió (un poco desconcertada) al no ver ningún rastro que fuera en dirección a la granja. Se dijo que la criatura se habría acercado desde otra dirección y se estremeció bajo el abrigo de cuero.

El silencio que impregnaba la noche era impresionante. La nieve absorbía cualquier sonido que sus pisadas pudieran hacer, y no había el menor soplo de viento que alterase la quietud. A Índigo le pareció que si se concentraba podría escuchar la respiración misma de la Tierra, o el canto lejano y fantasmal de las estrellas. Delante de ella el tigre semejaba una aparición, claramente visible un momento, para fundirse al siguiente con la nieve y perderse casi de vista; a su lado, *Grimya* corría como una silenciosa sombra gris, sus temores apagados pero todavía con algún vestigio de inquietud.

La muchacha se preguntó cuan lejos pensaba conducirlas el tigre. El único punto de referencia que podía ver ahora era el bosque, una mancha oscura y borrosa irrumpiendo en el paisaje blanco que tenía delante. La luz de la luna jugaba malas pasadas a su sentido de la perspectiva, de modo que el bosque parecía estar muy cerca y muy lejos alternativamente. Esperaba que el felino no tuviera la intención de ir demasiado lejos; no sabía qué hora era y temía que los Bray se despertaran y descubrieran su ausencia antes de que pudieran regresar a la granja.

Pero en el mismo instante en que empezaba a vacilar, preguntándose si no debería llamar al tigre y pedirle que indicara (si quería, o podía) cuánto más debían andar, vio una figura solitaria sobre la nieve unos cien metros más allá. Estaba aún demasiado lejos para poder reconocerla, pero se trataba de una figura humana, Índigo sintió que el pulso se le aceleraba con repentina excitación al recordar a la misteriosa figura cubierta de pieles que había visto corriendo junto al tigre en el bosque.

El tigre levantó la cabeza y llamó a la figura; no con un rugido retador ni amenazante sino

con un sonoro grito amistoso, como un saludo. El animal echó a correr, saltando por la nieve con la cola bien erguida. Mientras Índigo y *Grimya* se apresuraban a seguirlo, la figura empezó a avanzar hacia ellas.

Estaban a pocos pasos de distancia cuando el tigre se volvió de repente, en actitud defensiva, para impedirles el paso. Las orejas se le pegaron a la cabeza y echó los labios hacia atrás, mostrando los colmillos que eran como dagas de marfil; una clara advertencia para que se detuvieran, Índigo se detuvo y *Grimya* se agazapó en el suelo con el pelaje del lomo erizado. La figura (era pequeña, pero aparte de eso Índigo no pudo distinguir más detalles) extendió una mano enguantada en dirección al felino, y el amenazador gruñido del tigre se transformó en un ronroneo y se dejó caer sobre la nieve.

—Habéis venido. —Era una voz de mujer: en cierta forma Índigo no se lo esperaba—. Gracias por confiar en nosotros.

Sus ojos se clavaron en la desconocida. Su rostro quedaba oculto por las sombras de una capucha de piel, y su voz era adulta pero sin edad, Índigo arrugó el entrecejo, y preguntó:

—¿Quién eres?

La encapuchada cabeza hizo un rápido gesto negativo.

—Mi nombre no significaría nada para ti, y no tiene importancia. Por favor, perdona este subterfugio, pero tenía que hablarte a solas. Necesito tu ayuda.

Índigo estaba anonadada.

—¿Mi ayuda? Pero no me conoces.

—Creo que sí. Creo saber quién eres y por qué estás aquí en El Reducto.

—¡No es posible!

—Lo es, si se posee la necesaria capacidad para adivinar. Por favor, escucha lo que tengo que decir. Vives en la granja del conde Bray. Me parece que a estas alturas ya debes saber que su familia está en peligro.

Un helado presentimiento recorrió la espalda de Índigo y dijo abruptamente:

—¿Qué sabes sobre eso?

—Lo suficiente para hacerme temer por el futuro. Hay una nube de tormenta sobre la casa de los Bray, y la tormenta va adquiriendo fuerza. Esa fuerza toma la forma de dos antiguas armas: un escudo y un hacha.

—¿Conoces la maldición?

—Sí; y debes creerme cuando digo que también sé que no se trata simplemente de una vieja leyenda. Hay que poner fin a la disputa entre el conde Bray y su primo o esas armas traerán algo más que un derramamiento de sangre; traerán una *carnicería.* —La mujer hizo una pausa, luego añadió con una nota de súplica en la voz—: No se cómo puedo convencerte de que digo la verdad. Pero te ruego que me creas.

Índigo tardó unos instantes en contestar. *Grimya* se había puesto en pie y estaba toda ella alerta; se dio cuenta de que la loba intentaba sondear más allá de las palabras de la desconocida para llegar a su subconsciente, pero la frustración de su cerebro informó a Índigo de que había encontrado una barrera que no podía traspasar. Bruscamente, *Grimya* levantó los ojos hacia ella, y dijo en silencio:

«No puedo llegar hasta ella, Índigo. Algo me lo impide. Pero... mi instinto me dice que debemos hacer caso de lo que nos dice.»

Eso fue suficiente para Índigo. Se volvió hacia la mujer, y dijo:

—Te escucho. Por favor, dime todo lo que puedas.

Librodot

La figura envuelta en pieles se encogió de hombros.

—El escudo y el hacha son más poderosos de lo que suponen los Bray —empezó sombría—. Mucho más poderosos. Están más allá del control humano. Nadie puede contener la maldad de esas armas; ningún cuerpo mortal tiene fuerza suficiente para vencerlas. Y si la mente del conde Bray perdiera la batalla entre la cordura y la demencia...

—Somos suficientes para protegerlo —interrumpió Índigo.

—No, te equivocas... porque existe un traidor bajo su techo.

Índigo sintió que el estómago le daba un vuelco al repetir las palabras de la mujer sus propios temores a medio formar.

—¿Un traidor? —Su voz sonó ronca—. ¿Quién?

La figura volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Mis poderes son limitados: no puedo ver en el interior de la granja; no puedo leer en las mentes de los que viven entre sus paredes. Pero sí sé que lo que digo es verdad. —Levantó los ojos y, por un instante, Índigo vio un destello de color al reflejarse la luz de la luna en ellos. Azul..., un raro y vivo azul zafiro.

—Gordo es el único que puede haberlo descubierto —dijo, y ahora una nota desesperada, suplicante, había aparecido en su voz—. Gordo..., el hijo de Olyn. Puede que él sepa quién es el traidor.

Índigo se dio cuenta de que empezaba a sentir escalofríos.

—Gordo ha desaparecido.

—Lo sé. He intentado encontrarlo, lo he intentado... He buscado y buscado, pero no hay rastro de él. Y es el único que puede contar toda la verdad.

—¿Su padre... no podría ayudarnos?

—Quizá. Siempre estuvieron muy unidos: puede que Olyn sepa adonde puede haber ido Gordo. Pero tiene demasiado miedo de hablar. Teme lo que pueda hacer su primo. —Otra pausa, más larga, y luego—: Olyn y su familia son inocentes, pero el conde Bray no se dejará convencer de su inocencia. Otras voces murmuran al oído del conde; otras voces lo instan a vengarse. Y ahí es donde está la maldad. De ella se alimenta la maldición, y le da nuevas fuerzas. —Dio un paso hacia adelante de pronto, con una mano extendida como si quisiera tocar a Índigo, luego retrocedió rápidamente—. Debes encontrar esa raíz y arrancarla —dijo lastimera—. Y la disputa entre las dos familias debe solucionarse sin derramamiento de sangre; si no es así... —Su voz tembló, se quebró; recuperó el control con gran esfuerzo—. Si no es así, entonces mi conciencia no podrá descansar jamás. Por favor. Siento que eres una amiga, y confío en ti, igual que tú has confiado *en* el tigre, que es más sabio que todos nosotros. Te lo ruego..., que haya indulgencia. Ayúdalos.

De nuevo extendió la mano hacia Índigo, y de nuevo la cautela —o el miedo— la detuvieron justo antes de que pudiera establecerse el contacto... Y entonces, de una forma tan brusca e inesperada que cogió a Índigo totalmente por sorpresa, la mujer se dio la vuelta y echó a correr.

—¡No! —Al salir de su asombro, Índigo gritó a la figura que huía—. ¡No, espera! ¡Regresa!

Dio un paso hacia adelante para salir en su persecución, pero antes de que pudiera dar el segundo, el tigre se puso en pie de un salto y le cortó el camino con un gruñido de advertencia, Índigo se quedó inmóvil, mirando atemorizada el rostro enorme, los refulgentes ojos dorados, a pocos y peligrosos centímetros de distancia de su propio rostro. Los labios del

Librodot

felino se tensaron un tanto, su aliento se condensó en el aire frío cuando resopló en su dirección; luego, al ver que ella no intentaría esquivarlo ni desafiarlo, su lomo inmenso se relajó.

La mujer estaba ya a bastante distancia, corría veloz y al parecer sin verse estorbada por la nieve, Índigo la siguió con la mirada, sintiendo una oleada de frustración.

Luego miró otra vez al tigre. Estaba tranquilo, ya no resultaba amenazador y, como si percibiera su desaliento, dio un paso hacia adelante y hundió la cabeza contra su mano enguantada. Un estremecimiento de sorpresa recorrió a Índigo cuando la consternación disparada por un terror total ante el tamaño y fuerza del animal se entremezcló con el descubrimiento de que la criatura intentaba consolarla. Sintió el fabuloso poder físico de su cuerpo bajo la gruesa piel, sintió la oleada de calor de su aliento, percibió la asombrosa energía de su cerebro. Luego, también él se dio la vuelta y, con un silencioso salto, salió corriendo en pos de su compañera.

Índigo permaneció inmóvil, contemplando las dos figuras cada vez más pequeñas y sintiendo como si todo su cuerpo se hubiera convertido en madera petrificada. El breve momento de contacto con el tigre la había dejado anonadada, haciendo que se diera cuenta por primera vez del auténtico alcance del increíble poder del animal. Podía haberla matado de un zarpazo o un mordisco, y ella habría permanecido indefensa, incapaz de actuar. No la sorprendió, pensó nerviosa, mientras sentía los primeros escalofríos de reacción tras el terror que la había tenido paralizada, que *Grimya* sintiera pavor ante semejante criatura. Ahora ella había probado un temor parecido al de la loba, y era una experiencia que dejaba huella.

Pero en lugar de hacerle daño, el tigre le había demostrado que era un amigo y un aliado, y ella había aprendido una segunda lección de aquel contacto: la lección de la confianza. *Has confiado en el tigre, que es más sabio que todos nosotros,* había dicho la mujer, Índigo supo con certero instinto que aquellas palabras eran a la vez ciertas y significativas.

Ya no podía ver a las dos figuras que se alejaban; bajo la engañosa luz de la luna se habían desvanecido en el paisaje nevado. Su cerebro volvía a funcionar de forma coherente y, eliminando los restos de su parálisis con una sacudida, se volvió hacia *Grimya.* La loba le devolvió la mirada con ojos llenos de temor: no había necesidad de palabras.

—Tenemos que regresar a la granja. —Una urgencia repentina se apoderó de Índigo—. ¡Tenemos que regresar antes de que nadie se despierte!

Un traidor en la familia. ¿Quién?, se preguntó. ¿Quién? Empezó a andar a grandes zancadas... Entonces se detuvo al ver que *Grimya* no la seguía.

—*¿Grimya?* —Índigo volvió la cabeza y la vio mirando aún en la dirección que habían tomado la mujer y el tigre—. ¿Qué sucede?

Grimya. se volvió hacia ella. Emanaba inquietud aunque la causa no era su miedo al tigre. Vaciló un instante y luego dijo:

—Puede que no signifique na...da. Pero... ella no ha dejado huellas de pisadas.

Librodot

CAPÍTULO 10

Empezaba a nevar cuando llegaron a la granja. Habían visto la sintomática formación de nubes en el norte, una bruma pálida y desigual que lentamente ocultaba las estrellas. Los primeros copos empezaron a caer cuando la negra silueta de la casa se recortó en el horizonte delante de ellas. *Grimya,* olfateando el aire, anunció que dudaba que fuera a ser gran cosa..., y además, añadió, taparía sus huellas de modo que nadie en la casa se enteraría de su aventura nocturna.

Los pensamientos de Índigo se confundían en desorden, agravados por el extraño comentario de *Grimya* justo antes de abandonar el lugar de la reunión. La loba estaba en lo cierto: la mujer misteriosa no había dejado ninguna huella sobre la nieve al marcharse corriendo. Pero Índigo sabía que el encuentro no había sido un sueño ni una experiencia astral. Tampoco creía que la extraña pareja fuera fantasmal. Había tocado al tigre; había percibido su poderoso cuerpo, sentido su cálido aliento. Estaba *vivo:* y también, estaba segura, su extraña compañera.

Y además quedaba la revelación de la mujer, que daba lugar a nuevas y terribles preguntas. Un traidor en la casa, había dicho: alguien que quería mal al conde Bray. ¿Tendría razón? ¿Qué ganaba con mentir? Y, más inquietante aún, ¿cómo podía conocer la existencia de un traidor, a menos que ella misma tuviera alguna conexión con la familia Bray?

La actitud de *Grimya* ante el misterio resultaba inequívoca. La palabra de la mujer, declaró, no era suficiente. Era una desconocida y una intrusa; sencillamente no podían permitirse confiar en ella sin más ni más, por muy ardientemente que lo suplicara. Pero tampoco podían permitirse ignorar lo que les había contado; muy al contrario debían estar alerta ante cualquier indicio o pista, ya que si la mujer había dicho la verdad su búsqueda del demonio tomaría una nueva y muy peligrosa dimensión. Y por encima de todo, la reunión de esa noche debía permanecer como un secreto celosamente guardado.

Índigo estuvo de acuerdo con el punto de vista de *Grimya.* aunque sus implicaciones la llenaban de desaliento. Volvió a preguntarse quién de entre los Bray podía desear atraer el mal sobre la casa, y de nuevo se vio obligada a reconocer que ningún miembro de la familia parecía más sospechoso que el resto. Eso quería decir que tenía que desconfiar de todos... Incluso, comprendió al tiempo que sentía un nudo helado en la boca del estómago, Veness.

No, arguyó con vehemencia una parte de su ser, *Veness, no. Es imposible.* Pero sabía que no lo era. Y de forma irrefutable, Veness era el que más saldría ganando si algo le sucedía al conde Bray; por ser el hijo mayor heredaría el título y las propiedades de su padre.

Apartó la idea, considerándola odiosa, odiándose a sí misma por suponer tal cosa. La respuesta *debía* estar en otra parte. Livian, quizá: era la esposa del difunto hermano del conde, y ¿quién podía decir que no hubiera algún antiguo resentimiento entre ellos? O Reif, aunque no se le ocurría qué podía ganar con la muerte de su padre, a menos que Veness muriera también. O Kinter y Carlaze, incluso Rimmi, ¿celosa de la nueva esposa de su tío que había usurpado el puesto de señora de la casa ocupado anteriormente por su madre? Incluso Brws...

Índigo se dio cuenta de repente de que aquella línea de pensamiento no la conduciría a ninguna parte. Podía dar vueltas y más vueltas a los motivos para sospechar de una u otra persona hasta que la cabeza le diera vueltas también, pero no estaría más cerca de la solución. La clave del misterio, pensó llena de frustración, la auténtica clave, estaba en la identidad de la mujer con la que se había encontrado en la nieve esa noche. Si podía averiguar quién era, quizá los ovillos empezaran a desenredarse. Pero ¿cómo conseguirlo? Los Bray quizá la

Librodot

conocieran o, al menos, supieran algo de ella; pero no se atrevía a preguntarles. Las preguntas más indirectas y aparentemente casuales podían despertar sospechas y no podía correr ese riesgo. La única pista que tenía era aquel breve momento en que había podido entrever los ojos de la mujer, de un azul vivo e inusual. Y eso no era suficiente.

Mientras se acercaban a la granja, Índigo se obligó a dejar de lado aquel revoltijo de preguntas sin respuesta. *Grimya* y ella estaban cansadas, heladas y ahora mojadas tras la reciente nevada; podían volver a empezar la búsqueda de respuestas cuando hubieran descansado y sus cabezas estuvieran más despejadas por la mañana. Se sintió aliviada cuando por fin cruzaron el arco y penetraron en el patio silencioso y desierto... Y entonces, cuando se encaminaban hacia la puerta principal, *Grimya* se detuvo bruscamente.

«¡Índigo!», exclamó a modo de advertencia. *«¡Hay una luz!»*

Índigo levantó la cabeza y vio, llena de contrariedad, el trémulo y vacilante resplandor de una vela o un farol en una de las ventanas del piso superior. Mientras observaba, la luz se movió y perdió intensidad, para luego volver a brillar con más fuerza, moviéndose en dirección al centro de la casa.

—¡Madre Todopoderosa! —susurró en voz baja—. Hay alguien despierto. ¡Rápido, *Grimya!* —Y echó a correr, sin importarle el resbaladizo suelo que pisaba. Quienquiera que llevara aquella luz avanzaba en dirección a la escalera: tenían que penetrar en la casa, atrancar la puerta y escapar por el vestíbulo antes de que las vieran.

Al llegar a la puerta, Índigo levantó el picaporte y empujó con suavidad, rezando para que las bisagras no chirriaran y traicionaran su presencia. La puerta se abrió sin hacer el menor ruido. Con una ferviente y silenciosa oración de agradecimiento se deslizó por la abertura, con *Grimya* tras ella, y se dio la vuelta para colocar la barra y cerrar los cerrojos otra vez.

En su precipitación y el ímpetu de su sensación de alivio, se olvidó de que al cerrojo le faltaba aceite. Al cerrarlo chirrió con tanta fuerza y claridad como si se tratara de un guardián elemental dispuesto a atraparla. El corazón le dio un vuelco, provocándole vértigo. Cerró los ojos y apretó los dientes para mascullar un juramento atroz... Entonces escuchó el rápido ruido de pisadas y la luz de una lámpara se desparramó desde la parte superior de la escalera a su espalda.

—¡Índigo!

«No», pensó llena de desesperación. «No Veness. ¡Por favor, Veness no!»

Éste bajó las escaleras a toda velocidad. Con un esfuerzo sobrehumano Índigo consiguió volverse y enfrentarse a él. Iba vestido con una amplia túnica de lana; sus pies estaban descalzos, y su rostro, convertido en un extravagante relieve de luz y sombra por la caja del farol, tenía aspecto macilento y asustado.

—¡Índigo! Gran Madre de la Tierra, ¿estás bien?

El pánico contenido de su voz, la terrible preocupación allí donde ella había esperado cólera o algo parecido, la dejó anonadada.

—Ssssí —repuso—. Claro...

—¿Qué sucedió? —Había llegado ya al pie de las escaleras y dejó el farol sobre una mesa antes de cruzar el vestíbulo en cuatro zancadas para sujetarla por los brazos—. ¡Estás empapada! Índigo, ¿dónde has estado? Pensaba... ¡Qué la Diosa se apiade de mí, no sé lo que pensaba! —Tocaba sus cabellos, su rostro, clavaba sus ojos en los de ella en un intento por interpretar lo que veía en ellos—. ¡Por poco me vuelvo loco de preocupación! ¿Qué te ha sucedido?

Librodot

—¡No me ha sucedido nada, Veness!

Y en silencio, con desesperación, pensó:

«Grimya, ¿qué debo decirle?»

Grimya no contestó, y, privada de ayuda, Índigo intentó rechazar a Veness pasando a la ofensiva.

—¿Cómo sabías que yo no estaba? —exigió.

—Fui a tu habitación. Pensé... Oh, maldita sea, no importa lo que pensé. Pero cuando descubrí que no estabas allí, me... —Se detuvo. Ambas manos estaban enredadas en sus cabellos húmedos, sosteniendo su rostro, y de pronto dijo angustiado—: Pensé que me habías abandonado.

Se produjo un profundo silencio. Por fin Índigo alzó sus propias manos y, con mucha suavidad, sujetó Tas muñecas de Veness y le apartó los dedos de su rostro. Cuando lo oyó hablar vio algo en sus ojos grises que la había trastornado en lo más íntimo y no deseaba reconocerlo. Tenía que retroceder, volver a poner distancia entre ellos.

—Lo siento —dijo con calma, y con toda deliberación dio un paso atrás de modo que él se vio obligado a soltarla por completo—. No era mi intención causarte ningún sobresalto, Veness. Y no hay necesidad de preocuparse. *Grimya* y yo sólo hemos salido un ratito.

Sabía que él no se daría por satisfecho; pero le dio un momento para serenarse y decidir cuánto, o hasta dónde, podía contarle sin peligro.

—¿Qué quieres decir? —Los ojos de él escudriñaron su rostro otra vez, preocupados, ansiosos.

—A las dos nos despertó un ruido que venía del exterior —le contó Índigo. Parte de la verdad, decidió, sería mejor que una mentira completa—. Pensamos que se trataba del tigre.

—¿El tigre?

—Sí; de modo que salimos a investigar. Pero no encontramos nada. —Forzó una sonrisa—. Cuando salimos de la casa ya se había ido... o nunca estuvo ahí.

—¿Me estás diciendo que saliste, sabiendo que esa criatura podía estar ahí? Indefensa...

—Indefensa, no. Cogí mi ballesta.

Veness se quedó mirándola asombrado y, por un momento, incapaz de expresar nada de lo que sentía. De repente, la tensión, la fuerza de sus emociones pudieron más que él y avanzó hacia ella, tomándola entre sus brazos antes de que pudiera siquiera pensar en evitarlo, apretándola con fuerza contra él.

—Índigo, Índigo..., ¿no te diste cuenta del peligro al que te exponías? ¿No sabes lo que podría haberte sucedido si esa criatura hubiera estado aguardando ahí afuera? ¡Dulce Diosa, tienes que prometerme que jamás volverás a hacer nada semejante!

El cuerpo de Índigo estaba apretado con *fuerza,* contra el de él. Su primer instinto fue rechazarlo, pero un segundo instinto, que apareció casi de inmediato, se lo impidió. Sentía el corazón del joven golpeando contra sus costillas, creando una vibración paralela a través de su propio cuerpo, y sintió que sus defensas se derrumbaban aturdidas. No quería apartarse de él, de repente se había convenido en un ancla en medio de un mar de incertidumbre, y su presencia, su calor, su realidad física, eran cadenas a las que necesitaba aferrarse. Quería confiar en él, quería creer en él; pero al mismo tiempo reconocía el peligro de aquel deseo, y, forcejeando, su mente se esforzó desesperadamente para establecer contacto con *Grimya, para,* volver a la realidad.

«Grimya...»

Librodot

Pero la loba no estaba allí, Índigo no sabía cuándo se había escabullido ni adonde había ido; pero no había más que un vacío, una ausencia, allí donde existiera el contacto familiar de su mente. Sola con Veness se sintió muy vulnerable.

—Lo lamento. —Su voz sonaba ahogada y confusa—. No quería causarte preocupación. Si lo hubiera sabido... —Sacudió la cabeza sin saber qué otra cosa decir.

—Demos gracias a la Madre de que nada malo haya sucedido esta vez. Pero Índigo, estaba tan asustado... Si algo te sucediera, ¡me destrozaría!

—Por favor, Veness. —No se atrevió a encontrarse con sus ojos y clavó la mirada en el suelo—. No era mi intención causarte inquietud; jamás se me hubiera ocurrido preocuparte. Pero tal y como has dicho, no ha sucedido nada malo. —Esta vez sí encontró el valor para apartarse de él—. Creo que los dos deberíamos regresar a nuestras habitaciones. Estoy cansada..., me gustaría mucho dormir.

Despacio, de mala gana, las manos de Veness la soltaron. No dijo nada, pero cuando ella se dio la vuelta y empezó a dirigirse hacia las escaleras él la siguió, tomando el farol y manteniéndolo en alto para iluminar el camino. Subieron en silencio. Cuando llegaron al rellano y Veness se volvió para alumbrarla hasta su habitación, Índigo no protestó, y siguió sin hablar. Su mente era un volcán: no podía pensar de forma racional; no podía conciliar los sentimientos de duda, sospecha, temor... y las emociones que volvían a alzarse en su interior, deformando y confundiendo su sentido de las proporciones. Llegaron hasta su puerta y ella se detuvo. Deseaba decir algo, pero parecía no haber nada que pudiera decir capaz de apartar a Veness o por el contrario de ofrecerle el incentivo que no deseaba darle.

¿Que no deseaba dar?, puso en duda una vocecita interior, Índigo la ignoró y abrió la puerta. Su habitación estaba a oscuras y contuvo un escalofrío al cruzar el umbral y apartarse de la luz del farol. Veness no la siguió; permaneció en la puerta. Tendría que enfrentarse a él. Al menos tendría que darle las buenas noches.

Se volvió y él dijo:

—Índigo. ¿Me prometerás una cosa?

—¿Prometer...?

—No correr riesgos. Creo que sabes lo importante que es para mí.

—Veness, yo...

—No; creo que lo mejor es que te lo diga. Es lo que he estado deseando decir; es el motivo por el que vine a tu habitación, por insensato que pueda parecerte. Índigo, lo que te suceda a ti es vital para mí porque te amo.

Índigo cerró los ojos.

—¡Oh, Diosa...!

—Sé que no me quieres y lo acepto. Pero eso no altera mis sentimientos por ti. Y si algo te sucediera...

Lo interrumpió y con gran horror por su parte se dio cuenta de que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Por favor, Veness, ¡no digas eso! No comprendes; no te das cuenta... —Y de repente no pudo controlar sus reacciones y se cubrió el rostro con ambas manos al tiempo que las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas—. ¡No sabes lo que me estás haciendo!

Estaba dispuesta a retroceder si él intentaba volver a abrazarla: pero no lo intentó. Lo oyó moverse, percibió su presencia justo delante de ella; las manos de él sujetaron levemente, con mucha suavidad, sus antebrazos.

—No llores.

Parecía tan desconcertado como ella, Índigo sacudió la cabeza violentamente. Trataba de controlar las lágrimas, pero no querían parar, y sus hombros se hundieron mientras intentaba con todas sus fuerzas disimular el temblor que se había apoderado de ella.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Veness con suavidad.

¿Lo quería? El sentido y la razón decían sí; la presencia del joven resultaba demasiado peligrosa y si no se iba entonces, en ese momento, ella podía desfallecer y ceder ante esa otra parte de sí misma que ansiaba que se quedase. Él no era Fenran: Fenran estaba fuera de su alcance; había estado fuera de su alcance desde hacía más de cuarenta años, y si se volvía hacia Veness ahora, si se volvía tal y como anhelaba hacer, lo traicionaría todo y su misión se convertiría en cenizas.

Pero Veness estaba aquí frente a ella, una presencia decidida y física. Veness estaba vivo y era real; sus manos la tocaban, despertando de nuevo la necesidad, la necesidad que había sentido cuando la tocó en otra ocasión, la abrazó y la besó. Intentó pensar en Fenran y conjurar su rostro mentalmente. Pero lo que vio..., lo que vio no era Fenran sino una mezcla de Fenran y Veness, y ambos se confundían de tal forma que ya no podía distinguir a uno del otro.

Y su ansia, su anhelo, su enorme soledad, eran más fuertes que su capacidad para luchar.

—No —dijo—. No quiero que te vayas...

Veness le acarició la cara, inclinándole la cabeza de modo que ella abrió los ojos y se encontró con su rostro. El joven besó sus mejillas húmedas con tanta suavidad que ella empezó a temblar otra vez. Entonces la besó en la boca, ligeramente al principio pero luego con más intensidad.

La puerta había girado sobre sus goznes y chocado contra el marco. Veness se volvió, levantó el pestillo y luego lo colocó en su lugar, dejándolos a los dos en el interior de la habitación. Por un instante Índigo tuvo la sensación de que había hecho girar la llave de una prisión... Pero la sensación desapareció, y con ella el temor. Entonces supo que, en cierta forma que jamás había creído posible, él la estaba liberando.

—No puedo... Por favor, perdóname. No... puedo.

—¿Por qué, mi amor? ¿Qué es? ¿Qué sucede?

La muchacha sacudió la cabeza; clavó los dientes en el labio inferior y dijo:

—No puedo decírtelo: no lo puedo contar. No sería justo...

Un leve movimiento a su lado. La cama estaba caliente; el cuerpo de él estaba aún más caliente; y ella lo deseaba, lo *deseaba.*

—¿Es al... alguna otra persona? ¿Estás prometida a otro?

—Yo... —la verdad; tenía que contarle esa verdad, al menos—, lo estuve. Pero él... —No pudo terminar; era imposible que pudiera comprender.

—¿Está muerto, Índigo? ¿Es ésa tu pena? ¡Oh, mi amor...!

Muerto y sin embargo vivo; vivo en su corazón y en sus esperanzas. Pero no estaba allí. Ella no podía llegar hasta él. Y este hombre, tan parecido y a la vez tan diferente, estaba con ella y sería amable con ella; y aquí, ahora, sólo él podía hacer desaparecer el dolor que sentía.

Las lágrimas fluían otra vez, y ya no intentó siquiera contenerlas. Con voz entrecortada, musitó:

—Jamás fuimos... amantes. Y ojalá...

Librodot

No la dejó terminar. Sus labios fueron dulces y sus manos tranquilizadoras. Y de repente ninguna cosa importó. Durante ese momento, durante esa hora preciosa y secreta, ninguna otra cosa importó.

CAPÍTULO 11

Le pidió que la dejara cuando las primeras señales de un amanecer gélido empezaban a aparecer en el firmamento, y Veness, comprendiendo que necesitaba estar a solas un rato, la besó por última vez y salió en silencio de la habitación.

Índigo permaneció echada muy quieta. En el exterior, la noche empezaba a transformarse lentamente en día, pero no quiso levantarse y abrir los postigos. El cálido capullo de oscuridad la mantenía a salvo, un amortiguador de la realidad de la mañana y de las verdades esquivas y desagradables que, en cualquier momento, tendría que afrontar.

Había derramado muchas lágrimas aquella noche, pero ya se habían secado, dejándola sumida en una tranquilidad intensa y casi fatalista. Era mucho lo perdido; mucho más que la simple virginidad: lo sucedido aquella noche alteró su mundo y provocó un cambio irrevocable en ella misma. Le pareció que una cadena de cuya existencia apenas si se había percatado se hubiera partido, liberándola del peso de una represión autoimpuesta, imponiéndole, en cambio, una responsabilidad desconocida: su responsabilidad para con Veness.

Veness la amaba. No sabía si aquel amor era real o un afán de engañarse a sí mismo que, con el paso del tiempo, se haría pedazos o se desvanecería sin mas en un miasma de culpa y vergüenza; no quería pensarlo. Y ella..., ella no lo amaba. Durante la noche, con los brazos alrededor de ella y el cuerpo ardiente y amoroso contra el suyo, sintió que el amor se despertaba en su alma como una llamarada; en el éxtasis de verse liberada correspondió a su pasión, y cuando él se durmió le acarició el rostro y le enredó los dedos entre sus negros cabellos. Entre el dolor y el amor que sentía por él, se sumió en inquieto sopor.

Y se oyó musitar, dirigiéndose a uno y otro amante:

—Fenran...

Se dio la vuelta y permaneció tumbada de espaldas, contemplando el techo con ojos inexpresivos. Toda la culpa y el horror de la traición estaban allí, pero los reprimía violentamente, los mantenía a raya porque no era capaz de enfrentarlos. Sin embargo, una pregunta se retorcía y debatía en su mente, sin dejarse alejar. Fenran: Veness. Había creído saber lo que hacía. Había creído que su cerebro y emociones estaban bajo control, y que no se engañaba a sí misma intentando alcanzar a Fenran a través de Veness. Sólo más tarde, cuando ya no podía volver atrás, cuando el dolor, el ansia y la desesperada necesidad de liberarse de su cascarón y aceptar el amor que se le ofrecía se vieron saciados, se dio cuenta de su tremendo error. Y entonces, ya era demasiado tarde.

Grimya advirtió lo que sucedía. Por eso se había ido, y no había hecho ningún intento por regresar; la loba comprendió que no podía hacer nada por ayudar a Índigo a solucionar las complejas emociones que batallaban en su interior, y que ella sola debía tomar una decisión. Cómo se enfrentaría a la loba ahora, qué le diría, cómo podría explicarle, Índigo no lo sabía. Todo había cambiado. *Todo.* Y se sintió total y desesperadamente a la deriva.

Además estaba Veness. ¿Qué esperaría ahora de ella? Se había entregado a él, y, si analizaba fría e implacablemente sus motivos, se daba cuenta de que lo había utilizado. Para satisfacer su propia necesidad, para poder escapar de la soledad, de la incertidumbre, había

dejado que una ilusión ocupara el lugar de la realidad, y tomado lo que él le ofrecía sin pensar en las implicaciones. Había traicionado a Veness tanto como a Fenran. Y en lo más profundo, como un río envenenado, se agitaba el mar de fondo de lo averiguado la noche anterior en medio del campo nevado. El traidor dentro de la familia. Aquel que les deseaba el mal, el intrigante cuya identidad desconocía. Si la advertencia de la mujer era cierta, era posible que aquella noche se hubiera convertido en la amante del hombre destinado a convertirse en su enemigo.

Índigo cerró los ojos un instante invadida por una oleada de desolación. Deseó poder volver a dormir, y despertar en otra mañana en la cual pudiera descubrir que lo ocurrido no había sido más que un sueño. Durante un momento precioso y breve fue feliz en los brazos de Veness; pero la luz del día y la lógica le demostraban lo que en realidad era esa felicidad: una ilusión pasajera, sin lugar en el mundo real. De forma espontánea le vino a la memoria la estrofa de una vieja canción aprendida de niña, y la cantó en voz baja para sí misma.

Sopla el viento del sur helado,
hielo, lluvia y nieve,
¿y qué será, oh, del pobre reyezuelo pardo?
Emprender el vuelo no puede
y por lo tanto se ha de quedar
hasta que el sol del estío llegue para volverlo
a liberar.

Índigo esbozó una sonrisa dolorida en la penumbra de la habitación. Una sencilla rima infantil que, sin embargo, daba cruelmente de lleno en el nudo de sus cavilaciones. Ella no era un ave desamparada; pero tenía las alas tan cortadas como el reyezuelo atrapado por las nieves invernales. No podía emprender el vuelo y dejar atrás su tormento: debía permanecer en El Reducto, bajo ese techo, hasta que encontrara y destruyera a la criatura diabólica con la que había ido a enfrentarse. Y de alguna forma, de alguna forma debía aprender a vivir consigo misma.

Era ya pleno día, y haces de luz empezaban a insinuarse hacia el interior de la habitación entre las rendijas de los postigos. No podía permanecer allí indefinidamente, pensó Índigo. Abajo se oían ruidos de actividad; la familia estaba en pie y en movimiento. Temía encontrarse con todos ellos; tenía el convencimiento de que su culpable confusión (y lo que se ocultaba tras ella) debía reflejarse con toda claridad en su rostro como si estuviera grabado a fuego en la frente. Pero tenía que superar su cobardía y, cuanto antes se enfrentara con ellos, mejor.

Despacio, de mala gana, se deslizó fuera de la cama. Le dolía el cuerpo, un dolor que le recordó la pasión experimentada aquella noche. Por un momento creyó no ser la misma: el torso desconocido, los miembros extraños, faltos de coordinación. Intentó expulsar de sí aquella sensación, no quería demorarse en los recuerdos y buscó a tientas en la penumbra pedernal y yesca.

La habitación estaba helada. Le pareció curiosamente vacía cuando la luz de la lámpara la iluminó; como si alguna otra persona debiera de haber estado allí con ella, y su ausencia hubiera dejado un hueco imposible de llenar.

Índigo se estremeció, reprimió aquella ilusión, y empezó a vestirse.

Librodot

Estaban todos en la cocina y, aunque su saludo pareció totalmente normal, Índigo tuvo el presentimiento certero y terrible de que, de alguna manera, lo sabían. La sonrisa cálida de Livian parecía ocultar una nueva cualidad de tolerante regocijo. La mueca de Carlaze tenía un leve dejo de complicidad; incluso el entrecejo fruncido de Reif parecía demostrar, pensó, más suspicacia que de costumbre. Y Veness... se puso en pie para saludarla, y en su mirada había tanto orgullo y satisfacción que le fue imposible encontrarse con sus ojos y tuvo que desviar la mirada.

Y *Grimya* no estaba allí.

—*¿Grimya?*—Dijo Carlaze en respuesta a su tartamudeada pregunta—. Está en el patio, por alguna parte, creo; estaba aquí cuando bajé, le di de comer y la dejé salir.

Índigo intentó entrar en contacto con la mente de la loba.

«¿Grimya...?», llamó indecisa. No obtuvo respuesta.

—Lo mejor será que vaya en su busca —dijo incómoda.

—Tonterías. Estará encantada durante un rato. Probablemente haya ido de caza. —Carlaze echó hacia atrás la silla situada junto a Veness y condujo a Índigo con firmeza hacia ella—. Siéntate y toma tu desayuno.

Índigo se sentó; no deseaba empeorar las cosas discutiendo. Cruzó con fuerza las manos sobre la mesa. Veness extendió las suyas y las colocó sobre las de ella, apretándoselas con suavidad, dándole ánimo. Aunque no se trataba de un gesto descarado, el joven no ocultaba que se había producido un cambio en su relación, Índigo lo maldijo en silencio abrumada de tristeza por hacerlo, pero luego volvió las maldiciones contra sí misma. ¿Cómo podía culparlo? Estaba enamorado, y quería mostrarle su amor, sin importar quién pudiera verlo ni lo que los demás pudieran pensar. Tendría que haberse sentido satisfecha, tranquilizada, confortada, como cualquier mujer normal. Pero lo único que sentía era un nudo de desesperación que poco a poco se iba tensando en su interior.

No quería comer, pero se obligó a tomar algún bocado, mientras intentaba representar el papel que Veness esperaba de ella y fingir que también era feliz. Una farsa muy difícil de mantener, sobre todo porque la satisfacción de Veness era tan visible que resultaba dolorosa. Pero no podía agravar su traición rechazándolo; no allí, no ahora. Ya llegaría el momento en que se vería obligada a decirle la verdad, mas ese momento tendría lugar en la intimidad y lo escogería con mucho cuidado.

Por fin, tras lo que a Índigo le pareció un suplicio interminable, el desayuno se dio por terminado y cada uno dedicó su atención a las tareas que les tenía reservadas el día. Los hombres salieron al patio, donde la nieve recién caída empezaba a helarse bajo la fuerte luz del sol. Livian desapareció en el sótano para comprobar las reservas de comida, Índigo, ansiosa por encontrar a *Grimya,* regresó a su habitación a buscar el abrigo y los guantes. Cuando bajaba las escaleras vio a Veness, solo, que la esperaba en el vestíbulo.

—Índigo. —Le cogió las manos. Sus dedos estaban calientes; sus ojos, cuando la miró, aún más cálidos. El recuerdo de lo sucedido durante la noche brotó nuevamente e Índigo sintió que sus defensas se desmoronaban.

—¡Oh, Veness! No... no sé qué puedo decirte. Siento...

—Chisst. —Le puso un dedo sobre los labios, acallándola—. No es necesario decir nada, ahora no.

Índigo vaciló, luego decidió que no debía dejar que la dominara la cobardía. No podía

dejar que el malentendido continuara.

—Tengo que decirlo, Veness —protestó pesarosa—. Tengo que ser honrada contigo, porque no quiero que pienses que...

—¿Que me quieres, como yo te quiero a ti? No, no creo eso.

Ella lo miró sorprendida y consternada, y él le sonrió con un dejo de tristeza.

—No sé por qué me deseabas como lo hiciste anoche, y no sería justo preguntar. Pero no importa, Índigo, no me importa a mí. No espero nada de ti; no tengo ningún derecho sobre ti. Lo único que importa es que me hiciste feliz, y creo que, aunque sólo por un rato, también yo te hice feliz a ti.

La muchacha bajó la cabeza, incapaz de responder.

—Sé tener paciencia —siguió Veness con suavidad—. Y esperaré a que tú me digas lo que quieres. Sea lo que sea, lo aceptaré. —Le sujetó la barbilla y se la levantó—. ¿Me crees?

Índigo deseó que la tierra se abriera y se la tragara. Y lo peor de todo, era que él le decía la verdad.

—Sí —dijo sintiéndose muy desgraciada—. Te creo.

—Entonces no te preocupes ni te atormentes. Depende de ti, Índigo. Por el momento, continuaremos tal y como estaban las cosas antes de esta noche; creo que será lo más fácil para ti, ¿verdad? —Tomó su silencio por aprobación—. Y si tus sentimientos cambian... estaré ahí. Siempre, te lo aseguro.

Ella sabía que bajo aquel exterior tranquilo y amable se sentía herido, pero que nada lo induciría a admitirlo. Era tan escrupulosamente justo con ella que su sentido de culpabilidad se redobló.

—Gracias —repuso con voz apenas audible.

—No hay nada que agradecer.

Desde la cocina, Kinter aulló su nombre y Veness levantó la cabeza, luego suspiró con resignación.

—Será mejor que vaya. Vamos a sacar una troika para comprobar algunas de las cercas que delimitan las tierras y dudo de que hayamos hecho ni la mitad antes de que oscurezca. —Hizo una pausa—. Supongo que no te interesará venir con nosotros... —Y su sonrisa adoptó un gesto forzadamente irónico—. ¿Otra clase de conducción?

Ella negó con la cabeza, incapaz de contener una sonrisa.

—Hoy no. Creo que será mejor que...

—No; comprendo. —Kinter apareció en la puerta, y la actitud de Veness cambió bruscamente. Forzó una sonrisa (aunque sus ojos siguieron delatándolo) y se inclinó hacia adelante como para besarla. Luego, reaccionó, se echó hacia atrás y se limitó a decir—: Te veré esta noche.

Kinter hizo un gesto de despedida e Índigo los observó mientras se dirigían a la puerta principal. Una ráfaga de viento helado recorrió el vestíbulo, la puerta se cerró y desaparecieron. Durante unos instantes Índigo permaneció inmóvil, intentando asimilar lo que Veness había dicho. No lo esperaba. No esperaba que demostrara tanta sensibilidad ni tanta comprensión. Su actitud le provocó una mezcla de remordimiento y de alivio. Pero había algo más: un sentimiento nuevo de cuyas implicaciones no estaba aún muy segura. Y la atemorizaba. La *atemorizaba.*

Despacio, regresó a la cocina. Sus únicos ocupantes eran ahora Carlaze y Rimmi. Rimmi levantó la vista al entrar Índigo. Luego, al parecer malhumorada, con la misma rapidez la

Librodot

desvió y empezó a tirar los platos limpios, haciendo mucho ruido, dentro de un cubo de agua caliente para enjuagarlos. Cuando el último plato hubo ido a parar al agua, Rimmi se enderezó, anunció que tenía «algo que hacer» y abandonó la habitación con gesto enfadado. Carlaze contempló la puerta que se cerraba con estrépito a su espalda y se volvió hacia Índigo con una sonrisa apenas esbozada.

—No le hagas caso a Rimmi. Está celosa.

—¿Celosa...? —Entonces Índigo comprendió, y su rostro se ruborizó—. No tiene razón para estar celosa, Carlaze.

—Bueno —rió Carlaze—, ¡no creo que piense lo mismo!

Rimmi se ha estado haciendo ilusiones con respecto a Veness durante mucho tiempo; ¿no te has dado cuenta de qué forma lo mira, especialmente cuando ha bebido un poco? Todo el mundo está al cabo de la pasión de Rimmi. De todas formas —añadió con desdén—, creo que incluso ella se ha dado cuenta ya de que Veness no se interesaría por ella aunque fuera la única mujer de este mundo. Lo que pasa es que saber que se ha enamorado de otra la obliga a enfrentarse con la verdad.

—Carlaze... —empezó a protestar Índigo.

—¡Oh! Vamos, Índigo. No irás a negar que Veness está enamorado de ti... No hago ninguna suposición con respecto a ti, pero resulta evidente para cualquiera lo que él siente, y me alegro de que así sea. —Hizo una pausa—. También me da pena por Rimmi, claro. No es culpa suya ser tan poco atractiva. Pero no debes permitir que su enfurruñamiento te preocupe, Índigo; en el fondo sabe muy bien que Veness siempre ha estado fuera de su alcance. Dale un día o dos y se olvidará de todo y quizá dedique sus atenciones a Reif para variar. Aunque, entre tú y yo, dudo de que llegue mucho más lejos con él de lo que ha llegado con...

Calló de pronto cuando la puerta volvió a abrirse con violencia. Rimmi entró muy erguida, ignoró a ambas intencionadamente y se dirigió al cubo, donde empezó a atacar a los platos con mucha energía. Carlaze hizo una mueca a su espalda y se encogió de hombros, impotente, mirando a Índigo.

—Te veré luego —dijo, y salió.

Rimmi esperó hasta que sus pasos se hubieron perdido por el vestíbulo, entonces hizo ostentación de sorberse los mocos y anunció, sin darse la vuelta:

—Vi a *Grimya* afuera. Me dio la impresión de que se sentía muy sola.

Índigo le contempló la espalda tiesa. Pensó en intentar decir algo que pudiera consolar el amor propio herido de Rimmi, pero no se le ocurrieron palabras que no sonaran compasivas. Y una idea aterradora pasó por su mente: ¿tendrían los celos de Rimmi un origen más maligno que el simple resentimiento? Sin querer, Carlaze había abierto la puerta a otra posible pista, un nuevo motivo, una nueva sospecha. ¿Rimmi? Parecía improbable, casi imposible. Pero Índigo sabía por larga y amarga experiencia que era un disparate confiar en las apariencias.

—Gracias por decírmelo —respondió con suave calma y salió de la cocina para ir a buscar el abrigo y las botas que había dejado en el vestíbulo.

—*¿Grimya? Grimya...* ¿Dónde estás? Por favor, no te escondas de mí.

Algo se movió entre las sombras del establo, y *Grimya* salió del pesebre donde estaba instalado el caballo bayo de Índigo. Miró a Índigo con ojos indecisos, luego dirigió una mirada rápida y furtiva a uno y otro lado para asegurarse de que no había nadie por allí.

—No me es...condía —dijo al fin—. Pero pensé que a lo mejor no que... querías verme. —

Una pausa—. Pensé que a lo mejor ya no que... querías mi a...mistad; ya no.

—¡Oh, cariño! —Índigo se mordió los nudillos en un esfuerzo por contener la emoción—. ¡No es eso!

Qué tonta había sido; creyó que *Grimya* estaba enfadada con ella, que la censuraba por lo que había hecho; pero no debía haber atribuido semejante reacción humana a la loba. *Grimya* no estaba enfadada... Tenía miedo. Miedo de que Veness la hubiera desbancado en el afecto de Índigo y de no tener ya un lugar en la vida de la muchacha.

—*¡Grimya,* no debes pensar tal cosa! —Se agachó y abrazó a la loba, apretándola contra ella cuando ésta se echó hacia atrás con timidez—. ¡Tenía miedo de que me hubieras abandonado! Pensé que a lo mejor me despreciabas, y...

—¿Despreciar?

Grimya no lo entendía y resultaba demasiado difícil explicar algo que apenas ella misma comprendía. Todo lo que podía hacer era abrir su mente, dejar que *Grimya* viera sus ideas y sentimientos más profundos y sacara sus propias conclusiones.

Índigo clavó la mirada en los inquietos ojos ambarinos, y dijo:

—*Grimya,* no puedo decirte lo que siento porque ni yo misma lo sé ya. Averígualo por mí. Lee en mi mente. No te ocultaré nada.

Sintió el cálido contacto de la conciencia de la loba al fusionarse con la suya; era una sensación reconfortante, familiar y, cuando el contacto mental terminó por fin, se sintió purificada.

Grimya continuó mirándola durante unos segundos más, luego dijo llena de simpatía:

«Creo que ahora comprendo un poco más. Y creo que estás asustada, Índigo.»

—¿Asustada?

«Sí; igual que yo me asusto del tigre. Tienes miedo de algo que es más grande y fuerte que tú, y no sabes qué debes hacer.»

Había dado, como le sucedía tan a menudo, con el quid de la cuestión, Índigo lanzó un suspiro triste y prolongado.

—Tengo miedo, *Grimya.* Me siento culpable e insegura de mí misma. He herido a Veness. No quería hacerlo. He intentado ponerlo en el lugar de Fenran, y ha sido una acción cruel, egoísta y estúpida. Y, sin embargo, al mismo tiempo... —Decidió que podía ser totalmente honrada con *Grimya*—. Al mismo tiempo hay una parte de mí que no lamenta lo sucedido. Y cuando pienso en lo que esa mujer nos dijo anoche... Si es cierto, entonces el mismo Veness puede ser el traidor que andamos buscando. Y si lo es... —Sacudió la cabeza, incapaz de expresar lo que sentía.

«Si lo es», dijo *Grimya* muy seria, *«entonces tendrás que elegir. Una decisión terrible.»*

—No. —Índigo se incorporó—. No, no es ésa la cuestión. Puede que haya hecho una necedad, pero no estoy tan loca. Si Veness fuera el traidor no habrá la menor duda sobre de qué lado estará mi lealtad aunque bien sabe la Madre que será duro. —Se interrumpió—. Pero si no es el traidor, *Grimya,* ¿entonces qué? Me quiere. Dice que esperará hasta que esté segura de mis propios sentimientos. Y... creo que eso es lo que más temo.

«¿Crees, entonces, que puedes llegar a quererlo? ¿Tal y como es, y no como la imagen de Fenran?»

Los recuerdos de la noche anterior acudieron de nuevo. Y recuerdos más recientes, del rostro de Veness mientras sostenía sus manos en el vestíbulo hacía sólo cuestión de minutos. Eso era lo que la había aturdido tanto, porque fue entonces, no en el calor de la pasión

Librodot

nocturna, cuando ella lo comprendió realmente. Y en aquellos breves momentos, mientras él le sujetaba las manos y le hablaba con tanta gentileza y tanta ternura, su imagen se escindió de la imagen más antigua y preciosa de Fenran y se convirtió en otra bien nítida en su mente. No creía que pudiera volver a confundirlos jamás. Y temía lo que eso significaba.

—Sí —asintió con voz débil—. Creo que podría.

Librodot

CAPÍTULO 12

Gracias a la tormenta, en la granja de los Bray en las horas de luz sobraba trabajo para todas aquellas manos que estuvieran disponibles, tanto con la intención de recuperar el tiempo perdido durante el período de inactividad impuesto por las condiciones climáticas, como con la de reparar cualquier desperfecto que la tormenta hubiera causado. A lo largo de los tres días siguientes Veness, Reif y Kinter estuvieron fuera de la granja desde la salida hasta la puesta del sol, quedando Índigo, Brws y dos trabajadores encargados de los quehaceres cotidianos, pero necesarios, que había pendientes en los alrededores de la casa.

Índigo agradecía aquel respiro, satisfecha de tener la oportunidad de eludir sus problemas distraída por el esfuerzo físico que exigía el trabajo inmediato y duro. Por mutuo acuerdo, ni *Grimya* ni ella habían vuelto a mencionar a Veness, y dedicaban el poco tiempo libre que tenían a la otra cuestión más siniestra que las preocupaba: el mensaje de la extraña mujer, y la búsqueda de cualquier prueba que pudiera demostrar lo que les había dicho.

Seguían sin tener la menor idea sobre la identidad de la mujer. Un interrogatorio cauteloso y sutil a Livian y Carlaze no dio ningún fruto; al parecer no corría por ahí noticia alguna sobre visiones misteriosas o merodeadores solitarios en los bosques. Y el tigre de las nieves, como Índigo no tardó en descubrir, era un tema tabú bajo el techo de los Bray.

La tarde del segundo día, al regresar del patio mientras empezaba a caer la noche fría y lúgubre, Índigo entró en el comedor para coger una lámpara que le alumbrara el camino hasta su habitación... y se detuvo en seco al encontrarse cara a cara con el conde Bray, sentado ante la enorme mesa.

El conde contemplaba algo que sostenía entre las manos entrelazadas, pero al oír su voz levantó la cabeza rápidamente. Era demasiado tarde para retroceder sin tener que saludarlo e Índigo dijo vacilante:

—Perdón si os he molestado, señor. Por favor, excusadme.

—No. —Alzó una mano, la palma hacia afuera, al ver que ella empezaba a retroceder—. Espera. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Le costaba articular las palabras, pero Índigo no podía decir si era debido a la bebida o a la fatiga.

—Me llamo Índigo, señor —respondió—. Vuestro hijo me acogió durante la ventisca.

—Ventiscas... —El conde Bray arrugó el entrecejo—. Ah, sí. Te he visto antes. En una ocasión. —Despacio, su mirada se trasladó hasta *Grimya,* inmóvil junto a Índigo, y el entrecejo se aflojó un poco—. ¿Es tu perro lobo?

—Sí.

—Buen animal —repuso con un gruñido—. Buen cazador, ¿no? Conozco estos perros: tienen buen olfato. Buenos cazadores. Rastrean para uno; encuentran lo que buscas. Un perro como ése vale mucho.

Índigo se evitó la respuesta al escucharse unas pisadas rápidas en el vestíbulo y hacer su aparición Carlaze. Llevaba un puchero de sopa. Al ver a Índigo se detuvo llena de consternación.

—Lo siento —susurró Índigo—. No sabía que estaba aquí. Me iré.

—¿Qué es eso? —exigió el conde con voz sonora—. ¡Estás cuchicheando! ¿Quién está ahí, quién es?

—Sólo yo, tío. —Carlaze salió de detrás de Índigo para que pudiera verla—. He traído algo para que comáis. —Dirigió una rápida mirada a Índigo y, con la mano libre, hizo un gesto

Librodot

indicando la acción de beber, al tiempo que sus ojos se desviaban expresivamente en dirección al conde—. Síguele la corriente, si puedes —musitó—. Ha habido un ligero incidente..., te lo explicaré luego.

Carlaze avanzó hasta la mesa y colocó el cuenco frente al conde, mientras retiraba disimuladamente el pequeño objeto que éste había estado acunando, hasta dejarlo fuera de su alcance. Era un objeto pequeño, plano y ovalado, pero Índigo no pudo ver bien de qué se trataba a causa de la poca luz de la habitación.

—Muy bien, tío —dijo Carlaze con dulzura—. Tomaos esta sopa mientras aún está caliente. Os calentará por dentro y os hará bien.

El conde contempló el cuenco como si nunca antes hubiera visto nada parecido, luego volvió a mirar a Índigo.

—Esa es Carlaze —declaró con voz ininteligible—. Carlaze. La chica del... hijo de mi hermana. No. Su esposa ahora, ¿no es así? Bonita, ¿eh? Toda esa melena rubia. Me cuida bien, Carlaze. Pero no tan bien como...

Carlaze lo interrumpió rápidamente, un tanto desesperada.

—Tomaos la sopa —insistió—. Necesitáis recuperar las fuerzas.

—Deberías darle un poco a ese perro lobo de ahí. Nunca he visto un perro que no tuviese hambre, y trabajan mejor si están bien alimentados. Rastrean mejor, ¿sabes? Están más dispuestos: son más leales con un amo generoso. —De improviso su mirada se intensificó y volvió a dirigirse a Índigo—. Ven aquí, muchacha. Deja que te mire.

Índigo avanzó con recelo hacia la mesa. La mirada del conde Bray resultaba inquietante, y, percibiendo la cuerda floja en la que, de forma tan precaria, se balanceaban su mente y su estado de ánimo, no supo si mantener su mirada o bajar los ojos. Cuando estuvo más cerca, el conde extendió una mano fuerte y encallecida y la sujetó por los dedos.

—¡Tus ojos son azules! —Sonó como una acusación, luego su voz se tornó más impaciente—. Aquí, muchacha, he dicho aquí. Más cerca. ¡Deja que te vea bien!

Índigo se inclinó hacia adelante. El conde la contempló fijamente unos momentos, luego la soltó de golpe.

—¡Ah, no! No son como los de ella, ¿verdad que no? —Una sonrisita triunfante y a la vez desesperadamente triste curvó sus labios—. Te dieron el nombre a causa de tus ojos, ¿no es así? Sí, ya lo veo. Pero sus ojos eran azules, ¿me comprendes? *Azules.* Como zafiros. —De repente, y con tal velocidad que Carlaze no pudo intervenir, estiró la mano sobre la mesa y agarró el pequeño objeto que ella le había quitado. El puchero de sopa se volcó, derramando su contenido sobre la mesa como una oleada de líquido caliente, pero el conde Bray no hizo el menor caso.

—Aquí —dijo, y aquella palabra ardía de amargura, odio y anhelo—. Mírala.

Índigo contempló lo que le mostraba, y vio que se trataba de una miniatura pintada del busto de una mujer, no demasiado buena, pero sí lo bastante para mostrar las facciones con detalle. Un rostro en forma de corazón, bonito y un poco caprichoso, los cabellos negros recogidos y cayendo en dos trenzas sobre los hombros. Y unos enormes e intensos ojos azules.

—Mi pequeña Moia —dijo el conde Bray, y la amargura dio paso a la ferocidad—. Mi esposa. ¡Mía!

Sus ojos brillaban, y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Carlaze dirigió a Índigo una desesperada mirada de súplica.

Librodot

—Ve a buscar a Livian —murmuró—. Por favor, Índigo..., ¡ve a buscar a Livian, deprisa!

El conde sollozaba, sujetando con fuerza la miniatura mientras su otra mano, convertida en un puño, golpeaba despacio y rítmicamente la mesa como si a fuerza de perseverancia fuera a convertirla en astillas. Ojos azules. Y una imagen de la figura cubierta de pieles en medio de la nieve, mientras la luz de la luna reflejaba por un instante un destello parecido al brillo de un zafiro.

Índigo se dio la vuelta y corrió hacia la cocina.

—Daría mi vida por averiguar cómo consiguió la bebida. —Livian empezó a ordenar los pucheros, recurriendo a la actividad rutinaria para disimular parte de la tensión de su voz—. Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido para mantenerla fuera de su alcance porque ya hemos visto en otras ocasiones el efecto que tiene sobre él.

—Querer es poder —interpuso Carlaze sombría, Índigo y ella estaban pelando hortalizas en la mesa—. Suponemos que puede tener reservas ocultas por toda la casa. De cualquier forma, sé exactamente cómo la consiguió esta vez. —Levantó la cabeza—. *Alguien* olvidó cerrar con llave la puerta de la alacena donde se guarda.

Rimmi se dio la vuelta desde el fogón donde removía el estofado.

—¡No intentes acusarme! —le espetó—. ¡Yo no tuve nada que ver con eso!

—No acuso a nadie —replicó Carlaze mordaz—. Me limito a decir lo que ha sucedido, y que debemos tener muchísimo cuidado para que no vuelva a suceder.

Livian paseó la mirada pensativa de su hija a su nuera, luego apretó con fuerza los labios.

—Rimmi, baja al sótano y llena el cuenco de la harina —dijo.

—Pero si no está vacío...

—No importa. ¡Haz lo que te digo!

Sombría, reconociendo el tono de voz, Rimmi obedeció. Cuando la puerta del sótano se cerró tras ella, Livian bajó la voz y dijo:

—No quería decir delante de Rimmi lo que pienso; no se puede confiar en que luego no vaya a contarlo por ahí. Pero creo que hay que hacer algo más, para asegurarnos de que las cosas no vuelvan a llegar a este extremo.

Tanto Índigo como Carlaze comprendieron lo que quería decir. Al parecer, Carlaze se había tropezado con el conde Bray en el comedor pocos minutos antes de la llegada de Índigo. Nadie sabía en qué momento había salido de su habitación, pero cuando Carlaze lo encontró ya había despachado dos jarros de cerveza y empezaba con el tercero... Juraba que iba a matar a los que lo habían traicionado. Carlaze utilizó todas las artimañas que se le ocurrieron para quitarle de la cabeza la idea de venganza, y en un acto desesperado, se arriesgó finalmente a poner en sus manos el retrato de Moia para distraer su atención del hacha y el escudo colgados sobre la chimenea. La estratagema funcionó, pero su efecto sería precario; en cualquier momento el sentimental estado de ánimo del conde podía trocarse en algo mucho más peligroso, y sólo la intervención de Livian consiguió por fin persuadirlo de regresar a su habitación, comer un poco y dormir la borrachera.

—No podemos dejar que vuelva a suceder. —Livian sabía ya que Índigo estaba enterada de lo que se ocultaba tras la «enfermedad» del conde y, por lo tanto, se creía capaz de hablar con franqueza—. Me duele decirlo, pero creo que, por el bien de todos nosotros y el suyo, tendría que permanecer encerrado en su habitación a partir de ahora.

Se produjo un silencio; luego Carlaze dijo inquieta:

—No podemos hacer eso sin el permiso de Veness.

—Entonces habrá que conseguir su permiso. Lo sé, Carlaze; habíamos decidido no añadir más peso a su carga contándole todo esto. Pero creo que debemos hacerlo. —Sus ojos se volvieron introspectivos por un momento, luego sacudió la cabeza para rechazar lo que estaba pensando—. Creo que no debemos arriesgarnos a callar.

Carlaze contempló el montón de hortalizas peladas que tenía delante.

—Eso quiere decir que lo admitimos, ¿no? Admitimos que está loco.

«Ojos azules», pensó Índigo con un escalofrío interno. «Y si tengo razón, si es cierto..., ¿qué es lo que Moia le está intentando hacer a su esposo?»

Livian apartó el puchero del estofado, que amenazaba con derramarse.

—Sí —asintió entristecida—. Lo admitimos.

«Creo», dijo *Grimya,* con los ojos fijos en el fuego,*«que sólo hay una cosa que podamos hacer. Debemos volver a encontrarla, y enfrentarnos con ella.»*

Estaban sentadas, la uno junto a la otra, sobre una alfombra frente a la chimenea de la habitación de Índigo.

La muchacha había añadido un nuevo leño y las llamas crepitaban alegremente *y con* fuerza; aunque era tarde y el resto de los habitantes de la casa estaban ya en cama, ninguna de las dos estaba aún dispuesta para irse a dormir.

«Pero ¿cómo podemos encontrarla? —meditó Índigo—. *Se muestra sólo cuando quiere. Se puede buscar su pista, pero también hay que tener en cuenta al tigre. No dejará que nos acerquemos si ella no desea que la localicen».*

«Eso es un problema». La loba la miró con los ojos llenos de franqueza. *«Y yo no me acercaría al tigre a menos que supiera que él quiere que lo haga. No me atrevería».*,Hizo una pausa. *«Además, podemos estar equivocadas. Muchos humanos tienen los ojos azules».*

«Lo sé. Pero es el primer eslabón posible con el que nos hemos encontrado. Por lo menos debemos intentar ver adonde nos lleva».

Se produjo un largo silencio, luego *Grimya* dijo:

«Siento mucha pena por el conde. Cuando lo encontramos, pude ver en su mente; estaba totalmente abierta, como la de un cachorro. Es un hombre sencillo: todo lo que desea es ser feliz. Y ahora que le han arrebatado la felicidad, no sabe qué hacer, y por eso busca refugio en su cólera». Una nueva pausa. *«Me gustaría poder ayudarlo».*

Índigo le acarició la cabeza.

«A mí también».

Solo ahora, encerrado en su habitación, ¿qué pensaría y sentiría?, se preguntó. Y Moia —si es que, realmente, la misteriosa mujer era Moia—, ¿qué sentiría? ¿Tendría remordimientos? ¿O agradecería el alivio de verse libre de un matrimonio que jamás había deseado? En justicia, Índigo no podía condenarla abiertamente; no sabía nada sobre lo que había detrás de su huida ni tampoco sobre sus motivaciones actuales. Habló de un traidor, pero afirmó no conocer su identidad. Sin embargo, si había vivido allí, si había sido, aunque por un breve lapso, la señora de la casa, seguramente debía de saber quién era un amigo y quién un enemigo.

Grimya bostezó largamente y estiró las patas traseras.

«Carecemos de respuestas», anunció. *«Y hay demasiados interrogantes. Estoy cansada, Índigo. Esperemos a ver qué nos trae la mañana».* Volvió la cabeza en dirección a la ventana.

«El viento vuelve a cambiar. Olfateo nieve. Quizás eso también traerá otros cambios».

Índigo pensó en el conde Bray, solo, aislado, consumido de dolor y de rabia. Y pensó en Veness, los labios apretados, afligido por la noticia que Livian le había comunicado con mucho tacto, accediendo muy a su pesar a que su padre se convirtiera en un prisionero. Deseaba hablar con él y ofrecerle todo el consuelo que pudiera, pero no pudo decidirse a hacerlo. A lo mejor sólo habría empeorado las cosas más de lo que estaban.

La cama acogedora y el descanso que prometía parecieron llamarla. Se puso en pie, frotándose las piernas entumecidas por el calor del fuego; quizá *Grimya* estuviera en lo cierto y la mañana traería alguna novedad.

En el exterior, el viento gemía. Sería fácil imaginar otros sonidos transportados junto con su aullido; el rugido áspero de un tigre o quizás una voz más humana...

El fuego llameó a causa de las ráfagas de aire que penetraban por la chimenea, Índigo se dirigió hacia la cama y apagó la lámpara antes de deslizarse entre las sábanas.

—Bien, ¿cuál es el problema? ¿Lo dijo?

Reif negó con la cabeza.

—No era más que un mensajero, y bastante estúpido. Todo lo que pude sacarle fue una confusa perorata sobre una emergencia en el campamento forestal y que necesitan nuestro consejo con urgencia.

Veness maldijo en voz baja y recibió una mirada de reprobación de Livian.

—¡Si no pueden enviar un mensaje más claro que ése, que me maten si voy a ir hasta allí hasta que no haya terminado de comer! —Paseó una mirada furiosa alrededor de la mesa. Nadie le llevó la contraria y lanzó un suspiro—. No obstante, supongo que lo mejor será no perder más tiempo del necesario. Sacaré la troika. ¿Vendrás conmigo, Reif?

—Iría con mucho gusto, pero va a venir el veterinario esta mañana para echarle una mirada al caballo gris. Tendría que esperarlo.

—Sí, sí, desde luego. ¿Kinter?

—Iré —respondió éste.

—Bien. Sea cual sea el problema, dos cabezas probablemente serán mejor que una. —Veness rebañó su plato y terminó de un trago lo que le quedaba de la infusión—. Bien, pues, lo mejor será que nos pongamos en marcha.

Era una señal para que los otros se levantaran, Índigo y *Grimya* salieron en dirección al patio para cumplir con la primera de sus tareas que consistía en limpiar los establos y dar de comer a los animales domésticos. Minutos después la troika, con Veness y Kinter en ella, atravesaba a toda velocidad el arco de entrada dejando tras sí una nube de nieve, Índigo se puso a trabajar.

La predicción meteorológica de *Grimya* aún no se había cumplido, pero el cielo presentaba un peligroso y espeso color grisáceo ribeteado por un amenazador tono rosa carmesí allá en el horizonte, Índigo supuso que no tardaría mucho en empezar a nevar. Estimulados por esa idea, Reif, Brws y ella llevaron a cabo diferentes tareas durante toda la mañana sin tomarse un descanso. Poco antes del mediodía, Rimmi, con la cabeza descubierta y sin guantes, salió corriendo de la casa en busca de Reif.

—Creo que está en el segundo establo —le dijo Índigo—. Rimmi, ¿qué sucede? ¿Qué es?

Rimmi la miró un instante con los ojos muy abiertos, luego se dio la vuelta sin decir una palabra y atravesó el patio a toda velocidad, patinando sobre el suelo helado, Índigo se quedó

Librodot

mirándola. Impulsada por una desagradable premonición, ató apresuradamente la boca del morral que estaba arrastrando, arrojó el saco en una esquina, y salió corriendo en dirección a la casa.

Encontró a Carlaze en el vestíbulo. El rostro de Carlaze estaba pálido como el de un muerto a excepción de dos manchas carmesí en las mejillas. Dedicó una mirada a Índigo y preguntó desesperada:

—¿Dónde está Reif?

—Rimmi ha ido a buscarlo, Carlaze, ¿qué ha sucedido?

—Es el conde. —La voz de Carlaze sonaba tensa—. Salió de su habitación; creemos que rompió la cerradura. Ninguna de nosotras se dio cuenta hasta que empezó a gritar... ¡Oh, por la Madre, ojalá Kinter y Veness estuvieran aquí!

—¿Está borracho? —Índigo no oía nada.

Carlaze asintió.

—Livian está con él intenta tranquilizarlo. Ahora está más calmado, pero... ¡Índigo, tengo miedo! Jamás lo había visto tan mal; está... —Meneó la cabeza impotente. Al abrirse otra vez la puerta principal y entrar Reif dio un salto como una liebre a la que acabaran de disparar—. ¡Reif! ¡Oh, demos gracias a la Diosa..., tienes que hacer algo!

Reif paseó la mirada de Carlaze a Índigo y luego hasta Carlaze de nuevo.

—¿Qué sucede? —exigió—. Rimmi dijo algo sobre mi padre.

—Reif, vuelve a estar borracho. No sabemos dónde la encontró, pero es peor, ¡mucho peor que la última vez!

El rostro de Reif se endureció como el granito.

—¿Dónde está?

—Ahí dentro. —Carlaze indicó con la cabeza en dirección a la puerta cerrada del comedor—. Por favor, ¡tienes que hacer algo! ¡Livian está haciendo todo lo que puede, pero me temo que esta vez no sea suficiente!

Reif abrió la puerta de un empujón y entró a toda prisa, Índigo pensó en entrar tras él, pero se detuvo, y en lugar de ello se volvió de nuevo hacia Carlaze.

—Carlaze, ¿crees que va...? —Le fue imposible terminar la frase.

Carlaze asintió apesadumbrada.

—Creo que podría. Ha estado desvariando, diciendo que va a matar a su primo y a vengarse; ¡y no puedo evitar pensar que esta vez piensa hacerlo! Y si toca esas armas... Si las toca...

En el cerebro de Índigo se precipitaron las ideas. Ella misma, Reif, Brws. Eran los únicos que poseían la fuerza física suficiente para dominar al conde Bray si sucedía lo peor. E incluso su energía combinada podría no ser suficiente si el conde se volvía realmente loco y el demonio le había clavado sus garras.

—Necesitamos a Veness. Y a Kinter —dijo—. Iré al campamento; iré a buscarlos...

Antes de que Carlaze pudiera responder, Reif volvió a aparecer. Tenía el rostro ensombrecido y anunció sin el menor preámbulo:

—¡Tiene esa carta tres veces maldita! Se la escondimos... ¿Cómo, en el nombre de cien mil demonios, la ha vuelto a encontrar?

—¿Carta? —Índigo se quedó perpleja. Reif le dedicó una mirada incendiaria.

—La carta de amor escrita por ese vil reptil de Gordo... aunque no es cosa que te importe. —Empezó a regresar al comedor—. Vamos, Carlaze. Necesito tu ayuda.

Librodot

—¡Voy a buscar a Veness! —La furia empezaba a apoderarse de Índigo; furia ante la agresión de Reif, y miedo por lo que pudiera suceder.

Reif se detuvo, se volvió otra vez y la miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

La muchacha hizo un esfuerzo más por razonar con él.

—¡No puedes hacer frente a esto tú solo, Reif! Necesitarás ayuda; necesitarás a Veness aquí para...

—¿Me estás diciendo que no puedo ocuparme de esto yo solo? —rugió Reif—. ¡Maldita seas, perra! ¿Qué sabes tú? ¡Qué tiene esto que ver contigo, entrometida, *weyer!*

—¡Reif! —Carlaze estaba anonadada.

—¡Cállate, Carlaze! —Reif se revolvió contra la muchacha—. ¡No tiene nada que ver con esto! Viene aquí, seduce a mi hermano, pretende decirnos cómo debemos llevar nuestros asuntos... ¡Esto es cosa de la familia! Por la Madre, ¿es que no te das cuenta? —Y de improviso la furia dio paso a un malintencionado dominio de sí mismo—. Tú —añadió Reif, señalando a Índigo con un dedo acusador—, mantente fuera de esto, ¿me oyes? ¡De esto se tienen que ocupar los Bray, no tú! ¡Mantente alejada de nuestros asuntos o te juro que haré algo de lo que quizá me arrepienta! —Y agarró a Carlaze con fuerza del brazo, obligándola por la fuerza a cruzar la puerta delante de él.

Dio un portazo, dejando a Índigo fuera. Luchó por controlar la ardiente cólera que la instaba a abrirla de golpe, a entrar en pos de Reig y golpearlo con todas sus fuerzas. Pero no conduciría a nada: por muy grande que fuera su enojo con Reif, debía pensar primero en el conde Bray.

¿Cuánto podría tardar en alcanzar a Veness y Kinter? A caballo sería la forma más rápida de ir: si la nieve estaba lo suficientemente dura para la troika, entonces su caballo podría apañárselas bastante bien, mientras ella no se desviara del camino o tropezara con ventisqueros inesperados..., pero era un riesgo que tenía que correr. No podía hacer nada allí aunque Reif no se hubiera puesto tan en su contra.

—¡Grimya!

Índigo salió corriendo al patio en dirección a los establos, llamando a la loba mientras lo hacía. *Grimya* había estado cazando ratas en el mayor de los establos; segundos más tarde su *cabeza,* leonada apareció en la puerta y salió a la carrera para interceptar a Índigo. Sucintamente, mientras empezaba a ensillar al sorprendido caballo, Índigo le comunicó lo esencial de lo sucedido, y explicó su misión.

«Podemos seguir el camino tomado por la troika con relativa facilidad», dijo *Grimya. «No nieva; habrá huellas. Y si nos fallan las huellas, puedo olfatear el camino. Si los seguimos, no nos arriesgaremos a hundirnos en un ventisquero.»*

Índigo asintió, tensando la cincha de la silla. El caballo, percibiendo su agitación, empezó a patear el suelo y a moverse impaciente; pero llevaba la brida ya puesta e Índigo sujetó las riendas, hizo retroceder al animal fuera del pesebre y lo condujo al exterior. Una vez en el patio, el animal empezó a caracolear, agitando la cabeza, de modo que la joven perdió un valioso minuto tranquilizándolo lo suficiente como para que le permitiera montar. El caballo corcoveó al sentir que saltaba sobre su lomo; Índigo buscó a tientas el segundo estribo, acortó las riendas, y el caballo, apenas bajo control, salió disparado con un galope peligroso en dirección al arco.

La nieve y el aire helado refrenaron la excitación del caballo casi en cuanto dejaron atrás la

Librodot

granja. Adoptó el trote rápido y corto del animal entrenado para los inviernos de El Reducto. En la nieve se veían con claridad las huellas de cascos, bordeadas por las marcas de los patines. *Grimya* olfateó el terreno unos momentos para asegurarse de que ése era el rastro que buscaban, luego ladró su confirmación y se puso en marcha delante de Índigo, corriendo veloz y segura de sí misma en línea recta en dirección al bosque distante.

El caballo había superado ya su breve demostración de rebeldía, y todo lo que deseaba era moverse después de días de ociosidad, Índigo soltó las riendas al máximo y le permitió ir a su paso; podía confiar en que seguiría el camino marcado por *Grimya* sin que ella tuviera más que permanecer sentada en la silla... y eso le daba tiempo para pensar.

A pesar de estar acuciada por preocupaciones más urgentes, ardía aún de cólera a causa del ataque de Reif. Ahora que su mente se había aclarado un poco, empezaba a hacerse la siniestra pregunta: ¿por qué? ¿Qué motivo podía tener Reif para demostrarle tan injustificada hostilidad? Apenas si la conocía: ella no había hecho nada para perjudicarlo. Desde luego, nada de lo que fuera consciente... a menos que la llegada de un extraño a la casa hubiera introducido una desafortunada astilla en la rueda de alguna maquinación secreta.

¿Reif, el traidor? Recordó la disputa entre Reif y Veness a la hora de cenar después de la primera e inesperada aparición del conde Bray, y la sorprendente declaración de Reif de que se debía permitir (animar, incluso) al conde para que se vengara del hombre que le había robado a Moia. En aquel momento, no lo consideró más que un desafío irracional inducido por el enojo; y la verdad es que el enfado entre los dos hermanos no había durado. Pero ¿podría haber más que eso? ¿Podría Reif haber querido decir realmente lo que dijo... y podría acaso tener alguna razón oculta para desear que su padre diera aquel paso fatal? ¿Celos, quizá? ¿Celos del título de conde y su poder? ¿Celos porque hubiera poseído a Moia? Cuando el conde inició las negociaciones matrimoniales con el padre de Moia, había dicho Veness, todos creyeron que iba a ser la novia de Reif. ¿Sería ése el quid de la cuestión? ¿Habría querido Reif a Moia para sí?

Sabía que había fallos en su razonamiento; pero de todas formas era el primer atisbo de un motivo que tuviera algún sentido y, mientras la semilla germinaba en su cerebro, pensó con nerviosismo en lo que podría estar aconteciendo en la granja en estos momentos: el conde Bray borracho y enfurecido; Reif con él y posiblemente maquinando alguna maldad; y sólo Brws, las tres mujeres y un par de peones para arreglárselas lo mejor que pudieran si las cosas marchaban mal.

La imagen, y sus implicaciones, la hicieron mirar temerosa en dirección al bosque, ahora visible en forma de línea oscura y borrosa en el horizonte. Anheló espolear al caballo para que fuera a mayor velocidad pero resistió el impulso, consciente de lo peligroso de las prisas en aquellas traicioneras condiciones. Sin embargo, una voz interior le gritaba en silencio que llegara cuanto antes a su meta, encontrara a Veness y le advirtiera lo que ocurría.

En cuestión de minutos, que a Índigo le parecieron horas, el bosque que tenía delante había crecido hasta llenar la línea del horizonte, y el campamento forestal era bien visible entre los árboles. Cuando llegaron más cerca vio la troika de Veness junto a la cabaña principal, con los tres caballos atados no muy lejos, pero no se veía a ningún hombre por allí y nadie saludó su llegada. El campamento, al parecer, estaba desierto.

El caballo aminoró el paso y *se* detuvo delante de la cabaña. Mientras los caballos intercambiaban relinchos de saludo, Índigo saltó de la silla y miró a su alrededor.

—No hay ni un alma aquí. —Probó la puerta de la cabaña, que se abrió para revelar una

Librodot

habitación vacía—. ¿Dónde están?

«El mensaje que recibió Veness decía que había algún problema aquí» le recordó *Grimya. «Quizá haya sucedido algo en el interior del bosque, y es allí donde están. Los caballos siguen aquí, de modo que no pueden haber ido lejos... creo que podré localizarlos con facilidad».*

Bajó el hocico hasta el suelo helado, olfateó, buscó y, al cabo de unos momentos, sus orejas se irguieron y agitó la cola.

«He encontrado su rastro. Va hacia allí..., al interior del bosque.»

Índigo empezó a seguirla, luego vaciló:

—¿No te importa entrar ahí?

Grimya la miró por encima del lomo.

«¿A causa del tigre? No. Intento no tenerle miedo ahora. Es difícil, pero estoy aprendiendo.»

Índigo le sonrió.

—Es muy valeroso por tu parte. Bien, pues... ve delante.

Penetraron en las densas sombras azul verdoso del bosque. Bajo sus pies el suelo era menos peligroso que en terreno abierto, pero las ramas de los árboles estaban cubiertas de nieve y colgaban bajas, dificultando el avance y la visibilidad, al menos para Índigo. En aquella parte del bosque se habían llevado a cabo algunas talas y desbroce de matorrales, pero no se veía señal de nueva actividad. Hasta que *Grimya* se detuvo de improviso, el hocico levantado, y anunció:

«¡Los oigo!»

Índigo prestó atención, y también ella captó el débil murmullo de voces masculinas no muy lejos de allí. Parecían agitadas. Siguió a la loba a toda prisa cuando ésta giró bruscamente a la izquierda. Los árboles se hicieron más escasos, entremezclados con árboles recién talados, y de repente vio un claro delante de ella, y vio también a los hombres. Estaban en el extremo opuesto del claro, donde se habían apilado gran cantidad de maleza y ramas cortadas hasta formar una elevada pirámide. Veness estaba en el centro del grupo de leñadores, mientras Kinter permanecía de espaldas unos metros más allá. No se habían dado cuenta de la presencia de la recién llegada. Cuando Índigo los llamó se volvieron sorprendidos.

—¡Índigo! —Veness se separó del grupo y avanzó hacia ella a grandes zancadas—. ¿Qué haces aquí?

Los otros hombres se habían apartado un poco; lo suficiente para que ella pudiera ver lo que estaban mirando. Un agujero poco profundo en el suelo, junto al montón de maleza y ramas...

—Lo siento, Veness... Tenía que encontrarte; es urgente... —Su voz se apagó al ver que el rostro del joven estaba mortalmente pálido; vio también las sombrías expresiones de los leñadores—. ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—Sí —respondió Veness con voz tensa—. Algo ha sucedido... ¡No, Índigo, no! —exclamó al ver que ella daba un paso adelante. La sujetó por un brazo—. Es mejor que no lo veas. No es un espectáculo agradable.

Índigo se detuvo, pero *Grimya* se había adelantado corriendo, deteniéndose sólo cuando llegó junto a los hombres y miró por sí misma lo que habían descubierto. Por un momento permaneció totalmente inmóvil; luego levantó la cabeza, y su voz mental sonaba consternada.

«¡Mira!»

Librodot

Índigo desasió su brazo de la mano de Veness, y corrió a reunirse con la loba. Alguien advirtió: «No, señora, yo no lo haría...», pero fue demasiado tarde. Cuando Índigo miró y vio lo que *Grimya* había visto, toda idea de su urgente misión se le borró de la mente.

Quien fuera que hubiera cavado la fosa lo había hecho muy mal (o con precipitación), ya que apenas era lo bastante profunda para ocultar su macabro contenido. Aunque el intenso frío había retrasado el proceso, el cadáver, envuelto en lo que parecía una capa manchada de moho, empezaba a descomponerse; el rostro tenía un tinte verde amarillento y los labios se habían hundido, dejando al descubierto los dientes en una mueca horrible. Una cabellera larga y oscura rodeaba la calavera como una aureola siniestra, empapada y cubierta de tierra. Un brazo quedaba al descubierto, mostrando la carne hundida y descolorida en algunas partes. Colonias de hongos empezaban a cubrir la piel apergaminada. A Índigo le pareció vislumbrar el brillo del hueso en las puntas de los dedos.

—¡Que la Madre me ciegue...!

Dio un paso atrás aunque incapaz de apartar la horrorizada mirada, y sintió que se le revolvía el estómago por la conmoción que le provocaba lo que veía más el hedor dulzón y mareante procedente de la tumba mezclado de forma horrible con los aromas del bosque, de pino y de la tierra húmeda. Veness y uno de los leñadores la sujetaron por el brazo cuando se tambaleó y la apartaron de allí. El leñador empezó a reprenderla pero una severa palabra de Veness lo hizo callar; por fin Índigo recuperó el equilibrio y el aliento.

—¡Ohhh...! —Apartó las manos que la sujetaban—. No. Estoy bien, estoy bien.

—Siéntate. —Veness la condujo hasta un tronco cortado situado a una distancia respetable de la tumba—. Te sentirás mejor dentro de un momento; nos afectó a todos de la misma forma. —Dirigió una rápida mirada a Kinter que se había dado la vuelta y los contemplaba con rostro tenso y mirada atormentada—. Apoya la cabeza sobre las rodillas si eso te ayuda.

Índigo sacudió la cabeza. La conmoción empezaba a desaparecer y el contenido de su estómago parecía haber vuelto a su lugar. Había visto cosas peores, recordó. Había sido tan sólo lo imprevisto del espectáculo...

—La encontraron ayer al anochecer —explicó Veness sombrío—. Recogían leña, formando la pila. Alguien tropezó con lo que creyó era una raíz, y vio... —Meneó la cabeza con una mezcla de tristeza, disgusto y rabia—. Quienquiera que lo haya hecho..., quienquiera que la haya matado... ni siquiera tuvo la decencia de enterrarla como es debido.

Índigo levantó la cabeza.

—¿Mató? —Resultaba lógico, claro (si no ¿cómo había aparecido enterrada?), pero sencillamente no se le había ocurrido antes.

—Oh, sí —repuso Veness—. La estrangularon y le quebraron el cuello. —Hizo una pausa—. Kinter la examinó. No sé de dónde sacó valor; le estaré agradecido eternamente. Yo no podía hacerlo. En cuanto la vi, y me di cuenta, no pude.

Índigo miró a Kinter. Su rostro era una máscara, su piel estaba desprovista de todo color. Por su aspecto parecía que fuera a tener pesadillas el resto de su vida.

Entonces su cerebro registró lo que Veness había dicho, y se volvió de nuevo hacia él.

—¿Te diste cuenta? —preguntó en voz baja—. ¿Te diste cuenta de...?

El rostro de Veness adoptó una expresión aún más tensa.

—Me di cuenta de quién es —replicó, y las comisuras de sus labios se retorcieron con un espasmo—. No fue difícil identificarla. Sus ojos nos lo dijeron..., lo que queda de ellos. —Cerró los suyos un instante como si quisiera borrar el recuerdo—. Y la alianza. Es Moia.

Librodot

CAPÍTULO 13

Índigo sintió como si un puño invisible se hubiera estrellado contra su estómago. *Moia.* Entonces estaba equivocada: la mujer misteriosa no podía haber sido... Y una débil vocecita interior dijo: *Y ella no dejó huellas de pisadas...*

—¡Oh, Madre poderosa...! —Un sudor helado empezó a correr por el rostro y cuerpo de Índigo. De repente la realidad del horrible descubrimiento encajó con su propia misión, que volvió a ella cual un segundo puñetazo.

—¡Veness!

El se había alejado, pero volvió la cabeza brusca y rápidamente al percibir la tremenda urgencia de su llamada, Índigo aspiró con fuerza en un intento por controlar su voz.

—Veness, hay más. Y no puede esperar, ni siquiera por esto.

Kinter, a unos pasos de distancia, escuchó lo que decía y alzó la cabeza. Veness inquinó angustiado:

—¿Qué es?

Se lo contó; y mientras sus palabras iban haciendo su efecto, el poco color que aún quedaba en el rostro de Veness desapareció por completo. Cuando hubo terminado de hablar, el joven dio media vuelta.

—¡Kinter!

Kinter se acercó a ellos, y en pocas palabras Veness le repitió lo que Índigo había dicho.

Kinter se puso pálido.

—¡Diosa! No..., no también esto; no ahora... —Cerró con fuerza los ojos.

—Escucha. —Veness le colocó una mano sobre el hombro—. Tenemos que regresar a la granja, y rápido. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —asintió rápidamente Kinter, tragando saliva—. Sí... ya estoy mucho mejor ahora. Pero, Veness, ¿qué hay de Gordo?

—¿Gordo?

Kinter indicó con la cabeza en dirección a la tumba, conteniendo un escalofrío al hacerlo.

—Si él..., si es lo que sospechamos... —Se detuvo, volvió a tragar saliva—. Hay que encontrarlo antes de que el conde averigüe la verdad sobre Moia.

Veness lanzó una imprecación en voz baja.

—Tienes razón. —Una vacilación momentánea, un breve destello de duda, luego su rostro se endureció—. Muy bien. Sólo hay un hombre que apostaría sabe dónde está Gordo, y es su padre. Uno de nosotros tendrá que ir a casa de Olyn, y avisarle. —Sus ojos se volvieron fríos como el hielo—. Aunque me maten si no empiezo a estar de acuerdo con Reif. Si Olyn ha tenido algo que ver en esto...

—No tenemos ninguna prueba de que Olyn supiera nada, Veness. Y no podemos hacerlo responsable de lo que Gordo pueda haber hecho.

—No..., no: eso es cierto.

—Será mejor que vayas tú a verlo —dijo Kinter—. A mí no me diferencia de un weyer; no me escucharía. Pero si hay alguien de nuestra familia en quien aún confía, ése eres tú.

Veness le dio la razón aunque de mala gana.

—Entonces Índigo *y yo* cogeremos la troika..., tú puedes coger el caballo de Índigo. —Dirigió una rápida mirada a Índigo en busca de asentimiento y ella se lo acordó al momento—. Y haz lo que puedas, Kinter. Detén a mi padre. Como sea, deténlo.

—Comprendo. —Kinter se dio la vuelta y corrió en dirección al caballo de Índigo.

Librodot

Mientras se alejaba, Índigo lo llamó de improviso llevada por un impulso.

—¡Kinter!

Él se detuvo y volvió la cabeza. —Mi ballesta. Está en mi habitación en caso de que la necesites...

Kinter vaciló un instante, luego alzó una mano. —¡Esperemos que no sea necesario!

La troika, conducida por Veness, salió a toda velocidad del campamento y se alejó siguiendo el linde del bosque. Mientras los caballos adoptaban su acostumbrado trote rápido, Índigo volvió la cabeza para protegerla del azote del viento y gritó por encima del ruido de los patines:

—¿Qué quiso decir Kinter al hablar de Gordo?

El rostro de Veness se endureció aún más y al principio creyó que no iba a contestarle. Pero al cabo de un momento, le respondió también a gritos:

—Pensamos que Gordo mató a Moia.

—¿Gordo la mató? ¡Pero si eran amantes!

Veness transfirió las riendas a una mano, y con la otra buscó en un bolsillo del abrigo. Sacó algo y se lo tendió, Índigo lo tomó y lo examinó con interés; era una cadena de oro, con un pequeño medallón colgando de uno de los eslabones. Dibujada en el medallón se veía la imagen de un caballo inmóvil.

Miró a Veness sin comprender.

—¡No entiendo!

—Es el emblema de los Bray. Todas las ramas de nuestra familia tienen un caballo como símbolo, y cada rama de la familia lo representa en una postura diferente. El caballo encabritado es nuestro tótem. El caballo inmóvil, el de Olyn.

Índigo seguía sin ver el significado.

—Pero seguramente... —empezó.

—Encontramos esta cadena alrededor del cuello de Moia —la interrumpió él—. La estrangularon con ella. —Recuperó el medallón, y miró apesadumbrado el rostro de Índigo—. No quiero creerlo. Pero tampoco puedo ignorar algo tan evidente.

Índigo no respondió. Veness tenía razón: era una prueba convincente. Sin embargo la idea de que Gordo hubiera matado a la muchacha que amaba no tenía lógica. Es más, no encajaba con la advertencia de la mujer misteriosa. Y la mujer misma... Índigo seguía sin poderse quitar de la cabeza la convicción de que, viva o muerta, se trataba de Moia. Si era así, sólo ella podía revelar la identidad del asesino. Pero no lo hizo. En su lugar parecía estar tejiendo una compleja tela de araña de insinuaciones, medias verdades y advertencias. ¿Por qué? Un espíritu vengativo era precisamente eso: vengativo. ¿Por qué, entonces aquel rastro retorcido y desconcertante? Y el tigre de las nieves. No podía creer que aquella criatura, cuyo pelaje había tocado y cuyo aliento había sentido, fuera un espíritu. ¿Qué conexión podía existir entre ambos?

Volvió a mirar a Veness. Deseaba tanto contarle todo lo que sabía...: hablarle de la mujer, del tigre, del aviso. Pero era el aviso precisamente lo que se lo impedía. No podía estar segura de él, no importaba lo que le dijera el corazón. No se atrevía a revelar su secreto. Por fin dijo, apartando de sí el impulso: —Y en cuanto al primo de tu padre: Olyn. ¿Crees que sabe la verdad?

—Si Gordo regresó a él en busca de refugio, sí —repuso Veness—. Ojalá sea así, por su

Librodot

bien. Olyn es un hombre honrado; no apoyaría a un asesino ni siquiera a su propio hijo. Si Gordo se lo ha confesado, nos ayudará a que se haga justicia. —Le dirigió una rápida y entristecida mirada—. Es nuestra única esperanza, Índigo. Es la única forma de impedir que mi padre arroje la maldición sobre todos nosotros.

Hizo restallar las riendas de nuevo, lanzando un fuerte grito para animar a los caballos a ir aún más deprisa, Índigo se encorvó, sujetándose con fuerza a la barra cuando la troika empezó a balancearse y dar saltos. Pensó en Kinter, cabalgando a tanta velocidad como podía llevarlo el caballo en dirección a la granja, y rezó en silencio para que llegara a tiempo. Había minimizado su discusión con Reif, y ahora temía que hubiera sido un terrible error no haber advertido a Kinter el estado de ánimo de Reif. La idea de que a lo mejor tendría que enfrentarse con algo más que la locura del conde Bray le heló la sangre.

El bosque era una masa borrosa situada junto a ellos cuyas sombras se alargaban a medida que el corto día declinaba. El sol, enorme y rojo, colgaba justo por encima de las copas de los árboles, y mientras lo miraba, Índigo se dio cuenta de que el intenso azul del cielo empezaba a tornarse de un uniforme y amenazador color blancuzco. El viento también cambiaba, girando hacia el norte; su voz se alzaba, compitiendo con el ruido del trineo, y al mismo tiempo que recibía la confirmación de *Grimya,* supo lo que presagiaba.

«Es *el gran viento del norte»,* dijo *Grimya. «Viene otra ventisca.»*

Un aire helado se introdujo en la garganta de Índigo cuando se inclinó para tirar del brazo de Veness.

—¡Veness! —Indicó en dirección al sol.

—Lo sé; ¡lo he visto! —El viento cada vez más potente se llevó las palabras de Veness—. ¡Lo esperábamos; es un milagro que no haya llegado antes!

—¿Cuánto falta para que empiece a nevar?

—Tres horas más o menos, diría yo. ¡Probablemente se nos vendrá encima con la llegada de la noche! —Le dirigió una mirada rápida y angustiada—. ¡Tendremos el tiempo justo de llegar a casa, si no encontramos problemas en la de Olyn!

La casa de Olyn Bray apareció ante ellos media hora más tarde. Más pequeña y modesta que la granja del conde, se recortaba desolada contra un cielo encapotado con las tonalidades moradas de la tormenta que se aproximaba. Dos hombres que conducían un pequeño grupo de caballos hacia el refugio del establo se detuvieron para mirar cuando la troika pasó a toda velocidad por su lado, pero el patio situado frente a la casa estaba desierto. Los caballos se detuvieron patinando ligeramente; el vaho de su aliento se mezcló con el que se elevaba del pelaje. Veness saltó del trineo y corrió hacia la puerta principal. Una campanilla pendía sobre el dintel; tiró con fuerza de la cuerda y la campanilla dejó oír su potente voz. Índigo y *Grimya* se apresuraban a reunirse con él, cuando la puerta se abrió violentamente.

El hombre que apareció en el umbral era más alto y delgado que el conde Bray, pero el parecido de familia era inconfundible. Olyn contempló a su visitante... y sus ojos se volvieron de un gris apagado.

—¿Qué quieres? —Le espetó las palabras como un perro hubiera podido ladrarlas pero, bajo su hostilidad, había un atisbo de cautela.

—Primo. —Veness sostuvo la mirada de Olyn; su voz era firme y decidida—. He venido en son de paz y sólo con la mejor de las intenciones. No hay tiempo para otra cosa que no sea trato directo entre nosotros... Tengo que encontrar a Gordo.

Los músculos de la mandíbula y cuello de Olyn se tensaron pero aparte de eso no demostró

Librodot

ninguna otra reacción externa. Sólo su mirada se trasladó por un instante más allá de Veness e Índigo hacia el patio, como si esperara ver a alguien (o algo) detrás de ellos.

—Gordo no está aquí —repuso con brusquedad—. ¡No ha estado aquí desde hace un mes o más, como sabes muy bien aunque te niegues a admitirlo! Y no tengo la menor idea de dónde está.

Veness sostuvo su fría mirada con firmeza.

—Primo, te pido perdón por dudar de tu palabra, pero debo suplicártelo: si sabes algo, o puedes hacer alguna conjetura, que...

—¿Me llamas mentiroso? —lo interrumpió Olyn.

—¡No! ¡No es eso..., pero no hay tiempo que perder! Y esto es demasiado serio para cualquier cosa que no sea la verdad. —Aspiró con fuerza—. Olyn, Moia está muerta. Encontraron su cadáver en el bosque anoche. La asesinaron.

Olyn estaba visiblemente conmocionado e Índigo vio la desesperación pintada en los ojos de Veness al comprender que el otro no fingía. No lo sabía. Y eso sólo podía significar que Gordo no había regresado a casa.

—Asesinada... —dijo Olyn por fin, con voz temblorosa—. Pero ella... ellos eran... —Se interrumpió, tragó saliva—. ¿Quién? ¿Quién la mató? ¿Cómo sucedió?

Veness sacó la cadena de oro del bolsillo. Se la mostró sobre la palma abierta de la mano, y preguntó en voz baja:

—Éste es vuestro emblema, ¿no?

—¿Qué? —Olyn miró fijamente el medallón—. ¡Sí! —Entonces sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Por la Madre, es el de Gordo; la misma cadena que le regalé en la última fiesta del solsticio de invierno! —De repente, horrorizado, extendió la mano y sujetó a Veness por el brazo—. ¿Dónde lo encontraste? *¿Qué le ha sucedido a mi hijo?*

—Lo encontramos alrededor del cuello de Moia —respondió Veness sombrío—. La estrangularon con ella.

—¿Qué? —Olyn palideció, luego enrojeció de furor al comprender lo que Veness quería dar a entender—. ¿Qué intentas decir?

—Lo siento, pero sólo podemos suponer que...

—¡No podéis suponer nada! ¿Estás tan loco como tu padre? ¿Crees por un solo momento que mi hijo puede haber asesinado a esa muchacha? —Su pecho se agitó convulsivamente, como si luchara por llevar aire a sus pulmones—. Maldito seas, él la *amaba, y* con el amor de un muchacho, ¡no con el encaprichamiento egoísta de un viejo estúpido! Y ahora haz el favor de no acusarlo de algo tan horrendo... —Empezó a temblar—. ¡Escupo sobre tu repugnante acusación! ¿Estás loco, estás ciego? ¿No puedes ver lo evidente cuando lo tienes delante de los ojos? ¡Quienquiera que matara a Moia probablemente también haya matado a mi hijo! —Sus dedos se hundieron como garras en la carne de Veness—. ¿Dónde se la encontró? ¿Habéis registrado la zona? Gordo puede estar ahí; ¡puede estar muerto, también! ¿Habéis mirado..., habéis...? —Y de improviso, antes de que Veness pudiera responder, se detuvo, y una horrible certidumbre apareció en sus ojos—. ¡Por la Diosa de la Tierra, tu padre..., tu maldito, condenado padre...!

—No —interpuso Veness rápidamente—. ¡No fue mi padre, Olyn! Te lo juro...

—¿Lo juras? —Dolor, amargura y furia se entremezclaron en la salvaje respuesta de Olyn—. ¿Y qué vale tu palabra? Maldito seas, eres su hijo... ¡Su sangre corre por tus venas! ¡Confiaría tanto en tu palabra como en la de un weyer!

Librodot

Los labios de Veness palidecieron.

—¡Sea como sea, no altera la verdad! —Dio un paso atrás desasiéndose de la mano de Olyn que le sujetaba el brazo—. Creo que Gordo está vivo aún. Quiero encontrarlo; y si te queda algo de sentido común, me ayudarás... ¡por su bien!

A punto de lanzar una nueva diatriba, Olyn vaciló.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que sabes muy bien de qué estoy hablando. Sabes lo que ha estado sucediendo en la granja de mi padre: sabes lo que la pérdida de Moia le ha hecho. Si se entera de esto...

—¿Se lo dirás?

—No, maldita sea..., ¿por quién me tomas? ¡Pero no se le podrá ocultar eternamente! Una palabra equivocada, un desliz, y lo descubrirá. Y cuando lo haga, se obsesionará con una sola cosa: ¡encontrar a Gordo y vengarse!

Olyn palideció.

—El escudo y el hacha...

—Exactamente. Ya no tendrá nada que perder. Y no sé si tendremos la fuerza necesaria para impedir que los utilice. ¡Olyn, si quieres a tu hijo, tienes que ayudarnos a encontrarlo antes de que mi padre se entere de la muerte de Moia!

Índigo oyó el fuerte silbido de Olyn cuando éste aspiró con violencia. Por un momento pareció que la súplica de Veness hubiera abierto una brecha en la barrera de su hostilidad, pero, de improviso, sus ojos se entrecerraron.

—No —dijo con aspereza—, no creo nada de esto... y no conseguirás mi ayuda. Dame esa cadena. ¡Dámela! —Veness se la entregó y Olyn la contempló fijamente. Cuando volvió a levantar los ojos y hablar, su voz había adoptado un tono agresivo y desafiante—: ¡Me estás mintiendo! —Su mano se cerró con fuerza sobre el medallón—. ¿Cuándo le robaste esto a mi hijo? ¿Antes de que huyera con esa pobre criatura, y la apartara de tu monstruoso padre? ¿Es eso? ¡Ah, sí; empiezo a comprender ahora! ¡No habéis encontrado el cuerpo de Moia..., no habéis encontrado nada! Es una estratagema. ¡Ese loco intenta averiguar dónde está Gordo, y ha enviado a uno de sus perros amaestrados para que me cuente un montón de mentiras con la esperanza de que conseguirá engañarme y delataré a mi hijo!

El rostro de Veness estaba mortalmente pálido.

—¡Maldito seas, eso no es cierto!

—¡Oh, pero yo creo que sí lo es!

Olyn volvió la cabeza por encima del hombro y gritó un nombre. En algún lugar de la casa un perro empezó a ladrar; se escucharon pies que corrían, y segundos más tarde dos hombres fornidos, cada uno llevando uno de los pequeños arcos típicos de El Reducto, surgieron entre las sombras del vestíbulo para colocarse uno a cada lado de su señor. *Grimya* gruñó, Índigo la sujetó rápidamente por el pelaje del cuello no fuera a hacer un movimiento más agresivo. Los ojos fríos de Olyn se posaron brevemente en la loba y en Índigo, como si hubiera olvidado por completo su presencia. Luego, con una mueca de desdén, las dejó de lado como carentes de importancia, y volvió a mirar a Veness.

—Llévate a tu furcia y a tu animal y vete de mi granja. —Su voz era fría y controlada—. Si tú, tu padre o cualquiera de su maldita progenie pone los pies aquí de nuevo, mis hombres les dispararán apenas los vean... y dispararán a matar. ¿Me explico?

—Olyn, escúchame...

—¡No! —Olyn hizo un violento gesto con una mano, y los dos hombres que tenía al lado

alzaron sus arcos y apuntaron—. ¡Fuera! ¡Vete ya!

Por un instante Índigo pensó que Veness iba a atacar al anciano, y dio un paso adelante, sujetándole el brazo.

—¡Veness, no!

Sus músculos se agarrotaron bajo la presión de su mano y volvió la cabeza para mirarla. Luego, sin decir nada, dio media vuelta y regresó a la troika. Índigo y *Grimya* corrieron tras él, saltaron a la troika por la parte trasera mientras Veness desataba las riendas *y* hacia girar a los caballos. En la casa el perro seguía ladrando; los hombres de Olyn dieron intencionados pasos hacia adelante, apuntando a Veness con sus arcos, mientras Olyn permanecía inmóvil en la puerta, contemplándolos con ojos llenos de odio. Algo pequeño y frío golpeó la mejilla de Índigo. Levantó los ojos, y vio que empezaba a nevar. El cielo estaba encapotado y amenazador, de un blanco sucio como el vientre de un pescado muerto. Entonces la troika empezó a moverse, los patines siseaban mientras los caballos la hacían describir un círculo cerrado. De improviso Veness lanzó un fuerte grito, haciendo chasquear las riendas con fuerza sobre los lomos de los animales. Estos se lanzaron hacia adelante con sorprendidos relinchos, y la troika salió balanceándose del patio y se alejó por la nieve dejando atrás la lúgubre casa.

Índigo y Veness no intercambiaron una sola palabra durante el viaje de vuelta. Veness hizo correr a los caballos al máximo en medio de la nevada cada vez más fuerte y, mientras se sujetaba ceñuda a la barra con una mano y apretaba a *Grimya* contra ella con la otra, Índigo ardía de cólera ante la cabezonería de Olyn, y de miedo ante lo que los aguardaba. Rezó fervientemente para que Reif hubiera actuado con sentido común; para que Kinter, él y los otros hubieran conseguido apaciguar al conde Bray y evitar el desastre. Y, mirando de reojo el rostro tenso, duro y torturado de Veness, sintió una pena tremenda por su situación y una compasión que le destrozaba el alma. Pero no podía expresar sus sentimientos. No había palabras que no resultasen lastimosamente inadecuadas, y permaneció callada mientras avanzaban a toda velocidad.

La tenue luz diurna empezaba a desaparecer cuando la casa con su conjunto de dependencias apareció ante ellos a través de la cortina de nieve. Los caballos cruzaron el arco entre resoplidos y relinchos, sus cascos repiqueteaban sobre las losas del patio... Y cuando la troika se detuvo tras describir un círculo, Índigo oyó el ruido por primera vez.

—Los perros... —Volvió la cabeza bruscamente, mirando a Veness, asustada.

Como todos los habitantes de El Reducto que precisaban viajar en pleno invierno, los Bray poseían una jauría de perros para tirar de los trineos durante las peores nevadas. Según *Grimya,* que los miraba con tolerante desdén, los perros eran animales estúpidos, básicamente de buen corazón: pero éstos no presagiaban nada bueno, los ladridos y gemidos histéricos resonaban en las perreras. *Grimya* echó las orejas hacia atrás, mientras sus ojos centelleaban rojos en la penumbra; los caballos agitaron las cabezas y caracolearon inquietos. Veness se puso en pie en el pescante.

—Qué demonios... —Hizo intención de bajar, pero Índigo lo sujetó por el brazo. Había visto algo, una figura oscura, borrosa, inmóvil, junto a la puerta del establo, y señaló hacia allí.

—Allí..., mira. ¿Qué es?

Veness frunció el entrecejo, inquieto.

—No lo sé... ¡Ah, quietos, vamos! —exclamó al ver que los caballos, resoplando,

empezaban a patear de nuevo—. Algo los asusta. Será mejor que los calme antes de que se desboquen. —El trineo dio un bandazo cuando el animal que iba en cabeza intentó retroceder. Veness saltó, corriendo a sujetar las cabezas de los animales. Mientras intentaba tranquilizarlos, Índigo corrió al establo a investigar la forma inmóvil y oscura.

Lo primero que vio fue la sangre y eso la hizo detenerse en seco. Una enorme mancha oscura se extendía desde la puerta del establo y atravesaba el patio de losas, pasando de un rojo amarronado a un obsceno tono rosa allí donde la nieve empezaba a diluirla. *Grimya lanzó* un gruñido ronco, Índigo aspiró con fuerza para calmar los acelerados latidos de su corazón y avanzó en dirección al establo. La nieve se estrellaba contra su rostro, medio cegándola, de modo que hasta que no estuvo encima de la carnicería no se dio cuenta de qué se trataba.

Había un caballo muerto en la puerta. Tenía la cabeza casi separada del cuerpo a causa de lo que parecía un sinfín de hachazos que habían convertido sus cuartos delanteros en un caos de carne desgarrada y huesos astillados. Desplomado sobre su lomo empapado de sangre había una masa horrible, semidescuartizada, apenas reconocible como los restos de un hombre. Y cuando Índigo levantó los ojos, su cerebro paralizado por el espectáculo, incapaz de toda reacción, vio un segundo cuerpo humano encajado en la puerta, un brazo extendido y la mano crispada como si pidiera ayuda en silencio.

Abrió la boca. Intentó llamar a Veness, pero no salió ningún sonido. Sentía una terrible sensación de náusea en la garganta que le impedía respirar, y el horror empezaba a trepar desde el fondo de su estómago, amenazando con arrojarla de la parálisis a la histeria a medida que en su mente empezaban a aparecer las primeras sospechas de lo que realmente había sucedido. Oyó pronunciar su nombre, pero la voz le llegó muy lejana; unas botas se arrastraron por la nieve, y de repente Veness apareció a su lado.

Masculló una imprecación en voz baja mientras contemplaba aquello, incapaz lo mismo que ella de asimilarlo que veía. Como si no tuvieran nada que ver con ella, Índigo registró sonidos que provenían del interior del establo, audibles por encima del frenético ladrar de los perros; eran caballos que relinchaban y pateaban el suelo asustados, aterrorizados por el olor de tanta sangre.

Habló por fin, sin ser consciente en verdad de lo que decía, dando voz, a duras penas, al más horrible de los pensamientos que intentaban abrirse paso en su mente.

—La casa...

Veness dio un brinco como si algo lo hubiese golpeado. Luego lanzó una exclamación incoherente, se dio la vuelta y corrió en dirección a la puerta principal. Su reacción sacó a Índigo de golpe de su inmovilidad, y echó a correr tras él dando tumbos con *Grimya* a su lado. Una voz interior gritaba que no quería entrar en la casa, no quería enterarse de lo peor. Pero corrió de todas formas, para no perder de vista a Veness, desesperada por alejarse del horror del establo.

La puerta estaba cerrada y atrancada. Veness cargó contra ella con el hombro, sin resultado; luego la golpeó con ambos puños, gritando el nombre de Reif. Los perros ladraron con renovado frenesí y, de repente, entre el alboroto que armaban se escuchó una voz procedente del otro lado de la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué queréis?

—¿Kinter? —Veness dio un paso atrás, jadeante—. ¡Kinter, somos Veness e Índigo! ¡Abre la puerta!

Se escucharon chirridos y pies que se arrastraban; el cerrojo oxidado protestó y la puerta se

abrió hacia adentro, Índigo se vio atacada de inmediato por una mezcolanza de impresiones: Kinter, el rostro ceniciento y ojeroso, con el brazo vendado y la camisa manchada de sangre; la profunda oscuridad del vestíbulo, donde nadie había encendido aún ninguna lámpara; los sollozos procedentes de la cocina, ahogados por la distancia y las gruesas paredes, de una mujer que lloraba.

Veness abarcó la escena y sus ojos se endurecieron con renovado temor.

—¿Qué ha sucedido?

—Venid a la cocina. —Kinter cerró la puerta tras ellos, volviendo a colocar los cerrojos—. Livian está ahí, pero por la Madre no intentéis hablar con ella, aún no.

Los dos hombres se dirigieron apresuradamente vestíbulo adentro, Índigo hizo intención de seguirlos, pero *Grimya* se detuvo ante la puerta cerrada del comedor y gruñó. Tenía el pelaje erizado y, cuando Índigo se volvió para mirarla, la loba le mostró los dientes en un gruñido defensivo.

—¿Grimya ?

Los costados de *Grimya* se estremecieron, y su voz mental tenía una violenta nota de recelo.

«Hay algo ahí dentro.»

Índigo no se detuvo a pensar y abrió la puerta sin más.

No había ninguna lámpara encendida. La única iluminación de la habitación provenía de la cada vez más débil luz del día, que penetraba por el cuadrado de la ventana, y de los restos de los moribundos rescoldos del fuego, dando a la escena un siniestro tinte diabólico e intensificando las sombras. Había algo sobre la enorme mesa, cubierto con una cortina arrancada de la ventana. Llena de inquietud, Índigo se acercó, se quitó los guantes y levantó una esquina de la tela.

Los ojos muertos de Brws la miraron vidriosos. Tenía la boca entreabierta y sus cabellos estaban rojos, empapados de sangre. Con repentina repugnancia advirtió entonces que la cortina también estaba empapada, manchando de rojo la mano con que la había levantado. Con un gemido gutural, dejó caer la tela y empezó a retroceder.

Oyó la voz de *Grimya* que decía con renovado temor:

«Índigo...»

La loba contemplaba la repisa de la chimenea, Índigo miró y también lo vio. En el lugar donde habían estado colgados el escudo y el hacha, había sólo un espacio vacío.

Índigo se dio la vuelta muy despacio hasta quedar de cara a la puerta. Lo sabía: lo supo desde su primer horrible descubrimiento en el patio aunque luchó por apartar aquel presentimiento de su conciencia. Ahora no podía hacer otra cosa que enfrentarse a la verdad y a las consecuencias que tenía para *Grimya y* para ella.

Dio dos pasos vacilantes en dirección a la puerta, y su mano ensangrentada se aferró al marco para no caer. «Cálmate», se dijo con ferocidad. «Debes calmarte..., nada de pánico ni de histeria. Necesitarás todo tu buen juicio ahora. Lo necesitarás más que nunca.»

Aspiró con cuidado dos veces, intentando ignorar el cálido, casi dulzón olor de sangre y carne fresca que flotaba en el aire. Luego se enderezó y, con voluntad de hierro, se obligó a marchar en dirección a la cocina.

CAPÍTULO 14

—No sabía que estuviera allí. —Kinter estaba sentado ante la mesa de la cocina, los puños sobre la superficie y el rostro desprovisto de todo color—. Si me hubiera dado cuenta, si

hubiera pensado... Pero Reif y Livian me habían calmado; pensé que había regresado a su habitación...

Veness posó una mano sobre el hombro del otro, Índigo, levantando los ojos desde donde estaba agachada junto a la sollozante Livian, vio brillar lágrimas en sus ojos grises.

—No fue culpa tuya, Kinter. ¡La Madre sabe que no fue culpa tuya!

—¡Pero lo fue! —Kinter se negaba a ser consolado—. ¡Tendría que haber tenido más cuidado! Pero estaba tan ansioso de que Reif supiera lo sucedido... —Meneó la cabeza, incapaz de terminar, y se cubrió el rostro con las manos.

Índigo se volvió discretamente de nuevo hacia Livian, sentada abrazándose a sí misma y balanceándose adelante y atrás, Índigo preparó una pócima sedante, dando gracias en silencio por los elementales conocimientos curativos que su nodriza de tantos años atrás le había enseñado. Poco a poco Livian se fue tranquilizando bajo sus efectos. Pero nada podía hacer desaparecer el recuerdo de lo sucedido ni devolver las vidas de los que habían muerto en la carnicería cometida por el conde Bray.

El relato de Kinter sobre los espantosos acontecimientos acaecidos fue breve y espeluznante. Al llegar a la granja montado en el caballo de Índigo, corrió hasta la casa para encontrar que, en lugar del pandemónium que temía, Reif *y* Livian habían conseguido entre ambos calmar al conde hasta el punto de que, aunque de mala gana, se dejaba convencer por Livian para abandonar el comedor y regresar a su dormitorio. Tan pronto como le pareció que el conde no podía oírlo, Kinter se llevó a Reif aparte y le contó a toda prisa el macabro descubrimiento hecho en el campamento forestal... Pero, de pronto, tuvo que detenerse bruscamente al ver que los ojos de Reif se clavaban de improviso y con horror a su espalda. Y, al darse la vuelta, Kinter se encontró cara a cara con el conde Bray, que lo miraba con la expresión taladrante e insensata de un demente...

Intentaron detenerlo, dijo Kinter. Lucharon con él, forcejearon para hacerlo retroceder mientras intentaba abrirse paso hacia la repisa de la chimenea. El conde empezó a bramar de forma horrible e ininterrumpida, como un buey herido de muerte. El resto de la familia acudió corriendo, pero ni siquiera sus esfuerzos combinados fueron suficientes. La locura del conde Bray había despertado en él una fuerza tremenda, casi inhumana, y los apartó a un lado, dejando a Reif sin sentido del golpe y apartando a Livian de una patada cuando ésta hizo un último y desesperado esfuerzo para detenerlo. Se arrojó sobre la repisa y extendió los brazos hacia arriba. Sus manos se cerraron alrededor del escudo y el hacha, y los arrancó de la pared.

Sus rugidos se detuvieron al instante. Cuando se volvió para mirar a su horrorizada familia, el conde Bray empezó a reírse. Aquella risa le produciría pesadillas mientras viviera, dijo Kinter. Era una risa de implacable triunfo, de total desprecio por la vida. Era la risa de un alma que se había vuelto total e irrevocablemente loca. Y con una aterradora sonrisa demente que le cruzaba el rostro, el conde levantó el escudo frente a él y empezó a balancear el hacha describiendo con ella amplios y mortales arcos que hendían el aire como un péndulo monstruoso.

Brws fue el primero en morir. No había hecho otra cosa que interponerse trágica e inútilmente en el camino del conde durante aquellos primeros y terribles instantes, y fue abatido para morir entre alaridos mientras su padre le partía el cuerpo en dos junto a la chimenea a golpes de hacha. En la confusión que siguió, Rimmi fue a dar con el filo del hacha cuando ésta giraba en su dirección y cayó, derribando con ella a Livian y Carlaze. Kinter recibió un segundo hachazo pero por un milagro el filo sólo le produjo un rasguño en el brazo;

Librodot

no obstante, también él cayó al suelo, y vio que el conde, riendo todavía como un maníaco, saltaba sobre él, que permanecía medio atontado en el suelo, y salía a toda velocidad por la puerta.

Cuatro de los peones de la granja intentaron detener al conde Bray cuando salió de la casa hecho una furia haciendo girar el hacha sobre su cabeza. Tres habían muerto, el cuarto no era probable que viviese, y dos caballos perecieron asimismo en la carnicería antes de que el conde, riendo todavía, se desvaneciera entre las sombras que empezaban a adueñarse de la tierra.

Veness escuchó el relato y el informe sobre el número de muertos y heridos con rostro tan inexpresivo como el de una estatua de mármol. Sólo sus ojos mostraban alguna animación; brillaban de dolor, pena e ira en tal medida que Índigo no podía soportar mirarlos. Por fin Kinter calló titubeante y, por un momento, la cocina quedó inquietamente silenciosa con excepción de los sollozos de Livian, más suaves ahora que el sedante empezaba a surtir efecto. Luego Veness dijo con voz fría y remota:

—¿Dónde están los otros ahora?

Kinter miró a su alrededor aturdido, como si esperara que se materializaran. Luego se serenó con un esfuerzo.

—Carlaze está arriba con Rimmi. Rimmi está malherida; ha perdido mucha sangre... Carlaze está haciendo todo lo que puede, pero... —Sacudió la cabeza con impotente aflicción.

Veness cerró los ojos un instante.

—¿Y Reif?

—Cuando volvió en sí después del golpe, sa... salió en pos de tu padre. —Kinter levantó la cabeza bruscamente—. ¡Intenté disuadirlo, Veness, lo intenté, pero no quiso hacerme caso! Y no quiso que fuera con él; dijo que debía quedarme por si el conde regresaba...

—Tenía razón. Pero no debía haber ido.

De repente la máscara se resquebrajó, y la angustia apareció patente en el rostro de Veness. Abrió y cerró la boca, pero no encontró palabras que pudieran expresar lo que sentía. Al cabo de unos segundos recuperó el control de sí mismo.

—¿Carlaze no está herida?

—No..., ni Livian. Son las únicas.

Veness asintió. No había motivo para dar las gracias a la vista de tanto horror, pero se sintió agradecido de todas formas.

—Mi padre —siguió—. ¿Cómo se fue?

—A pie.

—¿Y Reif?

—Se llevó un caballo. —Kinter miró con inquietud hacia la ventana. Era ya noche cerrada y se podía oír que la tormenta de nieve iba adquiriendo fuerza—. No llegará muy lejos con este tiempo. Nunca alcanzará al conde.

—Esperemos que tengas razón. —La mirada angustiada de Veness se paseó velozmente por la cocina, entonces pareció tomar una decisión—. Voy a salir en busca de los dos. Me llevaré un trineo de perros; los perros llegan allí donde un caballo no puede avanzar con esta tormenta.

Kinter se puso en pie.

—Iré contigo.

—No. Estás herido...

—No es más que un rasguño. Veness, no puedo quedarme aquí esperando sin hacer nada;

Librodot

¡tengo que hacer algo! ¡Por la Madre, deja que vaya contigo..., deja que repare mi imprudencia!

Veness vaciló.

—¿Y si regresa mi padre? ¿Quién protegerá a las mujeres?

—No regresará. Es a Gordo a quien quiere, no a nosotros. E incluso si regresara, Índigo puede proteger la casa tan bien como nosotros. Hay suficientes cerraduras y pestillos para impedirle entrar.

—Veness —intervino Índigo—, lo que Kinter dice es cierto. Si sucediera lo peor, puedo proteger a los otros. Pero... —Y de improviso, de forma espontánea, estalló antes de que pudiera controlarse—. ¡Pero no quiero que vayas!

Veness se volvió y la miró, Índigo sintió que su corazón se contraía. Una profunda y horrible sensación le formaba un nudo en el estómago, una espantosa aprensión intuitiva. Temía por él; no, mucho más que eso: estaba aterrorizada. Quería correr hacia él, aferrarse a él, suplicarle que no abandonara la casa. Pero no podía explicarse aquel sentimiento, y mucho menos hacerlo inteligible para Veness. Era demasiado primitivo, demasiado profundo. Cuando lo miró a los ojos, comprendió con desesperación que nada de lo que pudiera decir serviría.

—Hay que encontrarlo, Índigo —repuso Veness con suavidad—. Y hay que detenerlo. No podemos arriesgarnos a perder más tiempo.

La muchacha desvió la cabeza; comprendía todo lo que él no había dicho, todas las razones del porqué debía salir en su persecución, y no podía discutírselo. Pero tampoco podía vencer su propio instinto, y dijo con voz lastimera:

—¡Pues si tienes que ir, déjame ir contigo en lugar de Kinter! —Lanzó a Kinter una mirada de desesperación, suplicándole en silencio que la respaldara—. Está herido; y diga lo que diga, es seguro que la herida será un estorbo. Si se queda aquí para proteger a los otros, tú y yo podemos...

—No. —Veness habló en voz baja pero en tono tajante, y las esperanzas de Índigo se desvanecieron—. No tendría ningún sentido, Índigo. Kinter conoce la zona tan bien como yo, conoce los lugares más probables a donde puede haber ido y también los escondites. Lo necesito conmigo. Y además, tú puedes hacer aquí mucho más de lo que podría hacer él. —Dirigió una significativa mirada a Livian.

Sabía (aunque le hubiera sido imposible inducir a Veness a admitirlo) que su preocupación era, por encima de todo, la seguridad de ella; pero ni aun así tenía una respuesta para rebatir su razonamiento. Derrotada, asintió tristemente.

—Sí. Tienes razón. Comprendo. Pero... —Extendió los brazos impulsivamente y tomó sus manos—. Por favor, Veness, debes tener muchísimo cuidado. Tengo miedo por ti..., miedo de lo que pueda pasar.

Por un segundo Veness arrugó la frente, como si percibiera algo más profundo detrás de lo que, en apariencia, no era más que una preocupación natural. Luego apartó de sí la momentánea incertidumbre y miró a Kinter.

—Kinter, ¿quieres empezar a enganchar los perros? Me reuniré contigo en unos minutos.

Kinter se dio por aludido, pero se detuvo en la puerta al ocurrírsele una idea de repente.

—Índigo —dijo—, tu ballesta..., antes dijiste que podía cogerla.

—Sí. Sí, claro. —Le alivió que él lo recordara; podía resultar de gran ayuda a los perseguidores del conde—. Está en mi habitación.

—Iré a buscarla. Y le diré a Carlaze que nos vamos; la tranquilizaré... —Dirigió a ambos

una sonrisa rápida y forzada y abandonó la cocina.

Mientras sus pasos resonaban por las escaleras, Índigo y Veness se volvieron para mirarse. Sus manos seguían entrelazadas, Índigo sintió un nudo en la garganta cuando sus ojos violeta se encontraron con los ojos grises de Veness.

—Veness... —Tenía que decir la verdad; no podía ocultarla por más tiempo—. Tengo miedo por ti. Y no sé el motivo. Es una intuición.

—Lo tendré en cuenta —prometió solemne—. Pero tengo que ir en busca de mi padre de todas formas. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí. —Los dedos de Índigo se crisparon con fuerza sobre los de él—. Y todo lo que puedo hacer es rezar por tu éxito, y por que vuelvas sano y salvo.

Veness le sonrió con tanto cariño que la muchacha sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo entero.

—Eso significa más de lo que te das cuenta —dijo él con dulzura—. Llevaré esas palabras conmigo, Índigo. Me protegerán.

Y se inclinó para besarla. Ella le respondió instintivamente, sin detenerse a pensar y, cuando sus bocas se encontraron, le soltó las manos para rodearla con sus brazos. Una emoción violenta *y* enfática floreció en la mente de Índigo. Aturdida, hizo intención de hablar cuando por fin se separaron; pero no pudo. No podía expresarlo. La revelación fue demasiado repentina, y demasiado trascendental.

—Debo irme. —Veness la sujetó con fuerza por los hombros un instante, reacio a apartarse de ella—. Reza por mí, amor, como has prometido.

—Lo haré. Claro que lo haré. ¡Que la Madre te proteja! —Y antes de que pudiera volver a hablar, él había salido.

Índigo permaneció inmóvil, los ojos fijos en la puerta de la cocina. Oyó cómo Kinter volvía a bajar las escaleras, escuchó el doble portazo de la puerta principal y, a los pocos minutos, el ladrar ansioso de los perros de tiro al sacarlos de sus perreras y llevarlos al patio. *Grimya,* que durante todo aquel tiempo había permanecido en silencio bajo la mesa de la cocina, la observó con ojos inquietos. Había percibido lo bastante de la confusión en que se hallaban sumidos los pensamientos de Índigo como para adivinar el resto, y no deseaba entrometerse en aquel trance privado y doloroso.

Por fin Índigo cerró con fuerza los ojos con la intención de desterrar las imágenes que se agitaban en su mente. Se estremeció violentamente, luego levantó los ojos, se apartó los cabellos del rostro y se dio la vuelta. El ademán fue un intento doloroso y estudiado de parecer normal; no engañó a *Grimya,* pero ésta mantuvo la farsa.

«Livian duerme», dijo la loba en silencio.

Índigo dirigió la mirada hacia la silla en que estaba sentada la mujer, y vio que su cabeza reposaba contra el respaldo en forma de rueda. Livian tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta; el sedante y su agotamiento emocional se habían combinado para ofrecerle una escapatoria muy necesaria.

«Lo mejor será dejarla, descansar aquí», comunicó Índigo.

Los perros seguían ladrando en el patio y, para distraer sus pensamientos de Veness y su peligrosa misión, los volvió hacia Carlaze, que en el piso de arriba atendía a Rimmi, que se debatía entre la vida y la muerte. A lo mejor podría hacer algo por ella. Sus conocimientos sobre técnicas curativas eran rudimentarios, pero quizá sirvieran de ayuda. Y la compañía de Carlaze resultaría un bálsamo en aquellos momentos.

«Voy arriba», dijo a *Grimya. «Cerraré y atrancaré la puerta principal, luego iré a ver si puedo ayudar a Rimmi.»*

«¿Quieres que vaya contigo?»

«No, cariño. Quédate aquí y vigila a Livian. Y estate atenta por si sucede algo raro.»

Grimya inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Por un momento pareció que iba a hacer la pregunta que Índigo temía, pero con gran alivio por parte de la joven lo pensó mejor, se levantó y fue hacia la estera situada frente a los fogones, donde se tendió.

Índigo atravesó el pasillo a toda prisa, desviando la mirada de la puerta cerrada del comedor. Mientras corría los pestillos y colocaba la pesada barra en su lugar, oyó los ladridos cada vez más potentes de los perros y comprendió que el trineo se ponía en marcha; una voz de hombre lanzó un grito de aliento y los ruidos se desvanecieron poco a poco en el gemido del viento. Un nuevo torrente de emoción se apoderó de Índigo, cogiéndola desprevenida; se mordió el labio inferior y apretó la frente contra la áspera superficie de la puerta. Veness se había ido. Y ella no había sido capaz de admitir la verdad ante él; la verdad que la había golpeado tan fuerte e inopinadamente en aquellos breves instantes antes de que se separaran.

¿Qué era lo que le había dicho a *Grimya* pocos días antes? Que por encima de todo temía llegar a descubrir sus propios sentimientos. Y ahora, en un momento de crisis, se había visto obligada de improviso y sin remisión a enfrentarse con ese temor y a admitir lo que había sospechado desde el principio. Cuando él estaba a punto de partir, se dio cuenta de que temía no sólo por la seguridad de Veness sino también por ella misma. Por encima de todo lo demás, tenía miedo de perderlo.

Pero ahora Veness se había ido, y era demasiado tarde para decir lo que podría haberle dicho. Lo único que podía hacer era mantener su promesa de rezar por él: rezar para que la peligrosa misión tuviera éxito, para que Kinter y él regresaran sanos y salvos. Y rezar, también, para que la inquietante sensación de premonición que acechaba en su interior resultase falsa.

Con la cabeza apoyada aún contra la puerta, Índigo musitó:

—¡Madre de la Tierra, por favor, ayúdame ahora! ¡Protege a Veness..., por favor, protégelo!

Sus pestañas estaban húmedas cuando se irguió y se volvió. La casa parecía muy silenciosa, la ausencia de los sonidos familiares de actividad doméstica resultaba inquietante y opresiva. En el exterior, el viento aullaba burlón, golpeando contra la puerta como si quisiera derribarla, Índigo aspiró con fuerza, calmó su acelerado corazón y se dirigió hacia la escalera.

En la habitación de Rimmi se encontró con una escena desoladora. Rimmi yacía en silencio en la cama alta y estrecha, el rostro mortalmente pálido y las mejillas *y* ojos hundidos. Respiraba débilmente entre estertores, Índigo descubrió manchas de sangre en sus cabellos.

Carlaze permanecía sentada junto a la joven herida. Era evidente que había estado llorando, pero rehusaba admitir que sus emociones estuvieran ahora fuera de control y, con una calma rígidamente forzada, apartó las sábanas que cubrían a Rimmi para mostrar a Índigo los vendajes. El hacha había producido un corte oblicuo sobre la caja torácica de Rimmi, justo por encima del estómago; Carlaze consiguió detener la hemorragia, pero temía que sin tratamiento experto la herida no cicatrizase.

—No puedo hacer nada más por ella —dijo, volviendo el rostro y llevándose un puño a la

Librodot

boca al notar que su voz amenazaba con quebrarse—. No podemos llegar hasta un médico, y yo ni siquiera tengo los conocimientos sobre hierbas que tiene Livian... ¡Oh, Índigo, tengo tanto miedo de que muera! —Se cubrió el rostro con ambas manos y empezó a balancearse adelante y atrás.

Ver a Rimmi *en* aquel estado había sacado a Índigo bruscamente de su propia confusión. De repente su instinto práctico y racional afloró impetuoso a la superficie. Allí había algo que podía hacer, una ayuda que podía prestar. Echó una rápida mirada por la habitación. El fuego se apagaba y no había ninguna lámpara encendida. Necesitaría luz y calor; un poco de agua caliente, una vela, un pequeño trípode y un cuenco donde pudiera preparar sus pociones. A lo mejor no conseguiría más de lo que Carlaze ya había hecho, pero al menos podía intentarlo.

—Carlaze. —Posó una mano sobre el hombro de la muchacha rubia y notó que ésta se encogía sin querer—. Tengo algunos conocimientos curativos. No sé si serán suficientes para ayudar a Rimmi, pero puedo preparar una bebida que le alivie el dolor, y algo que la ayude a recuperarse de la conmoción. —Se detuvo al ver que Carlaze levantaba la mirada hacia ella con angustiada esperanza, luego añadió—: Y eso te dará la posibilidad de descansar un rato. Tú también has sufrido una conmoción; y también has sido dañada aunque no sea físicamente.

—No —replicó Carlaze, tozuda—. Estoy bien..., no necesito descanso.

—Oh, sí lo necesitas, y debes tomarlo. Dame sólo unos minutos para ir a buscar mi bolsita de hierbas y algunas otras cosas de la cocina, y te relevaré en tu vela mientras duermes algunas horas.

Carlaze dejó caer los hombros en señal de asentimiento.

—Puede que tengas razón. *Estoy* cansada. —Sacudió la cabeza como si intentara despejarla—. Echaré más leña al fuego y encenderé una lámpara. —Vaciló y su mirada se posó de reojo en el rostro de Índigo—. ¿Se han ido? ¿Kinter y Veness?

A mitad de camino de la puerta, Índigo se detuvo.

—Sí; se han llevado un trineo tirado por perros.

Carlaze hizo un signo religioso sobre su pecho.

—¡Que la Diosa los proteja!

—Amén —respondió Índigo con fervor; luego aventuró la pregunta que no se había atrevido a hacer a Veness—: Carlaze..., si encuentran al conde, lo matarán, ¿verdad?

Carlaze volvió la cabeza para mirarla.

—Kinter no dijo nada de eso, pero... me temo que no tienen otra elección. No pueden intentar desarmarlo sin correr un riesgo atroz; incluso aunque el conde no los matase, sólo tienen que tocar esas horribles armas por un instante y se verían poseídos también por la locura. Creo que tendrán que dispararle. No les queda otra alternativa.

Índigo no respondió. Comprendía la terrible implicación —*si pueden*— que Carlaze había dejado sin decir, y compartía su poca disposición a enfrentarse a esa idea. Abrió la puerta y empezó a abandonar la habitación, pero Carlaze la llamó.

—¿Es cierto, Índigo? —preguntó en voz baja—. ¿Lo de Moia?

—Sí —respondió Índigo—. Es cierto.

Carlaze asintió con expresión grave.

—Quise preguntarle a Kinter toda la historia, pero no había tiempo. Supongo... ¿No han encontrado a Gordo aún?

—No. Te contaré todo lo que pueda más tarde.

Otro gesto de asentimiento.

—Gracias. —Y Carlaze volvió a repetir el mismo signo religioso—. Pobre, pobre Moia. Que en paz descanse.

El sonido de una voz muy cerca de ella sacó a Índigo del sopor en que la habían sumido el cansancio y el calor soporífero del fuego. Salió de su ensueño con un sobresalto. Parpadeó atolondrada. Por un momento imaginación y realidad rehusaron separarse. Luego recordó dónde estaba y por qué, y se volvió rápidamente hacia la cama.

Rimmi estaba consciente. Tenía los ojos medio abiertos y su boca se movía; débiles sonidos le brotaban de la garganta, Índigo se inclinó veloz sobre ella, secándole la saliva de los labios con un paño humedecido. Rimmi intentó débilmente sujetarle el brazo.

—Está bien, Rimmi, todo va bien.

¿Cuánto tiempo habría dormitado? Era imposible estar segura, pero los leños de la chimenea aún no se habían consumido, de modo que dudó que hubiera sido más de media hora.

—Du... duele... —gruñó Rimmi—. Ohhh, du... duele...

—Quédate quieta —instó Índigo con suavidad. Tenía una bebida calmante junto a la chimenea para mantenerla caliente; fue a buscarla y la acercó a los descoloridos labios de Rimmi—. Bebe tanto como puedas. Sufrirás menos.

Rimmi tomó un sorbo, tosió violentamente y gimió de dolor, Índigo le limpió la barbilla y lo volvió a intentar. Esta vez consiguió que la muchacha bebiera una buena cantidad del brebaje. Se trataba de una fuerte cocción hecha con la savia de la amapola silvestre: a la vez que mitigaba el dolor era también un poderoso soporífero, y el sueño, consideró Índigo, era el mejor aliado de Rimmi en ausencia de un médico más hábil. Limpió y acarició la frente de la muchacha, murmurando palabras de consuelo. Luego, cuando Rimmi pareció volver a relajarse, alzó subrepticiamente las sábanas para comprobar el estado de los vendajes. La alivió descubrir que no estaban manchados de sangre fresca; de momento, al menos, no parecía que la herida se hubiese vuelto a abrir, Índigo se permitió abrigar cierta esperanza de que a lo mejor Carlaze se hubiera equivocado, y el hacha no hubiera producido una herida mortal. La arropó de nuevo y, cuando se enderezaba, Rimmi la sujetó de improviso por la muñeca y jadeó:

—¡Kinter!

Índigo sintió que la pena embargaba su corazón al mirar a la muchacha.

—Kinter no puede venir a verte, Rimmi —dijo—, pero está bien; está a salvo. No lo hirieron.

—¡No! —Rimmi sacudió la cabeza, luego hizo una mueca al recrudecerse el dolor a causa de su imprudente movimiento—. ¡Kinter! ¡Kinter!

—¡Rimmi, te juro que Kinter está bien! —Índigo estaba conmovida por la desesperada preocupación de Rimmi por su hermano, y sólo esperaba poder calmar los temores de la muchacha y convencerla de que decía la verdad—. Está con Veness: han...

—¡No, no! —Rimmi sacudió la cabeza de un lado a otro, golpeándola sonoramente contra la almohada. Su voz se apagaba a medida que la droga hacía su efecto. Parecía intentar decir algo más, pero perdía coherencia.

—Fue... fue...

—Tranquila, ahora, tranquila, —Índigo la mantuvo inmóvil—. Duerme, Rimmi. Verás a Kinter cuando despiertes.

Librodot

—Nnn... no... ¡no comprendes! —Los ojos drogados de Rimmi se abrieron desmesuradamente—. ¡Madre! ¿Dónde está mi madre?

—Duerme, Rimmi. Ella tampoco está herida, pero necesita descansar.

Rimmi hizo una mueca.

—¡Kinter! —susurró—. Fue Kinter; oh, por la Diosa, fue Kinter...

—¿Fue Kinter qué? —Perpleja, Índigo se inclinó sobre ella, luego dio un respingo al oír que la puerta se abría a su espalda.

Carlaze estaba en el umbral.

—Oí gritar a Rimmi —dijo—. ¿Sucede algo? ¿Puedo ayudar?

Rimmi gimió, cerró los ojos y soltó la mano que sujetaba la muñeca de Índigo, dejando la suya inerte sobre la cama, Índigo suspiró y meneó la cabeza.

—Llamaba a Kinter —dijo a Carlaze—. No pude entender gran cosa, pero creo que está inquieta por él.

Carlaze dirigió una rápida mirada a Rimmi, quien ahora parecía haberse sumido en el sopor inducida por la droga.

—Quizá debiera hablar con ella —dijo—. Me conoce mejor que a ti... Perdona, pero quizá sea más probable que acepte mi palabra de que Kinter está bien. —Sus ojos se encontraron con la mirada indecisa de Índigo y le dedicó una sonrisa entristecida—. Estoy más descansada ahora; Livian está despierta también y se siente mucho mejor. Deja que te releve, Índigo. Ahora puedes descansar tú.

—Bueno... —Índigo no se creía capaz de descansar y mucho menos de dormir. Pero a lo mejor Carlaze podría, tal y como había dicho, hacer más para consolar a Rimmi y tranquilizarla. Respondió a la sonrisa de la muchacha con otra llena de afecto—. Gracias, Carlaze, te lo agradezco.

—Bien, pues. —Carlaze cruzó la habitación para contemplar a su cuñada—. ¿Hay algo más que deba darle? ¿Otra poción?

—No. Más tarde prepararé una nueva cocción; lo mejor por ahora es dejar que ésta le haga efecto. Y si se duerme sabiendo que su hermano está ileso, probablemente le será más beneficioso que ninguna de mis pociones.

Carlaze asintió.

—Vete, pues. Yo la tranquilizaré y me ocuparé de ella.

Índigo se deslizó fuera de la habitación y escaleras abajo. En la cocina encontró a Livian de pie junto a los fogones, inclinada sobre un puchero que empezaba a hervir, mientras *Grimya,* enroscada en un rincón caliente junto al fuego, dormía profundamente.

Livian volvió la cabeza al escuchar las pisadas de Índigo. Tenía los ojos enrojecidos, el rostro demacrado, y fue suficientemente honrada como para no intentar sonreír siquiera.

—*Necesitaremos comer —anunció a modo de saludo y* explicación—. Los hombres volverán, y... —Su voz se apagó y su labio inferior tembló por un instante antes de que inquiriera suplicante—: ¿Se pondrá bien Rimmi?

—Creo que sí, Livian —respondió Índigo—. La herida no es tan seria como temía Carlaze.

Livian cerró los ojos y murmuró una breve oración de agradecimiento en voz apenas audible. Luego su expresión se endureció.

—Tenemos que seguir adelante —dijo categórica—. No importa lo que haya sucedido ni lo que pueda suceder. Tenemos que pensar en lo que nos espera. Incluso si Rimmi..., incluso si Rimmi muriera...

Librodot

—No morirá. Estoy tan segura como es posible de que vivirá. Y Kinter, también. Veness y él saben lo que hacen..., no correrán riesgos innecesarios.

Por la mirada que le dedicó Livian tuvo la impresión de que la mujer sabía que intentaba dar ánimos a las dos.

Entonces un leve destello de su antigua cordialidad apareció en los ojos de Livian.

—Bien, pues. —Su voz había adquirido de repente un tono enérgico—. Tenemos que mantener el fuego encendido para ellos, ¿no es así?, y estar listas para cualquier cosa que pueda suceder. —Indicó con la cabeza en dirección al puchero—. Ahí hay sopa calentándose. Tendrías que beberte un tazón, y luego seguir el ejemplo de tu *Grimya y* dormir un rato.

—No creo que pueda. Me quedaré y te haré compañía... pero deja que antes le lleve un poco de sopa a Carlaze. Se quedará arriba hasta que Rimmi se duerma.

—Es muy amable por tu parte. Carlaze es una buena chica.

Livian echó unos cucharones de sopa en un tazón y lo colocó sobre una pequeña bandeja de madera junto con dos pedazos de pan de la hornada del día anterior, Índigo tomó la bandeja y cruzó con ella el vestíbulo oscuro. La ventisca empeoraba por momentos; la oía ahora como un centenar de almas en pena aullando alrededor de la granja y apartó de su mente pensamientos angustiantes sobre *cómo les iría a Veness y a. Kinter en medio de h oscuridad y* la tormenta de nieve. *Saben lo que hacen,* había dicho Livian, y tenía que conseguir creerlo también ella. Regresarían. Estarían bien. Tenían que estarlo.

El descansillo estaba aún más oscuro que el vestíbulo y avanzó a tientas con mucho cuidado sobre el suelo desigual en dirección al lugar donde una delgada línea de luz brillaba por debajo de la puerta de Rimmi. Mientras mantenía la bandeja en precario equilibrio con una mano, alzó el picaporte con la otra y abrió la puerta.

Y Carlaze, inclinada sobre la cama sosteniendo una almohada contra el rostro de Rimmi, se incorporó de un salto como un conejo asustado.

Librodot

CAPÍTULO 15

Índigo y Carlaze se miraron mutuamente, Índigo oyó el tazón de sopa que tintineaba sobre la bandeja por el temblor de la mano a causa de la sorpresa.

—Carlaze. —Pronunció el nombre de la muchacha, insegura, aunque en lo más profundo de su ser sabía que sus ojos no la habían engañado. Y algo empezaba a encajar de una forma horrible y aterradora—. Carlaze. ¿Qué estás haciendo?

Las mejillas de Carlaze pasaron del rojo violento a una palidez mortal.

—Yo... —Su boca se movió en medio de un espasmo y su rostro se volvió repentinamente feo—. Ella... ¡Oh, Índigo, creo que Rimmi se está muriendo! —Había levantado la almohada y la apretaba ahora contra su pecho; luego la arrojó a un lado y juntó las manos en una pose dramática—. Empezó a dar bocanadas, y yo... no sé cómo se había dado la vuelta, y se ahogaba... su rostro... aparté la almohada, pero...

La voz de Índigo interrumpió sus balbuceos como un cuchillo recién afilado, cuando sus sospechas se convirtieron en certeza.

—¡Embustera!

Carlaze se quedó rígida. Sus ojos se abrieron de par en par, pero detrás de la supuesta sorpresa y ultraje Índigo vio algo más. Astucia... y los primeros signos de temor.

Arrojó la bandeja a un lado. Se estrelló contra el suelo con estrépito, y la sopa caliente salpicó el marco de la puerta y también su brazo; pero ni se dio cuenta de la quemadura. La cólera empezaba a apoderarse de ella y eclipsaba cualquier otra consideración ahora que la pieza del dibujo, el hilo del tapiz, aparecía con toda claridad, y comprendía con aterradora certeza lo que Carlaze había intentado hacer.

—Tú... —Su voz era un grito salvaje— ..., ¡intentabas matarla!

—¿Qué? —Carlaze era una buena actriz, tenía que reconocerlo—. ¿Matarla? ¿De qué estás hablando? Índigo, qué...

Índigo dio un paso hacia el interior de la habitación.

—¡Acaba con esta farsa, Carlaze! ¡Vi perfectamente lo que intentabas hacer!

Y de improviso todo encajó: las súplicas medio incoherentes de Rimmi, el temor que había luchado por comunicar. Y algo más. Algo de lo que Índigo no se había dado cuenta hasta entonces; algo que Carlaze había dicho provocándole una extraña impresión en su subconsciente. Algo sobre que a Gordo no se lo había encontrado. Pero ¿cómo podía saber Carlaze que se sospechaba que Gordo estuviera involucrado? Había afirmado que Kinter no le había dicho nada; que no había habido tiempo para explicaciones ni detalles. Y sin embargo se había aferrado a la idea de implicar a Gordo, como si lo hubiera sospechado —o, quizá, sabido— todo el tiempo. Y había hablado como si esperara que hubiera un segundo cadáver junto al de Moia...

—«Fue Kinter.» ¿Qué quería decir Rimmi con eso, Carlaze?

Índigo atravesó de improviso la habitación y la agarró, haciéndola perder el equilibrio y apartándola del lecho. Sus dedos sujetaron un mechón de los cabellos de Carlaze, cerca de la sien, tirando de él hasta que Carlaze aulló de dolor.

—¡Índigo! Para..., ¿te has vuelto loca? ¡No sé de qué hablas! ¡Suéltame!

Pero Índigo no aflojó la presión.

—¡Oh, ahora sí que lo comprendo! —cuchicheó—. Fue Kinter. ¿Qué fue Kinter, Carlaze? ¿Qué hizo Kinter? ¡Contéstame, maldita zorra!

Carlaze gimió y se debatió, pero Índigo era mucho más fuerte que ella.

Librodot

—¡Responde! —rugió de nuevo—. ¿Qué hizo? Le dijo al conde Bray que Moia estaba muerta, ¿verdad? ¡Se lo dijo con toda intención! ¿Y quién mató a Moia, Carlaze? *¿Quién la mató?*

Carlaze chilló como un gato escaldado.

—¡No sé de qué estás hablando! ¡Estás loca, estás tan loca como el conde! Qué sabes tú de nada; quién crees que eres, metiéndote en...

Y de repente se interrumpió al darse cuenta de lo que había dicho. Su rostro contraído contempló a Índigo por un momento, y en ese instante todo quedó revelado: su culpa, su terror a ser descubierta, su determinación de que nadie frustrara sus planes fuera cual fuese el precio que los demás tuvieran que pagar. Sus ojos la habían traicionado, y Carlaze lo sabía. Se quedó inmóvil por una milésima de segundo; luego, con una energía que cogió a Índigo por sorpresa, se liberó de un tirón y corrió hacia la puerta. Los dedos se cerraron sobre el picaporte, la abrió con fuerza y lanzó un alarido cuando Índigo la sujetó por la cintura y tiró de ella hacia atrás. Carlaze giró en redondo, desafiante, Índigo estalló. Sin preocuparle en absoluto la fragilidad de la otra, con la misma decisión que si en su condición de mujer hubiera tenido que detener a un hombre, hundió la palma de su mano derecha contra la mandíbula de Carlaze, y la envió rodando contra la pared. Carlaze se desplomó gritando, Índigo cruzó en dos zancadas la habitación para ponerla en pie agarrándola de los cabellos.

—¡Dime la verdad! —Golpeó la cabeza de la muchacha contra la pared—. ¡Dime lo que habéis hecho o te haré pedazos!

Carlaze gimió y puso los ojos en blanco como si fuera a perder el conocimiento. Pero era un truco, otro engaño, Índigo sentía la tensión de sus músculos, a la espera de la menor oportunidad para huir. La sujetó por el cuello del vestido de lana *y* la arrastró en dirección al fuego.

—¡El fuego quema, Carlaze, y duele! ¡Dime lo que Kinter y tú habéis hecho, o te meteré la cara en las llamas!

Lo decía en serio: la cólera le había hecho perder el control, estimulada por la súbita conciencia de un nuevo temor por Veness, que se había marchado en medio de la ventisca con Kinter, sin saber que viajaba con una serpiente venenosa al lado. Carlaze, *en* cambio, sí lo sabía. Y Carlaze debía saber qué era lo que planeaba hacer Kinter.

Carlaze se retorció como una serpiente. Se escuchaban ahora otros ruidos; gritos procedentes de abajo un portazo, la voz de Livian llamando ansiosa. Pero Índigo los ignoró. Y de improviso Carlaze se revolvió entre sus manos, y levantó su rostro felino.

—¡Has llegado demasiado tarde! —aulló como una salvaje—. ¿Qué sabes tú de nada..., ni tú ni tu precioso y condenado Veness? ¡Él será el siguiente! ¡Kinter acabará con él si no lo hace su padre demente, y nos habremos librado de todos ellos!

Índigo dejó de sacudirla, anonadada por sus invectivas histéricas y perversas que se le clavaban en el corazón como puñales. Carlaze aprovechó la ocasión, consiguió liberarse, gateó hasta la puerta y salió tambaleante.

—¡Maldita seas! —chilló al llegar al descansillo—. ¡Malditos seáis todos vosotros!

—¡Carlaze! —La voz de Livian les llegó, aguda, desde el vestíbulo—, ¡Índigo! ¿Qué sucede ahí arriba?

Sus gritos sacaron a Índigo de su parálisis y salió en pos de Carlaze, que se dirigía a la escalera. Cogió a la muchacha en lo alto de la misma y la golpeó de lleno en el rostro, haciendo caso omiso del grito ultrajante de Livian. Carlaze se tambaleó hacia atrás, resbaló y

bajó rodando algunos peldaños antes de que sus manos consiguieran asirse a la barandilla para detener su impetuosa caída, Índigo llegó junto a ella en el acto, lista para patearla, golpearla, arrojarla rodando por el resto de las escaleras hasta el suelo de piedra. Otra voz se unió a la confusión cuando *Grimya,* sacada de su sueño, llegó a todo correr, ladrando en voz alta, excitada, mientras, al mismo tiempo, le gritaba también telepáticamente a Índigo que se detuviera, que aguardara, que le dijera qué sucedía. Y entonces, de improviso, abriéndose paso entre el alboroto, llegó el rugido de una poderosa voz masculina.

—Por los ojos de la Madre, ¿qué sucede aquí?

Era Reif. Salía de la cocina como una aparición con la cabeza, los hombros y las botas totalmente blancos de nieve. Vio a Carlaze acurrucada a mitad de las escaleras con los brazos sobre la cabeza para protegerse, vio a Índigo de pie encima de ella con el puño levantado y una mirada asesina en los ojos, y su boca se abrió con ultrajado asombro.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Se arrancó el abrigo, lo arrojó al suelo y avanzó hacia la escalera.

Carlaze levantó la cabeza.

—¡Reif! —gritó con voz lastimera—. ¡Reif, oh, ayúdame! ¡Es ella, es Índigo; está loca!

Convencida de que Índigo no se atrevería a atacarla en presencia de Reif y Livian, se puso pesadamente en pie y huyó como un conejo asustado en dirección al vestíbulo, pero dio un traspié en los últimos tres escalones y quedó tendida cuan larga era sobre el suelo de piedra; Reif corrió en su ayuda, y ella se aferró a él como una criatura asustada.

—¡Reif, está loca, es peligrosa! —Carlaze temblaba, con los ojos muy abiertos, en una convincente demostración de terror, balbuceando las palabras en el rostro de Reif. ¡No lo sabíamos! ¡Todo este tiempo hemos estado hospedando a una serpiente entre nosotros, y no lo sabíamos!

—¡Embustera! —escupió Índigo, furiosa—. ¡Perra embustera!

Carlaze estalló en ruidosos sollozos y farfulló:

—¡Ha intentado matarme! Dijo que me arrojaría al fuego... ¡Oh, y, oh, Reif, creo que ha intentado matar a la pobre Rimmi!

—¿Qué?

Furioso, Reif levantó la mirada hacia Índigo, y ésta comprendió desesperada que sólo unas pocas palabras bien escogidas y una actuación melodramática de Carlaze habían bastado para envenenarle la mente contra cualquier cosa que ella pudiera decir. *Tenía* que convencerlo de la perfidia de la muchacha antes de que el veneno calase demasiado hondo y no pudiera hacer nada.

—Reif, miente. —Respiraba entrecortadamente, pero su voz era clara y firme—. *Ella* intentó matar a Rimmi... ¡La encontré apretando una almohada contra el rostro de Rimmi!

—¡No es verdad, no es verdad! —gimió Carlaze, intentando volver a atraer la atención de Reif hacia ella.

—¡Reif, escúchame, te lo suplico! —Índigo empezó a bajar las escaleras—. Carlaze y Kinter..., ¡los dos son traidores a esta casa! Kinter *sabía* que el conde Bray escuchaba cuando te contó lo de Moia... Carlaze y él planearon todo esto entre los dos. *¡Querían* que el conde cogiera esas malditas armas! Y ahora Veness ha salido en persecución de tu padre con Kinter... ¡Reif, está en peligro!

La hostilidad furiosa de los ojos de Reif pareció vacilar al oírla, Índigo comprendió que sin proponérselo había dado en el blanco. Se había equivocado con respecto a Reif; no era un

Librodot

traidor, por el contrario era profunda y ferozmente leal a su hermano mayor. Y aquella lealtad era ahora su única esperanza.

—¿Peligro...? —preguntó Reif con suspicacia.

—¡Sí! ¡Creo que Kinter quiere matarlo!

—¡No! —exclamó Carlaze—. ¿No ves lo que intenta, Reif? ¡Intenta volverte en contra de Kinter,, en contra de tu propio primo! Quiere dividir a la familia..., quiere a Veness para ella, ¡para ella sola! —Entonces, como si hubiera sido golpeada por una repentina y terrible revelación, abrió los ojos aún más y apretó con fuerza los pequeños puños—. ¡Dulce Madre, por eso debía de querer matar a Rimmi! ¡Sabe que Rimmi está enamorada de Veness, y no estaba dispuesta a tolerar la presencia de ninguna rival que pudiera disputarle su afecto! —Giró en redondo y se aferró a Reif—. Reif, por favor, tú eres el cabeza de familia mientras Veness está fuera: ¡tienes que hacer algo! ¡Es peligrosa..., enciérrala, mátala si tienes que hacerlo! ¡Oh, por favor, me ha hecho tanto daño, tengo miedo de lo que pueda hacer!

Índigo se dio cuenta de que Reif vacilaba. Todos sus instintos le decían que confiase en Carlaze; y, se preguntó, ¿por qué no habría de aceptar la palabra de la esposa de su primo, un honrado miembro de su propia familia, en lugar de la de una intrusa y virtual desconocida? La única sombra de duda estaba en su temor por la seguridad de Veness; pero se trataba de una ligera sombra, demasiado pequeña para resistir durante mucho tiempo la oleada de súplicas y argumentos de Carlaze.

De improviso, Reif tomó una decisión. Apartó suavemente a Carlaze —Livian corrió a consolarla— y avanzó hacia la escalera, al tiempo que posaba su mano sóbrenla empuñadura de la espada que le colgaba de la cintura, Índigo retrocedió un peldaño; y, de repente, *Grimya* se interpuso entre ambos, el lomo erizado, gruñendo.

Reif se detuvo y miró a la loba.

—Apártate.

Fue una orden incisiva, autoritaria, la orden que podría haberle dado a un perro; pero *Grimya* se mantuvo firme, y el gruñido adoptó tintes más amenazadores. Reif levantó la vista hacia Índigo.

—Llámala, Índigo. —Su voz era dura—. No quiero hacerle daño: piensa que cumple con su deber y no me gustaría castigar a un animal por obedecer a su dueño. Pero te lo advierto: llámala.

Índigo permaneció inmóvil.

—Cree que piensas matarme.

Reif lanzó un suspiro de exasperación.

—¡Maldita sea, no tengo la menor intención de hacer tal cosa, a menos que me obligues! Pero no confío en ti. Y pienso encerrarte en una habitación segura hasta que Veness y Kinter regresen y podamos llegar al fondo de este asqueroso embrollo.

Índigo vaciló, preguntándose si debía hacer un último esfuerzo para convencerlo. Pero sería inútil: no la creería. Sin embargo no podía permitirle que hiciera lo que para él resultaba razonable, porque si lo hacía, estaba segura de *que* la verdad jamás llegaría a oídos de Veness. Carlaze y Kinter se ocuparían de que así fuera.

Su vacilación fue una forma de ganar tiempo; exactamente los pocos segundos que tardo en decidir lo que debía hacer. Ahora habló:

—No, Reif. Lo siento, pero no puedo dejar que me encierres. Tengo que encontrar a Veness antes de que sea demasiado tarde. —Y mentalmente dijo a la loba:

«Grimya..., corriendo *cuando yo haga mi movimiento. ¡Y disponte a huir!»*

— ¡No intentes ningún truco conmigo! — repuso Reif enojado — . Obedecerás mis órdenes, y esperaremos a que Veness...

No pudo decir más porque, sin advertencia previa, Índigo saltó sobre él. La escalera le dio la ventaja de la altura y, como un gato montes tendiendo una emboscada a su presa, lo derribó y cayeron al suelo. Ella quedó encima. Reif lanzó un rugido; Carlaze gritó; luego, súbitamente, Índigo se puso en pie, evitando el intento de Reif por sujetarle las piernas. Recogió el abrigo que él había tirado y corrió en dirección a la puerta principal. Mientras luchaba con la barra y los cerrojos lo oyó correr hacia ella, luego escuchó el gruñido de advertencia de *Grimya,* el juramento de Reif y el tintineo metálico de la espada al salir de la vaina.

«¡Grimya!» Índigo lanzó una desesperada mirada por encima del hombro. *«¡Ten cuidado!»*

«¡No quiere hacerme daño!»

La loba gruñó otra vez y, mientras el último cerrojo se descorría, Índigo se volvió y la vio manteniendo a Reif a distancia. Carlaze empezó a gritar:

—¡Mata a ese animal! ¡Mátalo! —Pero Reif no le hizo.

—¡Índigo, te lo advierto! Llámala, o...

— ¡Reif, voy en busca de Veness! —Tenía que intentar explicarlo, por el bien de Rimmi — . ¡Cuida de Rimmi, mantenía a salvo, y no dejes que Carlaze se le acerque! ¡Por favor..., haz eso, al menos, hasta que encuentre a Veness y regresemos!

—Jamás lo encontrarás! ¡Estúpida weyer, morirás ahí afuera! Ningún caballo podría avanzar con esta ventisca, mucho menos una mujer a pie... ¿Por qué crees que regresé?

Reif intentaba desesperadamente ser razonable, aunque ella adivinó que era sólo por temor a la cólera de su hermano si algo malo le sucedía a Índigo; sin aquella coacción, habría seguido sin duda el lloroso consejo de Carlaze y la habría atravesado con la espada.

—No me importa el riesgo. —Aferró el picaporte de la puerta—. Tengo que encontrarlo, Reif. Si Rimmi recupera el conocimiento, ella te dirá por qué; te contará la verdad. Cuida de ella.

Abrió la puerta, y una aullante ráfaga de aire se la arrebató de las manos y la estrelló contra la pared. La nieve penetró en el vestíbulo danzando en círculos como derviches. Livian chilló, Índigo, con *Grimya* pisándole los talones, se precipitó hacia la tormenta.

Oyó voces que la llamaban mientras, tambaleante, atravesaba el patio, forcejeando para ponerse el abrigo sin dejar de correr; escuchó con claridad la voz de Carlaze que gritaba: «¡No dejes que huya, Reif! ¡Ve tras ella, mátala!». Pero nadie salió en su persecución, no escuchó el crujir de pies corriendo sobre la nieve y el hielo a su espalda. Y el arco se alzaba entre la enloquecida oscuridad delante de ella, Índigo avanzó como pudo hacia él, envolviéndose bien en el abrigo y tirando de la capucha para cubrirse los cabellos. No había pensado siquiera qué dirección tomaría, cómo encontraría a Veness; todo lo que importaba ahora era conservar la libertad y huir del veneno de Carlaze y de los extraviados intentos de Reif de hacer justicia.

Salieron del arco, abandonando la relativa protección del patio de la granja, y la ventisca las azotó como una pared. El viento, rugiendo del norte con la voz de un millar de tigres, levantó a Índigo y la arrojó contra el arco. Volvió a ponerse en pie con dificultad, vio a *Grimya* pequeña y vulnerable, una oscura masa borrosa en medio del caos de nieve que volaba horizontalmente, y oyó la voz desesperada de la loba en su mente.

«¡No hay rastros! ¡No hay forma de seguirlos! ¿Cómo podremos encontrarlos?»

Librodot

Inclinada para resistir el empuje del viento, las piernas bien clavadas en el suelo y la cabeza gacha como un carnero a punto de cargar, Índigo se dio cuenta por primera vez de la total y temeraria inutilidad de su misión. Jamás encontrarían a Veness. Incluso aunque, como creía, el trineo de perros hubiera ido en dirección al campamento maderero (con toda probabilidad el lugar al que se había dirigido el conde Bray, ahora que conocía las circunstancias de la muerte de Moia), *Grimya* y ella tenían tantas posibilidades de llegar allí como de volar. Sin un rastro que las guiara, sus posibilidades de llegar al campamento eran tan remotas que sólo la locura podía inducirlas a intentarlo.

Locura: o una desesperación total. De cualquier modo no podían regresar. A su espalda estaba Reif y la amenaza de confinamiento; y, lo que era peor, Carlaze, capaz de remover cielo y tierra si era necesario con tal de asegurarse de que Índigo y Veness no volvieran a verse en el mundo de los vivos. Una situación horrible e imposible de enfrentar. No *podían* regresar y, sin embargo, ¿cómo seguir adelante?

Entonces, entre la aullente oscuridad les llegó un sonido que no era una de las innumerables voces de la tormenta. Una llamada ronca y autoritaria, medio gruñido, medio gemido, resaltando entre el rugido de la tormenta. Venía de algún lugar delante de ellas y a la izquierda: *Grimya* se puso rígida, las orejas echadas hacia adelante, Índigo se volvió, tambaleándose en medio de la galerna, mientras intentaba ver en la oscuridad.

El tigre surgió de la noche como un espectro, pálido y reluciente entre los remolinos gris plata de la nieve. Avanzó silencioso hacia Índigo, sus ojos como dos faros dorados iluminados por un resplandor interior. Levantó la cabeza y vio sus blancos colmillos, la nube enloquecida de su aliento que se desparramaba, cuando volvió a gritar. Y en ese mismo instante la sorprendida voz de *Grimya* penetró en su mente.

«¡Índigo, oigo lo que nos dice! ¡Dice: seguidme!»

El tigre agitó otra vez la cabeza como si quisiera confirmar lo dicho por la loba y lanzó el sonido que Índigo ya había oído otras veces; el casi dulce ronroneo que, ella sabía, significaba que no había nada que temer. No obstante, la llamada estaba cargada de agitación, de apremio; como si el tiempo fuera lo más importante.

Gritó al enorme felino:

—¿Se trata de Veness? Por favor..., ¿es Veness?

La ventisca se llevó su voz, pero el tigre debió de oírla o al menos percibir lo que pensaba, porque alzó el enorme hocico, con el pelaje del cuello alborotado por el viento, y abrió de nuevo las mandíbulas para lanzar un ronco bramido.

Era confirmación más que suficiente, Índigo avanzó dando traspiés hacia el felino y, por puro instinto, extendió el brazo. Sus dedos se cerraron sobre el espeso pelaje del lomo empapado por la nieve y, al instante, sintió cómo los enormes músculos se tensaban al volverse la criatura en dirección a la noche. *Grimya* corrió a su lado, apretándose contra ella, y el tigre se puso en marcha.

Su avance entre la ventisca parecía tan irreal como un sueño. El tigre se movía por la nieve al parecer con gran facilidad, mientras Índigo avanzaba a trompicones tras él, y *Grimya,* trabajosamente a un paso de distancia, Índigo no sabía adonde las llevaba el animal —pensó que no era en dirección al bosque aunque, en la oscuridad, con aquella nevada y el viento rugiente era imposible estar seguro de nada—, pero lo siguió, cegada por la tormenta, sabedora de que sólo podía confiar en su guía. En ocasiones perdía el equilibrio y caía a cuatro patas sobre la humedad helada y blanca del suelo. En esas ocasiones notaba la presen-

Librodot

cia de los dos animales que se apretaban contra ella y le ayudaban con sus cálidos cuerpos a levantarse de nuevo. El aliento, de la loba y el tigre, se mezclaban sobre su rostro entumecido y helado. Su fuerza era un poderoso contrapeso a la fragilidad humana y, mientras escuchaba y respondía a los ansiosos mensajes de ánimo de *Grimya,* sentía también que la mente del tigre gigantesco se infiltraba en su propia conciencia instándola en silencio a seguir adelante. De vez en cuando, fluctuando entre la realidad y el ensueño, perdida totalmente la noción del tiempo, advertía que las tres mentes se fundían en una, y el extraño trío se fusionaba en una sola entidad que batallaba contra los elementos.

Hasta que, en medio de la noche salvaje, vio al espíritu. Una figura blanca, tambaleante, que daba traspiés igual que ella misma, pero sin compañeros que la protegieran y ayudaran. Y, transportado por el viento, le llegó un grito, un aullido, como si la ventisca hubiera dado vida a algo situado más allá del mundo mortal y lo hubiera enviado a vagar por las llanuras.

Grimya y el tigre se detuvieron al instante. La *cabeza.* rayada y la cabeza gris leonada se alzaron bruscamente para observar y averiguar. Entre sus pestañas cubiertas de hielo Índigo vio que el espíritu avanzaba en zigzag como un borracho, y, aturdida por el cansancio y el ataque de la tormenta que le embotaba los sentidos, su cerebro estableció una conexión inmediata e ilógica. Recuperó la voz aunque tenía la garganta irritada por el frío, y gritó con todas sus fuerzas:

—¿Moia? ¡Moia!

El fantasma dio una violenta sacudida. Un agudo chillido inhumano hendió la noche y, en el mismo instante en que se daba cuenta de su tremendo error, en el mismo instante en que la verdad la golpeaba como un puñetazo, la figura cargó.

La vio con claridad durante un segundo espeluznante. Sus ropas estaban desgarradas y convertidas en jirones que le ondeaban alrededor del cuerpo como los andrajos de un sudario largo tiempo enterrado, y sus cabellos flotaban como humo en la galerna. El rostro que coronaba el fuerte armazón era una pesadilla viviente: sin la protección de ningún abrigo, su piel había adquirido un horrible color gris azulado, y sus labios color arcilla y los dientes amarillentos estaban salpicados de sangre y saliva. También había sangre en su rostro, allí donde las uñas rotas habían producido profundas hendiduras en las mejillas.

Y los ojos le brillaban como estrellas, más allá de toda señal de humanidad, más allá de toda comprensión, más allá, mucho más allá de cualquier esperanza de cordura. El conde Bray chilló otra vez, y el chillido se intensificó hasta convertirse en un gran rugido de agonía y furia loca. En su mano izquierda centelleaba el escudo maldito, el disco emanaba una luz fantasmal como una luna terrestre; en su mano derecha, el hacha zumbaba en el aire, describía un arco, giraba cada vez más deprisa, hipnotizando a Índigo mientras sus ojos, atraídos por la mortífera y revoloteante mancha, no veían más *que plata, plata..., plata, y* su *propia Némesis.*

Librodot

CAPÍTULO 16

El grito enloquecido del conde Bray quedó ahogado por un ensordecedor rugido. El tigre de las nieves saltó para colocarse entre Índigo y la demente figura que se acercaba. La joven se vio arrojada a un lado y el hipnótico hechizo de las mortíferas armas plateadas se hizo pedazos en el momento en que ella caía al suelo.

—¡No! —Recuperado el juicio, Índigo rodó, escupiendo la nieve antes de poder aullar con toda la potencia de sus pulmones—: ¡No te acerques a él, no lo intentes!

El tigre estaba medio agazapado para saltar, las orejas planas contra la cabeza, la cola balanceante. Rugió por segunda vez, el conde Bray se tambaleó hacia atrás, gritando como un alma en pena, cuando una garra gigantesca acuchilló el aire frente a él. *Grimya* se había colocado también junto al tigre, gruñendo enfurecida y, por un instante, algo parecido a la cordura parpadeó como un fuego moribundo en los enloquecidos ojos del hombre. El aullido se transformó en un gemido jadeante y baboso, y se quedó inmóvil, el hacha alzada sobre su cabeza, pero paralizada; el escudo centelleaba cargado de malignidad. No podía hablar (Índigo tuvo la terrible sensación de que el pobre hombre había olvidado cómo hacerlo), pero su boca colgaba desencajada y babeante como la de una patética criatura idiota; la embargó una profunda piedad al ver en lo que se había convertido; la vieja maldición lo había transformado en la caricatura de un ser humano.

Por un momento pareció que la mirada del conde y la del tigre de las nieves se encontraban; entonces los ojos del hombre se volvieron vidriosos al apagarse en su cerebro aquella chispa de razón. Su boca se contrajo en una mueca demente... De improviso se dio la vuelta, hundiendo una de sus botas con fuerza en la nieve y, con un aullido ensordecedor, salió corriendo en medio de la tormenta, gritando, riendo, sollozando mientras se perdía de vista.

Un estertor surgió de los pulmones de Índigo, que se arrodilló con dificultad mientras *Grimya* corría hacia ella.

—*¡Grimya!* —Abrazó con fuerza a la loba, luchando por superar la conmoción que le había producido todo aquello—. ¡Oh, dulce Madre, pensé que nos haría pedazos!

«¡No se atrevió a enfrentarse al tigre!» Grimya lamió el rostro de Índigo. *«¡El tigre nos ha salvado de él!»*

—Fuis... —El aire helado acuchilló sus pulmones y empezó a toser violentamente, luego cambió a la comunicación telepática. *«¡Fuisteis los dos tan valientes...!»*

«No me detuve a pensar, Tenía miedo., pero el tigre me dio valor.»

Se percibía sorpresa tras las palabras de *Grimya.* Índigo hundió el rostro en el frío y húmedo pelaje del animal.

«Nos *ha dado valor a las dos, cariño. Tenemos una gran deuda con él.»*

Antes de que *Grimya* pudiera replicar, un retumbo enfurecido hizo que ambas levantaran la cabeza. El tigre se encontraba a unos pasos de distancia, tenso, la cabeza alzada, la cola agitándose nerviosa todavía. Al percibir que lo miraban volvió la cabeza hacia ellas y les mostró los colmillos con un gruñido inquieto, luego desvió rápidamente la cabeza.

«Percibe algo más», explicó *Grimya.* Alzó las orejas para escuchar, luego meneó la cabeza, desilusionada. «No *puedo olería. El viento es fuerte; lo tenemos en contra.»* Y dio un respingo cuando de repente el tigre volvió a rugir, lanzando un furioso desafío. Sus músculos se pusieron en tensión y salió disparado en persecución de algo que sólo él podía ver u oler. Consternada, Índigo se puso en pie a duras penas, mientras gritaba:

Librodot

—¡Espera!

Pero el tigre no le prestó atención y, en cuestión de segundos, se había desvanecido.

«¡Rápido!», la instó *Grimya. «¡Sigamos sus huellas..., no podemos arriesgarnos a perderlo ahora!»*

Y desapareció en pos del felino, Índigo corrió tras ella dando tumbos, resbalando, hundiéndose en la nieve, en pos de las profundas huellas que ya empezaban a cubrirse y desaparecer a medida que la nieve caía sobre ellas. En medio del rugido de la tormenta le llegó de nuevo el del tigre; y de repente le llegaron otros ruidos, débiles y apenas audibles como si provinieran de muy lejos... El frenético ladrido de perros.

Grimya se detuvo en seco.

«¡Índigo! Creo...»

Un nuevo rugido del tigre la hizo callar, y sus orejas se irguieron hacia adelante. Antes de que Índigo pudiera reaccionar, la loba saltó a toda velocidad, Índigo avanzó pesadamente tras ella, gritando su nombre. Y entonces vio el bulto oscuro algo más allá.

—*¡Grimya!* —Su voz se quebró, rechinante—. *¡Grimya,* ten cuidado!

Pero *Grimya* estaba demasiado excitada para prestar atención a la advertencia, y su frenético comunicado retronó en la mente de Índigo.

«¡Son ellos, es el trineo! ¡Índigo, los hemos encontrado!» Y aulló su alegría en voz alta mientras los gritos de los perros redoblaban, frenéticos, *con* más intensidad.

Para no perder el equilibrio, Índigo balanceaba los brazos mientras resbalaba sobre el hielo en dirección al trineo. Podía ver ya a los perros, todavía sujetos al trineo, saltando y brincando en una confusión de cuerpos peludos, pero no hicieron intención de correr hacia ella. Y entonces descubrió por qué.

El perro guía, un enorme animal negro y el mejor de las perreras de los Bray, yacía muerto entre los arreos, su sangre teñía la nieve. Tenía los ojos abiertos pero velados, y la mandíbula desencajada, paralizada en un gruñido de agonía. De su costado, atravesando el magnífico pelaje justo debajo del hombro y hundida hasta el corazón, sobresalía el asta de acero de una saeta de ballesta.

Índigo sintió la fría y potente garra del miedo cerrarse a su alrededor.

—No... —murmuró—. ¡Oh, no..., no...!

Los seis perros supervivientes ladraron su alegría y alivio al verla, intentando llegar hasta ella pero inmovilizados por el adiestramiento que les impedía abandonar su lugar si no recibían la orden del jefe de la jauría, Índigo miró frenéticamente a su alrededor en busca del tigre, pero éste se había desvanecido. De inmediato volvió su atención al trineo. Algo se movía en su interior, algo que yacía entre el montón de pieles apiladas dentro de él. Índigo se abrió paso entre la nieve, sujetándose a los patines del trineo para detenerse y no resbalar. Miró al interior, y sintió que una irresistible sensación de náusea le subía por el estómago.

—*¡Veness!*

Estaba acurrucado en el fondo del trineo, intentando cubrirse con las pieles que lo rodeaban en un esfuerzo por protegerse del frío. Y ella comprendió al instante por su rostro lívido y crispado que estaba herido.

—¡Veness! —Trepó por el costado del trineo, y se agachó a su lado—. ¡Oh, Diosa todopoderosa! ¿Qué ha sucedido?

El la miró sin comprender.

—¿Índigo...? ¿Cómo, por la Madre, conseguiste...? —E hizo una mueca de dolor.

Librodot

—No importa eso... ¡estás herido! Deja que te ayude a...

—¡No! —Su mirada se movió con rapidez de derecha a izquierda—. Está aquí: Kinter tiene tu arco, y...

La muchacha comprendió de repente lo que el tigre había hecho. Debían de haber dado con el trineo justo cuando Kinter y Veness luchaban, y el felino había intervenido para hacer huir a Kinter antes de que pudiera completar su criminal tarea. Kinter había huido, matando sin duda al perro al escapar, y el tigre fue tras él. Índigo sintió un nudo en el estómago al pensar en lo que una saeta podía hacer al magnífico animal, y rezó en silencio para que a la criatura no le sucediese nada. Pero su mayor preocupación era Veness.

—Se ha ido, Veness —dijo—. El tigre lo hizo huir.

—¿El... tigre...? —Estaba perplejo, pero no había tiempo para más explicaciones. La mano enguantada de Índigo, al ayudarlo a colocarse en una posición menos incómoda, quedó cubierta de una mancha oscura. Veness se mordió con fuerza los labios—. Es... está bien, yo puedo hacerlo. Dame sólo un... momento...

Le castañeteaban los dientes a causa del frío y la conmoción, pero movió ligeramente el cuerpo, luego dejó que ella apartara las pieles y lo examinara con más atención. Tenía el abrigo empapado de sangre y, aunque Índigo no podía ver gran cosa en medio de la oscuridad y los arremolinados copos de nieve, le dio la impresión de que había más sangre rezumando lentamente de una herida situada justo debajo de la caja torácica.

—¿Qué sucedió? —Su voz delataba miedo y furia, y empezó a envolver con las pieles el cuerpo helado del muchacho.

Veness hizo una mueca.

—Lo en... encontramos. A mi padre: lo encontramos, pero... no pude dispararle, ¡no pude hacerlo! Kinter... to... tomó la ballesta, pero erró el tiro. Pensé que mi padre iba a atacarnos, pero se dio la vuelta. Huyó; no... no sé por qué. Y entonces... —Tosió, y la furia y la confusión se mezclaron con el dolor en su mirada—. Entonces Kinter... recargó la ballesta, y la apuntó contra mí. No comprendí, le grité, y él... él se echó a reír. A reír. Y entonces... no dijo nada, sencillamente disparó, a bocajarro. —Su voz traicionó su perplejidad, pero se recuperó y la sujetó por el antebrazo—, Índigo, Kinter es un...

—Sé exactamente lo que es Kinter —repuso ella sombría.

Veness volvió a toser y escupió por encima del costado del trineo.

—¿Lo sabes? Pero...

—Te lo contaré todo, Veness, pero más tarde. Es vital que primero te lleve de vuelta a la granja: necesitas calor, y tu herida necesita que se le eche una mirada. —Se interrumpió, mirando por encima del morro del trineo hasta donde estaban los perros apelotonados y aullando. ¿Correrían sin un cabecilla? Se dijo que no; o de lo contrario ya se habrían dirigido de vuelta a casa.

«¡Índigo!», le dijo *Grimya* rápidamente. *«¡Yo puedo ocupar el lugar del perro muerto! Los perros no me temen, y sé cómo hacer que me entiendan y obedezcan. Me seguirán si los guío.»*

Índigo se volvió hacia ella.

«Pero nosotras no conocemos el camino de regreso a la granja. Y Veness no está en condiciones de guiarte.»

«Los perros lo conocen. Ellos me lo dirán.»

Como si hubieran percibido y comprendido las palabras de la loba, los aullidos de los

perros se transformaron en ladridos agudos. Empezaron a dar saltos y a morder el aire desde sus puestos. Estaban bastante descansados; el frío aún no había minado sus fuerzas. Y si *Grimya* estaba dispuesta...

A toda prisa explicó a Veness el plan de la loba. Este asintió con dificultad, y ella añadió:

—¿Podrás soportarlo, Veness? No será un paseo cómodo.

Un segundo gesto de asentimiento.

—Puedo soportarlo. Mejor esto que... quedarse aquí congelado. —Se pasó la lengua por los labios, y la saliva se convirtió en hielo casi al instante—. Arranqué la saeta. Creo que quizá... no debiera haberlo hecho...

Índigo reprimió un horrible temor al escuchar sus palabras, y saltó fuera del trineo, de regreso en medio de la tormenta, para arrastrarse hasta donde estaban los perros. Con dedos torpes y entumecidos emprendió la deprimente tarea de liberar al perro muerto de sus arreos, y apartó a un lado el cadáver, lamentando que un animal tan hermoso y noble tuviera como último lugar de descanso un sitio a tal punto ignominioso. Luego, entre el cada vez más sonoro clamor de los otros perros, sujetó los arreos alrededor del pecho y hombros de *Grimya.* No estaban demasiado bien colocados, pero *Grimya* dijo que serviría, Índigo percibió su excitación ante esta nueva y desconocida aventura. Por fin estuvieron listos y corrió a subirse de nuevo al trineo. Entonces dio un brinco al escuchar un débil sonido a su espalda.

El tigre había regresado. Pálido en medio de la nieve, permanecía inmóvil observándola, manteniéndose de forma que los animales del trineo no pudieran olerlo. No hizo el menor intento por acercarse y, obedeciendo un impulso, Índigo se dio la vuelta y se acercó a él. Ya no sentía el menor temor del animal: los acontecimientos de esa noche habían desvanecido cualquier duda que aún pudiera tener, sabía que se trataba de un amigo *y* aliado sincero. El tigre alzó la cabeza al acercarse ella, Índigo se detuvo a dos pasos de él.

—Tengo que llevarlo a casa. —Habló a la hermosa criatura en voz alta, sintiendo que tenía una deuda con ella y debía explicarse—. Sé que hay otra cosa que debo hacer... otra cosa que quieres que haga... pero debo anteponer la seguridad de Veness. Por favor: ¿lo comprendes?

Los peludos labios del tigre se echaron hacia atrás mostrando los dientes en una especie de sonrisa. Su profundo y gutural rugido de confirmación se dejó oír bajo el gemido del viento. Luego volvió el rostro en la dirección por la que habían venido y la contempló expectante. Comprendió que era, a la vez, un gesto de aceptación y de que no pensaba abandonarla. La muchacha sintió gratitud y un intenso alivio.

Corrió de regreso al trineo y saltó a su interior, acurrucándose en el suelo junto a Veness y sosteniéndolo lo mejor que pudo. Los perros estaban en pie, agitando las colas; y a la cabeza del tiro *Grimya* levantó el hocico, ladró y la jauría le respondió con un coro de ladridos. Se inclinaron sobre los tirantes, el trineo empezó a moverse, dando sacudidas sobre la nieve, ganando velocidad, y, con la imponente y fantasmal figura del tigre corriendo con agilidad a su lado, el convoy viró y se puso en marcha en dirección a la granja.

Entraron en el patio como una tromba en medio de un alboroto de ladridos y aullidos, del siseo de patines que sacó a Reif corriendo de la casa. El tigre se había separado de *ellos* medio kilómetro antes de llegar al arco de piedra de la granja, desapareciendo en la noche tempestuosa. *Grimya* condujo a los perros hacia adelante, lanzando aullidos de ánimo cuando por fin avistaron luces frente a ellos.

Reif echó una mirada a Veness, acurrucado en el trineo mientras el brazo de Índigo lo

Librodot

sujetaba con fuerza, y sus ojos se clavaron en los de la muchacha con una expresión de horror y remordimiento.

—No digas nada, Reif —dijo Índigo—. Ayúdame a llevarlo dentro.

Entraron a Veness al vestíbulo y de allí a la cocina. Carlaze se levantó de un brinco del lugar en el que estaba sentada a la mesa, Índigo contempló furiosa a la rubia muchacha, por un momento. Luego se dio la vuelta y regresó corriendo al patio, diciéndose que su primer deber era ocuparse de *Grimya* y de los perros, pero a sabiendas al mismo tiempo de que si hubiera permanecido en presencia de Carlaze un minuto más la hubiera matado.

Soltó los tirantes de los perros y los condujo a las perreras situadas tras el granero grande. La ventisca había empezado a amainar y, aunque el viento seguía rugiendo, la nieve caía con menos fuerza y sobre su cabeza el cielo nocturno aparecía despejado en algunas zonas dejando entrever estrellas que enviaban su frío fulgor a la tierra. Los compañeros de los perros los recibieron con un frenesí de ladridos, lametones y mordiscos cariñosos, Índigo permaneció unos instantes contemplándolos, forzándose a tomarse su tiempo. Por fin, cuando juzgó que había recuperado en cierta medida el dominio sobre sí misma, regresó con *Grimya* a la casa.

Reif estaba solo en la cocina, Índigo se detuvo en seco en la puerta, y ambos intercambiaron una mirada, sin que ninguno quisiera ser el primero en hablar. Por fin fue Índigo quien rompió el silencio.

—¿Dónde está Veness?

—Arriba. —La voz de Reif sonaba apagada y algo temblorosa—. Livian está con él, ocupándose de la herida. —Desvió la cara, no quería que ella viera la emoción de su rostro.

Entonces Índigo se obligó a hacer la pregunta.

—¿Y... Carlaze?

—La he encerrado abajo, en uno de los sótanos.

Índigo se puso rígida.

—¿Entonces Veness te lo ha contado?

—Sí. Todo. —Se produjo una larga pausa, luego Reif se obligó a volver la cabeza *y* a encontrarse con su mirada. La vieja hostilidad, la incertidumbre, la desconfianza se habían convertido en cenizas; todo lo que ella vio que un hombre desolado y amargamente arrepentido—. Índigo, no sé qué decir, cómo disculparme...

—No lo intentes, —Índigo se le acercó y le posó una mano sobre el brazo—. En tu lugar yo hubiera pensado lo mismo, Reif. ¿Por qué tenías que creerme? ¿Qué motivo tenías para aceptar mi palabra en contra de la de ella?

La miró apesadumbrado.

—Esa no es la cuestión, ¿no es así? Cuando pienso en lo que ha sucedido... y ahora esto... Tendría que haberlo evitado, ¿no te das cuenta? ¡Si me hubiera dado cuenta!

—Reif, ninguno de nosotros se dio cuenta. ¿Cómo íbamos a pensarlo? Kinter y Carlaze ocultaron sus planes con tanto cuidado... Y nadie tenía ningún motivo para sospechar que fueran traidores. —«Excepto», pensó llena de tristeza, «que yo sí tenía motivos para sospechar de alguien y fui tan estúpida que miré en dirección equivocada».

Reif aspiró con fuerza y miró hacia la puerta del sótano.

—Si le sucede algo a mi hermano...

—No. No lo pienses siquiera. —También ella lo había pensado, incesantemente, desde el momento en que el trineo iniciara su viaje de regreso a casa, y necesitaba con desesperación no hacer hincapié en semejante posibilidad—. Iré arriba..., quizá pueda ayudar a Livian.

Librodot

Reif asintió con la cabeza. Lo dejó allí y recorrió a toda prisa el vestíbulo y las escaleras. Cuando se acercaba a la puerta de la habitación de Veness, ésta se abrió y aparición Livian. La anciana la vio y se detuvo.

—¡Livian! —Índigo corrió hacia ella—. ¿Está bien?

—Duerme.

Livian tenía aspecto agotado y envejecido, Índigo sintió una punzada de culpabilidad al darse cuenta de que en medio de todo el furor no había pensado ni una sola vez en lo que estaría sufriendo Livian. Su hija herida y debatiéndose entre la vida y la muerte; su hijo un traidor, sin el menor atisbo de duda, y presunto asesino. Era un doble golpe brutal y, mientras miraba a la mujer, Índigo se dio cuenta de lo delgada que se había vuelto la cuerda que mediaba entre el dominio de sí misma y el colapso total.

Livian se volvió y cerró la puerta de Veness con cuidado a su espalda.

—Es mejor no molestarlo ahora —dijo con voz tensa y remota que traicionaba lo encarnizadamente que se aferraba a la cuerda—. Dejémoslo dormir. —Entonces se relajó un poco—. No creo que la herida sea tan grave como temimos al principio.

Índigo ansiaba entrar en la habitación y comprobarlo, pero Livian tenía razón; sería mejor para Veness que no lo molestaran.

—¿Cómo está Rimmi? —preguntó.

—¿Rimmi? Oh... está muy débil, pero creo que empieza a recuperarse. —Se produjo una larga y dolorosa vacilación, luego—: Si no hubiera sido por ti...

—Por favor, Livian.

Índigo no buscaba su gratitud, y sentía que no la merecía. Su posición era demasiado ambigua: podía haber salvado la vida de Rimmi, pero también había revelado la verdad sobre Kinter y Carlaze, y, cualquiera que fuese su sentido de la justicia, esa herida debía resultarle tan dolorosa a Livian como las heridas físicas de Rimmi y Veness.

Pero Livian no estaba dispuesta a dejarse disuadir. Hinchó el pecho y dijo con voz débil:

—No: debe decirse y se dirá. Has salvado la vida de mi hija. Si no hubiera sido por ti, los habría perdido a los dos. No lo olvidaré, Índigo. No lo olvidaré. —Y pasando junto a Índigo se alejó en dirección a las escaleras.

Índigo la siguió hasta el vestíbulo sintiéndose pequeña y avergonzada. Allí se encontraron con Reif que venía de la cocina, poniéndose el abrigo..., el abrigo que Índigo se había llevado antes al huir. Por un momento su rostro expresó temor al mirar a Livian, pero ésta se limitó a decir:

—No está demasiado mal, Reif. Prepararé algo de comida para todos nosotros. —Y se dirigió a la cocina.

Reif la siguió con la mirada unos instantes, luego miró a Índigo.

—Voy a ir a dar de comer a los perros —anunció con voz ronca—. Raciones dobles. La Diosa sabe muy bien que sellas han ganado esta noche.

Índigo asintió.

—Iré contigo si me lo permites.

—Sí..., sí, y eres bien recibida.

Reif fue a buscar varios pedazos descarne de cordero, y un cubo de puré caliente mientras Índigo se ponía el abrigo y llamaba a *Grimya.* Juntos abandonaron la casa y atravesaron el patio en dirección a las perreras. Había dejado de nevar aunque el viento seguía soplando con violencia, y el cielo, asombrosamente despejado, era una vasta bóveda negra llena de estrellas

Librodot

heladas.

—No hay luna —dijo Reif—. Pero sí luz suficiente para proyectar sombras. No me gusta esta clase de tiempo tan a principios del invierno. Ventiscas repentinas, cielos de pronto despejados... Las condiciones climáticas resultan así impredecibles. Podríamos tener problemas cuando iniciemos la caza.

Era la primera vez que mencionaba plan alguno, Índigo lo miró de reojo.

—¿Qué piensas hacer?

Reif se encogió de hombros.

—Reunir a tantos hombres como pueda conseguir con las primeras luces del día, armarlos y empezar a registrar a fondo la zona. —Hizo una pausa—. Tenemos que encontrarlos a los dos: a Kinter y a mi padre. Y no me atrevo a decir cuál de los dos es más peligroso.

Índigo no dijo nada. No le había contado a Reif su breve y aterrador encuentro con el conde Bray, y no se decidía a agobiarlo con eso ahora. Lo más probable era que tuviese la oportunidad de ver por sí mismo la terrible verdad antes de que todo aquello acabara.

Grimya, que avanzaba a su lado, le comunicó:

«Si el cielo permanece despejado y no nieva más, serán buenas las condiciones para seguir un rastro. Si nosotras...» Y su voz mental se interrumpió de improviso.

—¿Grimya? —Índigo la miró frunciendo el entrecejo, y Reif volvió la cabeza sorprendido—. ¿Qué sucede?

Grimya no respondió, por el contrario clavó la mirada en dirección al arco, que era una cuña de oscuridad en el paisaje nevado que brillaba débilmente más allá. Entonces Índigo musitó:

—¡Oh, por la Madre...!

El tigre surgió entre las sombras del arco y penetró con sigilo en el patio, Índigo notó que Reif se inmovilizaba a su lado y lo oyó lanzar un ahogado y sorprendido juramento, pero el gigantesco felino lo ignoró. Sus profundos y expresivos ojos la miraban a ella con fijeza; alzó la cabeza y profirió un rugido ronco y desafiante.

Reif salió bruscamente de su trance, y desenvainó la espada con un ruido metálico.

—¡Índigo! —susurró—. ¡Retrocede!

—¡No! —protestó ella—. ¡No lo amenaces, no intentes hacerle daño! ¡Es un amigo! —Y, al ver su incomprensión, recordó que no sabía nada del tigre; para él era un símbolo de algo terrible y letal; no un aliado sino un enemigo.

El tigre volvió a rugir y avanzó hacia ellos. Reif, casi presa del pánico, intentó agarrar el brazo de Índigo, procurando apartarla de en medio y protegerla tras él, pero ella se desasió, había oído la llamada del tigre (no, más que oído, la había sentido, una demanda urgente e imperiosa que penetraba con fuerza en su cerebro).

—No —repitió, pero esta vez hablaba al felino—. Debo esperar..., se me necesita aquí; cuando amanezca...

Se vio interrumpida por un espantoso bramido, y la llamada resonó otra vez en su cerebro. No había palabras en ella, pero el significado era claro e inconfundible. *Ven,* le decía. *Ven. Ahora.* Y no aceptaba excusas.

Dirigió una rápida mirada a *Grimya.* La loba tenía los ojos fijos en el tigre, había en ellos una curiosa mezcla de temor, respeto y, ante la sorpresa de Índigo, impaciencia. De repente *Grimya* habló:

«¡Índigo, tenemos que hacer lo que dice! ¡Es de suma importancia..., siento que es de suma

Librodot

importancia!»

El felino hizo una mueca y sacudió la cabeza, Índigo se volvió hacia Reif.

—Reif, tengo que ir con él. No puedo explicártelo ahora. Pero tengo que ir.

Reif la miró como si estuviera loca.

—¿Ir con esa criatura? En el nombre de la Madre, ¿qué estás diciendo?

El tigre rugió, y ella volvió a sentir lo perentorio de su llamada: *«Ahora, rápido; no hay tiempo que perder»,* Índigo sacudió la cabeza con desesperación.

—Regresaré, Reif. Díselo a Veness...

—¡Aguarda un minuto!

Ella había empezado a andar hacia atrás por el patio cubierto de nieve. De repente Reif se lanzó detrás. Sus dedos se cerraron en torno a la muñeca de la joven, pero antes de que pudiera tirar de ella el tigre saltó sobre él. Sus enormes patas delanteras lo lanzaron por los aires; cayó pesadamente contra el suelo y, mientras estaba allí tendido sin aliento, el felino retrocedió, mostrando los colmillos y gruñendo por lo bajo. Se colocó entre Índigo y Reif, como para protegerla. Reif empezaba a incorporarse cuando Índigo le dijo:

—Reif, lo siento... pero no puedo explicarlo. Te lo contaré todo cuando regrese, pero ahora, por favor, confía en mí. Y... dile a Veness que volveré pronto. —Hizo una pausa, luego—: ¡Dile que le quiero!

Y Reif, de pie aturdido en medio del patio, tuvo una última impresión del trío (una extraña e insólita troika) mientras Índigo, *Grimya y* el tigre de las nieves atravesaban el arco corriendo y desaparecían en la noche.

CAPÍTULO 17

El primer heraldo del amanecer fue un resplandor frío, tenue y descolorido que se alzaba por el este. Las estrellas se desvanecían lentamente, dejando el cielo de un negro mate. El contorno del bosque resultaba apenas distinguible, la oscuridad se superponía a la oscuridad.

El campamento forestal estaba desierto. El cadáver de Moia, envuelto en una manta, había sido trasladado a la cabaña principal para esperar el momento en que pudiera ser enterrado decentemente. Veness había ordenado a los hombres que regresaran a sus casas. No se habían hecho de rogar; la superstición estaba muy arraigada incluso en los espíritus más osados, y nadie quería quedarse cerca del cadáver de la mujer no fuera a ser que su fantasma vengador cobrara vida.

A Índigo no le preocupaban demasiado los fantasmas, pero de todas formas la atmósfera del campamento vacío y saber lo que había en él, le produjo inquietud cuando, siguiendo al tigre de las nieves, *Grimya* y ella se aproximaron a las cabañas silenciosas y oscuras, Índigo no estaba muy segura de por qué el animal las había conducido a ese lugar; pero la posibilidad que sugerían sus sospechas no era como para detenerse a hacer consideraciones muy profundas. Una vez más, se arrepintió de su rápida e imprudente salida de la granja, sin otra arma que el cuchillo que siempre llevaba colgado al cinto. Habría dado una fortuna por tener su ballesta y un carcaj lleno de saetas.

En el centro del recinto, el tigre se detuvo y esperó a que Índigo y *Grimya* lo alcanzasen. Por un momento la joven pensó que habían llegado al final de su viaje, pero al acercarse a la altura del felino éste giró con elástica elegancia y siguió adelante, penetrando en el bosque, Índigo vaciló y miró a la loba.

«¿Qué crees, cariño? ¿Debemos seguir?»

El tigre volvió la cabeza, y la muchacha tuvo la clara e inquietante impresión de que éste había percibido y comprendido el intercambio de pensamientos que había tenido lugar entre ambas. Pero *Grimya* tenía la mirada fija en el felino, y su respuesta fue inmediata y categórica.

«Sí, debemos seguir. Aquí no hay peligro aún... y el tigre es nuestro amigo.»

Perpleja ante el sorprendente cambio de parecer de la loba, pero confiando implícitamente en su instinto, Índigo se puso en marcha de nuevo.

El bosque permanecía profunda y fantasmagóricamente silencioso mientras avanzaban entre los árboles. La galerna había amainado por fin, dejando una gran quietud que producía escalofríos en los huesos, y el frío cubría la tierra como un sudario inmóvil. El bosque absorbía los débiles atisbos de luz, hundiéndolos en la penumbra, Índigo tardó algunos minutos en darse cuenta de que el terreno por el que las conducía el tigre le resultaba vagamente familiar. ¿No había visto antes el enorme tronco situado a su derecha, caído de forma natural y dejado allí para que se pudriera y regresara a la tierra de donde procedía? Miró a *Grimya,* transmitiéndole de inmediato una pregunta vacilante y las orejas de la loba se irguieron hacia adelante.

«Creo que hemos pasado por aquí antes», respondió. Hizo una pausa, luego: *«Creo que conduce al claro donde se encontró a la mujer muerta.»*

Desde luego... Índigo lo recordó en ese momento. Y, atisbando entre el amontonamiento de troncos oscuros, le pareció percibir una disminución de la penumbra, como si la luz se filtrara hacia el suelo a través de una abertura entre las copas de los árboles.

El tigre, una figura vaga y etérea delante de ellas, se volvió y llamó en voz baja. Y, al ir

hacia él, Índigo y *Grimya* se encontraron de improviso en el ya familiar claro. Allí estaba el montón de ramas, sin tocar desde el macabro descubrimiento del cuerpo de Moia. Y también seguía la fosa allí, vacía, apenas una cicatriz poco profunda en la tierra.

El tigre avanzó hasta llegar junto a la fosa y se detuvo. Inclinó la cabeza, olfateando la tierra removida; luego volvió a levantarla y lanzó un gruñido salvaje. Acobardada, Índigo dio un paso instintivo en dirección contrario, pero la voz de *Grimya* la tranquilizó al comunicarle mentalmente:

«No... Está enojado pero no con nosotras. Intenta decirnos algo. Percibo...» Echó las orejas hacia atrás, luego volvió a adelantarlas, y de improviso el pelaje de su lomo se erizó, *«¡Índigo, hay algo más ahí! ¡Eso es lo que nos quiere decir, estoy segura!»*

Despacio y con cuidado, el corazón palpitándole con fuerza, Índigo se acercó a la fosa. La cola del tigre se agitó una vez con energía, mas al acercarse ella, el animal se retiró un paso o dos. Animada, Índigo dio otro paso hacia adelante, y luego otro: entonces vio que la tierra de la tumba estaba recién removida como si algo la hubiera arañado en un esfuerzo por cavar más hondo.

Y vio, también, los tres dedos putrefactos que sobresalían del hoyo.

Fue *Grimya* quien finalmente dejó al descubierto el rostro. La descomposición definitiva acababa de empezar y, una vez que consiguió dominar su inicial repugnancia y pudo mirar con atención, Índigo supuso que el frío había ayudado a preservar el cuerpo, de modo que probablemente llevaba muerto mucho más tiempo de lo que hacían suponer las apariencias. Y quienquiera que fuera el responsable de su muerte había sido brutalmente eficiente, había sesgado el cuello del pobre muchacho de una sola cuchillada.

Se levantó por fin y se apartó de la tumba. Aunque jamás había visto a la víctima antes de ese momento, sabía quién debía de ser, y existía una cruel confirmación en los cabellos negros, el ligero pero inconfundible aire de familia. Gordo: el hijo desaparecido de Olyn y amante de Moia. Y supo, sin la menor sombra de duda, quién había sido el asesino de ambos.

Grimya clavó los ojos en el cadáver.

«Kinter fue muy listo», dijo sombría. *«Los leñadores no pensaron en seguir cavando en busca de otro cuerpo después de encontrar el primero.»*

—¡Oh, sí que fue listo! Él, y su esposa homicida e intrigante. —La cólera enturbió de repente los ojos de Índigo, pero antes de que pudiera decir más, una nueva voz habló desde las sombras del límite del claro.

—Así que lo has encontrado.

Índigo giró en redondo con el corazón a punto de estallarle y su mano voló al cuchillo que llevaba al cinto. Pero al instante, tras la sorpresa surgió la certidumbre: conocía aquella voz. Y el tigre también se volvía, y de su garganta brotó el ya familiar ronroneo de saludo, al tiempo que una figura envuelta en pieles surgía entre los árboles.

La mano de Índigo se apartó del cuchillo mientras la mujer avanzaba muy despacio hacia ella. Lejos de las sombras más profundas, el rostro enmarcado por la capucha resultaba visible como un óvalo borroso y pálido. Por un momento Índigo pudo distinguir el vivido azul de sus ojos. Luego ambas cosas se desvanecieron entre las sombras cuando la mujer se detuvo junto a la tumba y bajó la cabeza.

—El tigre desenterró su cuerpo anoche —dijo en voz baja—. Pensaba que seguía vivo. No me di cuenta de que se había llegado a esto. —Alzó la cabeza rápidamente—. ¿Quién los

Librodot

mató, Índigo? ¿Lo sabes?

Índigo continuó mirándola sorprendida.

—¿Los mató? —Estaba anonadada—. Pero... pensé...

—¿Que yo era Moia? —Levantó una mano para sujetar la capucha—. No.

La capucha cayó hacia atrás; el abrigo de piel se abrió. De pie frente a Índigo había una mujer delgada pero fuerte de unos treinta y cinco años, de finos cabellos color paja que le caían lacios sobre los hombros. Bajo el abrigo llevaba una ligera camisa de hilo de un estilo que Índigo no reconoció, y pantalones también de hilo que parecían hechos para un hombre. Entonces el abrigo de piel resbaló completamente de sus hombros, cayó al suelo... y se desvaneció.

—Como verás —siguió la mujer con suavidad—, no soy la esposa del conde Bray.

Todas las ideas preconcebidas de Índigo, todas sus certezas se derrumbaron. Luchó por articular algo mientras el primer indicio de la auténtica verdad empezaba a insinuarse y, por fin, titubeante, consiguió tartamudear:

—Entonces..., ¿quién eres?

La mujer le sonrió con tristeza, con un deje de mofa de sí misma.

—No creo que mi nombre importe —repuso—. Nadie lo recuerda ya. ¿Y por qué iban a recordarlo? Morí hace tanto tiempo...

Unos dedos espectrales parecieron rodear el corazón de Índigo, oprimiéndolo con fuerza.

—Eres... —Tragó una bocanada gélida de aire—. Perteneces a esa antigua familia...

—Sí, así es. O fue. Los míos hace siglos que se han convertido en polvo, pero mientras ellos se han ido a reunir con la Madre Tierra, yo he permanecido aquí. No estoy viva pero tampoco estoy del todo muerta. —Hizo una pausa larga y aterradora—. No puedo morir por completo. No moriré hasta que desbarate el maleficio que lancé sobre la casa de los Bray hace muchos siglos.

Los labios y la garganta de Índigo estaban resecos y helados; a su lado *Grimya* lanzó un gemido apagado.

—¿El maleficio que *tú* lanzaste...? —repitió.

La mujer la miró otra vez y sus ojos color zafiro brillaron con una profunda pena.

—Sí —respondió—. La leyenda, como puedes ver, se equivoca en un detalle de vital importancia. Yo fui la última en ser asesinada. Había presenciado las muertes de mi esposo, mis hijos, mis hermanos y hermanas... Todo nuestro clan, asesinado a nuestra propia mesa, inocente. —Hizo una pausa—. Pero yo poseía ciertos conocimientos de hechicería. No eran suficientes para salvarnos a nosotros, pero sí para que pudiera maldecir el nombre de los Bray. Sólo que, con mi último aliento, el poder de la maldición que lancé resultó mayor de lo que jamás hubiera soñado. Y se ha transmitido a través de los siglos afianzándose de tal manera que no había forma de destruirlo.

Se produjo otra pausa, Índigo observó que la mujer —fantasma, aparecido o fuera lo que fuese— empezaba a temblar como dominada por la fiebre.

—El escudo protegió a nuestro asesino de las espadas de los míos, y el hacha cortaba sus cuerpos como ovejas ante el tajo del carnicero. Con mi último aliento maldije aquellas armas, y maldije toda mano que las tocara. Pero entonces no sabía cuánta sangre inocente más se derramaría por culpa de mi maldición. —Clavó la mirada en la nieve a sus pies aunque sus ojos no parecieron verla—. Todos estos años; todos estos siglos de espera, rezando por una oportunidad de acabar con lo que provoqué aquella noche y encontrar la paz. Y ahora tú has

Librodot

venido aquí, y creo que posees el medio de liberarme.

—¿Que yo...?

—Sí. No conozco cuál será tu destino definitivo, Índigo, pero percibo un nexo de unión entre tu meta y la mía. —Sus ojos se clavaron de nuevo bruscamente, con fijeza, en el rostro de Índigo—. La condición de mi existencia me permite ver en dimensiones vedadas a otros. No es siempre un talento placentero, pero tiene su utilidad. He percibido algo de lo que eres, y creo que tienes buenas razones para querer poner fin al poder de la maldición. —Se interrumpió, luego añadió—: En muchos aspectos tú y yo somos iguales. Tú estás viva, lo sé, y yo estoy muerta. Sin embargo existe una zona a caballo entre esos mundos donde ambos se encuentran, en la que compartimos la amargura del mismo cáliz. Podría decir que somos algo más que seres humanos. Y quizá, también tú, sepas lo que es estar en el limbo, y no anhelar otra cosa que volver a casa.

Índigo la miró fijamente mientras sus palabras iban haciendo mella en ella. *Estar en el limbo, y no anhelar otra cosa que volver a casa.* Y sintió una vez más el dolor de todo ello, la herida abierta de más de cuarenta años de trabajo duro sin vislumbrar un final, sin un hogar que pudiera realmente llamar suyo. Saber que amigos y enemigos por igual iban envejeciendo y muriendo, quedándose atrás en las brumas cada vez más espesas del tiempo y la memoria, mientras ella no podía envejecer, no podía morir, pero tampoco podía vivir de verdad. Limbo. Un vacío helado, una nada que se extendía hasta perderse en un futuro que no podía adivinarse: existía por cierto un paralelismo abominable con la vida dentro de la muerte que padecía esa mujer. Pero la pobre criatura había soportado su existencia fantasmal no sólo durante cuatro décadas sino durante siglos. Siglos de espera, de aferrarse a una esperanza que quizá no se realizara jamás. La sobrecogió un tremendo escalofrío y lo reprimió con energía por el temor que le provocaba darse cuenta de que al sentir lástima por la desdichada aparición sentía lástima también por sí misma.

Por fin dijo, con voz algo vacilante:

—¿Por qué no me lo dijiste la primera vez que nos encontramos?

Unos párpados muy pálidos cubrieron los ojos color zafiro de la mujer, como si intentara ocultar una visión que no deseara ver.

—He arrebatado a los Bray mucho más de lo que tenía derecho a reclamar —respondió con calma—. Vengarse de los hombres que asesinaron a mi familia es una cosa, pero una venganza que persiste durante años y se ceba en el inocente igual que en el culpable es algo muy diferente. Temía que si sabías la verdad me odiaras por lo que había hecho. —Entonces volvió a abrir los ojos y miró a Índigo con profundo y dolorido candor—. Ahora, no obstante, todo ha cambiado. Ha sucedido lo peor: la maldición ha vuelto a despertar. No puedo permanecer al margen y contemplar cómo el pasado se repite... y tú eres mi único aliado humano, de modo que no tengo más alternativa que ponerme en tus manos e implorar tu misericordia. —Volvió a mirar la tumba—. Ya no me queda nada que perder.

También Índigo miró el cuerpo de Gordo, y por breves segundos sintió parte de la cólera que el tigre había mostrado al conducirlas a *Grimya y* a ella allí. Cólera ante el salvajismo de esos asesinatos, ante la crueldad y tortuosidad de la mente que los había provocado; y, por encima de todo, ante el poder desenfrenado y destructivo del demonio que albergaba el interior de aquellas armas malditas.

—¿Me ayudarás, Índigo? —preguntó la mujer—. ¿Me ayudarás a detener esto de una vez por todas?

Librodot

Índigo bajó la mirada hacia *Grimya,* que las observaba atentamente, pero la loba no dijo nada. De todas formas, comprendió con repentina y cristalina claridad, no necesitaba el asesoramiento de *Grimya,* no tenía opción. Había ido a El Reducto a destruir a un demonio, pero el adversario remoto e impersonal con el que se había propuesto enfrentarse se había transformado en algo mucho más tangible. Apenas en unos cuantos días su vida se había visto inexplicablemente ligada a la vida de Veness y, por lo tanto, a las vidas de toda la familia Bray. Y las maquinaciones del demonio, a través de la antigua maldición y a través también de las intrigas de Kinter y Carlaze, se habían convertido asimismo en su cruz igual que en la de ellos. Tenía sus propias cuentas que ajustar.

Sus ojos se encontraron con la extraña mirada azul de la mujer, y dijo:

—Sí, te ayudaré. —Esbozó una sonrisa entristecida—. Tampoco yo tengo opción.

El tigre, que las había estado observando en silencio, alzó la cabeza y lanzó un suave ronroneo. El rostro de la mujer se relajó de forma visible.

—Gracias —dijo, y sus ojos brillaron emocionados—. ¡Gracias!

Índigo no quería su gratitud y, desconcertada, levantó los ojos hacia las copas de los árboles. La luz diurna inundaba ya el cielo aunque el bosque seguía impregnado de profundas sombras y sintió un nudo en el estómago al pensar en lo que podría estar sucediendo en la granja; cómo estaría Veness, si Reif le habría contado su precipitada huida y lo que él le habría dicho, lo que habría sentido. Apartó de su mente tan amargos pensamientos; otras cuestiones tenían prioridad, y no se atrevía a permitir que temores personales ocuparan el lugar de asuntos más importantes.

Tenían que encontrar al conde Bray. Y sentía —no podía explicar la convicción, pero estaba ahí, y era cierta— que era vital localizarlo antes de que pudiera ponerse en marcha la planeada búsqueda de Reif. Racionalizó su instinto diciéndose que no quería ver a Reif y a sus hombres involucrados en aquello; desconocían la auténtica naturaleza de su adversario y eran, por lo tanto, peligrosamente vulnerables. Pero en el fondo, sabía que había algo más. Mucho más.

Se volvió otra vez hacia la mujer de ojos color zafiro:

—No tenemos tiempo que perder. Tenemos que encontrar al conde antes de que sea demasiado tarde. Dices que puedes ver en dimensiones que resultan invisibles a otros... ¿Puedes llegar hasta él? ¿Puedes decirme dónde está?

La mujer entrecerró los ojos.

—No... no puedo estar segura —respondió por fin—. Mis poderes son demasiado limitados... pero anoche, después de que descubrimos el cadáver de Gordo, el tigre olió otra presencia humana en el bosque, no lejos de aquí. Yo no percibí nada, pero el animal sí, y no me dejó investigar; me mantuvo a distancia. —Miró al tigre de las nieves que la contemplaba, con sus inexcrutables ojos ambarinos—: No sé quién estaba ahí. Pero quizá valdría la pena echar un vistazo.

«No *ha nevado desde hace varias horas»,* dijo *Grimya. «Si existe algún rastro, el tigre y yo podríamos seguir la pista con facilidad.»*

Era una posibilidad remota, pero de momento la única pista que tenían, Índigo asintió:

—Sí..., sí, vale la pena intentarlo.

La mujer extendió una mano.

—Ven, pues. Te conduciré allí.

Índigo tendió la suya automáticamente para tomar la mano que se le ofrecía. Se tocaron... y

Librodot

la mano de la mujer pasó a través de la suya sin que sintiera nada, tan insustancial como la bruma.

El corazón le dio un vuelco a Índigo y la mujer se quedó inmóvil un instante.

—¡Ah! —suspiró—. Claro. Por un momento olvidé que tú y yo no somos *totalmente* iguales... —Y con una leve sonrisa entristecida se volvió y empezó a guiarlas hacia el interior del bosque.

Anduvieron en silencio, la mujer delante, mientras Índigo la seguía flanqueada por *Grimya* y el tigre de las nieves. La luz del sol penetraba débilmente en el bosque, proyectando sombras engañosas; algún que otro trino del canto de pájaros se dejaba apenas oír a lo lejos, Índigo mantenía ojos y oídos bien alertas ante cualquier incidente extraño, pero sus pensamientos estaban puestos en otras cosas, en especial en el incómodo desasosiego, en la incongruencia (podría incluso decir insensatez) de la situación. Eran cuatro de los más disparatados e improbables aliados que imaginarse pudiera: *Grimya y* ella, un tigre salvaje y un fantasma, midiéndose contra un enemigo sobrenatural cuya auténtica naturaleza sólo *Grimya y* ella conocían. El demonio que controlaba el hacha y el escudo poseía mucho más poder que el contenido en la vieja maldición de la mujer y, sin embargo, se había propuesto enfrentarlo y destruirlo sin más arma que el cuchillo de caza y la esperanza.

El hecho en sí planteaba un nuevo interrogante: si tenía que triunfar sobre el demonio, debía primero enfrentarse al hombre cuya mente y cuerpo había usurpado. El conde Bray era una víctima inocente: su único crimen había sido enamorarse de una joven voluble e intentar, en su locura, poseerla en contra de su voluntad. Y era el padre de Veness. Loco o no, irremediablemente perdido o no, Índigo no se creía capaz de asesinarlo a sangre fría. Sin embargo hasta que, y a menos que, el conde muriera, el demonio continuaría alimentándose de su locura a través de las armas malditas que empuñaba. Y hasta que, y a menos que, ese pobre hombre muriera, no podría llegar al núcleo del mal; no podría alcanzar su corazón, apoderarse de él y aplastarlo acabando con su existencia.

La voz de *Grimya* dijo en su mente:

«A lo mejor no tiene que morir, Índigo. Si se lo pudiera separar de las armas, quizá la locura lo abandonaría.»

La joven meditó sobre lo dicho por la loba pero, aunque fuera cierto, ¿podría conseguirlo? Nadie podía acercarse al conde y esperar escapar ileso, y sólo un espadachín experto tenía alguna posibilidad de lograr desarmarlo. Ella no poseía semejante habilidad (ni siquiera tenía una espada). ¿Qué podía esperar?

«Puede que aún exista una forma», repuso *Grimya* esperanzada cuando le transmitió sus pensamientos. *«Sé que no deseas que muera, y yo siento lo mismo. No merece la muerte.»* Alzó la cabeza, y mostró los dientes de improviso. «No *es el mismo caso que el de Carlaze y Kinter.»*

Kinter estaba de momento muy lejos de la mente de Índigo, pero aquellas últimas palabras indignadas de *Grimya* lo trajeron bruscamente al primer plano de sus pensamientos. Sería un error fatal pasar por alto a Kinter. Seguía en libertad, y ahora que su traición había quedado al descubierto sólo tenía dos opciones: podía huir o podía intentar por cualquier medio recuperar la ventaja que había perdido, Índigo sospechaba que era lo bastante despiadado (y estaba lo bastante desesperado) como para no rendirse, por mucho que las circunstancias estuviesen en su contra. Su situación lo convertía en un ser muy peligroso.

¿Se escondería por allí?, se preguntó. Parecía probable; desde luego no se atrevería a

regresar a la granja. Iba armado con su propia ballesta la cual tenía un temible alcance de tiro en manos expertas. Casi con seguridad estaría buscando al conde Bray; y era un factor impredecible, era como un animal suelto potencialmente letal.

Estaba a punto de llamar a la mujer que andaba delante de ella, de expresar sus temores y de advertirle el peligro que podía suponer Kinter, cuando el tigre se detuvo y levantó la cabeza. Las tres se quedaron inmóviles al instante, observando al felino con atención. Los bigotes del tigre se agitaron, sus ojos ambarinos estaban clavados en los árboles del linde del bosque. Entonces sus labios se curvaron y lanzó un leve gruñido de advertencia.

—¿De qué se trata?

La mujer volvió sobre sus pasos —el absoluto silencio con el que se movía, y que sus pies no perturbaran una hoja ni una brizna de hierba, desconcertaba a Índigo— y se detuvo junto al inmenso felino. Por unos instantes pareció como si no pudiese averiguar qué era lo que había atraído su atención, pero de repente musitó:

—¡Escucha!

«¡Lo oigo!», comunicó *Grimya* con vehemencia a Índigo. *«Un grito. Un grito humano. Parece alguien angustiado. Pero...»*

No terminó la frase: sin advertencia previa el tigre se lanzó hacia adelante en medio de los árboles. Se deslizó sin ruido, fundiéndose entre las sombras. La mujer fue tras él y, ansiosa por no quedarse atrás, Índigo y *Grimya* fueron en pos de ella. Se abrieron paso entre los apretujados troncos, a través de ramas bajas que restallaban bajo las manos de Índigo y dejaban caer cortinas de nieve helada sobre su rostro y brazos, hasta que el gigantesco felino se detuvo otra vez y, sin aliento, Índigo consiguió alcanzar a sus veloces compañeros.

Estaban muy cerca del linde del bosque: sólo a pocos metros de distancia pudo ver la luz del día que brillaba sin obstáculos proyectando sombras sobre los troncos de los árboles. No vio nada inusual allí pero tanto *Grimya* como el tigre miraban con atención al frente, las orejas vueltas hacia adelante mientras escuchaban.

Y entonces lo oyó: un grito, ahogado y débil..., el triste gemido de alguien que sufría. La voz de una *mujer,* pensó Índigo, pero al instante su instinto le dijo que algo no encajaba en aquella apreciación. Algo relacionado con el tono de aquella voz no era normal, como si...

La sospecha se vio interrumpida, antes de que pudiera tomar forma, cuando el tigre lanzó un gruñido ahogado y amenazador, y empezó a avanzar con suma cautela. *Grimya* lo siguió, las orejas echadas ahora atrás y el cuerpo pegado al suelo. Los dos animales se arrastraron hasta llegar muy cerca del límite de los árboles; Índigo los vio penetrar en la zona bañada por la luz del sol, *detenerse,* arrastrarse un paso más. Entonces la voz sorprendida y excitada de *Grimya* resonó en su mente.

«¡Índigo, ven deprisa!»

El fantasma de la mujer y ella llegaron al límite del bosque a la vez. Índigo se detuvo en seco, resbaló ligeramente y estuvo a punto de caer, al ver lo que les aguardaba allí.

Un terreno virgen que se alejaba de los árboles en forma de suave ladera cubierta de nieve relucía bajo la pálida luz del sol. Y a menos de veinte metros de donde se encontraban, la intacta blancura se veía desfigurada por lo que a primera vista parecía un árbol solitario, que proyectaba una sombra delgada y desigual sobre el suelo. Pero no se trataba de un árbol. Ó, más bien, no se trataba de un árbol vivo. Eran los restos de un arbolillo, talado, despojado de raíces y ramas, clavado en el suelo para formar una estaca de unos dos metros y medio de altura. Y atada a la estaca, de espaldas a ellos de modo que era imposible reconocerla, había

Librodot

una figura humana.

—Por los Ojos de Madre... —De la boca de Índigo surgió una bocanada de vapor al susurrar estas palabras—. ¿Quién...? —Y se interrumpió cuando el viento transportó hasta ellos el trémulo y agonizante grito.

—Ayudad...me. Por favor... ayuda...

Índigo no perdió un segundo. Corrió hacia adelante, hundiéndose en la nieve, que de improviso había alcanzado mayor espesor, y avanzó penosamente en dirección a la estaca y a su indefenso y patético prisionero. A su espalda el tigre rugió una advertencia pero ella no le prestó atención, limitándose a seguir adelante a duras penas, al tiempo que sacaba el cuchillo lista para cortar las ataduras. Veía una melena negra ondeando al viento, el desgarrado y sucio dobladillo de un vestido cubierto de tierra, pero no comprendió su reveladora significación hasta que fue demasiado tarde, había llegado hasta la figura atada, y...

—¡Ahhh!

La sorpresa y la repugnancia se estrellaron como un puño de hierro contra su estómago. Retrocedió tambaleante apartándose del horrible espectáculo del cadáver putrefacto de *Moía, el cual descompuestos sus labios y su nariz, le son*reía con una mueca delirante en medio de sus ligaduras. *Grimya,* que había corrido a reunirse con ella, se detuvo patinando sobre la nieve y lanzó un gemido al encontrarse cara a cara con el espectáculo, y la mujer, siguiendo a la loba, contempló aquel horror con ojos llenos de desaliento y piedad.

—Ha robado su cadáver... —La realidad la golpeó como un segundo puñetazo, y se alejó de la espantosa visión, intentando contener las náuseas—. Lo robó, y... —*La voz, claro; ¡aquello era lo que no concordaba! No era el grito de una mujer en demanda de ayuda sino la imitación hecha por un hombre, una trampa, un señuelo...*

De improviso, el tigre de las nieves rugió. Fue un rugido atronador que hizo que *Grimya* lanzara un gañido de temor, Índigo y la mujer giraron en redondo para ver que las ramas del límite del bosque se agitaban violentamente impulsadas por algo que se abría paso entre la maleza. Otro sonido contestó al desafío del tigre; pero no era el rugido de un felino sino una voz humana que gritaba, bramaba, una palabra que heló la sangre de Índigo al reconocerla.

—¡MOI-AA!

El conde Bray se lanzó fuera del bosque como un enloquecido oso herido. Su mano derecha balanceaba el hacha, haciéndola describir amplios arcos, mientras con la izquierda sujetaba el escudo por encima de su cabeza como si se tratara de un estandarte de batalla. Durante los primeros y aterradores segundos, Índigo se percató de que no sólo la hoja sino también todo el mango del hacha estaban recubiertos de sangre seca. El escudo, asimismo, estaba salpicado y manchado de sangre. Y el conde parecía una pesadilla viviente. No podía ni pretender imaginar lo que podía haberle sucedido durante aquella larga noche, pero casi desnudo, en su piel aparecían síntomas de congelación y estaba cubierto por las cicatrices sanguinolentas de heridas nuevas que se había autoinfligido. La indomable mata de cabello había desaparecido casi por completo; se la había arrancado él mismo a grandes mechones y el desnudo cuero cabelludo que había dejado al descubierto estaba arañado e inflamado. Sus ojos, que antes ardían con un fuego devorador y demente, eran ahora como dos hornos semiapagados que relucían sanguinarios en los huecos negros de sus cuencas.

El conde Bray vio la escena que tenía delante (o la registró de alguna forma en su cerebro deteriorado), y se detuvo. Los brazos le cayeron inertes a los costados, arrastró las mortíferas armas sobre la nieve y miró a la estaca más allá de Índigo y sus compañeros. Despacio, muy

despacio abrió la boca babeante y un sonido borboteó desde lo más profundo de su ser.

—Mer... mer...

Pero de repente le fue imposible conseguir que su garganta y su lengua articularan las sílabas que formaban el nombre de su esposa. Lo abandonaban los últimos vestigios de inteligencia, arrebatándole sus poderes vocales, dejándolo sin la poca coherencia que le quedaba, mientras seguía con los ojos clavados en aquella cosa inerte y putrefacta que en una ocasión había sido su preciosa y joven Moia. Era imposible saber si la reconoció o no como lo que había sido; todo lo que podía emitir eran aquellos sonidos espantosos una y otra vez, tan incomprensibles y patéticos como los de un buey moribundo.

El corazón de Índigo empezó a latirle con la fuerza de un martillo contra las costillas al darse cuenta de que ya no le tenía miedo. No había nada que temer ahora. El conde Bray no la atacaría; estaba hipnotizado por el cadáver, aturdido, inmóvil.

Con sumo cuidado, la joven dio un paso hacia adelante. El tigre, que seguía inmóvil junto al linde del bosque, alzó la cabeza de inmediato, rígido, y *Grimya* proyectó una ansiosa advertencia.

«Índigo, ¡ten cuidado!»

«Todo va bien. No creo que intente hacerme daño.»

... Y existía una posibilidad, se dijo, una remota y casi imposible posibilidad, de que de alguna forma pudiera quitarle las armas malditas. De alguna forma...

Dio otro paso. El conde Bray no parecía darse cuenta de su existencia y permanecía con los ojos fijos más allá. Su boca se abría y se cerraba, largos hilillos de saliva resbalaban por su mentón, pero ya no emitía el menor quejido.

Otro paso. Estaba ya a unos tres metros de él, no más. Otro...

Y entonces lo oyó, en la décima de segundo anterior al hecho en sí, el sonido sordo, pesado y mortífero del resorte de una ballesta al soltarse.

No vio la saeta, su vuelo era demasiado rápido para ser captado por el ojo humano. Pero sí la oyó: el gemido del aire desplazado y el aborrecible golpe sordo al dar en el blanco. El conde Bray no gritó. Se limitó a balancearse sobre sus pies; luego, de forma grotesca, sus ojos bizquearon como los de un borracho cuando los bajó y fijó en la flecha de acero de veinte centímetros que se le había clavado en la parte posterior del cuello atravesándole la garganta.

Intentó hablar. Mientras *Índigo y sus* compañeros permanecían inmóviles, demasiado aturdidos para reaccionar, el conde abrió la boca por última vez. Un hilillo de sangre le brotó entre los dientes y se le derramó por encima del labio inferior. Luego sus hombros se estremecieron en un estertor y un torrente escarlata le fluyó de la garganta antes de que se balanceara como un árbol cortado y se desplomara de bruces sobre la nieve.

Librodot

CAPÍTULO 18

—¡CORRED! —Índigo recuperó el aliento bruscamente, y gritó con toda la potencia de su voz— ¡Id hasta los árboles, protegeos..., rápido!

Gritaba al mismo tiempo que *corría velozmente por la nieve,* maldiciéndose por su ciega estupidez al no haber visto lo evidente cuando lo tenía frente a las narices. Kinter había preparado la trampa; lo sabía, lo mismo que sabía que era suya la voz que había pedido ayuda y atraído al conde Bray a aquel lugar. Y él había estado allí todo aquel tiempo, esperando y observando: *claro* que había estado allí, incluso una criatura lo habría advertido, se *habría dado cuenta,* no habría permitido que una cerrazón tan desatinada, cegadora e *idiotizante* bloqueara todo lo que no fuera el momento inmediato...

Por instinto zigzagueaba al correr con la cabeza gacha, intentando ofrecer el menor blanco posible. *Grimya* saltaba y ladraba delante de ella; la loba podría haber alcanzado un lugar seguro en cuestión de segundos pero no quería dejar atrás a su amiga, Índigo le gritó, instándola a seguir: el tigre se había desvanecido ya en la selva y la mujer era un espectro volante, a punto de llegar al refugio de su santuario. Entonces algo chasqueó, silbó saliendo del bosque a su izquierda y un borroso objeto plateado pasó junto a Índigo a la altura de los ojos. Lanzó un alarido, perdió el equilibrio al intentar esquivarlo, y cayó sobre la nieve.

«¡Índigo!» El asustado grito mental de *Grimya* fue acompañado por un aullido, *«¡Índigo, levántate!»*

No la había alcanzado de milagro... Índigo se puso en pie con dificultad... y se quedó helada al ver la figura envuelta en pieles que apareció en el límite del bosque. Había recargado la ballesta en cuestión de segundos, y permanecía allí de pie, las piernas bien clavadas en el suelo, en actitud casi desenfadada, con la ballesta apuntando a su estómago.

—Eso fue simplemente un aviso, Índigo. —La voz familiar de Kinter atravesó el espacio nevado, pero ahora poseía un tinte maligno que ella no había percibido antes—. No fallaré la segunda vez, de la misma forma que no fallé con el conde.

Ni Índigo ni *Grimya* se movieron, Índigo pensó: «Puede que esté mintiendo; no es tan buen tirador.» Pero deshecho al punto la idea. La verdad es que no sabía lo experto que podía ser Kinter, y no deseaba ponerlo a prueba. De lo que no había duda era de que la tenía a tiro; si disparaba tenía todas las probabilidades de que la saeta diera en el blanco. ¿Y si lo hacía?, se preguntó. No podía matarla, pero en ese momento su inmunidad ante la muerte era un triste consuelo: aunque fuera inmortal no era insensible al dolor o al daño físico. Y sabía muy bien la clase de daño que podían infligir aquellas saetas.

Grimya hizo un movimiento espasmódico en dirección a ella. Kinter movió la ballesta unos milímetros e Índigo alzó una mano rápidamente.

—¡No, *Grimya!* ¡Quédate donde estás!

La reacción de Kinter fue suficiente para decirle que sabía lo que se hacía, y que sus reflejos eran rápidos. Se pasó la lengua por los labios, notando un sabor a escarcha y sal, sin que le importara que aquella humedad pudiera helarse y agrietarle la piel.

—Se retirará si se lo digo —siguió despacio y con voz clara—. Déjala ir. No tienes nada en su contra y ella no puede delatarte.

Kinter se encogió de hombros con despreocupado desinterés.

—Lo que tú quieras, Índigo. Como dices, no tengo nada contra *Grimya, y* no me gustaría desperdiciar la vida de un animal noble sin necesidad. Y en cuanto a tus otros amigos... —La joven percibió un débil destello cuando la mirada de él se desvió brevemente en dirección al

Librodot

bosque por donde habían desaparecido el tigre y el espíritu, luego dio unos cuantos pasos al frente hasta quedar bien alejado de los árboles—. Si son sensatos, se irán tranquilamente y nos dejarán ventilar nuestros asuntos. Si no son sensatos, tengo saetas suficientes para todos ellos. ¿Me comprendes?

Ni siquiera el tigre sería bastante rápido contra él; lo vería si se lanzaba al ataque y podía matarlo antes de que tuviera la menor posibilidad de alcanzarlo, Índigo tragó bilis, y asintió.

—Te comprendo, Kinter.

Y mentalmente dijo:

«Grimya, *vete. Refúgiate en el bosque, y advierte a los otros de que no intenten acercarse.»*

«¡No!», exclamó *Grimya,* angustiada. *«¡No te abandonaré, Índigo! ¡No lo haré!»*

«¡Grimya, *obedéceme en esto!»*

Puso toda la autoridad, toda la energía que pudo reunir en su desesperada orden porque algo se agitaba en el fondo de su cerebro; algo que había visto, un indicio, una pista. Cuando Kinter echó una ojeada en dirección al bosque y ella vio que sus ojos reflejaban la luz del sol por un instante, aquellos ojos eran *plateados.* Color plata. Como el hacha y el escudo. Como los ojos de la criatura diabólica llamada Némesis. Éste no era Kinter tal y como ella lo había conocido. Algo se elevaba dentro y a través de él, y se trataba de un adversario que había llegado a conocer bien, muy bien.

«Obedéceme, Grimya», dijo con severidad al ver que la loba aún vacilaba. *«Obedéceme como obedecerías al jefe de tu manada. ¡Vete!»*

Grimya gimoteó lastimera, pero comprendió que nada de lo que pudiera decir o hacer haría cambiar de opinión a Índigo e, instintivamente, se sentía obligada a obedecerla. Se volvió y se alejó despacio, con el rabo entre las piernas. Cada pocos pasos volvía la cabeza y su mente intentaba formar una súplica, pero sólo se encontraba con una pared inexpugnable que le impedía el acceso.

Kinter vigiló a la loba hasta que ésta llegó a los árboles y desapareció entre las sombras. Luego empezó a andar otra vez sin decir palabra en dirección a Índigo. Ésta clavó los ojos en la ballesta pero no dijo nada y tampoco se movió. De súbito Kinter le dedicó una sonrisa displicente.

—¿Cómo está Veness? —inquirió, sarcástico.

El sudor cubrió el rostro de Índigo y se heló de inmediato en el aire gélido, volviéndose pegajoso.

—Veness vive —replicó con ferocidad—. Y también Rimmi, a pesar de los intentos de esa zorra que tienes por esposa para acabar con ella.

—Bien, eso debe de ser un gran alivio para ti, ¿no es así? —se mofó Kinter—. Así que de momento no hay lloros ni gemidos sobre el cuerpo del amante difunto.

Índigo enrojeció pero permaneció en silencio. Kinter aguardó unos instantes; luego, al ver que ella no se dejaba exasperar, continuó:

—Has hecho que la vida me resulte un poco incómoda en ciertos aspectos, Índigo. Primero, tú y ese maldito gato impedisteis arreglarle las cuentas a Veness, y ahora parece que además le has ido con cuentos a la familia. Es una lástima. Significa que tengo que elaborar una nueva estrategia para acabar con el resto. Pero entretanto tengo que decidir qué hacer contigo.

Índigo lo observó con atención. A pesar de su aparente despreocupación se daba cuenta de que las manos que sujetaban la ballesta estaban bien colocadas y listas, y sabía que el menor

Librodot

movimiento que pudiera malinterpretarse le haría disparar. Sin embargo, tenía la impresión de que no quería dispararle..., al menos, de momento.

La sonrisa de Kinter se convirtió en una mueca.

—¿En qué piensas, Índigo? ¿Te preguntas por qué no me limito a atravesarte el corazón con una saeta y acabar con esto?

Ella intentó mantener la voz firme y segura.

—Me lo he preguntado, sí.

—Bien, puedes estar tranquila, mis motivos no pueden ser más racionales. No pienso recrearme ante ti por mi triunfo y saborear el espectáculo de ver cómo retuerces las manos, desesperada, antes de morir. —Dio otro paso, hacia ella; automáticamente Índigo retrocedió hasta volver a dejar la misma distancia entre ambos antes de comprender con inquietud que eso era lo que él esperaba y deseaba que ella hiciera—. He pergeñado un plan mucho más práctico. —Se interrumpió, luego siguió—: Mira a tu espalda.

Volvió la cabeza. A unos metros de distancia, sobre la nieve revuelta, yacía con las piernas y brazos extendidos el conde Bray. En la muerte ya no resultaba aterrador; sólo patético. E, irónicamente, había por fin soltado el hacha y el escudo, que se encontraban a su lado, uno a cada lado de sus brazos.

Índigo volvió otra vez la cabeza y el corazón le dio un vuelco. En un instante, tan fugaz que no podía estar segura de si realmente había presenciado la transformación o simplemente la había imaginado, Kinter se desvaneció y en su lugar apareció una figura mucho más familiar. Los ojos plateados se burlaron de ella, los labios sonrientes se entreabrieron para mostrar los afilados dientes felinos, el cabello —una pálida aureola— flotaba etéreo impelido por una ráfaga caprichosa de viento. Entonces Némesis desapareció y Kinter volvió a estar allí, Índigo se quedó con una furia abrasadora bullendo en su cerebro... y empezó a comprender.

«Así pues», pensó, «aquí estás por fin, mi malvada hermanita. Me preguntaba cuánto tardarías en presentarte o dónde te manifestarías. Pero no me he dejado embaucar por tus esfuerzos para engañarme. Sé que realmente no acechas tras los ojos de Kinter; no posees el poder de confundirte con un ser humano, y sea lo que sea, Kinter sigue siendo humano. No. Me parece que sé dónde te escondes y lo que esperas hacer.»

Kinter le dedicó una leve sonrisa.

—Retrocede un poco más —ordenó. Ella obedeció, y él la siguió, manteniendo siempre la misma distancia entre ambos—. Un poco más. Eso es.

Se encontraba ahora junto al cuerpo del conde. El escudo, oscuro en contraste con la nieve y despidiendo un fulgor apagado bajo la luz del sol, estaba a pocos centímetros de su bota izquierda. Kinter sujetó la ballesta con más comodidad y la joven vio que sus dedos se curvaban sobre el disparador.

—Te daré a elegir, Índigo —dijo con voz impasible—. Puedes morir ahora con el vientre atravesado o puedes tentar a la suerte con la misma locura que se apoderó de mi tío. Toma el hacha y el escudo y te dejaré marchar... a menos, claro está, que me ataques, en cuyo caso me limitaré a dispararte aquí mismo. —Hizo una mueca, descubriendo los dientes por un instante—. Tal y como he dicho, es una posibilidad. Y eso es mejor que nada, ¿no?

Índigo creyó comprender su razonamiento. Si tocaba una sola vez aquellas armas, se vería poseída por la demencia que había destruido al conde Bray. Si se volvía enloquecida en contra de Kinter, éste se limitaría a matarla antes de que pudiera tocarlo. Pero existía otra

posibilidad: la atracción de la granja y de los Bray supervivientes. Podría verse atraída de regreso allí, ¿y cuántos estragos podría provocar antes de que le dispararan o acabaran con ella? ¿Suficientes para permitir a Kinter que la siguiera y terminara lo que ella hubiera empezado? Oh, sí; era posible. Y aunque las probabilidades de que tuviera éxito e hiciera el trabajo de Kinter por él eran remotas, para Kinter valía la pena correr el riesgo. Aunque fracasara no habría perdido nada.

—¿Bien? —La voz de Kinter se abrió paso entre sus revueltos pensamientos—. Decide, Índigo. No pienso perder más tiempo. La muerte o las armas.

Dirigió una rápida mirada de reojo en dirección al bosque. No se veía ninguna señal de sus amigos aunque sospechó que *Grimya* intentaba comunicarse con ella; pero no permitiría que la loba consiguiera penetrar en su cerebro (no debía permitirlo). Por una vez, debía prohibirle a *Grimya* que fuera en su ayuda, por el bien de ambas.

Un pensamiento, una súplica atravesó su mente, *mantenía atrás, mantenía a salvo... y* una visión momentánea del rostro orgulloso y bello del tigre de las nieves parpadeó como un espejismo en su cabeza. Luego desapareció, y sólo quedaron ella, el difunto conde y Kinter.

Bajó los ojos hacia el cadáver y contempló el hacha y el escudo que habían sido la némesis del conde Bray. Su némesis: ahora, con una ironía que ignoraba en él, Kinter quería que fuesen la de ella. El escudo reflejó una apagada y borrosa imagen de su rostro y, por un instante, aquel rostro pareció ser más pequeño, más estrecho, sucio y burlón. *Ah, sí.* Ella tenía razón. *Sabía* que tenía razón. Y el riesgo (quizás el mayor riesgo de toda su ajetreada vida) debía correrlo en ese momento.

Índigo se puso en cuclillas y extendió las manos en dirección a las armas. Vaciló un momento, levantó la vista hacia Kinter una vez más, y de repente vio a través de su envoltura de carne y hueso hasta llegar a su misma esencia: corrupción, codicia, envidia (obsesiones mezquinas y muy humanas). Kinter no sabía con lo que estaba jugando, demasiado ensimismado para darse cuenta de lo que había liberado. Ojalá se lo pudiera mostrar. Ojalá pudiera mantener el control. Ojalá lo consiguiera.

Su mano izquierda se deslizó por el asidero del escudo, al mismo tiempo que la derecha se cerraba alrededor del mango del hacha.

Era como tocar... *pero no podía contenerlo; ni su mente ni su cuerpo podían asimilar la colosal y estridente conmoción que surgió rugiendo de las tinieblas como un tornado, aplastándola y desmenuzándola...* Índigo escuchó un aullido espantoso y ululante que rasgaba el aire... *pero no, no era su voz, no podía ser, eso no, no ese aullar inhumano...*

Los brazos se le habían convertido en granito. Su peso la clavaba contra el suelo, y en cada mano sostenía un fuego al rojo vivo que empezaba a fundir la carne que le cubría los huesos. El suelo se tambaleaba bajo sus pies, como si algo enorme, innominable, se alzara tras un sueño de siglos en las profundidades de la tierra. No podía ver... El mundo era un caos de relámpagos negros, lunas plateadas, calor abrasador y frío destructor; y una voz, no la suya, otra voz, gigantesca, insensata, espeluznante, empezó a rugir una y otra vez en su cerebro diciéndole ¡MATA! ¡MATA! ¡MATA! Y ella volvió a gritar, en terrible armonía ahora con la voz, el desafío de un alma en pena, una advertencia funesta: le era imposible contener la monstruosa energía, el *odio* desmedido, devastador, demoledor que llenaba cada una de las partes de su ser, odio al mundo, odio a la vida, odio a sí misma, a... *a sí misma...*

—NNNN...

El grito cambiaba, hizo que cambiase, tenía que hacer que cambiase. Una palabra, un

nombre. NÉMESIS. *Odio.* Lo odiaba, y lo *controlaría,* porque no poseía ningún poder sobre ella, si ella lo deseaba, si podía abrirse paso entre el dolor, el miedo y las cadenas de una leyenda que intentaba convencerla de que su poder era mayor que el de ella. No era mayor: ella era la más poderosa de las dos. Sí, había que repetirlo y repetirlo, una letanía, un rito, un conjuro. ELLA ERA LA MÁS PODEROSA.

Una explosión de oscuridad se alzó ante Índigo, surgiendo como una erupción del vórtice ante el cual su conciencia, todo su ser, pendían como una mosca atrapada en la tela de una araña, Índigo abrió la boca, chilló y sus pulmones se hincharon cuando aspiró las tinieblas, las absorbió, les dio la bienvenida, sacó de ellas el mismísimo poder que ellas habían concentrado en su contra. Echó la cabeza hacia atrás y, aunque su corazón parecía a punto de estallar, siguió aspirando, más y más y...

La explosión se convirtió en implosión, con un ruido que estalló más allá del ruido para convertirse en una conmoción titánica y silenciosa. Y el mundo se oscureció. Se volvió más que oscuro: todos sus sentidos se habían cerrado. Sin visión: sin sentido del oído, sin sensaciones. Se dio cuenta de que se había situado fuera del tiempo, quizás incluso fuera del espacio tal y como lo conocía. Entre mundos. Su mundo, y... ¿qué? No lo sabía. Pero eso, realmente, era la nada.

Sostenía aún el hacha y el escudo; sabía que estaban allí, a pesar de no poder sentir su fría realidad entre los dedos.

Y no estaba totalmente sola. No era Kinter: él estaba lejos, muy lejos en el mundo de la vida, paralizado en ese último instante cuando Índigo tocó las armas malditas, mientras ella penetraba en otro lugar. No; no era Kinter. Sino *algo.*

Índigo parpadeó. Y al instante, con un débil «clic» musical como si alguien hubiera golpeado un cristal con la punta de la uña, una escena apareció ante sus ojos.

Némesis se encontraba de pie sobre una tarima en lo que era un remedo de la gran sala de Carn Caille. Detrás de la demoníaca criatura, fantasmas familiares se movían con los gestos grotescos de los espectros, sus labios formaban mudas palabras, sus manos amontonaban comida invisible sobre platos invisibles *y* elevaban copas invisibles en brindis inexistentes. Su padre, su madre, su hermano: títeres, representando rituales que ya no tenían el menor significado.

Y Némesis sonrió, y dijo:

—Bienvenida a casa, Índigo.

Levantó el escudo. Ya no resultaba pesado y, aunque todavía resplandecía como si estuviera al rojo vivo, no desprendía calor. Sólo frío. Un frío intenso, implacable. Sostuvo el escudo ante ella y balanceó el hacha, una sola vez. Hendió el rostro del demonio y vio cómo su malévola sonrisita se trocaba en mueca de sorpresa, cómo sus ojos plateados parecían a punto de saltarle de las órbitas, cómo un torrente de sangre plateada brotaba del delgado cuello...

Índigo miró a través de la aureola de su cabellera plateada, y volvió a parpadear. *«Clic».* La escena se desvaneció. Y ante ella, sobre una roca pelada cubierta de ceniza negra, vio un broche de estaño, toscamente forjado en forma de ave. Clavó los ojos en él y el broche cobró vida. El ave, lisiada al parecer, agitaba débilmente las alas pero era incapaz de alzarse y volar. Entonces vio el punto central del ojo, que la contemplaba con astucia. Un ojo plateado.

Levantó el hacha, y abatió el arma con fuerza sobre la diminuta ave. Ésta se rompió en mil pedazos, Índigo parpadeó con ojos que eran ahora de color plata.

«Clic». El dorso de la carta de la fortuna era plateado y, cuando Némesis sonriente le dio la vuelta, vio la luna negra y el mar y la repugnante serpiente que se alzaba entre las aguas.

El hacha se balanceó en el aire. La cabeza de Némesis se partió en dos cuando la hoja la golpeó en la coronilla. La carta cayó revoloteando, descendió, se desvaneció, desapareció.

Índigo sonrió, mostrando sus afilados dientes gatunos, y parpadeó.

«Clic». Y en una sala putrefacta, una figura surgió entre resplandeciente luz blanco azulada y se colocó frente a ella como un diabólico anfitrión saludando a un huésped querido y largo tiempo esperado.

—Bienvenida, hermana —dijo Némesis—. Te esperaba.

—Y yo —repuso Índigo—, te esperaba a *ti.*

Sintió crecer el manantial, un torrente, una catarata de poder. El hacha empezó a refulgir, el escudo llameaba como un sol cautivo, Índigo empezó a balancear el hacha por encima de su cabeza con ritmo hipnótico, dando vueltas, y vueltas, y más vueltas. Oyó el aullante zumbido de la hoja, advirtió la ráfaga de aire helado que levantaba al efectuar su movimiento giratorio... y con una violencia inhumana dejó caer el brazo y el aullido del hacha quedó ahogado por otro cuando la hoja partió a Némesis en dos.

Y Némesis y la putrefacta sala desaparecieron. De nuevo se encontraban en un lugar de oscuridad y silencio totales, y volvía a no sentir nada. Incluso los latidos de su corazón parecían haberse detenido. Pero sabía lo que había hecho. Este había sido su primer desafío, el primer abismo que debía cruzar: y lo había cruzado. Ahora se mantenía aparte de lo que se encontraba en el interior del hacha y del escudo; había encontrado las fuerzas necesarias para mantenerse al margen y era dueña de sí. Ya no temía al demonio contenido en las armas, lo había contrarrestado con un demonio propio: la criatura diabólica que era la manifestación de su propia faceta tenebrosa. En ese momento, Némesis y ella eran una sola persona. Y como entidad eran más poderosas que la fuerza contenida en el hacha y el escudo. Ese otro demonio podía haber provocado la locura en el conde Bray: pero la criatura formada por la fusión de Índigo y Némesis no sería tan fácil de derrotar. Podían luchar contra él. Podían destruirlo. Todo lo que debía hacer era mantener lo que tenía, seguir controlándolo. *Mantener el control.* Y en cuanto a Kinter... Clavó los ojos en las tinieblas que tenía delante, y pareció que una delgada línea vertical de luz otorgara a la oscuridad cierta repentina perspectiva. *Ah, sí.* Sus afilados dientes sonrieron; su cabellera plateada resplandeció al alzar la cabeza unos centímetros. Sus ojos plateados parpadearon. Y salió de la nada, regresó a la nieve fría y a la luz resplandeciente del sol invernal para presentarse ante el hombre que quería matarla.

Librodot

CAPÍTULO 19

Había transcurrido un segundo, no más, desde que Índigo se pusiera en cuclillas y posara sus manos sobre las armas malditas. Pero lo que se levantó ahora ante Kinter, lo que se puso en pie con el hacha y el escudo en las manos, no era Índigo. Rodeada por una palpitante aureola plateada, aquello alzó una mirada feroz e inhumana que clavó en los ojos horrorizados de aquél, y le sonrió con una mueca salvaje y atroz que reveló dientes afilados como punzones.

Kinter retrocedió tambaleante, perdió cohesión, casi pierde el control y estuvo a punto de caer sobre la nieve. En el último momento consiguió sobreponerse, pero su mente chillaba: *¡No, no era así antes; las armas no poseían este poder! Algo ha ido mal, algo ha sucedido, algo...*

Un alarido salvaje que resonó en el paisaje rasgó su garganta y disparó a la visión que tenía delante, Índigo vio la saeta que iba hacia ella —para Kinter era una mancha borrosa, tremendamente veloz— y levantó el escudo con el fin de desviarla. El metal chocó contra el metal con desagradable sonido y la saeta rebotó inofensiva.

Kinter gimió. Sus manos se movían con torpeza sobre la ballesta. Tomó una nueva saeta, la obligó a colocarse en la recámara con dedos que de repente parecían haberse transformado en nieve húmeda, *y la cosa no hacía la menor intención de atacar, se limitaba a contemplarlo, aguardando, riéndose de él...*

Volvió a disparar: una vez más, la saeta rebotó en el escudo y cayó impotente sobre la nieve.

—No... —Era la única palabra que podía articular, y no servía de nada, carecía de valor, no expresaba lo que sen*tía y no podía protegerlo*—. No..., *¡oh, no...!*

Despacio, Índigo empezó a balancear el hacha. Y dijo, como si pronunciara una sentencia de muerte:

—Kinter.

—No...

Se le cayó de las manos la tercera saeta y no tenía tiempo de agacharse a buscarla en el suelo. Otra..., sacó otra, y se dio cuenta horrorizado de que se trataba de la última. Y no podía controlar las manos; no querían obedecerle, la saeta no entraba, *no quería ajustarse...*

—Kinter.

El arco descrito por el hacha era cada vez más amplio; Índigo había empezado a hacer girar el brazo en un círculo completo, y el sonido de la hoja al hendir el aire parecía letal e inexorable.

La saeta encajó por fin, y Kinter volvió a disparar aunque, en el mismo instante en que el disparador se tensaba, supo que era inútil. El escudo centelleó; la saeta salió desviada a un lado. Y Kinter quedó desarmado.

Sus ojos se encontraron por un último instante: y el deseo de matar brotó en el corazón de Índigo y penetró en sus arterias como una droga salvaje e irresistible. Escuchó de nuevo en su cabeza la voz espantosa y estentórea del demonio que intentaba liberarse y rugía su insensata orden de MATAR. MATAR. De improviso su poder rugió enfervorecido alcanzando nuevas cotas, y la joven sintió que su propio ser retrocedía ante el ataque. Se resistió frenéticamente, pero aquello se había apoderado de ella, era como un puño gigantesco que le aplastaba razón y cordura, aullando para arrebatarle las riendas y conseguir que su mente se desbocara. *¡No podía contenerlo! ¡La dominaba!*

Índigo nunca sabría lo que Kinter vio en aquel momento. Pero gritó, con voz potente y aguda, mientras los últimos restos de su coraje se desintegraban ante el terror ciego y salió huyendo. La voz de Índigo, la voz de Némesis y la voz del demonio, se fusionaron en un grito de guerra que resonó con estrépito en sus oídos al tiempo que se lanzaba tras él y el hacha describía círculos sobre su cabeza.

Kinter huyó en dirección a los árboles y la criatura que había sido Índigo lo persiguió. Sus chillidos se volvían cada vez más salvajes y enloquecidos. *Más enloquecidos...* Los espíritus difuntos de las víctimas de la maldición aullaban dentro de sí y rugían pidiendo su liberación: el conde Bray gritaba el nombre de su esposa infiel, con anhelo y deseo de venganza; los otros, las víctimas involuntarias, ignorantes, y, el más siniestro de todos, aquel conde del pasado, que pagaba su traición y codicia con su cordura y finalmente con su vida. Los conocía a todos y eran parte de ella, unidos en una alianza infernal. Y la misma Índigo estaba perdida, ahogándose en un mar de locura mientras el demonio aumentaba su dominio sobre ella. Mataría a Kinter, lo mataría y lo destrozaría a hachazos mientras él lanzaba su último grito de agonía, y cuando hubiera muerto habría más, *más* —estarían Carlaze, estaría Reif, y Livian, Rimmi, Veness—, todos ellos; todos ellos; sus hombres y sus animales... MÁS, chilló su mente retorcida; ¡más sangre, más muerte, más matanzas!

Se precipitó al interior del bosque, se abrió paso entre la maleza y las ramas bajas que Kinter ya había roto y aplastado en su desesperada huida. En algún lugar, a un millón de kilómetros de distancia, a un millón de mundos de distancia, algo que en una ocasión había sido Índigo, y en una ocasión había estado cuerdo, le gritaba que se detuviera, pero ahora ya no significaba nada. El demonio estaba vivo en su interior y ardía; y Némesis echó hacia atrás la cabeza aureolada de plata y se echó a reír mientras corría, cada vez más deprisa, persiguiendo a la presa condenada que huía por en medio de los árboles.

Kinter empezaba a cansarse. Ella lo sabía, de la misma forma que sabía que sus propias fuerzas, alimentadas por el poder diabólico que la poseía, no desfallecerían hasta que no se viera satisfecho su voraz apetito de sangre y venganza. Una potente oleada de júbilo infernal estalló en su cabeza. Kinter no era suficiente: quería *más* que a Kinter, *más* que su muerte, *más...* El se encontraba ya a sólo unos metros de ella, dando traspiés, agitando los brazos de forma incontrolada, y chillaba: no en demanda de ayuda sino presa de impotente e insensato terror. Corría entre los árboles, corría hacia el claro donde estaba la tumba de Moia y Gordo —*una tumba ensangrentada; sangre y muerte y masacre*—; no estaba más que a cinco pasos, ahora a cuatro, tres, dos, y el hacha giró en el aire, ávida. Su zumbido parecía el chillido de una criatura enloquecida cuando se disponía a asestar el golpe asesino que derribaría a su presa.

Y entonces, como un rayo blanco y dorado que se abriera paso en medio de la delirante tormenta plateada del cerebro de Índigo, el tigre de las nieves saltó entre las sombras del bosque e irrumpió en su camino.

Kinter lanzó un alarido de pánico y giró en redondo, en un intento por lanzarse a un lado y lejos de esa nueva amenaza, pero perdió pie y equilibrio, y se desplomó pesadamente, Índigo lanzó un aullido triunfal y alzó el hacha por encima de su cabeza...

«NO.»

La voz sosegada y sonora la golpeó como un huracán, se abrió camino entre la cacofonía de voces que sonaban en su cabeza, y la rotación del hacha se detuvo violentamente con una sacudida que le estremeció todo el cuerpo. El tigre permanecía inmóvil, mirándola con fijeza

Librodot

mientras, entre ellos dos, Kinter gemía e intentaba ponerse en pie. Ante la distorsionada visión de Índigo, el felino parecía más imponente aun: su cabeza inclinada hacia abajo, amenazadora, y el pelaje erizado del cuello le proporcionaban una espeluznante dimensión al lomo contraído, mientras sus ojos —ámbar fundido, ardientes, llameantes— lanzaban un terrible desafío. Y la sosegada voz inhumana volvió a hablar.

«ES MÍO.»

Las voces *de* su cabeza, Némesis, el demonio, los muertos, estallaron en un balbuceante caos de invectivas.

«¡No es tuyo, no es tuyo; es nuestro! ¡Mátalo, mátalo, MATA!»

Con una mezcla espeluznante de humanidad y manía diabólica, Índigo aulló:

—¡No! ¡Lo quiero! Es mío, es...

«Nuestro, ¡NUESTRO!»

—¡NO ES VUESTRO, ES MÍO!

«¡NUESTRO! Mata a esta criatura, hiérela, mutílala, ANIQUÍLALA...»

Su grito adquirió proporciones histéricas al verse rebasada por las voces demoníacas y aulló sin poder articular nada coherente, alzando el hacha para descargar el golpe mortal. Los ojos del tigre lanzaron un destello fugaz. Luego, con los enormes músculos fluyendo como una cascada bajo su pelaje, se alzó sobre sus cuartos traseros, se alzó sobre ella y un rugido estremecedor surgió de su garganta mientras una de sus zarpas delanteras se estrellaba con la fuerza de una almádena contra uno de los lados de su cabeza.

El mundo pareció girar enloquecido cuando Índigo se desplomaba. Oyó que el tigre volvía a rugir, tuvo una visión instantánea del inmenso cuerpo peludo que se apartaba de ella con un salto ágil, elegante y a la vez letal; y, con la cabeza dándole vueltas y las voces diabólicas acalladas de momento, vio que el felino saltaba sobre Kinter cuando éste, tras conseguir incorporarse, efectuaba un último y desesperado intento por huir.

No tuvo la menor oportunidad. Lanzó un único grito, un grito salvaje y primitivo. Después el grito se quebró en un gorjeo espantoso cuando todo el peso del tigre le cayó encima arrojándolo contra el suelo y sus zarpas se le cerraron sobre el cuello. El cuerpo de Kinter dio una sacudida como si lo hubieran zarandeado violentamente y cayó boca abajo, inerte y exangüe, sobre la maleza.

El tigre se apañó de él con delicada gracia, Índigo, a cuatro patas y mareada todavía por el zarpazo, contemplaba el cuadro aturdida, la boca abierta, la respiración jadeante. Kinter estaba muerto, había muerto instantáneamente al caer sobre él todo el peso del tigre y su potente mordisco le partió el cuello. Gotas de sangre brillaban como cuentas en el hocico del felino cuando éste volvió la cabeza para mirarla; ya no pensaba ensañarse más con Kinter. Su ataque no fue más que una rápida, espantosa y eficiente ejecución; Kinter no merecía más atenciones ya.

«PERO TÚ...»

La mirada ambarina se clavó en la mente de Índigo. Y las voces, las ensordecedoras voces enloquecidas, regresaron balbuceantes como la marea.

«Mata...»

«Golpea... el hacha.; ¡el hacha.!»

«Odio..., sangre, muerte, ODIO...»

Índigo mostró los dientes con fiero silbido. En lo más profundo de su ser, la cordura se esforzaba por resistir; en lo más profundo de su ser, sabía lo que le estaba sucediendo, lo que

Librodot

Némesis y el demonio hacían. Pero se ahogaba en aquella otra cosa aullante y enfurecida, demasiado débil para resistir, demasiado débil para arrastrarse (Índigo, no los otros, *Índigo)* hacia la superficie a través de la demencia insensata que le llenaba la cabeza.

El silbido se convirtió en un gruñido babeante al tiempo que se incorporaba. En sus manos el hacha y el escudo refulgían y una vez más sintió cómo aquel calor abrasador le subía por los brazos. *Mata.* No existía otro razonamiento, ninguna otra motivación. *Mata.* No existía nada más en el mundo. *Mata.*

Dio un paso al frente.

«Índigo.»

Índigo se quedó rígida; la nueva voz se abrió paso en el tumulto de su mente. La conocía y sintió algo parecido al trallazo de la cola de una serpiente cuando aquella parte de ella que era Némesis retrocedió colérica ante aquella voz. Entonces, surgiendo entre los árboles, despacio, con mucho cuidado, los ojos fijos en el rostro de Índigo, *Grimya* hizo su aparición. El pelaje del lomo estaba erizado, mantenía la cabeza baja, y los colmillos brillaban marfileños. Babeaba; de su garganta se escapó un ronco y amenazador gruñido, y parecía mucho más peligroso que el de cualquier lobo que Índigo hubiera visto jamás, tan peligroso como el tigre de las nieves. El tigre y la loba se habían aliado brusca y aterradoramente en una causa común.

«Nosotros tomaremos eso, Índigo.» Grimya habló en voz lenta e intencionada en su mente. «Dánoslo. Lo destruiremos.»

Las voces de su cerebro aullaron: ¡NO! Pero *Grimya* empezaba a empujar las barreras, obligando a su voluntad a abrirse paso, intentando llegar hasta la Índigo auténtica que se ahogaba bajo aquel poder intruso.

«Dánoslo. Muéstranoslo, Podemos liberarte.»

Y sintió una segunda presencia que se fundía con la de la loba. Una presencia animal, cálida y poderosa, que se apoderaba de su cerebro desconcertado. Oía respirar a la loba y al felino, firmes, implacables, llamándola, diciéndole que luchara por liberarse, que echara de sí al demonio, que regresara, *¡recuerda lo que eres!*

Índigo lanzó un terrible grito al advertir que otras manos, manos de plata, se hacían con las amarras de su conciencia para arrastrarla de vuelta. *Sangre..., muerte...* ¡No, debía luchar contra ellas! ¡Ella era más poderosa que cualquier demonio! Pero no se trataba sólo del demonio: Némesis se alzaba de nuevo. Con los ojos de la mente vio el rostro de la maligna criatura, escuchó su risa cruel y etérea que se burlaba, mientras la sujetaba con las manos para llevársela, llevársela...

—¡Ah, no!

Su propia voz, *su voz,* le brotó de los labios cuando comprendió de repente lo que le sucedía. No podía luchar a la vez contra Némesis y contra el demonio; incluso las fuerzas combinadas de *Grimya* y del tigre de las nieves eran insuficientes para semejante empresa. Pero sin Némesis, sin sus diabólicos engaños para dar poder al demonio, qué sucedería entonces? ¿Qué sucedería?

«¡Índigo! ¡Tienes el poder!» La voz de *Grimya y* la del tigre se unieron para derribar la última barrera: *«¡ENTRÉGANOS EL DEMONIO!»*

Una sacudida tremenda y estremecedora sobrecogió a Índigo y sus manos ardieron como si las hubiera metido en un horno. Sus dedos se agitaron violentamente, se extendieron por completo... y con un alarido salvaje, arrojó de sí el hacha y el escudo.

Librodot

Oyó cómo resonaba por el bosque el aullido de rabia de Némesis, que gritaba su frustración cuando los símbolos plateados de su poder salieron despedidos por el aire y perdieron su influencia sobre ella. A continuación del grito apareció un dolor tan enorme y devorador que Índigo temió que la partiera en dos. Se alzaba, se hinchaba, crecía, estallaba... La joven se tambaleó, su cuerpo se dobló hacia adelante y su boca se abrió desmesuradamente mientras luchaba por dar voz a su agonía y terror. Sintió cómo se alzaba de las profundidades de su ser, le desgarraba tripas y estómago, se ahogaba *en* su garganta... Luego el dolor pareció cerrarse sobre sí mismo y se desvaneció con una sacudida que la hizo retroceder dando tumbos; Índigo oyó el aullido triunfante de *Grimya* mezclado con el rugido vigoroso del tigre.

La cosa que había surgido del interior de Índigo giraba y parpadeaba en el claro frente a ellos cual un fuego fatuo enloquecido. Carecía de forma propia —parecía consistir sólo en una luz de un descolorido tono nacarado— pero los ojos de Índigo, empañados por la conmoción, vislumbraron por un instante imitaciones de figuras humanas y animales en aquella forma que giraba sin freno, lo mismo que si el demonio, arrastrado fuera del refugio de su mente, intentara denodadamente encontrar alguna nueva imagen para aferrarse a ella. Unos brazos retorcidos se agitaron, pezuñas hendidas patearon en el aire; una mano de tres dedos se convirtió en la hoja de una espada; la cola de una serpiente en cuyo extremo brillaba la cuchilla de un hacha fue blandida con violencia. Y con sus bocas, picos y hocicos, aulló y gimoteó con creciente pánico.

Una voz cálida y poderosa resonó en la mente de Índigo: eran *Grimya* y el tigre juntos. Y le decían:

«¡MATA!»

Índigo sonrió. Notó que la sonrisa resquebrajaba sus labios helados y agradeció el dolor porque era real, era humano, era parte de su propio ser incontaminado. La loba, el tigre y ella empezaron a rodear aquella cosa que parpadeaba y gimoteaba sin cesar. El tigre tenía la cabeza levantada, los ojos relucían voraces; *Grimya* jadeaba, anhelante, lista; y la mano de Índigo se cerró alrededor de la empuñadura de su cuchillo y lo sacó de la funda. El círculo se cerraba, se cerraba. Más cerca, cada vez más cerca.

El demonio se lanzó en busca de la libertad. El tigre se levantó, entre rugidos, y su zarpa golpeó aquel horror reluciente y lo arrojó, dando tropiezos y aullando, al suelo. Mientras se debatía, la monstruosidad pasó con frenesí por una docena de horripilantes cambios; por fin unas alas membranosas se agitaron en el aire y lo levantaron. Aleteaba sin fuerzas en dirección a *Grimya.* Las mandíbulas de la loba se abrieron y cerraron dos veces, tres; partido casi en dos se lanzó hacia Índigo, retorciéndose en estridente agonía. La hoja del cuchillo cayó con un centelleo —no sintió nada, era como acuchillar el humo— y la cosa se arrastró por el suelo hasta detenerse temblando en el centro del círculo fatal. Herida de muerte, su resplandor gris plateado empezaba a disiparse y parecía incapaz de mantener una sola forma más de un instante. Las metamorfosis se sucedían cada vez con mayor rapidez, se desdibujaban en un caos total, Índigo comprendió con una oleada de triunfo que la esencia de aquella cosa empezaba a difuminarse, su poder y su fuerza se desvanecían con ella.

El demonio lanzó un aullido lastimero. Pero ella no tuvo piedad... Sólo disgusto, desdén y una repugnancia remota e indiferente. Escuchó una suave exhalación, vio que el tigre volvía a avanzar. *Grimya* y ella avanzaron con él hasta que los tres se detuvieron ante aquella cosa moribunda y debilitada que yacía ante sus ojos. Su luz se apagaba, estaba casi extinguida, pero Índigo tuvo la inquietante sensación de que, a pesar de lo informe que era, aquella cosa

Librodot

la miraba. Y entonces, por un momento, un rostro se formó en la moribunda masa nacarada. Un rostro que encarnaba todo el odio, toda la codicia, toda la terrible ansia de dominio de Kinter que, sin embargo, obstaculizado por los límites de la naturaleza humana, jamás habría podido alcanzar. Y en ese rostro, enmascarado por el semblante deforme del demonio pero todavía claro e inconfundible, tuvo una momentánea visión de Némesis que se difuminaba a toda prisa.

Algo parecido a una flecha de hielo puro y límpido pareció subir vertiginosamente por la espalda de Índigo hasta su cerebro. Levantó el cuchillo *(Grimya y* el tigre retrocedieron, pero ella no los vio; de repente no parecía darse cuenta de su presencia), y lo hundió en el rostro retorcido, una y otra vez. Vio que la esencia del demonio se fragmentaba, se esparcía, se convertía primero en humo y luego en nada, pero siguió hundiendo el cuchillo. Una y otra vez. No se detendría hasta que estuviera muerto, hasta que hubiera desaparecido; hasta que no existiera ninguna posibilidad, ni siquiera infinitesimal, de que jamás regresara al mundo.

«Índigo.»

Era la voz de *Grimya,* cautelosa y suave en su mente. El descenso del cuchillo se detuvo; de improviso el mundo volvió a aparecer ante ella, Índigo se dio cuenta de que ya no quedaba nada que atacar. La hoja estaba mojada por la nieve derretida y su punta manchada de tierra; con una energía que le era desconocida la había hundido repetidas veces varios centímetros en la tierra helada. Pero los últimos vestigios del demonio habían desaparecido.

Índigo parpadeó y la escena que tenía delante empezó a dar vueltas. Murmuró desvalida: *«¿Grimya...?», y* vio dos imágenes borrosas, el pelaje negro y crema del tigre, y el lomo moteado de *Grimya.* Sus ojos eran focos —lejanos entre la niebla que parecía una violenta tormenta de nieve— que retrocedían, se fundían. Extendió la mano hacia ellos, una oscuridad aterciopelada cayó sobre la joven y perdió el conocimiento.

Alguien o algo intentaba ayudarla a ponerse en pie. Pensó que sólo había estado inconsciente uno o dos minutos, pero era imposible estar segura. Y le dolía el cuerpo. Cada músculo, cada tendón (cada hueso, o al menos lo parecía). Sacudió la cabeza para apartar los cabellos mojados y el hielo derretido, Índigo abrió los ojos.

Grimya estaba pegada a ella, dándole cariñosos golpecitos angustiados con el hocico.

«Perdiste el conocimiento», comunicó la loba. *«Después de que muriera el demonio, después de que sus últimos restos desaparecieran.»* Una pausa. *«¿Te encuentras bien?»*

De modo que el demonio estaba muerto, Índigo sintió una vertiginosa oleada de alivio; por un momento creyó que había soñado parte de todo aquello. Pero no: a medida que se le aclaraba el cerebro empezaba a recordar lo sucedido. Todo lo sucedido.

Despacio, con mucho cuidado, se sentó en el suelo... y vio las dos figuras que aguardaban a pocos pasos, observándola.

El tigre de las nieves alzó la cabeza y profirió un tímido saludo. La mujer continuó mirando a Índigo un poco más. Luego, con cierta vacilación, pensó Índigo, se acercó a ella.

—Pensamos... —Su voz era baja y sonaba débil y distante, como si viniera de muy lejos. Y su figura, también, parecía etérea; quizá fuera una ilusión, pero por un momento Índigo creyó ver que la luz del sol brillaba a través desella—. Cuando te desmayaste, pensamos...

Índigo comprendió lo que intentaba decirle y forzó una leve sonrisa.

—No —repuso—. Está muerto; se ha ido. La maldición se ha roto.

La mujer suspiró; un sonido curioso y fantasmal que los árboles respondieron con un ligero

Librodot

susurrar de ramas.

—Me siento tan feliz... —dijo la mujer, y aquellas sencillas palabras expresaban más, mucho más; entonces se dio la vuelta y a Índigo le pareció que lloraba.

Feliz. Sí, también ella era feliz. Quizá la palabra fuera poco adecuada; pero de momento Índigo se encontraba demasiado cansada y aturdida para sentir cualquier otra cosa que las emociones más elementales. Desvió la mirada de la mujer que lloraba en silencio, no quería entrometerse, y miró a su alrededor. A cinco pasos de distancia, boca abajo sobre el suelo, yacía Kinter, allí donde el zarpazo del tigre lo había derribado. De los restos del demonio no quedaba rastro, sólo los arañazos del suelo donde ella había hundido el cuchillo acosada por un odio frenético. Y a su espalda...

El hacha y el escudo *yacían* medio ocultos entre la maraña de vegetación helada y marchita. Ya no parecían de plata: no eran más que simple metal deslustrado, casi ennegrecido por los años y el abandono. Sólo unas pocas manchas secas de color marrón en la hoja del hacha traicionaban los estragos que ellos, y la cosa que albergaban, habían provocado.

Índigo se incorporó algo vacilante y avanzó hacia las armas abandonadas... Entonces se detuvo. ¿Podía estar segura? Si las tocaba, ¿sentiría únicamente los contornos desiguales de la madera y el hierro viejos o acechaba algo allí todavía, algo inacabado, aguardando para despertar al contacto de una mano temeraria?

Grimya dijo con suavidad:

«No, Índigo. Ahí no hay nada ahora. El tigre me lo mostró. Mira.» Se dirigió a donde estaba el escudo y posó una de sus patas delanteras sobre él.

Índigo bajó la mirada hacia las armas, luego extendió el pie izquierdo y empujó el hacha. Se movió perezosamente, pero no le produjo ninguna otra sensación. Eran unos artilugios sin vida, nada más.

Percibió una presencia junto a ella y la mujer le dijo en voz baja:

—Déjalos ahí. La nieve los cubrirá y tras las nevadas vendrá la vegetación primaveral para acabar la tarea. Deja que se pudran y desaparezcan de la memoria, como tendría que haber sucedido hace siglos.

Índigo levantó los ojos y sus miradas se encontraron. El azul de los del espectro se había desvanecido para pasar del color zafiro al débil y pálido tono del cielo de una mañana de verano, y la mano que le tendió (la mano que Índigo sabía que no podía estrechar) era translúcida y apenas visible.

—Me has liberado —siguió la mujer—. No sé si en el lugar al que ahora soy libre para ir existen cosas como la memoria. Pero si es así, te recordaré. Y mi gratitud no morirá jamás.

A su espalda, el tigre profirió un extraño grito lastimero. La mujer se volvió y sus ojos se llenaron de afecto.

—El tigre ha sido un buen amigo para mí —dijo—. Recordó los viejos tótems, y los viejos vínculos entre mi familia y los de su especie, los tótems y los vínculos que el resto del mundo ha olvidado. Ahora, también él, ha quedado liberado de su última obligación.

Avanzó despacio hacia el felino, luego se arrodilló frente a él y extendió los brazos. El tigre dirigió el hocico hacia ella y las manos de la mujer, manos espectrales, le acariciaron la cabeza, pasaron sobre el lomo y, a través de él, un estremecimiento recorrió al felino mientras lanzaba de nuevo su débil grito de dolor.

La mujer se puso en pie... Luego giró la cabeza, volviéndose en dirección al corazón del

bosque. Fue un movimiento tan rápido que pareció como si hubiese oído y reaccionado ante algo inaudible para otros oídos. Durante un instante permaneció inmóvil, en suspenso. Después se volvió otra vez hacia el tigre y lo contempló unos momentos.

—Adiós, compañero orgulloso y valiente. Gracias por todo lo que hiciste. —Sus ojos se desviaron hacia Índigo y *Grimya—.* Y adiós también a vosotras, queridas amigas. ¡Ojalá encontréis vuestra paz más deprisa de lo que yo he encontrado la mía!

Se volvió de nuevo de cara al bosque. Su figura se desvanecía, observó de repente Índigo; como un espejismo, como la bruma bajo el sol otoñal... Intentó llamarla y entonces recordó que jamás había sabido su nombre.

La imagen de la mujer parpadeó, se convirtió en un simple contorno dibujado en la bóveda del bosque. Y desapareció.

Índigo se llevó los nudillos apretados a la boca, sin darse cuenta de que mordía a través del guante, sin darse cuenta de las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos para congelarse sobre pestañas y mejillas. Ni siquiera podía decir por qué quería llorar: carecía de sentido, era estúpido, la mujer no había significado nada para ella y, a decir verdad, fue ella indirectamente y sin proponérselo, el artífice de todo el dolor y *la.* pena que rodeaban la casa de los Bray. Sin embargo, Índigo sentía su pérdida; la sentía de una forma aguda como una cuchillada ya que, tal y como el desdichado espíritu le había recordado, ambas eran en muchos aspectos muy parecidas.

Algo la tocó en el pecho, justo en el corazón, y un aliento cálido se alzó para cosquillearle el rostro. Salió de su trance con un sobresalto *y bajó la* mirada. *El tigre había avanzado* silenciosamente hasta ella *y* la miraba con ardientes ojos dorados en los que la tristeza y la pena se fundían con una profunda comprensión, Índigo extendió las manos. Su temor era algo pasado y olvidado: ahora sabía —y el conocimiento ardía como un fuego inextinguible— que aquella terrible y magnífica criatura era un amigo verdadero. El tigre hundió la cabeza (la cabeza cuyos colmillos podían matar con un mordisco) entre sus brazos y contra su cuerpo. Su poderoso ronroneo vibró desde su garganta penetrando en ella y atravesándola.

A su lado escuchó a *Grimya* que emitía un suave gemido. El tigre parpadeó y se volvió para mirar a la loba, empequeñecida por su mole, con una mirada llena de comprensión. La cola de *Grimya* se agitó indecisa, entonces Índigo percibió el vehemente cálido torrente de su efecto cuando alzó el hocico y lamió el rostro del tigre.

De pronto el enorme felino se puso en tensión. Alzó la cabeza veloz, y las orejas se irguieron hacia adelante con un rápido movimiento mientras sus ojos se clavaban en un punto situado más allá del claro en dirección al límite del bosque. Momentos más tarde, Índigo también lo oyó; el lejano sonido de ladridos de perros y gritos de hombres.

«¡Los rastreadores!» Grimya giró en redondo; cada uno de sus músculos estaba en tensión. *«¡Están aquí, vienen en esta dirección!»*

La mente de Índigo se vio sumida de momento en la confusión. Reif y los otros... Los había olvidado por completo; lo había olvidado todo excepto el nítido y terrible encuentro con el demonio. Ahora, no obstante, el recuerdo de todo lo demás la golpeó como un maremoto. *Veness;* dolor y miedo y un terrible arrebato de amor la inundó tras el primer sobresalto. ¿Cómo estaría Veness? ¿Habrían encontrado los rastreadores a Moia, al conde Bray y a Gordo? ¿Sabrían lo sucedido?

El tigre mostró los colmillos y lanzó un gruñido sordo. No era un desafío ni una amenaza; el gruñido transmitía simplemente: «Éstos no son de mi especie». Retrocedió dos pasos, se

Librodot

volvió con agilidad y echó a correr.

—¡Espera! —lo llamó Índigo—. No te vayas..., espera; quédate, por favor...

Pero los árboles situados al otro extremo del claro se estremecieron por unos segundos al ver desplazadas sus ramas por algo veloz y ágil. El tigre desapareció.

—Se ha ido...

Índigo se quedó contemplando estúpidamente el lugar por donde había desaparecido el tigre. *Grimya* tuvo que morder y tirar del borde de su abrigo para conseguir que volviera a la realidad.

—¡Índigo, están ahí! —En su ansiedad, *Grimya* se dirigía a ella en voz alta—. ¡Reif! ¡Los otros hombres! ¡Debemos ir a su encuentro... rrrápido, o nos quedaremos atrrrás!

Había tanto que contar a Reif y a Veness...; tantas noticias que llevar a la granja... Sin embargo una parte de Índigo no quería abandonar ese lugar. La marcha del tigre le había producido una profunda pena y se aferraba todavía a la esperanza de que pudiera regresar.

«No regresará.» Grimya cambió a la comunicación telepática, y su voz sonó entristecida en la mente de Índigo. *«El mundo de los hombres se está imponiendo aquí, y no es su mundo. El tigre siente que no tiene un lugar entre los hombres y, por lo tanto, ha regresado a sus dominios. Debemos aceptarlo por mucho que nos entristezca.»*

Tenía razón; ningún razonamiento humano conseguiría persuadir al animal para que regresara. Debían cortar los vínculos: su propio mundo las llamaba, de la misma forma que la naturaleza salvaje del tigre de las nieves lo había atraído de regreso a su callada existencia en el bosque; de todas formas Índigo deseó haber tenido tiempo para poderse despedir.

Grimya corrió hasta el extremo del claro, volvió la cabeza y la llamó:

—Tenemos que irnos, Índigo. Tenemos que encon... encontrarlos.

—Sí. Sí; ya voy.

Miró una vez más en dirección al corazón del bosque, pero no se veía el menor movimiento entre las apiñadas ramas ni un destello rojo dorado entre las sombras. Para sus adentros, en silencio y con fervor, musitó: «gracias». Luego se dio la vuelta y corrió a reunirse con *Grimya* para abandonar con ella el bosque y descender apresuradamente por la colina nevada al encuentro del equipo de salvamento.

Librodot

CAPÍTULO 20

Una hora más tarde, el trineo de perros del equipo de salvamento, con Índigo y *Grimya* a bordo, llegaba a la granja en medio de una polvareda de nieve y un tumulto de ladridos excitados. Cuando se detuvo con un ligero patinazo en medio del patio desierto, Índigo saltó fuera de él, más agradecida de lo que había imaginado posible porque el viaje hubiera terminado por fin. Estaba agotada, mareada por el hambre, le dolía terriblemente todo el cuerpo y lo único que deseaba era un baño caliente, una comida caliente, y la posibilidad de descansar.

Ante su sorpresa, Reif no se encontraba entre los miembros del grupo cuando *Grimya y* ella salieron del bosque en su busca. El jefe del equipo, un ganadero moreno a quien no conocía, dijo que un pequeño problema en la granja había requerido la atención de Reif en el último minuto y que éste planeaba seguirlos con un segundo grupo más tarde. No dio demasiados detalles pero, después de encontrar el cuerpo del conde Bray y ver el espeluznante espectáculo de los restos de Moia atados a la estaca, estaba mucho más ansioso por saber lo que tenía que contar Índigo. Esta le relató todo lo que juzgó creíble y luego condujo a sus compañeros y a él al interior del bosque para que vieran por sí mismos el cadáver de Kinter; el resto del relato, no obstante, lo guardaría para los oídos de Veness y Reif nada más.

El trineo se balanceó cuando ella saltó, pero nadie salió de la casa para darles la bienvenida y el ganadero gruñó disgustado.

—Reif debe de haber salido ya —dijo—. Esperaba regresar a tiempo de evitarlo. —Gritó a los perros que se estuvieran callados, y empezó a desatar los arreos mientras los ladridos se apagaban—. Lo mejor será que entre y averigüe en qué dirección se fue... Un caballo puede avanzar ahora con esta nieve; enviaremos un jinete a buscarlo.

Índigo asintió y se dirigió a la casa. *Grimya* trotaba a su lado. La enorme puerta estaba atrancada y la golpeó con el puño, al tiempo que gritaba el nombre de Livian. No obtuvo respuesta durante casi un minuto, luego escuchó por fin el ruido de la barra al moverse y la puerta se abrió.

Livian apareció al otro lado entre las sombras del vestíbulo y en un principio Índigo no pudo ver su rostro con claridad. Penetró en el interior, diciendo:

—Livian... Livian, ¿se ha ido Reif? Tenemos que ir en su busca, tenemos que decirle... —Y se interrumpió.

Livian tenía el rostro ceniciento y ojeroso, los ojos enrojecidos. Se aferraba con tal fuerza al picaporte de la puerta que sus nudillos estaban totalmente blancos. Cuando Índigo, llena de desazón, quiso saber qué pasaba, nuevas lágrimas empezaron a correr por las mejillas de la mujer.

—¡Oh, Madre dulcísima...! —Entonces asoció detalles evidentes y sintió una punzada de remordimiento y vergüenza por haberla olvidado, por no haberla tenido en cuenta—. Livian, ¿qué ha sucedido? ¿Se trata de Rimmi? ¿Está bien?

Livian dejó escapar un gemido y se cubrió el rostro con las manos, Índigo extendió los brazos hacia ella, pero se detuvo al ver que la puerta del comedor se abría.

Reif salió y, en cuanto lo miró, antes incluso de que pudiera hablar, la premonición la golpeó como un mazazo e Índigo lo supo.

—Veness ha muerto —dijo Reif.

Ella lo miró fijamente. No podía hacer otra cosa; no podía reaccionar, no podía articular ningún sonido. Advirtió el estremecimiento proyectado por la mente de *Grimya,* una oleada

Librodot

de dolor y compasión, pero carecía de sentido. Una voz en lo más profundo de su ser empezó a gritar: *No, no es cierto, no lo creo, miente, es una broma, es un error. ¡No quiero creerlo!* Pero Reif no mentía. En su rostro se reflejaba la verdad. En su rostro lívido y sin expresión.

Un quejido brotó de la garganta de Índigo. No era una palabra, ni siquiera un grito; sólo un ruido sordo, incongruente y rudimentario que sonó apagado en el repentino silencio del vestíbulo. Miró en dirección a la escalera que se perdía en la oscuridad. El debía de estar allí arriba, en su habitación... *muerto...* allí tumbado tal y como ella lo viera la última vez... *muerto...* antes de que el tigre viniera a buscarla, antes del demonio, antes de la lucha... pero estaba muerto. Veness estaba muerto.

—Pero... —Y no pudo terminar: no había nada que decir que tuviera el menor significado.

Reif volvió a hablar, con mucha calma.

—La herida era interna, Índigo. No lo sabíamos; no había forma de saberlo si no lo decía un médico. —Livian, que lloraba en voz baja, empezó a alejarse en dirección a la cocina y Reif continuó con voz insegura—: Recuperó el conocimiento, pero luego, hará alrededor de tres horas, empezó a escupir sangre. Livian hizo todo lo que pudo —dirigió una rápida mirada en dirección a la puerta por la que ésta había desaparecido—, pero no pudo evitarlo. Ninguno de nosotros pudo.

Se produjo una larga pausa y, aunque no dijo nada, Índigo sintió que una emoción nueva y terrible empezaba a invadirla por dentro, como si alguien sostuviera un cirio encendido sobre un enorme montón de hojarasca.

—El... te llamó —siguió hablando por fin Reif—. Justo antes de... —Se detuvo, tragó saliva, se pasó la lengua por los labios—. Se lo dije, Índigo. Le dije lo que me pediste. Y lo comprendió; sé que entendió.

—Sí —repuso Índigo al tiempo que asentía con la cabeza—. Sí.

La hojarasca empezaba a prender y ahora conocía la naturaleza de aquel fuego. Cólera. No, más que eso: rabia. Una rabia abrasadora y voraz. Iba creciendo hasta convertirse en llamarada, y de llamarada en infierno, eclipsando cualquier otro sentimiento bajo un sólido muro de furia. Llegaría el dolor, llegarían la pena y la desesperación: pero ahora, permanecían bloqueadas. Todo estaba bloqueado. Todo excepto la rabia.

Miró a Reif, y preguntó, con voz bastante clara y serena:

—¿Dónde está Carlaze?

Reif la miró con fijeza. Sabía lo que pasaba por su cabeza; sus ojos le dijeron que el joven había leído su mudo mensaje. Y entre ellos se estableció un vínculo de poderosa y total comprensión; afinidad y el reconocimiento de una causa común.

—Sigue en el sótano —repuso Reif.

—Tráela aquí, Reif, al comedor.

Él asintió lacónicamente y se fue en dirección a la cocina. Cuando se iba, Índigo lo llamó de repente:

—Reif...

Este se volvió.

—Kinter está muerto —le dijo ella—. Y... también tu padre. —Una remota parte de su mente se preguntó cómo podía ser tan sanguinaria. Pero en esos momentos no podía sentir otra cosa que no fuera la rabia—. Lo lamento.

Reif vaciló un instante; luego volvió a asentir y siguió andando.

Índigo se propuso tomar aliento muy despacio y miró a *Grimya.* El rostro de la loba

Librodot

expresaba una tremenda aflicción, pero los pensamientos que llegaron hasta la mente de Índigo no eran los que esperaba. *Grimya* estaba afligida, sí; pero había algo más...

—Quédate aquí, *Grimya.,* si quieres. Entiendo que quieras...

«No.» Fue una respuesta instantánea y feroz, Índigo se dio cuenta de improviso de que la cólera de la loba igualaba a la suya. *«Iré.»*

Penetraron juntas en el comedor. Se habían llevado el cuerpo de Brws y un paño cubría la gran mesa. El fuego estaba apagado, Índigo encendió un farol, lo colocó sobre la mesa y luego sacó su cuchillo de la funda y lo limpió en el dobladillo de la camisa antes de ponerlo junto a la lámpara. La hoja centelleó lúgubremente bajo la luz y ella retrocedió. Se sentía desolada y abandonada. Lo único que la sostenía era la rabia. «Si esto pudiera ser un sueño», pensó, «si esto pudiera ser una pesadilla de la que acabara despertando, daría todo lo que poseo.» Pero no era un sueño. Era la fría, dura y amarga realidad.

Escuchó pisadas en el pasillo, y Reif entró, arrastrando a Carlaze con él. La joven rubia vio a Índigo y sus miradas se clavaron la una en la otra: por un momento Índigo creyó que Carlaze hablaría, cometería el error de expresar su desafío o incluso de mofarse, pero si semejante idea había cruzado por la cabeza de Carlaze se desvaneció rápidamente y la joven permaneció callada.

Reif cerró la puerta.

—Los hombres que estaban en el patio han entrado —anunció con una voz que sonó estremecedoramente fría. Su mirada se cruzó con la de Índigo y sus ojos echaban chispas—. Se lo he contado. No entrarán aquí a menos que los llamemos.

Índigo asintió. Al mirar a Carlaze advirtió que había llegado más allá del odio, que albergaba un sentimiento que no podía en absoluto llamarse emoción. El fuego se había trocado de repente en hielo.

Tomó su cuchillo y avanzó. Carlaze se echó atrás de forma instintiva; Índigo observó su reacción pero no le causó placer alguno.

—Extiende las manos —dijo.

Carlaze vaciló: tenía las muñecas atadas frente a ella y pensó que sabía cuáles eran las intenciones de Índigo, pero no podía estar segura. Reif le pellizcó el antebrazo con fuerza.

—Haz lo que te dicen.

Obedeció. Un músculo se crispó espasmódicamente en su antebrazo, Índigo la sujetó por las muñecas para mantenerlas quietas y cortó las cuerdas; luego depositó el cuchillo otra vez sobre la mesa, apretó la mano con fuerza y asestó a Carlaze un puñetazo en pleno rostro.

—Asesina —le espetó Índigo.

Carlaze cayó contra la mesa con la nariz chorreando sangre. Intentó agarrarse al borde en el momento de caer, pero lo único que consiguió fue tirar el cuchillo al suelo. Se desplomó junto a una de las patas de la mesa, gimoteando, Índigo avanzó hasta ella.

—Zorra —dijo.

Carlaze, el rostro convertido en una máscara ensangrentada, levantó la cabeza hacia ella con un odio feroz pintado en los ojos... Luego, bruscamente, hizo un convulsivo intento para alcanzar el cuchillo. Su mano se cerró sobre el mango y profirió un horrible y enloquecido gruñido triunfal: al instante el gruñido se convirtió en un grito —en un grito desagradablemente distorsionado por la sangre que le obstruía las fosas nasales— cuando Índigo le aplastó los dedos con el tacón de su bota.

Carlaze rodó por el suelo, se acurrucó en posición fetal y apretó los dedos presa de terrible

Librodot

dolor, Índigo la contempló con fría indiferencia puesto que sabía que ésa era mucho más amenazante que cualquier explosión de cólera. Y cuando Reif, sin decir palabra, se inclinó y obligó a Carlaze a ponerse en pie, ésta también lo comprendió con toda claridad.

—Por... por favor. —Masculló las palabras entre los dientes apretados por el dolor y el miedo—. No... por... favor... yo no... ¡oh, Diosa!, no fui yo, no... fui yo. No... —La sacudió un estremecimiento.

—Pero sí fuiste. —La voz de Índigo sonaba lejana e implacable—. Kinter y tú. A propósito, Kinter está muerto. El tigre de las nieves lo mató.

—Nnnn... —Carlaze cerró los ojos con fuerza.

—Así pues —siguió Índigo—, eso te deja sólo a ti para que nos cuentes toda la historia, ¿no es así? ¿Nos la vas a contar, Carlaze? ¿Lo harás?

Los ojos de la muchacha volvieron a abrirse, llorosos y nublados por el dolor. Su boca se abrió e intentó responder, pero estaba demasiado aturdida y asustada para ser coherente.

—No te oigo, Carlaze. —Índigo avanzó de nuevo, y la muchacha se encogió—. He dicho —y de improviso Índigo agarró un mechón de su suelta melena rubia, tirando de ella hacia adelante y hacia abajo de modo que su rostro se estrelló contra la mesa—, *¡no te oigo!*

Carlaze gimió, aulló y resbaló hasta el suelo. Luego empezó a gatear, alzando las manos hacia Reif con gesto de súplica.

—Reif... oh Reif, detenía por favor... No la dejes que haga esto; diré todo lo que quieras, yo... —Las palabras se ahogaron en sonoros sollozos.

Reif la miró; luego, con toda intención, se dirigió hacia la puerta y se recostó en ella.

—Lo siento, Carlaze. —Su mirada se posó brevemente en el rostro de Índigo y aceptó lo que vio en su expresión—. Esto no tiene nada que ver conmigo. —Se cruzó de brazos—. Soy un simple espectador.

—¡No! —suplicó, reanudando sus sollozos—. No fui yo, no fui *yo,* ¿no lo veis? Fue cosa de Kinter... ¡Fue idea de Kinter y lo planeó Kinter! ¡Que la Diosa me ayude, yo no quería saber nada de esto, *lo juro* por la vida de mi propia madre, lo juro! —Se agarró aja pata de la mesa, intentando arrastrarse tan lejos de Índigo como fuera posible—. ¡Por favor..., tenéis que creerme! Kinter quería que el conde Bray muriera, y quería... quería... Yo intenté persuadirlo de que era una aberración, una *perversidad.* Pero no me escuchó, y yo le tenía miedo, tenía miedo de lo que pudiera hacerme si no lo ayudaba, dijo que me mataría, dijo que me mutilaría y me arrojaría fuera de casa y... ¡oh, lo odiaba, lo odiaba! ¡Pero no pude detenerlo!

Grimya, de pie junto al otro extremo de la mesa, miró a Índigo y sus ojos desprendieron un fulgor rojo.

«Está mintiendo.» Índigo jamás había escuchado tanto desprecio en la voz mental de la loba. *«Leo en su mente, Índigo; su miedo ha derrumbado las barreras de su cerebro. Y está mintiendo. Dirá cualquier cosa y traicionará a quien sea, si cree que eso puede salvarla. Pero es ella realmente la malvada; no Kinter.»*

El asco se apoderó de Índigo como un torrente de agua helada. Sí, *Grimya* había visto hasta dónde llegaba la codiciosa ambición de Carlaze, ambición que no conocía de lealtades ni de honor. Kinter, a pesar de sus malvadas acciones, había sido en el fondo un ser débil; era fácil comprender que una voluntad firme como la de Carlaze podía haberlo manipulado, empujado y obligado a cometer las atrocidades que favorecían sus planes, al tiempo que ella mantenía sus propias manos (al menos físicamente) limpias. *Grimya* lo vio y le abrió los ojos a Índigo. Ahora, Índigo le sacaría la *auténtica* verdad.

Librodot

Muy despacio, Índigo se volvió y avanzó hasta la chimenea apagada. En un nicho situado sobre el hogar habían colocado unas cuantas velas; tomó una y la llevó hasta la mesa, luego levantó el tubo de cristal de la lámpara y encendió la vela en la llama. La vela flameó como un diminuto ojo parpadeante, Índigo bajó los ojos hacia Carlaze.

—Ahora —anunció—, me contarás otra vez tu historia, Carlaze, pero esta vez me dirás la verdad. La verdad sobre ti, sobre Kinter, sobre todo lo que hicisteis. *Todo.*

Carlaze lloriqueó. Al acercársele Índigo, intentó ponerse en pie y alejarse vacilante, pero el esfuerzo fue demasiado lento y tardío, Índigo la sujetó con fuerza por la mandíbula, y la obligó a volver la cabeza violentamente. En la otra mano, la vela chisporroteaba y humeaba. Los ojos de Carlaze se desorbitaron de terror.

—Bien, Carlaze —dijo Índigo con suavidad—. ¿Por dónde empezamos?

Y la vela avanzó lenta, firme e inexorablemente hacia los labios fruncidos de Carlaze.

Reif bajó la mirada hacia la criatura temblorosa y sollozante acurrucada en un rincón del comedor y dijo:

—Bien. Ahora lo sabemos.

—Sí. —Índigo *se* dio la vuelta, recogió el cuchillo y lo envainó. No tenía la menor sensación de haberse apaciguado ni vengado; ninguna satisfacción por el doloroso y abrasador tormento que sus manos habían infligido a Carlaze; fue un medio para conseguir un fin y no una compensación. Ningún castigo podría volver a Veness a la vida.

Pero, por lo menos ahora, habían obtenido de Carlaze la verdad. No tardaron mucho en conseguirla y gran parte era tal como Índigo y *Grimya* (y probablemente también Reif, durante las últimas horas) habían ya supuesto. Un relato sórdido de avaricia, envidia codiciosa y resentimiento. Por ser la esposa del hijo de Livian, Carlaze se consideró la parienta pobre de la familia Bray, y cuando Livian, ya viuda, aceptó la oferta del conde Bray de tener un lugar en su casa para ella y los suyos, Carlaze no pudo soportar la idea de tener que agradecer la caridad de otro. El conde Bray era rico, influyente, poseía un título. Y ella le guardó rencor, al tiempo que ambicionaba cuanto él poseía; todo aquello de lo que su esposo y ella carecían.

Pero el conde Bray tenía tres hijos: Kinter, cuarto en la línea de sucesión al título de conde, no sería su heredero a menos que sus tres vástagos murieran jóvenes y sin hijos. Así pues, Carlaze empezó a urdir su intriga para provocarles la muerte, y Kinter se convirtió en su instrumento, Índigo no tenía la menor duda de que, aunque manipulado por su despiadada y decidida esposa, Kinter se mostró muy dispuesto a cumplir su parte (el premio en juego era una tentación que fue incapaz de resistir).

Sin embargo apareció una complicación imprevista en la figura de Moia. Y si Moia le daba al conde otro hijo, también habría que deshacerse de él, y podía resultar difícil. Pero Carlaze no tardó mucho en descubrir el descontento de Moia con su matrimonio ni los sentimientos de ésta por el hijo de Olyn, Gordo; y a partir de ese momento la fruta estuvo madura para arrancarla del árbol. Carlaze se confabuló con Moia, la ayudó a mantener sus ilícitas relaciones a espaldas del conde Bray, mientras en secreto se aseguraba de que se dejaban pistas suficientes para despertar las sospechas del conde. Y la noche de la disputa (con la carta que ella misma le había robado a Moia y colocado allí donde era seguro que la encontrarían), ayudó a Moia a ponerse su ropa de viaje y a escapar de la casa, hasta donde Kinter la aguardaba para darle escolta y llegar al bosque, el lugar donde estaban citados los amantes con la intención de fugarse.

Librodot

Si en su corazón hubiera habido en aquel momento espacio para compadecer a alguien, Índigo habría compadecido a Moia. Confusa y desesperada, temerosa del hombre con quien la habían obligado a casarse, profundamente enamorada de otro que podría haberla hecho realmente feliz, depositó toda su confianza en Carlaze *y* en Kinter. De esa forma Gordo y ella se convirtieron en sus primeras víctimas.

Con toda probabilidad, Gordo fue el primero en morir, degollado seguramente mientras Moia chillaba aterrada *y* desconcertada. Luego le llegó su turno, estrangulada con la prenda de amor que el mismo Gordo le había dado; *y* ambos fueron a reunirse en el último y eterno abrazo de la tumba. La noticia de que su esposa había «huido» y no se la encontraba por ninguna parte, fue el estímulo que Carlaze y Kinter necesitaban para hacer traspasar al conde Bray los límites de la cordura y llevarlo a la destrucción de sí mismo y de su familia, despertando otra vez la antigua maldición.

Estuvieron muy cerca del éxito: tan cerca que, por trágica ironía, sólo Reif se habría interpuesto entre él y el título de conde si Kinter estuviera vivo aún. Y al mirar a Reif, Índigo lo vio de repente con serena y absoluta lucidez: un hombre despojado de todo lo que había amado: su padre, sus hermanos, su felicidad. Cuanto le quedaba era una nueva responsabilidad que pesaba como granito sobre sus hombros. Y, aunque tuviera la energía necesaria para cumplir con lo que la vida le exigiera, estaba completa y desconsoladamente solo.

El comedor permanecía en un silencio roto apenas por los sollozos apagados de Carlaze, más débiles cada vez a medida que el agotamiento superaba el dolor y la conmoción, Índigo contempló largo rato a la muchacha vencida y se volvió otra vez hacia Reif. Por primera vez había simpatía en sus ojos.

—Puedo matarla —dijo—. Puedo hacerlo fácilmente, Reif, y sin titubear. Puedo hacerlo por Veness, y por ti. Pero no tengo derecho.

Reif se clavó los ojos en las manos cuyas palmas se apoyaban con fuerza sobre la mesa.

—No —repuso. Se produjo una pausa—: Pero yo sí.

Levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Índigo. Los suyos eran puro acero. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, Índigo lo oyó alejarse por el pasillo. Al poco rato volvió seguido por dos hombres de rostro pétreo.

—Atadle las manos a la espalda.

Los dos hombres se aprestaron a obedecer. Carlaze, perpleja, fue obligada a levantarse, Índigo contempló su rostro, con indiferencia, observando la boca quemada y ensangrentada, los ojos hinchados, la enorme contusión morada que empezaba a extenderse desde el puente de la nariz para cubrirle las mejillas. Toda su belleza había desaparecido. No era más que una mujer golpeada y asustada que había intentado hacerse con el poder y no pudo lograrlo.

Escuchó un ruido metálico a su espalda y se volvió. Reif se dirigía a la pared del otro extremo de la habitación y descolgaba una espada de doble empuñadura que pendía de la pared junto a la ventana, Índigo ya la había visto antes; era un arma antigua, y, a diferencia del hacha y el escudo malditos, estaba limpia y conservada con esmero. Una reliquia familiar. Y una reliquia con una función determinada.

Los ojos de Carlaze se desorbitaron de terror cuando Reif empezó a andar despacio en dirección a ella, la espada entre sus manos y la punta hacia el suelo. Se detuvo a cinco pasos y la miró con fijeza.

—Durante muchos siglos ha sido prerrogativa y privilegio del condado de Bray administrar

Librodot

justicia en esta región —anunció Reif con fría formalidad—. Debido a la muerte de mi padre y de mi hermano mayor, el título y las responsabilidades consiguientes han pasado a mí, y es por lo tanto mi deber ver que se haga justicia de acuerdo con las leyes de esta tierra. —Alzó la espada haciendo el saludo de estilo—. Carlaze, viuda de Kinter, se te declara culpable junto con tu esposo de asesinato y traición. Tu confesión ha sido escuchada y atestiguada por dos personas presentes aquí en esta habitación. Yo doy fe de esa confesión y de tu culpabilidad. —Miró por encima del hombro a Índigo y ésta asintió.

—Yo, también, doy fe de ello.

—Gracias. No hay nada más que decir. Invoco a todos los que me escuchan para que atestigüen que la sentencia impuesta a Carlaze, viuda de Kinter, será ejecutada sin derecho a apelación.

De la garganta de Carlaze brotó un espantoso gañido animal. Miró a Reif como si no pudiera creer lo que veía y escuchaba, pero era incapaz de articular ninguna idea coherente.

Los hombros de Reif se relajaron bruscamente y bajó la espada. Cuando volvió a hablar, el formalismo había desaparecido; su voz era simplemente la de un hombre agotado y abrumado de tristeza.

—Sacadla al patio.

Índigo no se movió cuando los dos hombres agarraron a Carlaze por los brazos y medio a rastras (la joven estaba paralizada, no podía moverse, no podía reaccionar) la llevaron hasta la puerta. Reif, sujetando la espada, los siguió; pegada a Índigo, *Grimya* gruñó apenas, pero Reif no volvió la mirada. Su rostro estaba rígido, desprovisto de emoción, Índigo tuvo una última visión de los ojos de Carlaze, embargados por un terror inenarrable. La muchacha se había quedado muda.

La puerta se cerró tras ellos.

La lámpara siseaba levemente. Era el único ruido de la habitación, Índigo permaneció inmóvil largo rato. Era consciente de la presencia de *Grimya* pero no podía comunicarse con ella, y la loba, dándose cuenta, permaneció en silencio y pensó en sus propias cosas.

El mundo de Índigo se derrumbaba. Lo sabía, aunque de momento no podía reaccionar y mucho menos expresar una pizca del dolor que sólo esperaba a que la parálisis la abandonara para herirla en lo más profundo. Había conseguido lo que se había propuesto. Lo había conseguido. Y si en aquellos momentos hubiera sido capaz de reír, Índigo habría reído ante la amarga ironía que acompañaba su éxito. Oh, sí: el demonio estaba muerto. Y también el hombre que la amaba... Y ahora, cuando ya era demasiado tarde, creía que también ella lo amaba.

Recordó las últimas palabras dirigidas a Reif cuando el tigre de las nieves se las llevó a *Grimya y* a ella de la granja en plena noche, antes de la última confrontación. *¡Di a Veness que lo quiero!* Lo dijo con absoluta sinceridad; sus sentimientos en aquel momento eran auténticos. Veness no era Fenran. Ni siquiera un sustituto de Fenran; ella reconoció por fin la verdad, y la aceptó. Pero al descubrirla, descubrió también el extraño milagro de que podía volver a amar, de una forma diferente pero sin embargo con la misma pasión e intensidad que le habían sido arrebatadas hacía tantos años..., cuando le quitaron a Fenran.

De repente una cuchilla fría y cruel pareció deslizarse en el interior del corazón de Índigo, mientras una idea espantosa despertaba en los niveles más profundos de su conciencia. ¿Había amado realmente a Veness de esa forma? Al desechar la ilusión de que era —o podía llegar a ser— Fenran bajo otra apariencia, se convenció de que existía otro amor, un amor diferente;

Librodot

un amor que podía dar y aceptar por lo que era y no por lo que parecía. ¿Pero era eso verdad? ¿O había caído en la trampa de una segunda y más sutil ilusión, despertada por tantos años de ansiar recuperar lo perdido, una ilusión que la había impelido a buscar alivio a su soledad fingiendo que los deseos y sueños de Veness eran también los suyos?

Índigo comprendió súbitamente que debía ver a Veness. Por mucho que le doliera, tenía que sacar fuerzas para contemplar su rostro por última vez. No para decir adiós —tan insignificantes rituales no significaban nada para Veness ya— sino para responder a un interrogante. Tenía que responder la pregunta.

Grimya se dio cuenta de lo que pensaba y, cuando se dirigió hacia la puerta, la loba la siguió en silencio. No se escuchaba el menor ruido en el vestíbulo; no se veía rastro de nadie. Subieron las escaleras y avanzaron despacio por el descansillo en dirección al dormitorio de Veness. Durante alrededor de un minuto, Índigo permaneció inmóvil frente a la puerta, escuchando el firme, uniforme, pero tenso ritmo de su propia respiración. Luego posó una mano sobre el picaporte, abrió la puerta y penetró en el interior.

Las cortinas estaban echadas pero había dos lámparas encendidas cerca del cabezal de la cama, proyectando focos de luz que se superponían sobre la almohada. Habían peinado los cabellos de Veness y limpiado su rostro; si no hubiera sido por el anormal tono lívido de su piel, se habría creído que dormía.

Índigo se acercó a la cama y se quedó contemplándolo. Por un momento turbador casi creyó que abriría los ojos, sonreiría y la saludaría; pero permaneció inmóvil y en silencio. La expresión de su rostro era solemne, tranquila. Y era, comprendió, el rostro de un hombre que le era más querido de lo que se había atrevido a reconocer hasta que fue demasiado tarde.

Sí: lo *había* amado. El había sido mucho más que su amante y mucho más que su amigo; había conseguido penetrar y tocar una parte de su espíritu. Y sólo ahora, sólo cuando lo había perdido de forma definitiva e irrevocable, sabía sin la menor sombra de duda que había estado dispuesta a ir hacia él y a retribuirle su amor con la misma fuerza.

Y entonces el más amargo de los pensamientos se introdujo en su cerebro como un gusano en el capullo de una flor. ¿Había sido inevitable (y había sabido ella, en algún lugar arcano y recóndito de su ser, que lo era)? Había averiguado por fin la verdad sobre sus sentimientos por Veness: si hubiera vivido, al reconocer esos sentimientos habría estado dispuesta a dejar de lado la búsqueda que la venía guiando durante cuarenta años de trabajo y viajes y se habría embarcado en una nueva vida con él. ¿Era posible que Veness tuviera que morir para impedirle tomar tan trascendental decisión?

Índigo se apartó del lecho y miró sin ver el rectángulo negro de la ventana. Si era cierto —y no sabía la respuesta, no *quería* saber la respuesta—, *ella* era responsable de haber acabado con su vida, tan responsable como si hubiera tomado un cuchillo y se lo hubiera hundido en el corazón. Años atrás, cuando abandonó las Islas Meridionales y se inició su larga búsqueda, creyó en su ingenuidad que no era más que un peón en las manos de poderes mucho más potentes que ella. Pero el demonio de Bruhome, la Compañía Cómica Brabazon, le habían enseñado que las circunstancias no eran así de simples. Y si Némesis, su propio demonio, era parte de ella, ¿no lo sería también la fuerza que la impulsaba a seguir adelante, que alimentaba sus esperanzas y temores, su remordimiento y su ansia por reparar lo hecho? La Madre Tierra no le había arrebatado a Veness: la poderosa Dios no era (no en ese sentido) su juez. Si Veness hubiera vivido, ella habría abandonado su misión y aceptado el amor que le ofrecía. Pero aquella Índigo arcana, situada más allá de su ser consciente, había dicho: *no, no*

Librodot

permitiré que suceda. Y si algún poder había juzgado a Veness y pronunciado una implacable sentencia, ese poder había salido de su interior: si ella era un peón, también era el jugador cuya mano controlaba cada movimiento del peón.

Muy despacio, Índigo volvió la cabeza para mirar otra vez a la cama. Por un momento fugaz quiso inclinarse, besar la frente de Veness, darle un adiós definitivo. Pero una voz íntima se lo prohibió y retrocedió, reconociendo la acusación implícita que le hacía. Déjalo. Déjalo marchar. No tenía ningún derecho a tocarlo.

Se volvió; y al hacerlo, *Grimya* se puso en pie. Índigo no sabía hasta qué punto la loba había seguido el torbellino de sus pensamientos, pero *Grimya* levantó los ojos hacia ella *y* meneó la cola, indecisa.

—Índigo... —dijo en voz alta, y con mucha suavidad—. No pu... puedo devolvértelo. Pero sigo siendo tu a...miga, y sssiempre lo seré.

—¡Oh, *Grimya...*!

Índigo se agachó y la abrazó con fuerza, incapaz de expresarse con palabras. La loba le lamió el rostro, lamió las saladas lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas mientras las primeras barricadas erigidas para protegerse del dolor y la desolación empezaban a derrumbarse. Por fin se levantó, se sorbió con fuerza y se secó los ojos con el dorso de la mano. Fue un momento de debilidad, nada más. El resto vendría más adelante; pero quería aferrarse a aquel respiro tanto tiempo como le fuera posible. No volvió a mirar la inmóvil figura silenciosa de Veness tendida sobre la cama; abandonó la habitación acompañada de *Grimya,* cerrando la puerta despacio a su espalda. Recorrieron el pasillo hasta llegar al dormitorio que Índigo llegara a considerar propio. La habitación estaba tal y como la había dejado: la cama deshecha; la chimenea apagada, Índigo permaneció en el umbral unos instantes, paseando la mirada por el familiar y a la vez ajeno mobiliario. Luego penetró en la habitación y empezó a recoger sus pertenencias.

Librodot

EL CAMINO A MULL BARYA

—Es imposible que consigas llegar a Mull Barya... ahora, con esta nieve... —dijo Reif.

—Llegaré. —Índigo le sonrió amablemente mientras el caballo, nervioso, pateaba el suelo—. No me pasará nada, Reif.

Este hizo un gesto de impotencia como si fuera a alejarse.

—Por favor, Índigo. —Se volvió otra vez; sus ojos estaban embargados de dolor—. Sé que no es fácil para ti: sé que amabas a Veness y sé lo mucho que te ha afectado su muerte. Pero eres una de nosotros ahora. Has compartido tantas cosas con nosotros... y tenemos una deuda tan grande contigo... Por favor, quédate.

Índigo clavó los ojos en el suelo.

—Tu familia no me debe nada, Reif —respondió con amargura—. Quizás habría sido mejor para todos vosotros que yo no hubiera puesto jamás los pies en El Reducto.

—Eso no es verdad. Si no hubiera sido por ti, Kinter y Carlaze podrían haber tenido éxito en lo que planeaban hacer. Y habría sido mucho peor. *Sabes* que habría sido así.

Índigo no pudo replicarle. Habían dado vueltas y vueltas a aquello una y otra vez durante la larga noche, sentados ambos ante la chimenea en el comedor, después de que Índigo acabara de contar a Reif toda la historia. Ver llorar a Reif la trastornó de una forma que no era capaz de asimilar; pero la verdad es que él lloró en silencio y sin avergonzarse de hacerlo, mientras escuchaba el relato de la muerte del conde Bray, el asesinato de Moia y Gordo, la aparición del espectro de la mujer surgido de tiempos pasados. Y cuando el relato hubo finalizado, Reif le pidió que se quedara a vivir en la granja.

—Queremos que te quedes —le dijo—; Livian y Rimmi y yo... queremos que te quedes, Índigo. Eres una de nosotros.

Y de nuevo en el patio, en ese último momento: *eres una de nosotros.* Pero no lo era, y nunca podría serlo ya. Y todos los argumentos de Reif, todos sus razonamientos, todas sus súplicas, no podrían hacerla cambiar de opinión. Ése era el mundo de ellos, y ella, igual que el tigre de las nieves en el bosque, no tenía lugar en él.

Volvió a mirar a Reif y vio tristeza en sus ojos. Comprendía al fin que no conseguiría persuadirla y aceptaba su derrota.

—¿Tendrás mucho cuidado en el camino? —suplicó.

—Claro que sí. Y te enviaré un mensaje desde Mull Barya. —Le dedicó otra sonrisa forzada que era casi una mueca—. Puede que no te llegue hasta la primavera, pero entonces sabrás que estamos bien y de camino hacia el sur.

—Si dejaras que enviara algunos hombres contigo...

—No. Ahora necesitas todos los brazos disponibles para que te ayuden a reconstruir tu propio futuro. A *Grimya* y a mí no nos pasará nada. —Extendió el brazo, y su mano enguantada tomó la de él con fuerza—. Créelo.

El asintió, mordiéndose el labio y parpadeando. El caballo relinchó, golpeó con el morro el hombro de Índigo, y le lanzó su cálido aliento contra el rostro. En las perreras los perros habían empezado a ladrar, como si presintiesen lo que sucedía, y *Grimya* volvió la cabeza para mirar en aquella dirección.

«También ellos se están despidiendo, a su manera», dijo.

Y también ella debía decir su último adiós, Índigo dio un paso al frente y levantó la cabeza para besar a Reif en la mejilla.

—Que la Diosa te acompañe, Reif —dijo.

Librodot

Él la abrazó con fuerza por un breve instante.

—No te olvidaremos, Índigo.

Ella torció un poco el gesto.

—Tendrías que hacerlo. Y espero que un día lo haréis.

Saltó sobre la silla y puso los pies en los estribos al tiempo que tomaba las riendas. Reif, ocultando la expresión de su rostro, se inclinó para acariciar la cabeza de *Grimya,* y rascarle las orejas.

—Cuida de ella por nosotros, *Grimya* —dijo con voz ronca.

A él le fue imposible escuchar la silenciosa respuesta de la loba, *lo haré,* pero Índigo sí pudo, y sonrió.

—Dales un beso de mi parte a Livian y a Rimmi cuando despierten. —El caballo se movió de lado, ansioso por partir—. Adiós, Reif. Adiós.

El permaneció allí solo en el patio, observando el caballo que se alejaba en dirección al arco y a la deslumbrante mañana invernal que brillaba más allá. Pasaron junto al establo; pasaron junto a la leñera; pasaron junto al curioso y aislado montoncito de aserrín que, sin que nadie lo supiera, excepto dos de sus hombres y él, cubría el lugar donde había cortado la cabeza de Carlaze. Los cascos del caballo resonaron; su cola se agitó con fuerza, capturando los rayos del sol y centelleando cenicienta por un instante. Luego las sombras del arco se lo tragaron, el chacoloteo de los cascos enmudeció al pisar el caballo nieve más blanda, e Índigo y *Grimya* desaparecieron.

Oían el viento, una profunda voz cantarina que soplaba del oeste; pero era agradable, no el temible gemido del poderoso Quejumbroso norteño. La mañana era clara, limpia y vigorizante; un buen día para cabalgar; la nieve apelmazada centelleaba como un millón de diamantes bajo el sol que se elevaba muy despacio por el horizonte y el aire les azotaba el rostro.

No habían hablado desde que la oscura estructura cuadrada de la granja quedara atrás y desapareciera en la distancia. No había nada que decir que no pudiera esperar un poco, Índigo en particular deseaba saborear la nieve, el viento y el cielo, y permitir que la atmósfera de aquella región salvaje penetrara en sus huesos con su peculiar poder purificador.

Avanzaban siguiendo las orillas de la cadena de lagos situados al sur de las tierras de los Bray, y el corazón de Índigo empezó a latir con rapidez al recordar aquel otro día, cuando Veness la condujo en la troika para ver las ruinas de la casa que en una ocasión perteneciera a la familia que su antepasado había masacrado. Sí; allí delante estaba el familiar punto de referencia, el lugar donde el bosque extendía un brazo aislado en dirección a las aguas heladas. Y en medio de la nieve, recortándose con nitidez sobre la ininterrumpida blancura habitual de la zona cercana a la orilla del lago, se veía la silueta de la vieja pared desmoronada.

El caballo aflojó el paso cuando le tiró de las riendas, y se detuvo. *Grimya,* que iba algo más adelantada, también se detuvo, y volvió la cabeza para mirarla.

«¿Preferirías que lo evitásemos y fuéramos por el otro lado del lago?», inquirió la loba.

Índigo vaciló unos segundos. Luego respondió:

«No, *cariño. Allí no hay nada ahora. Ni siquiera fantasmas.»*

Golpeó ligeramente con los talones los ijares del caballo y éste siguió avanzando. Cuando llegaron a la altura de los viejos cimientos, las orejas de *Grimya* se irguieron de repente y

Librodot

miró en dirección al bosque.

«¡Índigo!» La llamada transmitida por la loba estaba llena de asombro y excitación. *«Mira...»*

Índigo volvió la cabeza. A unos quince metros de distancia, cerca de los primeros árboles, estaba el tigre de las nieves. Había surgido del bosque, y permanecía inmóvil, contemplándolas. Su aliento formaba una nube en el aire gélido.

Índigo volvió a detener al caballo y la emoción le produjo un nudo en la garganta. Había deseado el encuentro, pero ni siquiera soñó que pudiera suceder, que el felino viniera a despedirse. Su montura piafó, oliendo algo que temía, pero ella la mantuvo bajo control tirando con fuerza de las riendas, al tiempo que miraba en dirección a la magnífica criatura que fuera un amigo tan leal. Inopinadamente, *Grimya* alzó el morro hacia el cielo y aulló. Era un grito exultante, vigoroso, lleno de júbilo; un homenaje y un saludo. La cabeza del tigre se elevó mientras el aullido se desvanecía. Luego abrió las fauces y lanzó un rugido de respuesta que resonó sobre el lago y se perdió en el viento. En ese mismo instante, Índigo sintió una vez más la oleada conocida, cálida y poderosa de su mente que tocaba la de ella en una cariñosa despedida. El tigre las miró un momento más. Después se dio la vuelta y desapareció en silencio con un salto ágil y elegante en el interior del bosque.

Índigo no supo cuánto tiempo permaneció sentada sobre el caballo, sin moverse, la mirada fija en el lugar donde había estado el tigre de las nieves... Hizo caso omiso del inquieto cabecear de su caballo, del campanilleo de la brida, del movimiento de sus músculos bajo su cuerpo mientras pateaba el suelo, nervioso. Sólo cuando la sensación de ahogo que aún se aferraba a su garganta empezó a aflojarse, se estremeció como si se despertara de un sueño, sacudió la cabeza y permitió que su montura siguiera adelante.

No dijo nada. Pero *Grimya,* que caminaba en silencio junto al caballo y acariciaba sus propios recuerdos de esa última comunión con el gigantesco felino de las nieves, levantaba la cabeza de tanto en tanto para mirarla mientras avanzaban por la orilla del lago. Y vio y comprendió cuando, como una liberación deseada y largo tiempo esperada, las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Índigo, serenas, sin interrupción, calladas.